

# PUERTA BLANCA: EL SECRETO

ÁNGELES CANTERO

SAMARCANDA

# Puerta blanca.
# El secreto

Ángeles Cantero

SAMARCANDA

**Puerta blanca. El secreto**

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Derechos reservados © 2024, respecto a la primera edición en español, por:

© Ángeles Cantero
© Editorial Samarcanda

ISBN: 9788419800701
ISBN e-book: 9788419800268

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3 (41001-Sevilla)
www.lantia.com
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

*A las mujeres que callaron por miedo.*

*A las mujeres que vencieron el miedo.*

Prólogo. El espigón 11

## Primera parte

La fundación. 1 17
El gran cortijo. 2 23
La denuncia. 3 33
La tata. 4 41
La desaparición de Rocío. 5 45
La casa del acantilado. 6 65
El pañuelo. 7 73
El sótano. 8 77

## Segunda parte

Polvo rojo. 9 97
Polizón. 10 109
La cueva. 11 125
El tatuaje. 12 133
La pesadilla de Dolores. 13 145
La farmacia. 14 157
La medalla. 15 165
El octavo escalón. 16 175
La caja de zapatos. 17 187
Aquella tarde. 18 189
La decisión. 19 195
Cuarenta y ocho horas. 20 203
La huida. 21 229
El coltán. 22 231

## Tercera parte

Zaire. 23 241
Sus ojos. 24 245
El tabique. 25 251
La tía de Palmira. 26 255
Ecuador. 27 263
La aldea de Numbi. 28 273
El nido de amor. 29 285
La nota. 30 287
La librería I. 31 293
El acuerdo. 32 295
La librería II. 33 299
Fue Él. 34 301
El tiovivo. 35 305
La complicidad. 36 311
La venta del Coltán. 37 315
La confabulación. 38 319
El encuentro. 39 323
La escalera. 40 329
El caballo azul. 41 337
El fruto dulce de la paciencia. 42 339
Salvar a Yaro. 43 341
El regalo. 44 355

## Cuarta parte

El retorno. 45 359
Necesité de tu memoria. 46 365
La traición. 47 369
Amar es demostrar. 48 371

El cielo de Dios. 49 375
La exhumación. 50 383
La confesión. 51 385
La búsqueda. 52 391
Epílogo 395

# Prólogo
# El espigón

*Algeciras. 20 de julio de 1993, martes*

La luz anaranjada de un ocaso sin mácula en pleno mes de julio se entremezclaba con el verde y baboso musgo que envolvía las piedras del espigón. Después de una semana de tormentas, la calma había regresado al lugar y los pescadores de bajura retornaban al amarradero con las redes llenas de agonía.

Coronadas de encaje dorado, las olas lamían con parsimonia la fina arena de la playa cuando Anselmo miró desde su barca el ángulo que él suponía, en línea recta, le llevaría a divisar su hogar. Advertía la más mínima variación en las curvaturas de las aterciopeladas rocas e incluso detectaba hasta el cambio de color más sutil en la maraña luminosa que, en el atardecer, se manifestaba sobre ellas con belleza infinita. Hasta se atrevió a bautizarlas con nombres de alimentos, quizá motivado por el deseo de ingerir una buena cena preparada por su querida Eulalia, aunque hubiera hecho ya casi una semana que el estómago se le cerró y a Eulalia no le quedara otra que tirar la comida a la basura.

¡Ay, Eulalia!, esposa, madre ejemplar y elaboradora de buenos pucheros. Ella era la admiración de todo aquél que tenía la oportunidad de catar alguna de las suculentas recetas que aprendió en las cocinas de El Gran Cortijo siendo ella una jovencita, aunque flaca y poco agraciada, despierta en el aprendizaje del yantar y de todo lo que se le ponía por delante. Ese carácter era el que había convertido sus facciones en las más bellas y su porte en el más distinguido ante los ojos de su hombre, como a ella le gustaba decir cuando se refería a Anselmo. Desde el día en el que se casaron cuidó de él, de los hijos, su casa y le sobraba tiempo para acudir, junto a otras mujeres, a la lonja cada mañana para remendar las redes con

su ya certera mano zurda, que no poco le costó amaestrar después de que el movimiento repetitivo de la muñeca derecha pasara factura a su túnel carpiano.

Anselmo entornó los ojos cuando algo inoportuno osó interrumpir la placidez con la que contemplaba su paisaje rocoso, que ya le olía a las gazanias que crecían al lado de su ventana.

De primeras, supuso que ese volumen de color rojo que mecían las olas y que se encontraba encallado entre las piedras rodadas era sencillamente un trapo grande o una manta que alguna barca habría perdido. Pero la curiosidad, y no menos corazonada de que su consabido paisaje se hubiera visto alterado por un bulto sospechoso, provocó un cambio de rumbo en el timón.

Iba para una semana que Rocío, la única hija de don Miguel Escusa de Arnus y doña Catalina Santoporto, dueños de El Gran Cortijo en el que trabajó Eulalia, había desaparecido en extrañas circunstancias. Su moto Vespino se localizó en los alrededores de La Torre del Centenario al día siguiente de su desaparición, dónde las investigaciones policiales también encontraron, tras una pequeña roca próxima al acantilado, la bicicleta de Alejandro, el hijo mayor de Anselmo y Eulalia, el niño cariñoso y dicharachero que encandilaba a todos con su agradable carácter. El flamante licenciado en medicina, a golpe de becas y sacrificio, desapareció también aquella misma tarde, y según las pesquisas policiales, Rocío y él estaban juntos. Aunque Anselmo y su mujer no pudieran dar crédito a que los chicos se conocieran personalmente y mucho menos que hubiera una amistad secreta entre ellos.

A medida que su pequeña barca avanzaba hacia el espigón, sonoros latidos movían el pecho de Anselmo, curtido día tras día y año tras año por unos rayos solares que eran para él como el aire que respiraba.

Ya no existía la duda de instantes atrás, esa duda que él quiso mantener en el tiempo dirigiendo su barca a la velocidad mínima hasta llegar al espigón. El cabello largo y enmarañado flotaba sobre sobre las verdosas aguas que lentamente acariciaban las rocas. Una cianótica mano reposaba sobre un canto rodado exento aún de la crecida marea, y un cuerpo inerte boca abajo parecía haber encontrado en el espigón, que él amaba, el nicho rocoso que le daría la paz eterna.

—Esto no me gusta, *quillo.* —Anselmo tomó una bocanada de aire, repasó con la yema de los dedos su barba blanca y continuó—. Martín, hijo, tú que ves mejor, a ver si hubiera otro cuerpo por ahí... ¡Oh Dios mío...! Mira a ver, hijo, allá por el recodo...

—No, padre, yo no veo más bultos. No se sulfure. Seguro que Alejandro está vivo.

Anselmo sacó su pañuelo y limpió sus ojos enrojecidos.

—Hay que llamar a Salvamento Marítimo.

# PRIMERA PARTE

# La fundación
# 1

25 de julio de 1993, domingo

El cañón dirigía toda su intensidad lumínica a la parte central del escenario en el que tres hombres y una mujer, alineados tras una mesa alargada y fría, esperaban a que el maestro de ceremonias iniciara el discurso.

Ese veinticinco de julio, festividad del apóstol Santiago, el telón negro y aterciopelado del teatro Florida se recogía a ambos lados como mantos plañideros que, en el silencio de la tarde, clamaban justicia ante la aparición del cuerpo sin vida de Rocío. Este año el recinto no estaba engalanado para la fiesta de la Fundación del capitán Miguel Escusa de Arnus con centros de flores y guirnaldas. Y tampoco se festejó en el *hall* de entrada el desfile de camareros sirviendo el *catering* con el típico traje de majo romántico que tanto bombo daba al evento, preparado, otros años, con todo lujo de detalles por doña Catalina, esposa del Capitán.

La desgraciada noticia de la aparición del cadáver de Rocío, la única hija de Miguel y Catalina, los dueños de El Gran Cortijo, planeaba por todo el patio de butacas.

Tres veces hubo gestado el vientre de doña Catalina:

El primer alumbramiento corrió con toda normalidad, pero el pequeño corazón, de naturaleza débil, dejó de latir con apenas dos horas de vida dejando a toda la familia en completa desolación.

Pero los caminos del Señor son inescrutables y esa desgracia fue asimilándose poco a poco con la esperanza de que doña Catalina volviera a sentir en su vientre el latir de una nueva vida. Y cuando eso sucedió, tres años después, El Gran

Cortijo se vistió de luz y *glamour* para recibir a Rocío y Alba, dos hermosas gemelas que, para orgullo de su progenitor, eran su vivo retrato.

Pero una nueva desgracia se cebaría con la familia cuando un fortuito accidente arrebató la vida de la pequeña Alba con tan solo ocho añitos, dejando a todos los que la querían sumidos en la pena más profunda. No existían visos de la más mínima resignación, el consuelo no existía para esos padres. En El Gran Cortijo se prohibieron aquel año las manifestaciones de alegría, la celebración de onomásticas y cumpleaños y también la fiesta anual y posterior a la matanza del cerdo. Sin embargo, pasado un trienio del luctuoso acontecimiento, cuando ya nadie lo esperaba, la señora de Escusa de Arnus quedó de nuevo encinta para regocijo de todo El Gran Cortijo, que esperó durante nueve meses al deseado nuevo miembro, que, por desgracia, vino al mundo con el mismo defecto genético que el primer hijo y también falleció con pocas horas de vida.

En el transcurrir del tiempo, don Miguel Escusa de Arnus, El Capitán, como muchos le llamaban, creó un premio-donación a través de su Fundación «Ellos somos todos» para favorecer a las ONG o asociaciones cercanas a la zona, y la víspera de los Reyes Magos de cada año se hacía público, a través del ayuntamiento, el nombre de la institución que recibiría el 25 de julio, y de la mano de doña Catalina, el anhelado cheque bancario que siempre era aplaudido por toda la ciudad y, ante todo, por los beneficiarios y sus familias que esperaban meses, jubilosas, el momento cumbre de la entrega simbólica del talón ficticio y gigante que, sobre un caballete cubierto con un estandarte de la Virgen de la Palma, aguardaba a ser entregado al presidente o presidenta de la entidad elegida.

Y la sorpresa y alegría reinó en la Asociación de Síndrome de Down que, por sexta vez en el tiempo que llevaba celebrándose el acto, había sido de nuevo elegida.

Tenía don Miguel especial predilección por aquellas en las que los más indefensos representaban el bloque mayor de los afectados, como era dicha asociación. Aunque una vez, para sorpresa de todos, hizo un giro en la metodología que había utilizado hasta el momento y entregó el codiciado talón al presidente de un centro de desintoxicación de la provincia, que rehabilitaba a los drogodependientes a través de la terapia sanitaria y ocupacional.

Aquella tarde del mes de julio, en el teatro Florida, un silencio sepulcral y oscuro invadía las mentes pesarosas de los presentes, hasta que el joven sentado a la derecha del Capitán, apesadumbrado y con voz rota, comenzó a hablar:

—Buenas tardes, mi nombre es Roberto Fernández... Sé que muchos de vosotros conocéis mi labor de gestión en La Fundación del Capitán y su esposa doña Catalina porque, desde hace algún tiempo, tengo el honor de acompañarlos en este acto sumamente generoso que tanto bien está haciendo a las ONG y asociaciones necesitadas de ayuda económica. —Carraspeó y dio un matiz solemne a sus palabras—. Este año, como todos los cinco de enero, se notificó a través del boletín informativo del ayuntamiento que la asociación beneficiada había recaído en APDA Down...

En la segunda fila de butacas, Yosoy, una joven afectada de Síndrome de Down, esperaba el desarrollo del acto entre su madre y Carmela, *la tata* de Rocío y en su momento también de Alba, envueltas ambas en un mar de lágrimas. En la fila anterior, justo delante, la presidenta de la organización esperaba a ser llamada para recoger, de mano de doña Catalina, el talón gigante que permanecía aún oculto bajo el estandarte de la Virgen de la Palma.

Roberto continuó con su discurso.

—... Pero ese cinco de enero, nada nos hacía presagiar la terrible desgracia que nos tocaría vivir seis meses después con la extraña desaparición y posterior localización, sobre uno de los espigones cercanos al puerto, del cuerpo sin vida de Rocío. —El joven hizo una pequeña pausa y continuó—. Hoy se cumplen diez días que Rocío, nuestra querida Rocío, desapareciera, y todos los que la conocíamos sabíamos que su ausencia no era voluntaria. Acababa de titularse en enfermería y a principio de este verano fue contratada para hacer una sustitución en un centro de salud de la ciudad, motivo que la mantenía sumamente feliz. Ella estudiaba en Madrid, pero cuando sus deberes de estudiante se lo permitían, viajaba hasta nuestra tierra, su tierra, para poder disfrutar del cariño de sus padres y de sus amigos, entre los que yo tenía el honor de encontrarme. Por eso queríamos creer que Rocío estaría en algún lugar, posiblemente, retenida... Pero por desdicha, no ha sido así. Su cuerpo sin vida apareció pocos días después, sobre un espigón cercano a la playa de Getares... Ahora, nos obligamos a creer

que las Fuerzas de Seguridad actuarán con precisión... —Carraspeó e introdujo los dedos entre el nudo de su corbata intentando aligerarlo—. Recemos porque el caso quede resuelto y encuentren a los culpables, se les juzgue y se les condene con la máxima pena. —Roberto exhaló lentamente el aire comprimido en sus pulmones, tomó un sorbo de agua y continuó—: Es imposible no recordar hoy, también a la pequeña Alba, la hermanita de Rocío, que con tan solo ocho años nos dejó y ahora es un ángel de luz que ilumina el caminar de sus padres en este terrible acontecer, que solo el Señor, con su infinita bondad, sabrá mitigar hasta la resignación.

El joven, abatido por la pena, apretó sus puños, tomó otro sorbo de agua y con trémula voz, comunicó a los asistentes:

—Cedo la palabra al presidente de La Fundación «Ellos somos todos», don Miguel Escusa de Arnus.

Una gran ovación ensordeció el Teatro Florida, que, un año más, y a pesar de la terrible desgracia, estaba siendo testigo de una nueva entrega altruista.

Yosoy chocaba repetidamente las palmas de sus manos. Siempre que aplaudía era porque algo bueno pasaba. Y para ella lo mejor que estaba pasando era que un chico guapo estaba allí, en lo alto del escenario, hablando y hablando y por eso ella aplaudía.

«Voy a decirle...», pensaba para sus adentros, «que sea mi novio..., es más guapo que Rubén el monitor... Bueno, Rubén también es guapo y es rubio, se parece a Brad Pitt, pero también es novio de Elenita y este chico guapo va a ser también mi novio. Se parece a... a... Tom Cruise, sí, sí».

Paquita, su madre, se inclinó, besó la frente de la chica y acarició tiernamente su rostro.

El Capitán, que había permanecido cabizbajo escuchando a su hombre de confianza, irguió su cuerpo, ojeó el infinito y comenzó a hablar:

—Hoy, a pesar del intenso dolor, mi esposa y yo hemos querido estar presentes en el acto benéfico anual del que nuestra amada hija Rocío estaba orgullosa. Por ella, su madre y yo estamos aquí, y por ella, La Fundación seguirá donando cada año. También queremos aprovechar esta ocasión para dar las gracias al equipo de salvamento marítimo y terrestre, a los voluntarios, amigos... a todo aquél que

rastreó palmo a palmo la zona de la Torre del Centenario, su acantilado, la playa del Chinarral y zonas cercanas. Gracias por las muestras de cariño y apoyo que hemos recibido estos días en los que la angustia y la zozobra nos estaban destruyendo, a pesar de que la esperanza de encontrar a Rocío con vida siempre la mantuvimos... hasta el último instante. —La firmeza en el tono de voz que el Capitán utilizó para su discurso se quebró en mil pedazos, contagiando su llanto y su dolor a todos los presentes.

Yosoy sabía que algo malo pasaba, les iban a dar un premio y los premios siempre habían sido buenos, pero este premio era diferente. Era bueno, pero era triste. Todos lloraban y su madre la que más, por eso, también ella estaba triste; porque el premio, esta vez, no era feliz. La felicidad la sentía cuando su señora madre la abrazaba y le decía al oído que la quería más que la trucha al trucho, cuando sentía su piel calentita apretada contra sus mejillas, cuando sentía sus dedos saltarines en su barriguita blanca haciéndole cosquillas y también cuando saboreaba un helado grande de chocolate.

# El gran cortijo
# 2

Aún se apreciaba una tonalidad malva tras los oteros que enfilaban el oeste cuando los señores de Escusa de Arnus llegaron a la entrada principal de El Gran Cortijo. Los ecos de las palabras mutuas de cariño y respeto entre ambos quedaron en el interior del teatro convertidas en cacofonías eternas y fantasmales, en tanto que un espeso silencio llagado de reproches envolvía el caminar cabizbajo que los llevaba a su aposento.

Catalina contempló su rostro, casi irreconocible a través del espejo de su tocador, y quedó prendida en sus ojos; aquellos ojos grandes, expresivos y oscuros que ella recordaba haber poseído alguna vez ya poco o nada tenían que ver con esos tristes y ojerosos ojillos que estaba desmaquillando. El surco nasogeniano descendía pronunciado hasta ambos extremos de la boca haciéndole parecer, al menos, una década mayor, y su piel cetrina dejaba entrever algunas arrugas que, evidentemente, tampoco correspondían con su edad; aunque ella en su fuero interno creyera con abnegación que el sufrimiento que la estaba retorciendo por dentro, y que ahora la avejentaba, formaba parte del temido castigo divino que, de una manera u otra, ella esperaba.

Estaba convencida de que la magnánima desgracia que estaba viviendo era la consecuencia de sus actos, de su inconsciencia, de su irresponsabilidad, del acatamiento absoluto a su marido, de su indecencia, de su maldad, de su gran pecado...

Su padre, el gran empresario portuario, su protector, el hombre más generoso y bueno de la tierra había abandonado este mundo seis meses antes que la pequeña Alba. En la cama, sin dolencia, habiendo recibido los Santos Sacramentos y con la serenidad absoluta que otorga el Creador a los buenos

cristianos que llama para postrarlos eternamente a su lado, como también lo hizo con su madre tiempo atrás. Catalina sabía que El Señor, en su sabiduría infinita, lo decidió para evitarles el dolor que llegaría en breve con la muerte de Alba y que no merecían en su bagaje de vida. Por eso Dios quiso que se marcharan con la felicidad de ver en sus nietas la prolongación de su sangre, la perpetuidad en sus genes y a las herederas de su fortuna.

Y cuando Alba tuvo el accidente, al poco tiempo de morir sus padres, Catalina supo que comenzaba el momento de pagar su pena, su castigo.

Si bien su escrupulosa conciencia le avisaba ya de la culminación del perdón sobrenatural obtenido, por fin, a través de la muerte de Rocío. Sentía la absolución plena a su gran error en la tierra, porque todo lo que hizo, lo hizo por veneración a quienes le dieron el ser. E intentaba razonar, entre la maraña de los angustiosos acontecimientos, que El Todopoderoso siempre juzga con benevolencia los pecados cometidos por amor, por qué, en definitiva, Él es el AMOR con mayúsculas. Por lo tanto, el Altísimo, en su divina misericordia, habría perdonado ya sus debilidades cometidas por el sentimiento más puro y adecuaría, para un ser arrepentido, como lo estaba ella, el allanamiento del nuevo camino.

Por esa razón intuía que la imagen decadente y lastimosa que le devolvía el espejo retornaría al esplendor de la belleza que aún le correspondía por edad y porque su destino ya, inculpada de todo mal, la conduciría hacia la felicidad que ella, a partir de ahora, merecía.

Ensimismada en la búsqueda de conclusiones favorables que la muerte de su hija le aportaría, Catalina cepillaba con parsimonia su melena ondulada y oscura. Las perlas australianas que habían adornado su esbelto cuello durante la ceremonia reposaban sobre la bandejita de plata emitiendo reflejos anacarados, que la tenue luz del tocador, tornaban aún en más bellas. Reparó en su escote aún terso y en el principio de sus senos, cubiertos sensualmente con un breve camisón de color blanco que hacía resaltar su aterciopelada piel morena.

Miguel se acercó a ella, miró sus ojos a través del espejo, se inclinó lentamente y sin dejar de mirarla, besó el lateral de su cuello.

—Estoy muy cansada. —Lo cierto es que hacía mil años que Miguel no tenía un gesto de acercamiento. Ni siquiera Catalina recordaba cuando fue la última vez que hicieron el amor, si es que a lo que hacían o sentían se le podía llamar así. Dormían en el mismo cuarto y en la misma cama, pero sus almas, al menos la de Catalina, estaban distanciadas tantas millas náuticas como las que había recorrido el capitán de la marina mercante en su etapa profesional.

—Los dos estamos cansados y rotos por el dolor. ¿No es cierto, Caty? —Su mirada fría y llena de reproche se prolongó hasta que Catalina, aturullada por la pregunta, bajó la vista hasta encontrar el joyero en el que guardó el collar.

—Rocío también era mi hija y como tal la quería. Siempre fui respetuosa con ella, y la quería, sí, la quería... Pero ahora ya no está. El Señor nos la ha quitado, porque, porque...

—¡¿Por qué?! —Abrió aún más sus ojos claros, golpeó el respaldo de la silla y tratando de controlar su crispación, caminó tres pasos hacia la puerta, una vez allí, retrocedió hasta ponerse de nuevo a su altura—. ¿Sabes tú por qué? Dímelo, atrévete a decírmelo. —La retó.

—La Justicia Divina existe. —Encaró su cara a la de su marido y continuó—. El accidente de Alba y ahora la muerte de Rocío es la prueba—. Era la primera vez que hablaba a su marido con esa rotundidad. Sus padres la educaron en la obediencia hacia su esposo y ella lo había llevado a rajatabla. Se miraba en el espejo de su madre, sumisa, paciente y siempre agradecida cuando su marido la recompensaba con un viaje o con una magnífica joya. Pero ahora, la muerte de Rocío indicaba que su recompensa al sufrimiento había llegado. Y notaba como la fortaleza la poseía para encauzarla en el camino de la felicidad que tanto tiempo llevaba esperando—. Todos los seres humanos venimos a este valle de lágrimas a realizar un cometido y es posible que la labor de Rocío en la tierra también hubiese terminado. —Giró su cuerpo en la silla esbozando una media sonrisa—. Los caminos del Señor son inescrutables y es difícil, muy difícil de entender que el sufrimiento terrenal sea la prueba que debemos superar para que cuando llegue el momento de nuestra muerte, Él nos lleve a su lado.

—Estás loca, Catalina, ese Dios tuyo te ha vuelto aún más perturbada de lo que estabas.

—No estoy loca, Miguel, solo acepto su voluntad para que Él me muestre el camino.

—Y Él te llevó al mío a través de tu padre, que lo que más deseaba en este mundo era perpetuar su especie. Bien sabía el Omnipotente que lo mejor que te podía pasar en tu vida era casarte conmigo, un hombre de mundo que te hizo realizarte como mujer. ¡No lo olvides nunca!

Un repentino escalofrío recorrió la esbelta nuca de Catalina hasta llegar a la parte alta de la espalda. Lo que ella jamás olvidaría serían los ojos vidriosos de sus padres explosionando en llanto de felicidad cuando vieron las caritas de las gemelas. Su sacrificio había merecido la pena. Catalina portaba en su regazo a Alba y el Capitán, con una postura forzada, pero de plena protección, acogía entre sus brazos a la pequeña Rocío. Al llegar a El Gran Cortijo, después de dos días de espera, les tenían reservada una bonita fiesta de recibimiento. El momento fue rotundamente perfecto para Catalina, incluso percibió un mensaje espiritual que le hizo sentir plena y con la sensación del deber cumplido.

—Tú sí que no lo hiciste mal. Te ganaste a mi padre para que te ofreciera mi mano y le mentiste hasta lo indecible. ¿Dónde quedaron tus creencias religiosas después de que te casaras conmigo?, ¿qué fue del patrimonio de tu familia? Solo llegaron a El Gran Cortijo, en un camión de mudanza, doce sillas de Luis XVI heredadas de tu abuela, según me contaste. ¿Y ese amor que me juraste ante Dios y para toda la vida? Ah, claro, me lo prometió un farsante. Un farsante condenado. Un farsante que con sus argucias consiguió casarse con una mujer limpia de espíritu, obediente hasta la saciedad y, además, rica..., ¿o debería invertir los términos? Una mujer con fortuna, obediente e ingenua.

—¡Basta ya! —Miguel se acercó y le propinó un golpe seco que la hizo tambalear hasta caer como un muñeco de trapo al suelo. Los ojos azules del Capitán inyectados en sangre advirtieron a Catalina del error que acababa de cometer.

El futuro con el que tanto había soñado Catalina comenzó a conexionar con el presente el día que su esposo reconoció el cadáver de Rocío, inerte, sobre una camilla del anatómico forense, y ella no podía permitirse dar un paso en falso

hablando más de la cuenta. Ella solo debía limitarse a buscar ahora la felicidad que nunca encontró al lado de Miguel. Por eso se retractó.

—¡Discúlpame, no sé lo que pasó por mi cabeza, Miguel, ¡te quiero! El dolor me está haciendo desvariar y decir lo que en realidad no siento.

Imploró el perdón por su desatino, justificándose en el dolor que llevaba soportando desde la desaparición de Rocío. Conocía muy bien a su marido, él necesitaba de su aflicción, su arrepentimiento y servilismo para sentirse más hombre, más poderoso y aún más dueño de su persona. No debió meter el dedo en la llaga contándole sus pensamientos, que eran exclusivamente suyos y de nadie más. Continuaría siendo la esposa ejemplar que fue siempre, porque su destino estaba ya en manos del Señor. Él y solo Él sabría indicarle cómo y cuándo debería actuar.

Su melena despeinada cubría parte de un rostro suplicante y sus manos, como arañas lobo, avanzaron por la tosca madera hasta alcanzar con ellas los negros y pulidos zapatos del Capitán, que no dudó en sacudir repetidamente con el pie diestro su vientre, su pecho, su cuerpo que yacía balbuceante, como un guiñapo en el suelo, implorando compulsivamente el perdón.

El reflejo de la luna entraba a bocajarro por los grandes ventanales de la galería cuando el capitán dio el portazo a la puerta de su alcoba dejando a Catalina rumiando clemencia. Llegó a la galería que llevaba al salón y caminó hasta llegar a un corredor que unía la zona noble con la de servicio. La luz mortecina y azulada de la luna bañaba tres importantes alacenas, que guardaban en su interior utensilios para puesta de mesa y que fueron colocadas antaño frente a los arcos de medio punto que daban al patio de las cocinas.

Las noches de luna no le gustaban al Capitán.

«La noche siempre debería ser oscura», pensaba, «existe para encubrir secretos, madurar divagaciones dificultosas y enredar en pesadillas ajenas».

No. No le gustaba esa luz y menos cuando daba cuentas de caminos prohibidos. Su figura proyectada en la pared podía poner en entredicho su honorabilidad entre los trabajadores si el sopor en las minúsculas alcobas hubiera obligado a alguno de ellos a tomar el fresco en el patio. Él era un ejemplo de perfección como esposo y padre, un hombre bondadoso, un ser al que todos,

políticos, ilustres, clero y ante todo el vulgo, admiraban por su abnegación y humanidad. Y así era cómo se le reconoció cuando, cinco años antes, recibió de manos del presidente de la diputación la insignia de oro otorgada a la magnanimidad ante cientos de concurrentes que asistieron al acto para dar fe con su aplauso.

Miguel bajó las estrechas escaleras de madera solo iluminadas por un bolígrafo linterna que adquirió en uno de sus viajes y que solía llevar en el bolsillo de la camisa. Anduvo un corto trecho de pasillo y golpeó suavemente con los nudillos la primera puerta que se encontraba antes de iniciar el recodo que conducía a los demás dormitorios de servicio.

Los pocos segundos que el Capitán esperó antes de que la muchacha que allí descansaba le diera paso contrariaron aún más el maltrecho talante que su mujer había provocado en él al faltarle el respeto. Por ello, sin cruzar palabra, asió de manera impetuosa el brazo de la joven y lanzó su frágil cuerpo semidesnudo contra el colchón de espuma que reposaba sobre abruptas tablas de madera unidas en los extremos por grandes y oxidadas escuadras de hierro.

Con ímpetu desmedido le arrebató el breve camisón de algodón para dejar completamente al descubierto el lozano cuerpo de Palmira, que, servil, se manifestaba ofreciéndole sus blancos y turgentes pechos en tanto que una mano trémula por la impaciencia, liberaba el camino untuoso y caliente que le llevaría hasta el gozo extremo y pecaminoso de la infidelidad.

Dos días antes de la desaparición de Rocío, el Capitán había visitado a Palmira, que gustosa le recibió en su minúsculo cuarto en el que apenas cabía un armario de dos lunas, una mesilla y una cama niquelada que guarecía bajo su somier, desde que las visitas del Capitán se volvieran reincidentes, una caja de zapatos en la que guardaba los billetes ganados con su propio cuerpo, una botella grande de Coca Cola, una palangana de plástico y jeringuillas desechables. Palmira, cuando quedaba a solas, se sentaba en el borde del colchón e introducía la cánula con el líquido pegajoso para expulsar de las paredes rugosas de su vagina cualquier indicio de vida que pudiera complicar la suya, que de por sí ya era bastante ardua. El truco para no quedarse preñada lo aprendió de la tía Nica, hermana de su madre, solterona de mal ver que se hizo cargo de ella cuando una riada arrasó

sin avisar la parte baja de su pueblo, llevándose por delante a la madre de Palmira y todo lo que sus aguas cenagosas alcanzaron a su paso.

Cuando el Capitán por primera vez posó su mirada lujuriosa sobre Palmira, el cerebro de la chica comenzó a elucubrar unos deseos de grandeza que sus entendederas comprendían justas cuando su sinuoso cuerpo y rostro angelical se reflejaba en el espejo. La recompensa podía ser cuantiosa en comparación al esfuerzo, solo necesitaba complacencia y paciencia, como ella se repetía en forma de rima, ante los deseos lascivos del Capitán.

Ella sabía que era una buena modista, y al llegar de su pueblo comenzó a trabajar en El Gran Cortijo porque fue la primera faena que encontró. Pero en ese lugar solo podía mostrar su arte esmerándose con las batas, mandiles y trajes de gala que lucían en las fiestas sirvientas y camareros, y eso se le quedaba corto a Palmira. Realmente, su sueño, su gran ilusión era conseguir en propiedad una *boutique* con ropa de firma en Sevilla, donde las señoronas de tronío y apellido largo como un real de hilo le pidieran consejo para embellecer sus cuerpos armoniosos, fláccidos, obesos o destartalados, pero todos podridos del dinero que engrosaría su dispuesto bolsillo.

Mientras el Capitán la poseía, elegía en su mente el papel pintado para la pared y las lámparas caras que colgarían del techo abovedado ayudada por un decorador de modales finísimos y amistades selectas.

Escogía el mostrador de metacrilato más espectacular y la más maravillosa y mullida alfombra persa a juego con el papel pintado, que soportaría un diván tapizado en color oro viejo, parecido al que decoraba el recibidor de la entrada principal de El Gran Cortijo.

Gracias a la prontitud y rapidez con la que su señor se despachaba a gusto, nunca concluía el remate de la *boutique*. Cuando colgaba primorosamente los trajes y vestidos de los mejores diseñadores del mundo en la barra de acero dispuesta como el decorador le había aconsejado, todo comenzaba a temblar de forma sistemática y al momento, el sueño, junto con la pesadilla, acababa.

Unos segundos de laxitud eterna sobre el albo vientre daban paso a un Capitán dadivoso, que solo el gesto de echar mano a la cartera le convertía en el Aladino más irresistible que Palmira hubiera imaginado nunca. Sigiloso, cerró la puerta

en tanto que la chica rebuscaba con su mano impaciente la Coca Cola que ella suponía su gran aliada para alcanzar su quimera, y al abrir el tapón a rosca, los nudillos del Capitán resonaron levemente, otra vez, sobre la madera. Se aseguró de cerrar la botella que guardó de nuevo bajo la cama y entornó la portezuela con curiosidad.

—Cuelga cortinas tupidas en los ventanales de la galería.

—Así se hará, Capitán.

# La denuncia
# 3

Primeras horas del 16 julio de 1993, viernes

El visillo se contoneaba al son del murmullo de la brisa del mar en tanto que la luz matutina comenzaba a matizar de gris perla cada rincón del lujoso dormitorio marital. El teléfono negro que reposaba en la mesita seguía inerte, como desconectado. La noche había sido de vigilia para Miguel. Su hija Rocío, incompresiblemente, no había acudido a dormir, y la falta de noticias hacía que descolgara y colgara de nuevo el auricular por si un milímetro del pulsador hubiese quedado atascado incomunicando el aparato. Recostado sobre el marco del ventanal y tras el humo hilado de su pitillo, había contemplado durante la noche los destellos de luz que sobre el horizonte estaba produciendo la tormenta eléctrica... y tras él, Catalina, con la placidez absoluta que le arrebató la conciencia al poco de meterse en la cama. Ni tan siquiera el trueno aterrador que al amanecer fue preludio de la lluvia hizo alterar el sueño ni el oído de la mujer.

Las idas al cuarto de Rocío, que se hallaba a pocos metros del matrimonial, mantenían el corazón de Miguel en vilo, con la esperanza de encontrar a su hija merodeando en el sueño envuelta en su breve camisón y con la preciosa melena rubia extendida sobre la almohada. Pero su cama seguía impoluta y la alcoba sin rastro de movimiento.

Los retornos a su dormitorio, donde Catalina dormía plácidamente, teñían sus adentros de negros presagios, que no del todo eran descabellados, al ser Rocío la única heredera de la fortuna de los Escusa de Arnus. Su estado emocional, que en un principio era de tremendo enfado y que le hizo gestar el sermón que la caería encima, tornaba, según pasaban las horas y los paseos hacia su cuarto, en la

terrible idea de un posible secuestro que el solo hecho de elucubrarlo le hacía temblar de ira.

Rocío había llegado desde Madrid a mediados de junio, feliz y con la titulación de enfermería bajo el brazo, deseando dar sus primeros pasos en el mercado laboral, y por ello, no perdió ni un minuto en enviar compulsivamente su *currículum* a todas aquellas entidades de la ciudad donde podrían contratarla para comenzar sus prácticas.

Era muy pequeña cuando ocurrió lo del accidente de Alba y la impotencia de no poder ayudar a paliar las secuelas que acarrearon los golpes en la cabeza de su hermana motivaron su deseo de estudiar medicina, enfermería, o quizá, psicología. Porque creció en ella una necesidad vital de ayudar a los enfermos y procurarles salud si sus conocimientos se lo podían permitir. Y ahora, en ese punto de su existencia y con el título en la mano, se sentía realizada y con el deseo de comenzar una nueva etapa en su vida.

Nunca aprobó Miguel esta libertad con la que se movía su niña. Y menos la idea que manifestaba de trabajar por un sueldo, como si ella lo necesitara. Sabía que tenía que hablar en serio con su hija, y le atormentaba la idea de que su permisividad le estuviera pasando factura.

El reloj marcaba las siete de la mañana cuando Miguel descolgó el teléfono y marcó vacilante un número de sobra sabido por él, que, de no ser por la acumulación en su cerebro de visiones premonitorias y horripilantes tras las infinitas horas de angustiosa espera, hubiera marcado en unas décimas de segundo. Los tonos sonaron largos y tranquilos hasta que la voz de una mujer se escuchó al otro lado del hilo telefónico.

—Dolores, soy el Capitán, quiero hablar con Roberto, es urgente.

—Buenos días, Capitán, no sé si aún duerme o está abajo, en su despacho. Aunque es muy temprano... Yo estaba en la cama y... —La voz imperativa de Miguel cortó en seco la verborrea innecesaria de la mujer.

—¡Llama a tu hijo inmediatamente!

Dolores corrió aún soñolienta hacia el dormitorio de Roberto, y la urgencia le hizo tropezar con la pata de la mesita de estilo barroco que sujetaba un reloj portugués a la salida de su cuarto. El dolor en el dedo del pie transmutó su

quejido por el nombre de su hijo, que, de haber estado plácidamente dormido, hubiera salido de su cuarto como alma que lleva el diablo. Como pudo, bajó la escalera interior hasta llegar a la nave de la planta baja para cerciorarse de que el Mercedes descapotable y su coche estaban aparcados. La puerta del taller de bricolaje que ocupaba la parte trasera del recinto se mantenía abierta y, aunque desde el ángulo del rellano alcanzaba a divisar la zona de trabajo en la que Roberto pasaba horas de ocio, vociferó su nombre de nuevo. Aún tullida por el golpe, salió a un pequeño patio lateral revestido de jazmín blanco que trepaba ensortijado hasta un cactus imponente que protegía el vértice de la puerta que accedía al camino terroso. Los geranios y hortensias de diversas tonalidades, sembrados en jardineras talladas en cemento claro, se disputaban el protagonismo de aquel rincón intimista que comenzaba a brillar a consecuencia del tímido sol reflejado sobre la lluvia caída.

Llamó a voz en grito a su hijo, pero tampoco obtuvo respuesta. Supuso que estaba abajo, en el gimnasio-despacho, a pesar de que los rayos solares, aún vacilantes después de la tormenta, no hubieran alcanzado todavía la solera de la corraliza. Cuando la mujer se dispuso a cruzar el umbral del cuarto de caldera que la llevaría al lugar de trabajo de la persona de confianza del Capitán, Roberto apareció.

Llevaba puesto el pantalón corto de tipo militar que solía utilizar cuando estaba en casa y una camiseta blanca con el anagrama de La Fundación que hacía resaltar la piel curtida e hidratada que el joven cuidaba hasta lo indecible. Su cuerpo perfecto y atlético, conseguido a base de entrenamiento, dejaba con el aliento cortado, ante todo, cuando se reparaba en el defecto congénito del miembro pelviano derecho, abreviado los centímetros suficientes para que no pasara por alto su cojera ni tan siquiera a la persona más despistada. Su madre no daba crédito el día de su nacimiento. El llanto de Dolores solo cesaba cuando el agotamiento espasmódico de la garganta tocaba fondo y sus conductos lagrimales y fosas nasales quedaban secas. El mundo se le vino encima cuando el doctor que la atendió en el parto desestimó intervenciones resolutivas en el futuro y se marchó sin darle más explicaciones.

Al día siguiente, otro médico le contó a Silvio, el padre de la criatura, que la solución que se encontraba para esos casos era, únicamente, la ortopédica.

«Pero solución, al fin y al cabo», pensó Dolores, que respiró cuando oyó esa palabra rara que jamás había escuchado antes y que le devolvió la esperanza de que su precioso bebé se recuperara gracias a los inventos de los nuevos tiempos. Era tan hermoso su niño que contemplar su rostro mitigaba el dolor que le producía la visión de ese maldito error de la naturaleza, que, por sorpresa, le había tocado a su hijo como le tocó en desgracia a su abuelo Eladio, que era feo como un demonio y que de no haber tenido una pierna más larga que la otra, allá en Grazalema donde nació, vivió y murió, le hubieran apodado el *Carafea*. Pero como el defecto de la pierna colgante también resaltaba mucho y en Grazalema ya existían motes que hacían alusión a la nula belleza, desde que el niño comenzara a moverse en vertical, el abuelo fue conocido por todos como Eladio *el Cambembo*, que era la palabra que utilizaban en Cádiz para referirse a alguien o algo que estaba mal hecho.

Tardó Dolores en asumir que su hijo jamás podría andar y menos correr como los demás niños. Sin embargo, el invento de la ortopedia poco a poco disimuló más de lo que ella pensó en un principio la maldita tara heredada del abuelo Eladio. Aunque en el caso de Roberto, gracias a su cuerpo atlético, la belleza racial heredada de su madre y su don de palabra, el defecto físico pasaba casi inadvertido ante todo aquél que lo conocía.

Cuando Dolores salió al patio y quiso entrar en el cuarto de la caldera para acceder al despacho-gimnasio de su hijo, Roberto apareció en el umbral alarmado por los gritos.

Su rostro de piel canela tomó intensidad dorada cuando los primeros rayos de sol hicieron acopio sobre el encuadre de la puerta, y su progenitora, antes de notificarle la llamada urgente del Capitán, no tuvo por menos que sentirse de nuevo orgullosa de él.

—¿Qué ocurre, madre?

—Tu jefe al teléfono y por la hora que es, debe ser importante.

El supletorio más próximo pendía colgado de la pared del garaje y Roberto se dirigió a él sin tan siquiera cruzar palabra con Dolores.

—¿Sí? Buenos días, jefe. —Sin ningún tipo de preámbulo, el Capitán, que esperaba impaciente al otro lado del hilo telefónico le inquirió:

—¿Viste ayer a Rocío? —El asombro por la pregunta dejó a Roberto unos segundos sin respuesta.

—La vi al mediodía, sí. Estaba con gente tomando el aperitivo en Casa Pepe. ¿Sucede algo?

—Sí, Roberto. Según Carmela, salió del Cortijo sobre las ocho de la tarde y a casa no ha regresado. A estas horas del día no tengo noticias de ella y es muy extraño. ¿No puedes darme una idea de dónde podría estar? —El Capitán se mostró dubitativo y respiró profundo—. Pensé que, al ser jóvenes los dos, frecuentaríais los mismos lugares de ocio y quizá podrías orientarme para dar con su paradero.

—Pues no, jefe, ahora mismo no se me ocurre nada.

—De acuerdo, Roberto, eras mi única esperanza. En quince minutos estoy en la comisaría.

—Me ha dejado en vilo, Capitán. Seguiremos en contacto.

Roberto colgó el auricular y Dolores, tullida aún por el golpe del pie, comenzó a subir la escalera.

—¿Qué le pasó, madre, que intenta imitarme?

—La puñetera cómoda del pasillo con la mierda del reloj portugués... Que no sé ni por qué sigue ahí, cualquier día lo tiro a la basura. Voy a la cocina, que ya va siendo hora de preparar los desayunos.

—Madre, tengo que hablar con usted antes de salir.

Y Roberto fue tras ella hasta llegar a la cocina.

Hablaron...

Roberto ya estaba en su Mercedes. Se acomodó en él y pulsó el mando a distancia para que la puerta del garaje ascendiera. El suelo terregoso de la entrada chasqueó en tanto que Roberto hacía el consabido barrido visual antes de invadir el camino prensado, pero un objeto próximo a unos matorrales cercanos al acantilado le hizo cambiar de rumbo y después de llegar hasta él y observarlo, regresó de nuevo al garaje.

Descolgó el teléfono y marcó el número del Cortijo.

—¿Capitán? Soy Roberto. Al salir con mi coche he descubierto por casualidad la moto de Rocío en el descampado de la Torre del Centenario... Como a unos doscientos metros de mi casa.

—¿Estás seguro de que es la suya?

—Sí, me he bajado para comprobarlo y no he tenido ninguna duda cuando he visto la pegatina del campus de la Complutense.

—Qué extraño. ¿Qué iría a hacer ella por aquella zona? Aquel lugar no es recomendable para nadie y menos para una chica que va sola.

—No lo sé, jefe. El año pasado también la vi por aquí. Debe ser que le gusta caminar y recrearse por estos parajes. Y de verdad que no me gustó y pensé recriminárselo cuando la tuviera más a mano, pero se ve que se me pasó.

—A mí tampoco me gusta lo que me estás contando. Ahora mismo salgo de casa camino a la comisaría.

# La tata
# 4

Rozaba ya el último día del mes de junio cuando una llamada de teléfono provocó en Rocío una sensación de plenitud que la hizo correr hacia las cocinas. Acababa de conseguir su primer puesto de trabajo en un ambulatorio de la ciudad y Carmela, su tata, era la primera persona del Cortijo a la que se lo quiso comunicar.

Sabía que sus padres no aprobaban su decisión de trabajar al servicio del pueblo cuando de toda la vida había sido el pueblo el que se había beneficiado del servicio que ofrecía El Gran Cortijo, y ella, en ese momento, no necesitaba de reprimendas, sino de abrazos que la envolvieran y una voz de arrullo que la felicitase por su primer paso en el mundo laboral, aunque solo se tratara de las primeras prácticas.

Pletórica de felicidad cruzó el comedor hasta llegar a la galería que comunicaba con el *office* dónde encontró al fin a Carmela, la mujer que tuvo siempre cerca, desde que sus recuerdos dispersos y nebulosos de la niñez más temprana la situaran frente a un rostro claro y blando en el que cobijaba sus pequeños labios para besarlo una y otra vez. Se colgaba de su cuello y le recordaba lo mucho que la quería; y Carmela, Tata, como la llamaban Alba y ella, hueca como una gallina, reía inflando el pecho apacible y orondo en el que Rocío hundía su naricilla para llevar hasta su pituitaria el olor a hierbabuena y canela caliente que incluso la ayudaba a conciliar el sueño.

Asomó la cabeza por la puerta y allí estaba, mondando patatas y escuchando a Rafael Farina en la radio local.

Se lanzó hacia ella como lo hiciera en aquellos días del pasado en los que, azarosa, quería contarle alguna buena nueva.

—Tata, ¡el lunes comienzo a trabajar en el Centro de Salud Cañada de los Tomates!, voy a hacer una sustitución en la consulta de enfermería.

Carmela apagó el transistor que estaba sobre la mesa y soltó el pelador para besarla.

—¡Pero mi niña, qué alegría más grande el que tú estés contenta! ¿Y vas a poner *indiciones* y *to* eso?

—Sí, Tata, y *to* eso... —Rio y la achuchó como si fuera un peluche enorme.

—Pues ese ambulatorio es el que pilla a mi hermano Anselmo y a mi cuñada Eulalia más cerca. Ya les diré yo que mi niña trabaja allí. Tú ya sabes que ellos están *pa* lo que sea, por si necesitas algo del barrio.

—Tranquila, si necesito algo de ellos, se lo pediré. —Y la miró picarona.

Sabía que Carmela la conocía como si la hubiera parido, porque a veces, hasta le adivinaba los pensamientos, pero esta vez, Rocío le llevaba ventaja. Jamás podría adivinar Carmela algo sorprendente y magnífico que existía en su vida, ocupaba su mente y que estaba como loca por contarle.

«Todo a su tiempo», pensó.

—Este año *toas* las alegrías van de batas blancas. Tú te has convertido en una señora enfermera, y mi sobrino Alejandro, fíjate tú, este verano ya se ha hecho médico, quién nos lo iba a decir en la familia... Su padre *pescaor*; su hermano, botarate; su madre, cocinera y remendona de redes y él, médico, ¡Ale! Tú ya sabes quién es... —Rocío puso los ojos redondos, pero no le contestó—. Sí, mujer, el que me escribía las cartas cuando te llevaron al colegio *franchute* de Madrid a estudiar.

—Lo recuerdo, Tata. —Miró vacilante a Carmela y de nuevo la abrazó—. Yo quizá acabe estudiando Medicina, así tendrás dos médicos en la familia, uno por parte de tu hermano y otro por parte mía ¿Qué te parece?

—¡A ver si no me voy a morir nunca con tanto médico! —dijo con la gracia que la caracterizaba y las dos rieron.

—Oye, ¿y qué te ha dicho el Capitán? —preguntó medio guiñando un ojo—. Porque algo me dice que el que tú pongas *indiciones* en el culo a los de ese barrio no le hará ninguna gracia.

—Bueno, haré que lo entienda.

—No, si al final tú consigues *to* lo que quieres. A ver quién se atreve a decirte no a algo si lo pides con esa carita tan *resalá*.

—Te quiero mucho.

—Y yo a ti..., más que a *ná* en el mundo.

# La desaparición de Rocío
# 5

Algeciras. 15 de julio de 1993, jueves

En la salita de espera de la consulta de enfermería en el que Rocío desarrollaba sus prácticas de formación solo quedaban esperando su turno dos personas.

A lo largo de la mañana acudieron al consultorio varios pacientes crónicos para comprobar que su presión arterial continuaba controlada, además de un par de adoradores del sol que necesitaron curar las vesículas que brotaban en sus espaldas lastimosas y enrojecidas. Aunque la mayoría de los que precisaron la atención de la nueva enfermera fuera para revisión y cambio de vendajes en la cura de sus lesiones, o la extracción de puntos cuando sus heridas mostraban la adecuada regeneración epitelial.

Había sido una jornada agitada y solo quedaba ya la última paciente, que venía acompañada por su hija. Rocío recordaba su nombre porque justo el día que comenzó el trabajo, Paquita estaba allí, en la salita de espera, acompañada por una joven con síndrome de Down, esperando a que le tocara su turno.

—Hola, Paquita, pasad. —Sonrió a la madre y a la hija que, agradecidas, le dieron besos en sendas mejillas.

Les mostró las butacas para que tomaran asiento y cuando las tres estuvieron acomodadas, Rocío preguntó a la madre el motivo de su visita.

—Es que quiero que me tomes la tensión. —Paquita era todo dulzura. Sonreía constantemente y sus pupilas verdosas brillaban como dos aceitunitas recién aliñadas. Los ojos de su hija, aunque de rasgos orientales, eran del mismo color y brillaban como brillan los de las personas en los momentos de felicidad.

—A ver, Paquita, la semana pasada te la tomé y la tenías muy bien.

—Ya, pero la tensión se debe tomar para vigilar que no suba.

—Bueno, pero no es necesario tomársela tan a menudo. Si la tienes en parámetros adecuados es suficiente con que te pases por aquí cada seis meses, mujer.

—Pero es que tengo miedo de que me suba. Mi padre murió de un derrame cerebral y dijeron los médicos que eso le pasó porque tenía alta la tensión. Ya sabes, Rocío, que antes no se sabían tantas cosas... ¿No te importa que venga? Es para estar tranquila.

Su sonrisa seguía inalterable y a Rocío la tenía completamente ganada.

—De acuerdo, todo con tal de que vivas tranquila. —Cogió el tensiómetro y se sentó en el borde de la mesa esperando a que la paciente subiera la manga de su camisa. Entretanto, observó que la hija le sonreía—. ¿Y esta chica tan simpática? ¿Cómo te llamas?

—Y...Yosoy

—Sí. ¿Cómo te llamas? —preguntó de nuevo.

—Se llama Yosoy—. La respuesta de la madre dejó a Rocío con la lógica intriga de la procedencia de aquel nombre tan curioso.

—¿Es un apelativo, Paquita? Porque es la primera vez que lo escucho. —Separó el velcro y dejó el aparato sobre la mesa—. La tensión está bien.

—Verás, Rocío..., en el registro le pusimos Yolanda, pero nadie sabe cómo se llama en realidad. Cuando nació, a mí me cogió una llorera que no se me pasaba y estuvo sin nombre unos días, hasta que el pobre de mi marido dijo: «A esta criatura habrá que llamarla de alguna manera, digo yo». Entonces me puse a cavilar como llamarla, pero... —Paquita comenzó a gimotear y Rocío le facilitó un clínex que extrajo del dispensario de cartón—. Antiguamente, se pensaba que estas personas eran inútiles y que las entendederas no les darían de sí en toda su vida. ¡Tú me dirás! Eso pudiera ser, lo de las entendederas, digo... Pero que es la alegría de mi casa, eso sí es verdad... También se hablaba de que venían a este mundo como castigo divino por algo malo que habría hecho la familia. Ya ves tú, qué penita... Mi familia y yo, pues nada más que trabajar. —Cogió otro pañuelo y sonó con fuerza sus mocos y prosiguió—. En todos los pueblos, como poco, hay uno o una de la misma sabiduría que mi hija. ¿Y sabes qué mote les

ponían por aquella época que la niña nació? Pues para todos era el mismo: fulanita o menganita la tonta. Yo soy de Villamartín y allí vivía una niña que también tenía el síndrome de Down como Yosoy, se llamaba Felisa, y todos la llamaba Felisa la tonta. Y yo no quería que a mi niña la llamaran la tonta, porque no. Y me puse a dar vueltas al asunto y se me ocurrió llamarla Yosoy y si a algún malaje se le ocurre detrás del nombre ponerle el apelativo, lo de tonta va *pa* él.

—Muy bien pensado, Paquita, te felicito por la idea.

Yosoy asentía en tanto que su madre y la nueva enfermera compartían impresiones sobre el porqué del nombre con el que se la conocía, y cuando su madre lo contaba, el momento pasaba a ser pleno para ella. Ese nombre era el más bonito y su mamá la mejor mamá del mundo.

—... Y a mi marido se le ocurrió el nombre de Yolanda porque al menos tenía el «Yo» de Yosoy.

A Rocío le pareció una historia increíble. Y pensó que el amor de esa madre debía ser tan puro y albergar tanta fuerza que podría mover montañas si su hija necesitara de su protección. Sintió un pellizco en el pecho cuando le vino a la cabeza la suya y el beso ceremonial de despedida que recibió cuando la dejaron en el colegio francés de Madrid Union-Chrètiemne de Saint Chaumond al poco de morir Alba.

—¿Cuántos años tienes, Yosoy?

—Cua... cuarenta...

—No, tienes veintiuno—. Su madre, sonriendo, le rectificó.

—Yo también, Yosoy, ¡Somos de la misma quinta! ¿Cuándo es tu cumple?

—E... el día del otoño.

—Ella sabe que el otoño —apostilló su madre— viene a celebrar su cumpleaños con ella el día 21 de septiembre, por eso cuando se despierta por la mañana, encuentra en su mesita de noche una hoja seca del color de sus ojos. No hay nada que le haga más ilusión.

—¡Qué bonito, Yosoy...! Yo nací el día 18 de noviembre, pero me gusta muchísimo más tu día. Ante todo, por lo especial que lo hace tu mamá... ¡Que es estupenda, Yosoy!

Entonces, cuando Rocío reconoció en voz alta el mérito de la mujer que le dio la vida, la chica se abalanzó sobre Paquita y comenzó a besarla.

—Para, para, hija. —Entre risas, la madre pidió calma a Yosoy.

—Y... es mu... muy guapa.

En ese instante, Rocío se percató de los rasgos físicos de Paquita. A pesar de tener una edad, su óvalo se adivinaba marcado y de pómulos salientes. Y sus facciones armoniosas, junto a una sonrisa abierta que le iluminaba la cara, encuadraban un rostro perfecto que le hacía recordar a alguna actriz de Hollywood.

—S... seee parece a Sara Montiel.

—No le hagas caso, Rocío, es que a todo el mundo le saca parecido.

—Pues... ¿Sabes que tiene razón? Tus rasgos son muy similares a los de la artista manchega. Tiene gracia la niña.

Paquita se sonrojó al escuchar a la enfermera. Era cierto que, de joven, la gente del pueblo destacaba la gran semejanza con la actriz, e incluso algunos la animaban a probar suerte en el mundo de la farándula, sin embargo, ella lo único que deseaba era casarse con su Felipe y formar una gran familia con él.

—Bueno, hablando de otra cosa... —Paquita, sonrojada, quiso cambiar de tema—. Carmela, tu tata, es muy amiga mía desde hace muchos años, porque yo trabajé en El Gran Cortijo faenando en la casa hasta que me casé. Me la presentó Eulalia, su cuñada... A ver, te explico: Eulalia trabajaba en la cocina y cuando tus padres necesitaron una niñera, pues ella recomendó a Carmela. Nos llevamos como hermanas, y con Eulalia también sigo teniendo mucho trato, a pesar de que cuando me casé con mi Felipe dejé de trabajar en El Gran Cortijo y me dediqué a mi casa.

—¡Vaya sorpresa!, ¿Cómo no me lo has dicho antes?

Yosoy cortó la conversación.

—T... teee pareces a Marisol.

Yosoy dio vueltas a su cabeza hasta encontrar una cara famosa que se asemejara a los rasgos de la enfermera, ya que esa habilidad era por todos elogiada y eso le hacía sentir importante. Y era verdad que no lo hacía nada mal. Los ojos de Rocío, de mirada clara, no dejaban indiferente a las personas que se cruzaban

con ella y su sedosa melena se agitaba al viento como un campo de trigo lo haría a principios del verano.

—Pero esta chica tiene mucha valía —alagó a Yosoy—, es verdad que alguna vez me han sacado parecido a Marisol.

—M... me sé canciones de ella.

—Anda, que te estoy viendo venir, hija. Vamos a dejar a Rocío, que ya es muy tarde.

—¿Te sabes canciones de Marisol?

—Sí, l... laaa del Corazón Contento. ¿T... teee la canto?

Lo preguntó con la ilusión prendida en sus ojitos achinados y Rocío no tuvo por menos que invitarla a que hiciera una demostración.

La chica se levantó de la silla y se situó a la vera de la ventana entre la camilla y la báscula. Entonces Paquita miró de soslayo a Rocío, que en ese momento solo tenía ojos para la joven.

—¡¡Tengo el corazón contento lleno de alegría, tengo el corazón contento lleno de alegría, tengo el corazón contento lleno de alegría!!

La chica, sumamente emocionada, se concentró en un baile alocado girando sobre sí misma sin ningún tipo de control.

—Yosoy, para, no des tantas vueltas, hija... ¡Para, que te vas a caer!

Paquita dio un salto desde la silla para sujetarla y que no tocara el suelo, pero no llegó a tiempo para evitar su caída.

—¡Oh Dios! —Rocío dio una zancada desde su asiento situándose justo detrás de Paquita, que, medio llorando, intentaba incorporar el orondo cuerpo de su hija.

—Creo que se ha dado en la cadera. ¡Ayúdame!, que la voy a examinar.

Entre las dos y como pudieron, lograron tumbar en la camilla a Yosoy, que gimoteaba aún con el susto en el cuerpo.

—Venga, ya está, que no ha pasado nada, mi niña. A ver, dime dónde te duele.

—A... aquí. —Y señaló su cadera, como bien pensó Rocío al verla caer.

La enfermera le bajó el pantalón, ayudada por la madre, que aún seguía presa de los nervios. Hundió sus dedos enguantados por la zona afectada y preguntó si sentía dolor.

Ante la negativa de la chica, la enfermera respiró aliviada y Paquita comenzó a recuperar el color perdido de su rostro.

—Bueno, bueno, lo tiene un poco rojito, pero no es nada. ¿Qué es esto?

—¿El qué? —Paquita no sabía a qué se refería Rocío, porque nunca dio importancia a la mancha blanca con la que nació su hija a la altura de la cadera. Reparó en el antojo mucho después de su nacimiento y ni tan siquiera lo comentó con su Felipe, bastante tenían con sujetar la losa que les cayó encima aplastando su más codiciado deseo de tener más hijos.

Cuando Paquita dio a luz, el doctor observó una rotura uterina amplia, además de la existencia de desgarro con sangrado activo y, ante la imposibilidad de reparar estas dos lesiones, el médico decidió extraerle el útero con la consabida consecuencia de quedar estéril para siempre. Eso fue lo que les dijeron y no había que darle más vueltas. Nunca más volvería a ser madre.

—Es un angioma —afirmó Rocío—, pero popularmente lo llamamos antojo. Y esta forma rectilínea me despierta curiosidad. —Cogió una lupa y lo examinó —. Nunca había visto nada parecido, ni tan siquiera en los ejemplos fotográficos de los libros de dermatología. Lo normal es que la mancha sea asimétrica, pero esta es perfectamente rectangular, y en el centro a la izquierda tiene un lunar redondo más oscuro. Parece una puerta... Una puerta blanca, ¿verdad? Es realmente singular.

—¿Ya te encuentras bien, hija? Paquita estaba más pendiente de que su hija recuperara el color que de las observaciones de la enfermera sobre el antojo.

—Sí, ya estoy buena, ma... mamá.

—Creo que debemos marcharnos, vaya lata que te estamos dando. —Paquita separó la muñeca de la vista y miró su reloj de pulsera—. ¡Ay, qué tarde es, y nosotras aquí entreteniéndote! —lo dijo echándose las manos a la cabeza—. Vamos, hija, que Rocío se tiene que marchar.

*****

El reloj circular del bar Casa Pepe marcaba las catorce horas cuarenta y cinco minutos cuando Rocío entró por la puerta. A primera hora de la tarde el local se

encontraba saturado de clientes y no era de extrañar. Los rayos del sol de julio parecían haberse convertido en un manto de lava que caía invisible sobre las cabezas y el mejor remedio para evitarlo era estar en un local con aire acondicionado, refrescar el estómago con bebidas frías y, de paso, tomar las tapas apetecibles y jugosas de las que el bar hacía gala.

Rocío hizo un barrido visual y localizó a Alejandro en un lateral de la barra. Atusó su bonita melena y antes de dar el primer paso, el chico levantó la mano para facilitar así el encuentro.

Ajustó la mochila que llevaba a la espalda y llegó como pudo a la zona de la barra donde se encontraba Alejandro, su novio desde hacía algo más de un año.

—Perdona, cariño, llego un poco tarde, no había manera de aparcar la moto.

—Te disculpo si me das un beso. —Sabía de sobra que ese gesto lo tenían prohibido en público porque así lo acordaron el último día que se vieron en Madrid. Incluso solo el hecho de mostrarse juntos podría dar pie al chismorreo, por eso solo se vieron de lejos a lo largo de las vacaciones estivales del año anterior. Pero este verano no estaban dispuestos a sufrir la ausencia obligada, y por ello quedaron en verse alguna vez, aunque las manifestaciones amorosas quedaran relegadas a los momentos hermosos que descubrieron en la intimidad de aquel cuarto de un piso de estudiantes, subvencionado gracias a la beca universitaria concedida a Alejandro.

Era un secreto que desvelarían más adelante. La sorpresa sería máxima para todo su entorno. Muy agradable para Carmela y la familia de Alejandro y nefasta para la de Rocío. Pero aún había tiempo. No tenían ninguna prisa.

—Te echo muchísimo de menos, ¿sabes? Estoy comenzando a odiar el verano. —La comía con los ojos. Hacía más de un mes que no se veían y tenerla tan cerca y no poder sentir su tacto y oler su pelo era un sacrificio tremendo que apenas podía soportar.

—Y yo a ti... Pero aquí no te me pongas romántico. —le advirtió y esbozó una sonrisa antes de cambiar de tema—. La última paciente que he tenido se llama Paquita y es muy amiga de tu tía Carmela. ¿La conoces?

—Sí, claro, su hija se llama Yosoy y van siempre juntas.

—También la he conocido. Muy ocurrente lo del nombre, ¿verdad? Hay que ver lo que ha discurrido esa madre para proteger a su hija, es digna de admiración.

—Lo es. Felipe, su marido, también es buena gente. Trabaja en El Gran Cortijo, creo que es el chófer de la señora, bueno, de tu madre. De allí viene la amistad con mis padres y mi tía Carmela.

—Me comentó que ella trabajó en casa, pero no dijo nada de que su marido formara parte de la plantilla...

—Yo creo que sigue allí trabajando. —Dudoso, frunció los labios.

—O igual me lo dijo y no presté atención. Fue la última paciente y ya estaba deseando terminar para verte.

—Pues aquí me tienes. —Recostó su codo derecho sobre la barra y acercó su boca a la oreja de su chica—. Estoy como loco por darte un beso.

—¿Quieres que nos veamos a última hora de la tarde? —le preguntó, sabiendo de antemano la respuesta—. Voy a ir al cementerio para visitar la tumba de mi hermana, pero después podríamos quedar en el acantilado de la Torre del Centenario.

—¿Por qué no quedamos en la Torre del Almirante, que pilla más cerca del camposanto?

No, mejor en el acantilado de la Torre del Centenario, que está más próximo a tu casa. Es del todo posible que en ese lugar solitario y maravilloso te dé un beso.

—O diez. —puntualizó sonriendo—. Allí estaré antes de que caiga el sol, no tengo nada más importante que hacer.

—Y aunque lo tuvieras. —Levantó la voz y movió la cabeza haciendo un mohín de regañina.

Él rio echando la cabeza hacia atrás. Le encantaba gastarle bromas y hacerse el duro. Aunque bien sabía y sentía ella que Álex era el hombre que más amor le estaba demostrando a lo largo de toda su vida.

—Camarero, dos cervezas, por favor —solicitó Alejandro, y el chico recogió la jarra con restos de espuma sustituyéndola por dos Mahou.

El tiempo se hacía corto cuando estaban juntos. Las manecillas del reloj circular que presidía la barra parecían estar sometidas a la disposición de

duendecillos que las hacían moverse con inusitada rapidez.

—Tengo que marcharme, es muy tarde y ya me estarán echando de menos en la mesa.

—Pero termina la cerveza... —Alejandro no sabía cómo retenerla un poco más.

En ese instante, el encargado de la barra se acercó a Rocío.

—Hola, Rocío, mira, que se acaba de marchar Roberto y cuando ha sacado la cartera para pagar, se le ha caído este carnet. —El camarero le mostró la tarjeta de Sociedad Casino de Algeciras.

—¿Quieres que se la entregue?

—Si no te importa...

—No tengo ningún inconveniente, procuraré verle mañana cuando llegue al Cortijo.

—Por eso te digo, porque lo mismo aquí vuelve en un día o en un mes. No es muy rutinario en sus visitas.

La chica desajustó la mochila de su espalda e introdujo el carnet en uno de los bolsillos laterales. Cuando el camarero volvió a su faena, Rocío miró a su novio y justificada por los decibelios imperantes en el local de ocio, se acercó a su oreja y le susurró...

—Te veo esta tarde. Te amo. —Miró sus ojos, sonrió y su figura se intercaló en el tumulto hasta que desapareció por la puerta del local.

Alejandro sabía que era necesario esperar un espacio de tiempo razonable antes de pedir la cuenta y marcharse, por eso se acomodó en el taburete, visualizó los rostros desconocidos de los clientes y se figuró que muy pronto, en cuanto Rocío lo decidiera, darían cuenta a todo el universo de la realidad amorosa que estaban viviendo, aunque supieran de antemano la desaprobación del noviazgo por parte de los padres de ella.

Los minutos que pasaron juntos en ese rincón de la barra le habían proporcionado el momento más maravilloso vivido desde que comenzara el verano, y para más inri, al final de la tarde se volverían a encontrar. Sin lugar a dudas, el resto de la jornada pintaba expectante.

Palpó el lateral de su rostro. El perfume a lavanda de la rubia melena de su chica se había fusionado con su pituitaria e hizo evocar así uno de los momentos

más indescriptiblemente gozosos de su vida. Aquella tarde lluviosa de primavera en la que besó sus labios por primera vez. Él ya había besado a otras chicas, e incluso había tenido rollos con alguna de ellas, pero sentir su aliento le hizo trasmutar el enamoramiento platónico que sentía hacia Rocío por algo más profundo, más carnal, más de los dos, más eterno.

Miró de nuevo el reloj circular que presidía la barra y pidió la cuenta. El bar seguía abarrotado de clientes acostumbrados a empalmar el aperitivo y las tapas con la copa de media tarde. Como pudo, se abrió camino hacia el exterior en el que un bochorno premonitorio de tormenta se adhirió a su rostro. Estudió receloso las nubes grises que paseaban por el cielo y concluyó que posiblemente cayesen cuatro gotas que harían regular la temperatura elevada que estaban viviendo.

*****

Esa misma tarde, los vientos opuestos que amenazaban crear nubarrones de tormenta fueron calmándose paulatinamente, dando paso a una puesta de sol en la que una amalgama de intensos y suaves colores refulgía tras el grosor de las nubes juguetonas que ocupaban el horizonte, reflejando en el mar una inmensurable fogata que iba perdiendo fulgor según avanzaban los minutos.

Pese a ello, ya en la oscuridad de la noche, la ciudad se iluminó con destellos quebradizos, sordos y secos que al rozar las claras del día siguiente tornaron en lluvia enojada, sacudiendo su furia omnipotente, como el todopoderoso Capitán cuando entró en el despacho del comisario Néstor Palacios.

—Mi hija salió ayer por la tarde del Cortijo y no ha regresado, es sumamente extraño en ella.

—Cálmese, don Miguel, y tome asiento. Hacía unos diez años que el comisario Palacios sustituyera en el puesto a Luis Vidal, destituido por negligencia y enviado al País Vasco del que regresó, por petición propia y en calidad de policía raso, después de haber contribuido a la compleja tarea de desarticular un comando de ETA. —¿Y no podría estar en casa de una amiga...?

—Si hubiera sido así, me hubiera llamado para decírmelo, comisario.

—¿Conoce a sus amistades?

—Conserva alguna del colegio, eso sí. Y quizá queden para verse cuando viene de vacaciones. Pero antes de salir de mi casa he llamado a Roberto, mi hombre de confianza...

—Roberto Fernández.

—Sí. Por si me podía dar algún dato que me orientara, ya que los dos son jóvenes y he supuesto que se moverían por los mismos lugares de ocio. Y, efectivamente, coincidió con ella en un bar ayer al mediodía, pero Rocío vino a comer y la vieron salir del cortijo sobre las ocho de la tarde. La pista de Roberto no me ha servido de mucho, pero al salir del garaje de su casa esta mañana, ha visto a cierta distancia una moto abandonada del mismo color que la de Rocío, se ha acercado hasta ella y ha comprobado que, en efecto, era la suya.

—¿Dónde vive Roberto?

Cerca de la Torre del Centenario, y la moto está allí, próxima al acantilado. —Miguel contrajo la mandíbula y su tez pálida enrojeció—. Comisario, sabe mejor que yo los peligros que esta ciudad encierra. Y también sabe que la zona de la Torre del Centenario es un lugar solitario y poco recomendable. Tengo miedo de que la hayan capturado o, peor aún, que algún gusano malnacido...

El Capitán Escusa de Arnus golpeó la mesa con su puño y fijó sus ojos desorbitados en el hombre que le escuchaba. El golpe seco que propinó sobre la madera coincidió con el estruendo de un fortísimo trueno que produjo intermitencias en las luces de la comisaría. Y su rostro, barbudo y desencajado, hizo imaginar al comisario Palacios la presencia de Poseidón, el dios griego de las tormentas, el más violento y vengativo de todos los dioses. Por eso, el inspector respiró hondo antes de exponer una nueva pregunta.

—¿Tiene enemigos, Capitán?, ¿sospecha de alguien que le quisiera hacer daño?

—Soy una persona poderosa. Usted lo sabe. Ratas hay en todas partes, comisario, y en esta ciudad hay mucha alcantarilla. ¡Encuéntrela!, ¡no perdamos más tiempo!

—Mandaré un dispositivo de búsqueda a la zona, don Miguel. — El comisario hizo unas anotaciones—. Seguiremos en contacto.

Se levantó y extendió su mano a modo de saludo en tanto que el Capitán le mostraba otra mirada cargada de advertencia.

Las tormentas intermitentes que apenas descargan agua, estaban aportando al ambiente un desagradable bochorno que solo lo compensaba, al sentirlo, el aroma a vida que produce la lluvia cuando cae en suelo terregoso y seco.

En la dependencia policial los ventiladores volteaban sus aspas reduciendo la humedad y refrigerando el entorno que haría más llevadero, en pleno mes de julio, el trabajo de la plantilla.

Roberto Fernández había sido llamado para testificar poco después de que el Capitán denunciara la desaparición de su hija. La primera pista la había encontrado él al salir de su casa y el comisario quiso escucharlo de primera mano.

Frente a Néstor Palacios, sentado en la silla que poco antes había ocupado su jefe, el joven esperaba a ser interrogado.

—¿Ha pasado mala noche?, le veo la cara un poco desencajada —preguntó el comisario, rebuscando algo en su cajón.

—Bueno, he dormido poco. Don Miguel me llamó por teléfono muy de mañana y anoche logré conciliar el sueño ya avanzada la madrugada... Por el calor...

—Sí, este calor húmedo es agotador y no nos deja descansar en condiciones. —El inspector llevó uno de sus dedos a la sien derecha y lo giró suavemente—. Bien. ¿Conoce usted a Rocío Escusa de Arnus?

—Claro, es la hija de mi jefe.

—¿Y qué trato tiene con ella?

—La conozco desde que éramos pequeños.

—Quiere decir que las familias se relacionan desde muchos años atrás.

—Sí.

—Háblеme de cómo se conocieron.

—¿Cómo?

—Las familias... Supongo que lo habrá oído contar montones de veces...

—Ah, sí, claro. Mi madre trabajaba haciendo faena en el Cortijo.

—¿Y su padre?

—También. Era el chófer de don Miguel.

—¿Era? —Frunció el ceño e inclinó su cabeza hacia un lado—. ¿Ya no trabaja allí?

—Mi padre falleció cuando yo tenía quince años.

—¡Vaya! Pero continuó la amistad.

—Sí. El capitán lo sintió muchísimo, le tenía mucho aprecio. Y prometió a mi madre que jamás les faltaría de nada ni a ella ni a su hijo. De todos es conocido el talante generoso de don Miguel.

—Ahora usted trabaja para él.

—Sí, desde que terminé la carrera. Estudié Económicas y Empresariales.

—¿Y qué labor desarrolla en sus empresas?

—Soy el consejero delegado.

—Debe tener usted un buen expediente académico. —El comisario hizo una breve pausa para estirar su espalda en el respaldo de la silla—. Lo digo porque es usted muy joven para ostentar ese cargo.

—Él confía en mí.

—¿Cuántos años tiene, Roberto?

—Veinticinco.

—¿Y Rocío?, ¿Sabe cuántos años tiene Rocío?

—Veintiuno, va para veintidós en pocos meses.

—Al ser más o menos de la misma edad, supongo que frecuentarán los mismos lugares.

—Ella estudia en Madrid y viene muy poco. Alguna vez, cuando está en la ciudad, ha salido conmigo y mi panda de amigos... Ya sabe, a tomar una cerveza o al cine... Lo que surgiera en el momento.

—¿Y cuándo la vio por última vez?

—Ayer al mediodía la vi en el bar de Pepe tomando algo, pero no hablamos porque yo me encontraba en la parte opuesta de la barra. El local estaba hasta los topes. Levanté mi mano para saludarla, pero no me vio. Había mucho barullo, ya le digo. Yo me marché y ella continuaba allí.

—¿Conocía a las personas con quien estaba?

—Vi chicos y chicas a su alrededor, pero no los conocí, tampoco presté mucha atención a ese detalle. Rocío también queda con otras personas cuando viene a Algeciras, podrían ser antiguas compañeras de colegio... No sé, nunca se lo pregunté.

—¿Sabe si Rocío conduce?

—¿Se refiere a si tiene carnet de conducir? — Néstor Palacios lo miró sin pestañear y Roberto advirtió que había llegado la pregunta del millón—. Bueno, ella se mueve por la ciudad con una Vespino... y creo que es por eso por lo que estoy aquí. —Pasó la mano por su cabello y continuó hablando—. Vi su moto esta mañana temprano a unos doscientos metros de mi casa, aunque si mi jefe no me hubiera puesto en antecedentes con su llamada telefónica estoy seguro de que no habría reparado en ella. Me acerqué con el coche y comprobé que, efectivamente, era la suya. La conocí porque lleva una pegatina de la Universidad de Madrid.

—¿No vio nada más que le llamara la atención?

—No. Regresé y llamé inmediatamente al Capitán para comunicárselo.

—Está bien, Roberto —El comisario Palacios le tendió su mano en forma de despedida—, agradezco mucho su colaboración.

—Si necesita algo de mí, llámeme, estoy a su entera disposición.

Al salir Roberto de su despacho, Néstor Palacios quedó pensativo. A través de su ventana observó las gotitas de lluvia que resbalaban por el cristal formando caminos serpenteantes que fusionaban entre ellos como locos laberintos. El brillo que les reportaba la luz solar que de repente lamió la ventana le recordó al halo misterioso que rodeaban los negocios de Miguel Escusa de Arnus. En la ciudad era de sobra conocido por la Fundación de la que era presidente, pero sus negocios eran toda una incógnita. Quizá había llegado el momento de hurgar para encontrar, y encontrar para saber.

Conoció al Capitán poco después de tomar posesión como nuevo comisario jefe del Cuerpo Nacional de Policía en el acto de beneficencia que otorgaba su afamada Fundación, y que ese año, si no recordaba mal, otorgó a La Asociación de Amigos del Pueblo Saharaui del Campo de Gibraltar. Estiró su espalda y volvió a reclinar el torso sobre la mesa. Tenía el justo trato con esa familia, sin

embargo, también recibía la invitación para asistir a la fiesta de cumpleaños de doña Catalina, un clásico de la primavera, al que acudía *la crème de la crème* de la ciudad.

En la tarjeta escribían su nombre y era extensivo a un acompañante, y este mismo año tuvo la ocurrente idea de proponer a Luis Vidal, su subordinado, además de vecino y recién llegado de San Sebastián, que lo acompañara a la fiesta de cumpleaños de doña Catalina en El Gran Cortijo, en la que no faltó ni un detalle que se pudiera conseguir con dinero, desde el *catering* más selecto a la orquesta de música más afamada de la zona. Luis Vidal conoció esa misma noche a Rocío, la única hija de la agasajada. Una hermosa jovencita de la que sus padres deberían sentirse orgullosos.

Un año llevaban Palacios y Vidal compartiendo tabique, asistenta, muchas veces puchero, y no pocas noches de copas y tónicas frente a la barra de un prostíbulo, alternando con mujeres de buena presencia y mala reputación. Aunque el colofón de muchas de esas noches no fuera precisamente la visita a uno de los cuartos del burdel, sino el desahogo reiterativo de los recuerdos amorosos y ausencias obligadas que la vida se había encargado de sellar a fuego en el corazón de ambos. Palacios con una viudez temprana y Vidal con el abandono incomprensible de su amada, que no llegaba a digerir.

El inspector pulsó la tecla de su teléfono para comunicarse con el agente cuando Vidal toco con los nudillos de su mano, la madera de la puerta y asomó parte de su rostro.

—Pasa, Vidal, te estaba llamando. ¿Alguna novedad?

—El operativo de búsqueda... —El policía tomó asiento y continuó con la información—, hemos encontrado cerca del acantilado de la Torre del Centenario la moto descrita por Roberto Fernández, y ya se han tomado todas las muestras. Pero sorpresa... —Vidal repiquetea los dedos en la mesa—. Escondida tras una roca, a pocos metros de la Vespino, han encontrado una bicicleta, y poco más allá, un ramillete de flores que está examinando la científica.

En ese momento llamaron a la puerta de nuevo.

—Entra, Luki.

El chico, vestido de paisano, aportaba un sobre que entregó a su jefe.

—Son las fotos, acaban de traerlas del laboratorio.

—Gracias, Luki. —El agente les dejó de nuevo solos.

El jefe abrió el sobre y extendió varias fotos encima de su mesa. Observó el contenido durante unos segundos y señaló una de ellas.

—Las flores están pisoteadas. — Entonces, Néstor cogió una lupa que reposaba justo al lado de la pitillera de metacrilato para observar la fotografía más detenidamente. Vaciló unos segundos antes de extraer el informe pericial en el que indicaba que las flores eran gazanias, género perteneciente a la familia de las Asteracea, que se cultivan en lugares secos. Las huellas dactilares que se encontraron en la bicicleta y el ramo pertenecían a una persona sin antecedentes.

—Huele a delito pasional o intentan que lo parezca. —Vidal irrumpió en el silencio sin obtener respuesta de su jefe.

El equipo de buceadores aún estaba peinando la zona del acantilado y era del todo posible que encontraran el cuerpo de Rocío o quizá alguna prueba más que ayudara a resolver su desaparición.

—Hay que localizar al dueño de la bicicleta —ordenó Palacios—, y también averiguar con qué personas estuvo la chica tomando el aperitivo ayer al mediodía.

—De acuerdo, jefe. —Antes de salir por la puerta, Vidal se giró para proponer a su vecino algo que le hizo cambiar el semblante. —Esta noche pasa a mi apartamento, que te voy a preparar unos fideos con coquinas, y para después, un atún que he comprado esta mañana a Manuel el de la Rosana.

—Gracias, pasaré. Eres un buen cocinero y mejor amigo.

—Soy buen vasallo porque tengo buen señor. Te espero.

# La casa del acantilado
# 6

Atardecer del 15 de julio 1993, jueves

Las nubes juguetonas jaspeaban el firmamento de infinitos colores brillantes, matizando la superficie violenta y desapacible del mar con la que parecía querer despedirse el día. A veces el sol se ocultaba entre los nubarrones para reaparecer majestuoso y soberano sobre las oquedades del cielo que, impolutas, mostraban el mismo azul intenso que se manifestaba siempre en los ardientes y limpios días de verano.

A Rocío le gustaba pasear por aquella zona desde la que podía divisar el Peñón de Gibraltar, convertido por el sol en silueta que anunciaba el atardecer dorado y majestuoso cuando el astro buscaba paulatino esconderse tras el horizonte montañoso de la Sierra del Estrecho.

Miró a su izquierda desde su moto y divisó a lo lejos la casa en la que vivía Roberto con su madre. A ella, a Dolores, la había tratado muy poco, quiso recordar cuando fue la última vez que la vio y no lo consiguió.

Solo llegaba a su memoria la imagen difuminada de la mujer, racial, delgada, muy hembra, como decían por allí, bailando con mucho arte unos tanguillos de la tierra en la fiesta de la matanza que se celebraba todos los años en el patio de las cuadras de El Gran Cortijo. Rocío bailó con su hermana, con Carmela y con todo aquel que le tocaba las palmas. También recordó a Roberto de chico... Y a Silvio, su padre, templando la guitarra.

En el fluir de los recuerdos, miró de nuevo la casa, aislada y tranquila. Rezumaba paz. La segunda planta disfrutaba de un mirador acristalado desde el

que, posiblemente, se contemplaran las pequeñas lagunas que ocasiona, a veces, el mar en la costa de Getares.

«Desde El Gran Cortijo se disfruta del paisaje abrupto de quejidos, encinas y lavanda, pero desde allí no se divisa el mar. Algún día propondré a Roberto que me invite a conocer su casa», pensó.

En esos pensamientos estaba, cuando vio a Roberto que faenaba en su puerta con una tarea que no acertaba a distinguir y recordó que en la mochila llevaba el carné de Sociedad Casino de Algeciras, que le pertenecía, y que el camarero del bar Pepe le confió. Aunque la entrega de la tarjeta no fuera urgente, se le ocurrió acercarse a la casa, ya que aún le sobraba tiempo antes de reunirse con Álex cerca del acantilado. Aparcó la moto y caminó hacia la puerta. Roberto estaba entusiasmado, adecentando con pintura la verja lateral que comunicaba con un jardincillo. Un soberbio cactus arborescente brotaba desde el interior del patio, convirtiéndolo con su sombra en un rincón agradable, supuso, en los tiempos de temperatura alta.

Llamó a Roberto cuando apenas quedaban algunos metros para ponerse a su altura y extrajo el carné de su mochila. Pero los auriculares con *noise cancelling* que él había adquirido recientemente para escuchar música, y de los que presumió ante ella pocos días antes en El Gran Cortijo, cumplieron con creces su función de aislamiento y el chico continuó sin percatarse. En ese instante, el joven dejó la tarea de adecentamiento de la puerta y se introdujo en el patio.

Lo siguió.

En su cavilar creyó que lo sorprendería y los dos disfrutarían de un encuentro totalmente imprevisto.

Entró en el jardincillo.

Era un lugar pequeño, pero sorprendentemente agradable. Sobre su cabeza, el majestuoso cactus con sus ramificaciones cerraba el gran hueco sobre la puerta de hierro que comunicaba con el exterior. Le pareció a Rocío una alarma natural contra el robo, que le comentaría a Roberto en el momento que le diera alcance. Sospechaba que el cactus fue plantado adrede hace años con ese fin, o al menos lo parecía. Era curioso, sí.

Miró al frente y comprobó que las paredes del patio estaban completamente recubiertas de jazmín trepador, inundando de perfume ese rincón de la casa. El color de las jardineras, rebosantes de verbena y geranios que custodiaban el paso, armonizaban con las florecillas blancas que estampaban la tapia alta de delimitación y el muro lateral de la casa en la que había dos puertas de acceso. La primera estaba cerrada con la llave por fuera, si bien, la del fondo se encontraba entreabierta. Supuso Rocío que el joven habría entrado por ahí y que ese camino la llevaría a un inminente encuentro con él. Imaginó encontrar una habitación dedicada a los útiles de riego y jardinería, además de distintas herramientas de bricolaje... Por supuesto, todo ordenado y pulcro. Roberto era todo perfección y eso era sabido por todos los que le conocían. Jamás se le había pillado en un renuncio. Comprendía la actitud de su padre, el Capitán, como todos le llamaban, de haberle reclutado en sus filas nada más terminar la carrera. Fue un buen fichaje, sí, siempre dispuesto y a sus órdenes.

Daba igual el momento, día o lugar que lo necesitara, Roberto estaba ahí.

Siempre fiel, siempre.

Quedó sorprendida cuando en vez de una habitación de aperos de jardín encontró un habitáculo destinado a la calefacción y electricidad. No entendía qué había sucedido... Roberto se esfumó delante de sus narices y no daba crédito.

Recordó ese truco de magia en el que el mago introduce a la chica en una caja, la cierra y posteriormente la atraviesa de cabo a rabo con espadas, y al abrirla de nuevo la mujer desaparece ante los ojos de los presentes.

Pero todo ello es producto de la ilusión, lógicamente, la chica debe estar en algún lugar, en la parte posterior de la caja, quizá debajo del escenario o tras unos espejos que hábilmente camufla el ilusionista. Pero en algún lugar estará, como Roberto, eso es seguro. Y no muy lejos.

Desde la puerta, Rocío reparó en los contadores de luz y de las tuberías de la caldera sin salir de su asombro. La extrema limpieza de los mandos, cables, suelo y paredes indicaban que el responsable de lo que sucedía en ese cuarto era Roberto, no había la menor duda.

Observó los tabiques finamente enyesados y pintados de blanco...

Y la mitad de la pared lateral izquierda forrada de madera, decorada también del mismo color...

Rocío se acercó a ella, y descubrió una fina canaleta que bordeaba el suelo hasta perderse entre los tubos de la calefacción que llevaban hasta un pequeño interruptor.

La curiosidad le pudo y pulsó.

El panel comenzó a moverse mientras dejaba al descubierto un misterioso hueco del que nacía una escalera, la que, evidentemente, llevaría al lugar dónde se encontraba Roberto. Posó sus deportivas sobre el primer escalón y miró hacia abajo. Sentía que su caja torácica se agitaba alocada y por un momento valoró la sensata decisión de darse la vuelta y salir corriendo. Estaba claro que ese lugar oculto era el refugio de Roberto y ella no era quién para usurpar la intimidad de nadie. Estaba en casa ajena y cada cual era libre de construir su templo donde le viniera en gana. Pero justo cuando sigilosamente intentaba llegar al interruptor para cerrar de nuevo la puerta, escuchó un gemido lastimero que la dejó paralizada. Parecía provenir de una mujer o un niño, o quizá fuera una gata en celo. Recordó que hace años una voz suplicante la despertó en medio de la noche y se asustó. Saltó de la cama y corrió al balcón para localizar a quien necesitaba ayuda. Escuchó atenta y comprobó que el clamor venía de la zona de servidumbre y era como el llanto de un niño despojado de toda protección. Al día siguiente, Carmela le contó que no eran lamentos de un ser humano, sino el maullido fuerte y persistente de las gatas que vivían en los soportales del servicio y que manifestaban así el celo para conseguir la atención de los gatos. La dejó tranquila con la explicación y nunca más volvió a alterarse su sueño por la llamada sexual de las felinas del Cortijo.

Pasaron largos segundos hasta que un nuevo lamento proveniente de aquel agujero volvió a repetirse, y ya tuvo más clara su procedencia. Ahora apostaba por la voz suplicante de un ser humano, de una mujer o quizá de un niño...

Comenzó a bajar la escalera cuidadosamente. El ritmo cardiaco se le aceleró hasta sentir verdaderos topetazos en su caja torácica. Pero algo en su interior la obligaba a descender hacia aquel sótano en el que, estaba segura, algo extraño

sucedía. Notaba que sus ojos querían salir de sus órbitas, pero a su vez, quería visualizar y retener en su cerebro todo lo que estaba al alcance de su vista.

La luz tenue de un flexo matizaba en forma de arcoíris la majestuosa estantería repleta de libros que presidía el fondo, y frente a ella, una mesa de oficina sujetaba un fichero de tres pisos, dos cubiletes con bolígrafos y varias cuartillas ordenadas bajo el fósil de caracola que Roberto adquirió en la feria de la Línea dos veranos atrás. Recordó cómo el antojo de su amigo pasó factura a la mochila y a su espalda hasta que llegaron al coche para regresar a Algeciras, y también, como a sus amigos les sirvió de broma el impuesto servilismo durante un tiempo.

Otro punto de luz más vivo provenía de una habitación estudio que se encontraba a la derecha del despacho. Se acercó y pudo ver tras una cristalera cómo Roberto manipulaba sobre un fregadero de acero inoxidable botes de pintura y trementina, aún con los guantes y los auriculares puestos. Pero Rocío no pudo por menos que llevar sus manos a la boca, cuando descubrió a una mujer que caminaba sobre una cinta andante, como la de los gimnasios.

La máquina miraba de frente a una cama en la que los peluches y los cojines se alternaban para simular un espaldero sobre el que colgaba un póster de Heidi con Pedro en las montañas Alpinas.

La melena lisa y rubia caía sobre la espalda esbelta de la mujer, que coordinaba el ritmo de los pasos como algo muy aprendido.

Ella era la que maullaba como una gata. Repitió el gemido mientras unos leves espasmos movieron su cabeza como queriendo repasar con su vista el dibujo animado que tenía de frente.

Ella, esa mujer que, inexplicablemente, estaba en ese escondrijo y en ese lugar oculto que Rocío había descubierto de pura casualidad.

Vio mancuernas de diferentes calibres debidamente ordenadas sobre estanterías y un banco multifunción para hacer abdominales, pero evidentemente, ese lugar no era un gimnasio. ¿Qué hacía esa chica allí?

Roberto seguía inmerso en su tarea de bricolaje cuando la mujer en resulta de un nuevo espasmo, movió su perfil hasta dejarlo estático ante los ojos incrédulos de la intrusa.

Rocío traspasó el hueco de la cristalera y caminó hacia ella.

La observó y el descubrimiento la hizo tambalear.
Era su doble.
Una mujer exacta a ella, su gemela.
Era Alba.

# El pañuelo
# 7

26 de julio de 1993, lunes

La iglesia de Nuestra Señora de la Palma estaba tranquila a esa hora de la mañana. Los rayos del sol, según pasaban los minutos, aumentaban su incandescencia sobre el asfalto de la Plaza Alta y apenas un puñado de feligreses acudieron a la celebración de la primera eucaristía del día, que duró algo menos de media hora. Al finalizar podían contarse con los dedos de una mano los que aún permanecían dentro del templo recibiendo el sacramento de la confesión, orando, o sencillamente en actitud contemplativa.

Ya habían pasado tres jornadas desde que el cuerpo de Rocío recibiera cristiana sepultura después de varios días de búsqueda por tierra y mar, un tiempo doloroso que doña Catalina solo sabía paliar arrodillándose ante la imagen de María Santísima de la Soledad, su confidente y amada Virgen. Envuelta en un vestido negro de manga francesa sin atisbo de adornos oraba dubitativa, en tanto que un hombre de mediana edad esperaba en uno de los bancos de la última fila a que Catalina finalizara su rezo y caminara hacia él cuando tuviera intención de abandonar el templo.

Después de persignarse y elevar la cabeza para contemplar la imagen que representa a la Virgen María, sola, tras la muerte de su hijo, doña Catalina avanzó hacia la salida en dónde el sujeto la esperaba.

—Doña Catalina, perdone mi intromisión—abordó el hombre antes de que la mujer pisara la calle—. Soy Julián, el farmacéutico y dueño de la farmacia que linda con su tienda de flores y quiero mostrarle mi más sentido pésame ante la terrible pérdida de su hija.

—Muchas gracias. —La mujer lo miró y solo descubrió ante ella un rostro desconocido, pero sumamente cortés que manifestaba empatía con el momento indescriptible que estaba viviendo—. ¿Cómo es que no lo conozco? —apostilló con curiosidad.

—Hace poco más de un mes que he firmado la compra de la farmacia, lo que ha hecho que cambie de residencia. Soy de Toledo como don Fadrique, el anterior dueño, que era amigo de mi padre y me ofreció la oportunidad de comprar el negocio poco antes de morir.

—¿Ha muerto don Fadrique?, ¡cuánto lo siento! Aunque ya era muy mayor y solo cabía esperar que el Señor le llamara pronto a su lado.

—Sí, es cierto. Esas muertes, aunque duelan, se aceptan mejor. —Catalina hizo una mueca de sufrimiento y sus ojos marrones se llenaron de lágrimas—. ¡Oh, lo siento!, siento muchísimo no haber medido mis palabras. ¿Qué puedo hacer para que perdone mi insolencia? —Julián, compungido, extrajo un pañuelo blanco de su bolsillo del pantalón y se lo ofreció a la mujer que, sin dudarlo, lo desdobló y llevó hacia una lágrima que corría por el borde de su nariz.

—No se preocupe, comprenda que estoy altamente sensible y cualquier frase o palabra, en mi estado, puedo malinterpretarla. —Extendió su mano con la intención de devolverle el pañuelo—. Le pido disculpas si le he hecho sentir mal.

—No, por Dios, quédese con él, por favor, y no se preocupe, ya me lo devolverá si así lo desea. No olvide que somos vecinos de negocio.

—¿Cómo me dijo que se llamaba?

Enjugó de nuevo sus lágrimas y esperó a que el farmacéutico le recordara su nombre.

—Julián, me llamo Julián.

El hombre tendió su mano en forma de saludo esperando la respuesta de la mujer. Tal vez en su fuero interno algo se movió cuando Catalina le correspondió y le ofreció la delicada textura de su piel y su dulce presión. O tal vez, ese sublime impacto sucediera poco después de su llegada a Algeciras, cuando descubrió a doña Catalina, componiendo un bello ramo de flores, a través de la cristalera de su floristería.

La luz del sol iba ganando terreno a las sombras que delineaban la fuente central de la Plaza Alta, dando lustre a los elementos cerámicos y la prestancia de sus farolas cuando la figura enlutada y esbelta de Catalina se confundió entre el gentío de la calle Ancha.

# El sótano
# 8

15 de julio de 1993, jueves

A Rocío le fallaron las fuerzas y casi pierde el equilibrio cuando descubrió ante sus ojos una mujer de fisonomía exacta a la de ella, que la miraba curiosa mientras caminaba sobre la máquina rodante como un autómata.

No era posible que estuviera delante de Alba..., o sí...

En esas décimas de segundo su mente descolocada y víctima de un shock, viajó en el tiempo. Recordó el perfume a crisantemo, gladiolos y rosas de las coronas que rodeaban y cubrían el féretro pequeño en el que Alba reposaba y, de nuevo, su pituitaria quedó invadida con ese olor hediondo y espeso que machacó cada rincón de su cerebro.

*****

Un silencio sepulcral se masticaba en la antesala de la biblioteca de El Gran Cortijo en el que habían instalado el ataúd blanco cuando Rocío entró de la mano de Carmela. Próximo a la puerta estaba su padre, acompañado de Silvio y de su gran amigo el doctor Acevedo. Los tres conversaban en voz baja.

—Disculpe, don Miguel... —Carmela se dirigió a su jefe sin superar un ápice los decibelios de la conversación del grupo—. Traigo a la niña cómo usted me dijo ayer, para que se despida de su hermana.

El Capitán posó una rodilla en el suelo para situarse a la altura de Rocío, la besó en la frente y prendió en sus ojos su mirada azul.

—Hija, los Escusa de Arnus pertenecemos a una raza suprema. La vida no perdona la debilidad. No lo olvides nunca. Abraza a tu madre y besa el féretro.

En el diván aterciopelado estaba sentada doña Catalina, cabizbaja y vestida de negro. Rocío abrazó a su madre y caminó entre brillos fantasmales hasta llegar a los pies del féretro. Miró la caja sellada y la besó. Mientras tanto, los cirios amarillentos que la custodiaban vertían sus cerosas lágrimas acompañándola en su pena.

Una pena tan honda que le hacía sentir el vértigo de la asfixia y que ni en sus peores pesadillas hubiera imaginado que pudiera existir.

*****

—¿Alba? —Se atrevió a preguntar a la chica que era exactamente como su propia estampa.

La mirada de Roberto, amenazadora y negra, traspasó la suya, sumergiéndola en un mar de preguntas que, intuía, no tendrían respuesta.

Retrocedió unos pasos y galopó hasta las escaleras. La cabeza le daba vueltas y su propio ser no le estaba facilitando la salida. Al llegar al penúltimo escalón notó como su cuerpo resbalaba de nuevo hacia el escondrijo impulsado por los musculosos brazos del joven, que asió el cuerpo de Rocío hasta dejarlo totalmente inmovilizado frente a él.

La mirada de Roberto, impregnada de perversión, parecía querer traspasar las azules pupilas que tenía frente a él cuando acertó a balbucear una frase:

—Lo siento.

El impacto brutal de su cabeza contra la de Rocío la dejó sumida en un estado semiinconsciente, que desmadejó su cuerpo, dejándolo a la plena voluntad del joven.

Roberto cruzó la cristalera con el cuerpo de la chica en brazos y la recostó sobre la cama ante la anodina mirada de Alba, que, alterada por el extraño acontecer, gemía lastimera dando velocidad a sus piernas que trotaban expertas sobre la cinta andante.

El aturdimiento nublaba la vista de Rocío e imposibilitaba cualquier sublevación que le ayudara a escapar de ese terrible escenario. A pesar de ello,

pudo escuchar perfectamente lo que Roberto le susurraba en tanto que bajaba hasta sus tobillos el pantalón de su chándal.

—Nunca debiste llegar hasta aquí.

El póster coloreado de Heidi fue testigo mudo de la violencia sexual que Roberto ejerció en la muchacha amparado por el deseo que conllevaba el enamoramiento que siempre sintió por ella. Su mente enferma aleaba delirio, violencia, sexo, amor y muerte. El éxtasis fue más allá de lo que descubría en sus fantasías con el cuerpo de Alba. Con Rocío sintió algo irracional, sublime...

Y la ira le poseyó de nuevo cuando comprendió que la situación necesitaba sentencia. Rocío estaba, irremediablemente, en el escondite remoto y protegido como un búnker que fabricó Silvio, su padre, para ocultar y cuidar a la pequeña enferma mental que nunca se recuperaría. Y sin comprenderlo aún, ese búnker se acababa de convertir, muy a su pesar, en la tumba que debería guardar también los restos de Rocío.

Acabar con ella era la única opción. El tormento acució sus sentidos y retorció su cuerpo postrado junto al de Rocío, que continuaba impasible sobre el revoltijo de cojines. Si todo esto era destapado, su vida estaría en juego y quizá la de su madre también.

Los tentáculos del Capitán eran largos y poderosos y si se descubriera el escándalo, bien sabría él escudarse ante la justicia. Don Miguel tendría urgida la estrategia. Lo conocía muy bien.

El poderoso Capitán saldría triunfador y víctima. Roberto no imaginaba cómo, pero así sería, no tenía ni la menor duda... Y en la cárcel se cavaría su propia fosa, la del *pringao,* la del terrible psicópata que su jefe se encargaría de demostrar que era.

Todo lo ocurrido desbordaba sus pensamientos y Roberto necesitaba poner orden en su cerebro para llevar a cabo un plan elocuente para salvar el pellejo, se iba a volver loco si no encontraba una resolución ya. La cosa urgía...

Caminó preso de los nervios hacia el despacho y miró el pisapapeles de caracola. Quizá fuera la mejor arma. Un golpe certero y todo habría acabado para Rocío.

Justo después de cruzar la cristalera de nuevo, encontró una tarjeta en el suelo. La cogió intrigado y comprobó que estaba a su nombre. Era su carnet de la Sociedad Casino de Algeciras.

Entonces comprendió todo lo que pudo suceder para que Rocío descubriera el escondite.

Al mediodía, cuando tomaba unas cañas en el bar de Pepe, la vio junto a un joven. Observó sus gestos, sus miradas, y eso le llevó a pensar que podría haber algo más que amistad entre ellos. El rostro del chico le era familiar, pero no lograba ubicarlo. Al fin, supo quién era. El hijo de Eulalia, la cocinera, y Anselmo, el pescador.

La rabia se apoderó de él. ¿Cómo era posible que Rocío entrara en un juego de seducción con ese pobre desgraciado qué no tenía dónde caerse muerto?

Comprobó que la pareja estaba en el paso que llevaba al servicio de caballeros y no pudo por menos que intentar acercarse a ellos con esa excusa y escuchar así su conversación. Necesitaba saber qué era lo que tenía Rocío con ese carajote. Pero el tumulto le camuflaba algunas palabras aun estando a pocos centímetros de ellos...

«¿Quieres que nos veamos a última hora de la tarde? Voy a ir al cementerio para visitar la tumba de mi hermana cuando el sol esté más bajo. Pero después podríamos quedar en la Torre...

—Allí estaré, no tengo nada más importante que hacer...».

Creyó haber escuchado la Torre del Almirante porque está a un paso del cementerio. Pero no, era la Torre del Centenario. Le traicionó la lógica y el ruido. Y por ese lapsus se maldijo mil veces. Razonó que el carné de socio del Casino se le debió caer en la barra cuando abrió su cartera para pagar la cuenta del bar, y a través de alguien, quizá un camarero que les relacionó, la tarjeta llegó a las manos de Rocío. “Es muy posible que, hurgando la policía, ese detalle les traiga hasta aquí...”

Ahora la idea de enterrar el cuerpo de la joven en la cueva era descabellada, por eso corría prisa desviar la atención hacia otra parte.

El hijo del pescador había quedado con ella en la Torre del Centenario al caer la tarde. Pensándolo bien, él era la solución.

Entre tanta elucubración, Alba había pulsado el stop de la cinta rodante y caminó dos pasos hasta llegar al cuerpo de Rocío que ya comenzaba a reaccionar. Se inclinó y acarició su cabello. Pero la orden de Roberto hizo que, de inmediato, se apartara de su gemela.

—¡Al rincón, al rincón...!

Vació una de las cajas apiladas que estaban contra la pared y rebuscó hasta encontrar un cordel, con él maniató las muñecas de Rocío a la pata del somier y sin perder tiempo, se acercó a la mesa de despacho, extrajo del cajón superior un revolver, subió la escalera y desapareció.

Cuando Roberto salió al pequeño patio, las nubes inquietas serpenteaban ya sobre la base azul oscura del atardecer. Traspasó la puerta de hierro y repasó escrupulosamente con la vista la panorámica de la explanada en la que estaba ubicada su casa. La desertización del momento se aliaba con él y parecía querer echarle una mano para que la ejecución del maquiavélico plan saliera perfecta. Ya solo necesitaba esperar a que el sujeto apareciera por el camino para dirigirse hacia el extremo del descampado en espera de su amada...

Entonces, él actuaría.

Su mente descolocada le agitaba el pulso y la sudoración brotaba por cada uno de los poros de su piel cuando algo llamó la atención de Roberto. A la vera del camino que llevaba a la Torre y a tiro de piedra de la verja recién pintada, Rocío había aparcado su moto. Aceleró su maltrecho paso para llegar hasta ella y sin perder ni un segundo la camufló entre unos arbustos cercanos, para después regresar a la casa.

No había pasado ni un minuto cuando, escondido tras la puerta de hierro, divisó a Alejandro que se acercaba al descampado subido en una bicicleta. Era su objetivo... Un chico moreno, atlético, de envergadura similar a la suya. ¿Por qué Rocío nunca lo miró a él con otros ojos? Los celos exacerbaron aún más su cerebro.

Y lo vio alejarse por el sendero hasta que el chico aparcó la bici cerca del acantilado. Miró sus manos, que continuaban protegidas por los guantes que calzó para adecentar con pintura la puerta y caminó renqueante atraído por la furia marina que encubriría su delito...

*****

La escasa luz que restaba del día iba tornando de grises fantasmagóricos el perfil de la solitaria vivienda cuando Roberto dio la espalda al bramido de las olas. La suerte le acompañó y todo se había resuelto muy rápido. El hijo del pescador estaba sentado de espaldas sobre una roca y no hubo que utilizar el plan B. Ahora solo quedaba por ejecutar la parte más dolorosa. Caminó hacia la casa y de lejos echó un vistazo al mirador de la primera planta, que, como un agujero negro, mostraba el declive luminoso de la jornada y la oportuna ausencia de su madre. Ni tan siquiera estaba encendido el punto de luz que indicaba vida a la entrada de la vivienda. Era jueves y Dolores tenía por costumbre salir a merendar y a lo que se terciara, tomar unos lingotazos o a aliviar el cuerpo con la compañía de un amigo, por consiguiente, cuando regresara, todo habría terminado.

Ahora quedaba Rocío... Él solo tenía que pensar en su brillante futuro y así todo sería mucho más sencillo. Eso era lo único que debería ocupar su pensamiento.

Además de evitar mirar su rostro.

El Capitán tenía planes muy interesantes para él. Incluso le insinuó poco tiempo antes que le haría partícipe de importantes negocios que tenía fuera de nuestras fronteras. Era su hombre de confianza y la recompensa estaría a la altura de su lealtad. Todo debería seguir igual. Solo necesitaba abstraerse en el momento crucial y después pensar como dejarlo todo atado y bien atado.

*****

En la penumbra del sótano, el instinto de supervivencia la instaba a liberarse de aquella cuerda que le impedía el movimiento. Rocío no calculaba cuánto tiempo había transcurrido desde que Roberto se precipitara contra su vulnerable cuerpo, que, como un guiñapo, soportó la degradante vejación al que fue sometido. Pero era el momento de actuar si quería salir viva de aquel antro infecto de mentira y horror en el que había encontrado, por casualidad, a su hermana, a la que suponía muerta y enterrada muchos años atrás.

Se removió sobre su espalda e intentó aflojar el cordel, pero este continuaba inalterable en su misión y no se movió ni un ápice. Intentó elevar la pata del somier, pero era demasiado pesado para levantarlo con la espalda y la reincidencia era inútil.

Y pensó en el horrendo final que le esperaba.

El pavoroso convencimiento que asaltó su cerebro removió con inusitada fuerza sus entrañas y la hizo vomitar hasta quedar exhausta. Imaginó a Álex esperándola. Gritó su nombre. Sabía que su último suspiro estaría con él, pese a que le desgarraba por dentro el dolor que tendría que soportar ante la desgracia de su ausencia. Miró de nuevo a Alba, que se había sentado en el suelo y balanceaba el cuerpo con un compás aprendido y monótono que parecía no tener intención de abandonar. Entonces, Rocío recordó que cuando Roberto le dio una orden, su gemela la acató de inmediato y se refugió en el rincón. ¿Y si la orden la daba ella? Sin perder un segundo vociferó...

—¡Levanta la cama!, ¡levanta la cama!

Increíblemente, Alba se incorporó con una fuerza asombrosa e izó la pata del somier lo suficiente para que Rocío pudiera escapar. Al verse liberada, corrió hacia la cristalera y atizó con toda la fuerza de su pie el cristal inferior haciéndolo añicos. Se recostó de medio lado sobre un resto punzante y friccionó la soga repetidas veces. Lastimaba sus muñecas, sus dedos... Entretanto, Alba gemía y caminaba como un autómata de un lado a otro de la habitación dañándose la frente cada vez que llegaba a una de las paredes opuestas, provocando que su sangre corriera por sus mejillas al unísono que Rocío percibía la sensación viscosa y húmeda del líquido rojo entre sus manos.

—Ven conmigo, Alba, no temas, soy Rocío, tu hermana. —La cogió de la mano y la chica lo aceptó obediente. —Te voy a sacar de aquí, vamos... —Subieron la escalera y Rocío buscó un interruptor de apertura que parecía no existir. Su palpitación cardíaca galopaba como un potro desbocado cuando al fin lo encontró adosado bajo el último peldaño de la escalera—. Ahora tienes que seguirme, Alba, hay que correr mucho...

La oscuridad se había hecho dueña del jardincillo que Rocío se atrevió a cruzar cuando la iluminación solar escapaba dorada y tímida por el piso superior de la

casa. Ahora, después del horror vivido, los contundentes nubarrones se confundían con la negrura de un firmamento con la luna en fase menguante. Rocío ignoraba dónde se encontraba Roberto, pero sabía que los planes que tenía para ella eran tan oscuros como la noche que se auguraba.

Corrieron hacia la puerta metálica y la joven comprobó, bajando el manillar, que la llave estaba echada por fuera. Miró el cactus, rotundo y espinoso. Entonces recordó que existía otra puerta de acceso a la casa, no sabía dónde podría llevar, pero había que intentarlo. Rebuscó entre la maceta más próxima, pero no encontró la llave. Miró sus pies que estaban sobre una alfombrilla y la levantó. Allí estaba... Seguida de Alba, accedió al garaje y en una columna cercana a la salida encontró el interruptor que izaba la puerta.

El exterior parecía mostrarse sin signos humanos.

Sin embargo, la silueta de Roberto viniendo del acantilado, apareció de improviso como un monstruo dañino con el ansia visceral de engullirla para siempre.

—¡Corre, Alba...! ¡¡Corre!!

Notaba que su hermana se ponía a su altura sin rebasarla, y que como bien le había ordenado, la seguía. Sus piernas eran fuertes y su trote contrastaba con la deficiencia mental que le produjo el golpe brutal en la cabeza cuando tuvo el accidente.

Rocío corría sujetando la mano de su hermana bajo la negrura que invadía el firmamento y sentía cómo el terror le impedía volver la cabeza. Vaciló de la persecución a pie de Roberto por su problema anatómico, pero no dudó que en cualquier momento unos faros de coche iluminaran sus espaldas. Su corazón latía a doscientos por hora y parecía querer escapar por su boca cuando vislumbró a lo lejos una luz a la entrada de una huerta. Miró hacia atrás y solo encontró la espesura de la noche. Asió fuertemente la mano de su hermana y abandonó el camino con la intención de llegar hasta la casa humilde, alumbrada fantasmagóricamente por una pantalla de rayos infrarrojos de gas butano. Pero quedó paralizada cuando comprobó la silueta de cuatro hombres que introducían a toda prisa dentro de un zulo camuflado cajas posiblemente de hachís. Una discusión de grupo y dos disparos hicieron que uno de ellos cayera

al suelo..., parecía muerto... Y Rocío, tras el murete de la huerta, observó paralizada la posible reacción de su hermana, que, con uno de sus alaridos podría echar por tierra su huida desaforada y la supervivencia de ambas. Pero Alba esta vez se limitó a la observación curiosa. Más que el escenario dantesco que tenía de frente, le interesaban los pequeños ramajes que brotaban del muro pedregoso que les separaba de aquellos asesinos.

Huyeron.

El cúmulo de vivencias atroces flaquearon las fuerzas de Rocío, pero su instinto de supervivencia le motivaba a seguir buscando un indicio de vida que les pudiera ayudar. Aunque de sobra supo que por aquella zona desértica y de mala reputación quizá fuera mejor no volver a encontrar a nadie. La violenta marea que venía del mar auguraba tormenta y no pasó mucho tiempo en que la espesura de la noche se viera interrumpida por hilos quebradizos y luminosos que competían en silencio por la floritura de sus formas.

De repente comenzó a llover y Alba comenzó a gemir.

Entonces Rocío sintió pánico de que uno de sus descontroles súbitos complicara aún más la situación y se quitó la chaqueta cortavientos para proteger a su hermana de la lluvia, miró su rostro, ausente, ingenuo, mojado, y comprendió que debía buscar un refugio, al menos hasta que se diluyera la tormenta. Al paso, encontró una casa en construcción y no lo dudó. Cruzaron el marco de la puerta y entraron en lo que parecía la futura cocina de la vivienda. Había una pila de rasillas y cajas amontonadas que parecían contener losetas de pavimento, que, según su disposición, servirían para camuflar sus cuerpos hasta el amanecer.

—¡Al rincón, al rincón!

Alba obedeció sumisa y se acurrucó sobre sus rodillas, pero comenzó de nuevo a gemir. A la sazón, Rocío acarició su cabello y le susurró al oído la nana que les cantaba Carmela cuando eran pequeñas, ansiando que los suaves tonos musicales endulzaran el momento y relajaran la tensión acumulada en su mente imprevisible. Surtió efecto, y el cuerpo de Alba se fue relajando hasta caer en un sueño profundo, en tanto que su respiración tranquila sincronizaba con el tintineo de las gotas de lluvia que poco a poco iban debilitándose.

Era viernes y confiaba en que los albañiles acudieran a continuar la obra. Suponía que, a las ocho, como mucho, ya estarían allí y podrían llamar a la policía para que las pusiera a salvo, e iniciar con su testimonio, y la presencia de Alba, una exhaustiva investigación.

Apoyó su cabeza sobre la pared y rezó para que ese ansiado instante llegara.

Pero las horas de tranquilidad que llevaban viviendo en ese improvisado refugio fueron alteradas por el ruido del motor de un coche que disuadió a Rocío del adormilamiento que comenzaba a sentir. Asomó con sigilo sus ojos a través de la ventana y reconoció a Roberto, que con la luz de una linterna investigaba movimientos en la casa en construcción que estaba enfrente. La joven ojeó su reloj de pulsera y comprobó que eran ya las siete y media, a pesar de que los nubarrones compactos y negros oscurecieran la mañana.

Alba continuaba durmiendo, apacible, cuando Rocío se incorporó para hacerse con una rasilla que podría servirle de arma si es que a Roberto se le ocurría cruzar el camino. Se irguió y husmeó por un pequeño hueco del marco que estaba sin sellar, entonces, con verdadero pánico, verificó el cambio de rumbo que tomó el joven para dirigirse hacia donde ellas estaban.

Pero una luz cegadora que provenía del cielo en forma de rayo, acompañó al trueno más aterrador que se hubiera escuchado nunca y Rocío despabiló sobresaltada de su pesadilla, y Alba, a su vez, despertó como poseída por Satanás. Trastocada su mente aún por el mal sueño, Rocío se abalanzó sobre el cuerpo de su hermana para reducir sus espasmos y tapó su boca para matizar sus alaridos. Alba era como una niña pequeña y era natural que sintiera miedo de la desconocida que ahora parecía estar agrediéndola. Su mirada azul era el reflejo del horror y Rocío no sabía cómo manejar ese momento.

Los agitados pálpitos de su pecho bloquearon su cerebro e imaginó al perseguidor, amenazante con un cuchillo sobre su cabeza y lloró... Lloró derrotada, rogando clemencia abrazada al cuerpo de su gemela.

Tuvieron que pasar segundos eternos hasta que decidiera comprobar si Roberto estaba allí, a su vera, o todo había sido fruto de su miedo. Se incorporó y con recelo miró a través del hueco de la ventana que solo le ofreció, tras la

cortina de agua, la vista del chalet de enfrente bañado con los mortecinos brillos que produce el amanecer.

Llenó sus pulmones de aire y lo expulsó despacio, intentando recuperar la calma y la fuerza que intuía seguir necesitando.

Pero Alba continuaba bajo el shock que le produjo el fortísimo trueno, que unido a la agresión que creyó recibir de una extraña, le hizo precipitarse hacia la salida con un desatino inusual.

Corría despavorida bajo la lluvia y por mucho que Rocío ordenaba que parara, no había manera. Sus piernas estaban ejercitadas y la velocidad que iba cogiendo cada vez era más rápida.

El cielo grisáceo apaciguaba los vivos colores de los miles de contenedores almacenados en la terminal del puerto, y la lluvia caía sobre el asfalto mojado multiplicando el grave sonido que produce la circulación rodante. El peligro de que el monstruo las encontrara parecía haber pasado, pero ahora existía otro y no menos importante. Decenas de vehículos, camiones y grúas que circulaban como locos podrían atropellarla y Alba no era consciente, corría sin tino tras la huella de los colores metálicos y vivos de los contenedores que le debieron llamar la atención. El flujo de mercancía en el puerto era el de un día normal. Pero la lluvia lo complicaba todo. Alba no dejaba de correr... Cruzó la rotonda con el riesgo que ello suponía y Rocío, enloquecida por no perderla de vista, cruzó también. Estaba a punto de perderla y no pararía hasta darle alcance.

Alba entró en una de las calles y corrió paralela a los contenedores, que, ordenados, esperaban su turno de embarque. Ella galopaba y Rocío la seguía a pesar de que sus fuerzas comenzaban a flaquear. Pero sabía que no podía rendirse. Ya estaban a salvo de Roberto y todo sería más fácil si pudiera darle alcance. Había trabajadores portuarios por todas partes, pero nadie les prestaba atención. Como mucho, echaban una mirada y continuaban con su tarea. Estaba claro que eran dos puntos insignificantes en el maremágnum del gran puerto de Algeciras.

Alba corría alocada hacia el atraque de un barco de carga y hubo un momento que Rocío la perdió de vista en el giro de una calle, pero no se rindió. Desorientada, corrió paralela a una grúa y al pasar por una fila de caravanas creyó

escuchar sus gruñidos en el interior de una de ellas. La puerta estaba entreabierta y tiró del manillar.

Allí estaba, retorcida sobre su cuerpo y gimiendo como una gacelita herida. Cerró la puerta para intimar el espacio y caminó hacia ella. Se acurrucó a su lado, acarició su cabello y comenzó a cantarle la nana que les cantaba Carmela.

*A la nana nanita, nanita nana,*
*ciérrame los ojitos de madrugada.*
*A la nana nanita, nanita nana,*
*duérmete entre mis brazos niña del alma.*

Algo se tranquilizó Alba. Pero Rocío no confiaba en que el efecto fuera a durarle mucho. Entonces se acordó de qué en su mochila acostumbraba a llevar una botellita de agua mineral y comenzó a rebuscar dentro de ella. Se la ofreció y la joven la vació con ansia, desperdiciando parte del líquido. También encontró unas galletas de naranja envueltas en papel de aluminio. Recordó que le encantaba ese dulce y quiso creer que las reconoció por el rictus de zozobra que apareció en su rostro. Se llevó una a la boca y la devoró como hizo con el resto. Al terminar, Alba quiso saber qué sorpresas más guardaba la mochila e intentó apropiarse de ella.

—Cógela, cariño, es para ti. —Alba asió el cordón con sus manos y, torpemente, se la colgó al cuello— ¿Quieres que te ayude? — Parecía que Alba volvía a confiar en ella... Incluso levantó los brazos para que la mochila fuera posicionada en su lugar correctamente. Rocío le sonrió, y más que ver, creyó sentir un ápice de sonrisa también en los labios de Alba. Aflojó la capucha del impermeable y la echó sobre su espalda—. Aquí no llueve.

Buscó su azul e ingenua mirada y la mantuvo durante unos instantes. ¡Qué dulces y entrañables recuerdos vinieron a su mente! Acarició su cabello largo y sedoso como cuando eran pequeñas y dormían en la misma cama porque no contemplaban separarse. Acercó sus labios a la frente tersa y pálida de su gemela y la besó con todo el amor del mundo.

—Eres preciosa, Alba, y te quiero. A partir de este momento, estaremos siempre juntas. Yo te cuidaré. Ahora tienes que venir conmigo, nos vamos a casa,

con Carmela...

No había llegado Rocío a incorporase cuando notó temblar la tierra bajo sus pies. La sensación era extraña. Los asientos, la mesa y la cama de la roulotte, seguían en paralelo y sin saber el porqué, la sensación de vértigo se apoderó de ella. El ruido de un motor llegaba hasta sus oídos mientras un ligero movimiento acunaba ligeramente la estancia. Abrazó a su hermana, que comenzaba a inquietarse y posó sus ojos en el único ventanuco abierto que solo le devolvió una imagen turbia de un cielo grisáceo.

El ruido del motor cesó, justo cuando Alba dio una arcada que desdibujó el semblante placentero al que le había llevado la ingesta de las galletas y vomitó una y otra vez hasta dejar su estómago completamente vacío. La imagen era de caos. Rocío abrió el armario de la encimera y, por fortuna, encontró varios paños de cocina que usó para adecentar a su hermana y poder salir cuanto antes de aquel lugar.

Asió la mano de Alba y abrió la puerta...

Creyó volverse loca.

La tierra que pisó cuando entró en la caravana había desaparecido y el paisaje parecía haber salido de una pesadilla. Contenedores enormes de tipo Flat Rack, con maquinarias, remolques y caravanas, incluida la que ellas habían usurpado, completaban el aforo de un barco de carga a punto de zarpar.

La situación la desbordó, no daba crédito a lo que estaba sucediendo. En las recientes e indescriptibles horas vividas descubrió que la verdad había estado encerrada en un sótano oscuro, que Roberto era un monstruo, violador, impetuoso, perverso y frío capaz de secuestrar y matar sin que le temblara el pulso. Pero también descubrió su propio coraje y valentía.

En todas esas horas pensó en la hipotética complicidad de sus padres en el horror, pero ese supuesto le hacía tanto daño que quiso desecharlo de su mente.

Todo era una locura.

El desconcierto le nubló la vista y un pitido ensordecedor acució en su cerebro...

Como un muñeco de trapo, quedó tumbada en el suelo...

Despertó.

La cabeza aún le daba vueltas cuando el roce suave de los dedos de Alba la devolvieron a la realidad. Una realidad que ni ella misma, al volver en sí, creía que fuera cierta. Quiso pensar que era un sueño de esos hilados y extensos que te dan para contar durante un buen rato. Pero no, todo era verídico.

El barco de carga había zarpado del puerto de Algeciras con dos polizones. Allí estaban ellas, escondidas en una caravana y a saber cuál era su destino. Las puntas del cabello de Alba rozaban las mejillas de Rocío cuando creyó entrever en los labios de su hermana una mueca de sonrisa. Sintió emoción, y esa emoción se prendió en su garganta y casi le hizo llorar, pero no quería asustarla y haciendo un esfuerzo, se contuvo. Solo se atrevió a palpar con las yemas de los dedos aquel rostro idéntico al suyo y antes de incorporarse, lo acarició con suma dulzura. Después reaccionó y tomó conciencia de donde se encontraba. No imaginaba cuanto tiempo se había mantenido desvanecida, a ella le parecieron segundos, pero consultó su reloj y se asustó. Tenía que pedir ayuda y empujó la puerta de la caravana.

En aquel espacio reinaba el hierro, mirara por dónde mirara, descubría maquinarias, grúas o contenedores herméticos apilados con sujeción de seguridad. Recorrió un estrecho pasillo buscando una salida y vociferó pidiendo socorro. Pero bajo aquel cielo apelmazado de nubes no respondía nadie. El ensordecedor ruido del mar atenuaba el sonido de sus gritos y los alaridos de su hermana se desvanecían en aquel espacio insondable e insólito que pisaban. Según pasaban los minutos, el estado psíquico de Alba se iba alterando y llegó el momento en el que el descontrol se apoderó completamente de ella. La llovizna había relevado a la tormenta de la madrugada, pero lejos de amainar, la marejada agitaba el carguero desplazando sus cuerpos de un lado a otro. Aun así, Alba, en su agitación emocional, logró subir una escalera metálica que llevaba a la popa.

—¡¡¡No, Alba, no...!!! —gritó exasperada Rocío, aunque el horror del sonido que salió de su garganta se perdiera entre rizaduras de olas que acababan muriendo entre el salitre del reflujo marino. Una violenta sacudida elevó el frágil cuerpo de Alba, volteándolo y perdiéndose en el infinito de un mar embravecido y rotundo, que la engulló para siempre entre las crecidas crestas espumosas que ondulaban el horizonte.

*****

Habían pasado dos días desde que Rocío se quedara sola en ese lugar inhóspito al que había llegado sin pretenderlo. En la *roulotte* había dormido bajo techo y el fisgoneo en los armarios le ayudó a sobrevivir. Imaginó su búsqueda, sintió el dolor secreto que soportaría Álex y maldijo mil veces la maleficencia de Roberto. Lloró, meditó, y concluyó lo que debería hacer en el momento en que pisara tierra.

Es verdad que no tenía ni idea de cuál era el destino de ese carguero, pero tampoco le importaba.

# SEGUNDA PARTE

# Polvo rojo
# 9

17 de julio de 1993, sábado

Era media mañana cuando Luis Vidal cruzó el umbral de Casa Pepe.

La clientela a esa hora era escasa debido al momento lapsus que existe entre el desayuno y el aperitivo, por esa razón, el camarero que estaba atendiendo dentro de la barra se le acercó de inmediato.

—¿Qué va a ser?

—Ponme una tónica.

Después de mostrarle la placa, enseñó al muchacho que le estaba atendiendo una fotografía.

—Sí, la conozco, es Rocío Escusa de Arnus, la hija del Capitán.

—¿La has visto por aquí, últimamente?

—Estuvo anteayer, sí, al mediodía. Ahí, en esa parte de la barra—. El chaval señaló el lugar exacto.

—¿Estaba acompañada? —inquirió Vidal tomando un largo trago de tónica.

—Estaba con un chico que se llama Alejandro, sé su nombre porque era amigo de mi hermano cuando iban al instituto, aunque yo sé que ahora está estudiando en Madrid, Medicina, creo... Su padre es pescador... Y sí, yo les atendí. Él se tomó dos cervezas y ella una. Luego Rocío se marchó cuando le di la tarjeta, pero él se quedó otro rato.

—¿Qué tarjeta? —Luis Vidal frunció el ceño sorprendido.

—No, si no era suya... —aclaró—. Se le debió caer a la barra cuando abrió la cartera para pagar, entonces, como yo sé que se tratan, pues le pregunté a Rocío que si se la podía entregar.

—¿Pero a quién?

—A Roberto, es un chico que trabaja para el Capitán, por eso se la di, porque era fácil que lo viera pronto.

—¿Pero Roberto estaba con ellos?

—No, no, Rocío estaba con Alejandro y con nadie más.

—¿Y los viste discutir? Lo digo porque como me has dicho que ella se marchó antes.

—¡Qué va! Si acaso todo lo contrario. Él le hacía ojitos, y yo pensé... —Interrumpió su verborrea, y con un punto de intriga preguntó al policía—. Bueno, a todo esto, ¿es que le ha pasado algo a Rocío?

—¿Qué es lo que pensaste? —apremió Luis Vidal.

—Pues en el braguetazo que iba a dar el hijo del pescador si se la camelaba, eso fue lo que pensé... ¿Pero le ha ocurrido alguna cosa mala a la chica? —insistió el camarero.

—Toma, quédate con la vuelta. —Soltó un billete de cien pesetas sobre la barra y se encaminó hacia la salida.

Ya en el exterior, llevó a sus labios un cigarrillo y tras cerrar la pitillera con ese sonido grave que le transportaba al recuerdo, acarició con sus dedos las iniciales LV&S grabadas en el reverso.

Siempre lo hacía. El tacto fino del metal le conectaba con un pasado agridulce que aún lo atormentaba. Habían pasado ya diez años, diez largos años desde aquel día de julio que vio por última vez a Susana.

Él, tan hábil para resolver casos y tan torpe para percatarse de que las advertencias de abandono iban en serio.

Tras la primera bocanada de humo, se encaminó en dirección a su Citroën C5, aparcado entre la calzada y la acera de la terraza del bar. Se acomodó en el coche y arrancó en dirección sur.

Supuestamente, ese tal Alejandro era el galán de las flores y el dueño de la bicicleta oculta bajo los matorrales. Los dos vivían y estudiaban en Madrid. ¿Se habría forjado allí la relación? ¿No estaría Rocío de acuerdo con el cortejo del hijo del pescador? ¿Entonces, por qué quedó con él en aquel lugar tan apartado? ¿Discutirían?

¿Por qué solo se escondió la bicicleta y la moto se dejó a la vista?

¿Y las gazanias pisoteadas? También las dejaron en un lugar visible... Preguntas más difíciles de respuesta si los cuerpos, con alma o sin alma, no aparecían.

Habría que darse una vuelta por las casas de los pescadores a ver si encontraba algún indicio que le llevara a buen puerto. Pero antes tenía que pasarse por El Gran Cortijo para husmear en la habitación de Rocío. Es posible que allí encontrara alguna pista que le indicara cómo seguir con la investigación.

Doña Catalina bajó la escalinata lentamente. En su parsimonioso caminar conseguía mostrar los aires delicados y distantes de una modelo de alta costura sobre la pasarela, aunque la cimbreante cintura y las suaves caderas de antaño ya mostraran unas redondeces, que lejos de restarle elegancia, le aportaban una pose señorial que ella fomentaba vistiendo ropa de firmas importantes de París y Nueva York. Cada mes elegía y encargaba, a través de la revista Vogue, un par, al menos, de diseños confeccionados por afamados maestros de la costura, y que una vez recibidos, ajustaba a su cuerpo la buena mano de Palmira, la joven costurera del Cortijo.

Luis Vidal le presentó sus respetos como sabía que a ella le gustaba y pasó a pedirle permiso para entrar en el dormitorio de su hija. La joven llevaba desaparecida casi dos jornadas y era posible que allí se encontrara alguna pista que les condujera a su misterioso paradero.

—Por supuesto, agente, tiene permiso para rastrear en el lugar que usted crea conveniente de El Gran Cortijo. El Capitán y yo lo único que deseamos son respuestas. Busquen hasta en el último rincón del planeta, pero encuéntrenlas. Y ahora, discúlpeme, apenas he dormido esta noche y necesito descansar. La chica de servicio le acompañará al dormitorio de mi hija. —Y sin más, subió la escalera a punto de la levitación.

La muchacha, que se mantenía a la distancia suficiente para escuchar la conversación entre la señora y el policía, dejó el plumero sobre el elegante sinfonier que estaba limpiando y llegó presta frente al agente.

—Lo que necesite, señor policía, estoy para servirle. —La sirvienta mostró una amplia sonrisa dispareja, y sus pequeños y expresivos ojos se redondearon

alertados por los posibles acontecimientos que iba a vivir al lado de un defensor de la ley.

— ¿Podría mostrarme el dormitorio de la señorita Rocío?

—Yo le muestro a usted lo que haga falta con tal de que aparezca la señorita, mire usted. —La chica comenzó a subir la escalinata por la que había desaparecido doña Catalina en dirección a sus alcoba—. El dormitorio está en la primera planta, en el mismo corredor en el que está el aposento de los señores, pero un poco más allá... El balcón de la señorita da a la parte desde donde se puede ver la Sierra de las Esclarecidas... A mí me gusta más ese paisaje que el que se ve desde el gran aposento, pero también es verdad que el de los amos es más sombrío y por eso es más fresquito en verano, aunque en el de la señorita Rocío tampoco es que haga mucha calorina, aquí los muros son como los de antes, gordos como la torre albarrana de mi pueblo. —Llegaron—. Esta es su habitación. —La muchacha bajó el picaporte y le cedió el paso. —Aquí le espero —le informó recostando sus posaderas sobre la puerta abierta. —Me llamo Guadalupe, pero me llaman Lupe, por si quiere preguntarme algo.

—¿No le importa esperar fuera? —le espetó con una sonrisa forzada.

—Lo que usted mande, señor policía, yo estoy aquí *pa* lo que sea. —Y salió disimulando su desilusión.

El dormitorio constaba de una antesala en la que había un sofá pequeño con dos cojines a juego, y frente a él, un televisor de última generación. Traspasó el arco que lo separaba del dormitorio y miró la cama, grande, vestida con una colcha de hilo. Todo estaba perfectamente ordenado. Sobre la mesita de noche, una novela, *Rebeca*, junto a la lámpara de lectura. Abrió el cajón y rebuscó entre sus cosas personales: un paquete de clínex, una barra de cacao, crema de manos..., volvió a mirar la novela de Daphne du Maurier, la cogió para ojearla y descubrió que bajo la contraportada había un carné con el escudo del Casino. Leyó el nombre del socio: Roberto Fernández Ruiz.

Allí estaba Lupe cuando Luis Vidal abrió la puerta de nuevo, tan pegada a ella que a punto estuvo de caer al suelo.

—Lupe, voy a hacerte unas preguntas sencillas.

—Mande, señor policía, yo todo lo que sepa se lo voy a decir con tal de ayudar *pa* que la señorita Rocío aparezca.

—¿Entra usted en esta habitación a diario?

—Está como la dejó la señorita, mire usted, pero el polvo hay que pasarlo *to* los días. Aquí hay mucha labranza, el patio al que da el balcón es de tierra, mire usted, y el polvo se mete por *tos* los escondrijos, aunque esté *cerrao*. Así que, la contestación es que sí, que sí que entro.

—¿Y este carnet? —Le mostró la tarjeta dentro de una bolsita de plástico—. ¿Desde cuándo estaba bajo el libro?

Ah, sí, es de Roberto. Bueno, lo sé porque lo estoy leyendo ahora, porque yo solo levanto la lámpara y el libro para limpiar el polvo de la mesita. Luego todo va a su sitio.

—Pero contésteme: ¿Desde cuándo, exactamente, está este carné bajo el libro?

—Desde ayer, viernes. Cuando entré a airear y a limpiar, lo vi.

—¿Y a qué hora entras a airear, Lupe?

—A primera hora de la mañana. Hago *to* lo de la primera planta y cuando termino *pos* me voy *pa* la planta baja. Aunque a veces lo hago al revés, como hoy, que la señora no ha salido aún de su cuarto porque está pachucha.

—¿Y ayer, viernes, a qué diste preferencia, a lo de abajo o a la primera planta?

Antenoche cayó una buena tormenta, por eso ayer lo primero que hice fue la entrada, que estaba *colorá* del barro que se había metido hasta por debajo de la puerta, y ya de paso, aproveché *pa* relucir los muebles y limpiar el cristal del ventanal, que no sé *pa* qué... porque al rato ya estaba *to manchao* del polvo *colorao* ese que viene del Sahara. Ya le dije a Roberto, sacude bien los zapatos en la alfombra que me lo vas a poner, otra vez, *to perdío*. A ver, señor policía, se lo dije en broma, porque tenemos confianza. Y luego subí a la primera planta para hacer los dormitorios, fue entonces cuando vi la cama de la señorita Rocío hechita, me pareció raro, pero pensé que se habría marchado a Madrid o yo qué sé... Aunque de todas maneras la ventilé y pasé el polvo, entonces fue cuando vi esa tarjeta, pero ni le eché cuenta, ya le digo que ni miré de quién era porque a mí no tiene por qué importarme.

—¿Y Roberto?, ¿qué camino tomó cuando entró por esa puerta? — Vidal mostró la entrada echándola un vistazo.

—Pues iba a su oficina..., por ahí... —Y señaló la escalinata—. Se puede llegar por el primer corredor o por aquí abajo, cruzando el patio y subiendo la escalera de fuera.

—¿Y vio cuando se marchó?

—Pues no, mire usted, porque yo al rato me subí para hacer los dormitorios y después, como era viernes y los viernes me toca la parte de la azotea, pues allí estuve, hasta las tantas.

—Claro, es lo que tiene trabajar en una casa tan grande, que para tenerla limpia hay que currar muchas horas... —Apostilló Vidal dándole coba—. ¿Y la señorita Rocío, qué tal se lleva con el empleado de su padre?

—¿Con Roberto? Estupendamente. La verdad es que la señorita Rocío se lleva bien con todo el personal. Es muy *sencillota*, muy cercana. ¡Ay por Dios, qué ganas me están entrando de llorar! —Cogió el pico del mandil y se lo acercó a los ojos ahora carentes de entusiasmo—. Yo solo deseo que la señorita aparezca sana y salva, señor policía, y *pa* eso rezo *toas* las noches a Santa Gema Galgani, que siempre me escucha. ¿Conoce usted a esa santa? Es muy milagrosa, ya se lo digo yo...

—Muchas gracias, Lupe. Y sigue con tu tarea...

—Estoy *pa* lo que necesite, ya sabe, y si hace falta ir a la comisaria, pues yo voy, *to* con tal de ayudar.

*****

El asfalto gris que pisó Luis Vidal al apearse del automóvil hubiera podido competir, sin ningún miedo a perder, con los rescoldos incandescentes de cualquier hoguera. Era primera hora de la tarde, y tras unos días y noches de continuadas tormentas, los rayos del sol regresaban majestuosos, haciendo lo propio de la estación más calurosa del año. Cruzó el umbral de la comisaría, refrescada por antiguos ventiladores de techo, y se dirigió al despacho de Néstor.

—Siéntate, tengo algo que enseñarte. —Néstor sacó del cajón de su mesa el sobre que contenía el informe del equipo de buceo.

—Tenemos el cadáver de un hombre de entre veinte y treinta años hallado en el fondo del acantilado de la Torre del Centenario, con dos heridas de bala en la cabeza y un saco lleno de piedras atado a su cinturón.

—¿Y de la joven? ¿Hay algo nuevo?

—Nada. Parece que se la ha tragado la tierra o el mar. Nadie se ha puesto en contacto con la familia, si es que su desaparición se debiera a un secuestro, como insinuó el padre.

—Aunque su relación con las mafias de la droga siga siendo inexistente... —afirmó Vidal—, no hay que confiarse mucho. Ayer hablé con estupefacientes y siguen al tanto. Los teléfonos de El Gran Cortijo están pinchados y todas las llamadas que entran o salen son estudiadas con minuciosidad. Pero no hay nada relevante, por el momento.

—Quiero que indagues en todo lo concerniente a los negocios del Capitán —ordenó Néstor—; sus empresas dentro y fuera de España, las sociedades, La Fundación, las cuentas, todo... ¿Y esta mañana, qué...?, ¿has averiguado algo nuevo?

—El jueves al mediodía Rocío tomó unas cervezas con un tal Alejandro, un chico que estudia en Madrid y es hijo de un pescador de la zona. Por lo que me han explicado, se sospecha que entre ellos pudiera haber algo más que una llana amistad, por eso, después de ir a El Gran Cortijo me he pasado por las casas de los pescadores y bajo la ventana de una de ellas he visto sembradas gazanias del mismo color que las encontradas en el escenario de la desaparición. He llamado a la puerta, pero no me ha contestado nadie, y cuando me marchaba, una vecina me ha salido al paso para contarme que los dueños no estaban porque habían ido a la comisaría para denunciar la desaparición de su hijo.

—¿De su hijo? ¿Viste las flores bajo la ventana? —Preguntó Néstor.

—Sí, demasiado obvio.

—También estuve en El Gran Cortijo y registré el dormitorio de la hija de los dueños. —Recostó su cuerpo en el respaldo de la butaca y continuó hablando —. Voy a hacerte una pregunta, ¿Si yo pierdo mi carnet de Amigos del Mus y

quién lo encuentra sabe que somos vecinos y te lo confía para que me lo entregues, ¿qué harías?

A: Lo esconderías bajo un libro.

B: Lo guardarías en tu cartera para devolvérmelo en cuanto me vieras.

C: Lo meterías en un sobre y me lo enviarías por correo.

—La B. —El comisario no titubeó ni una décima de segundo

—Creo que no deberíamos perder de vista a Roberto Fernández —concluyó Vidal, y le mostró la tarjeta dentro de la bolsita transparente. Además, me consta que ayer por la mañana antes de venir a la comisaría para declarar, se pasó por El Gran Cortijo, y es posible que también por la habitación de Rocío.

En ese instante de la mañana un agente acompañaba a Anselmo y Eulalia al despacho del comisario Néstor Palacios.

—Sr. comisario, estos señores vienen a denunciar la desaparición de su hijo. Ya se les ha tomado todos los datos.

—Quédate, Vidal.

El agente quedó expectante, cruzado de brazos y apoyado contra la pared.

—Mi nombre es Anselmo Estévez y ella es Eulalia Sánchez, mi señora. Venimos a denunciar la desaparición de nuestro hijo.

—Tomen asiento.

—Gracias, señor comisario... El chico se llama Alejandro y ya han pasado las veinticuatro horas de rigor para llevar a cabo la denuncia...

La palidez del rostro de Eulalia, ajado, más que por los años vividos por los inclementes e insidiosos rayos de sol, denotaba la zozobra que soportaban sus pulmones, incapaces de aspirar todo el aire que necesitaba para respirar. La ansiedad, incluso, interfería a veces con unos pitidos que escuchaba dentro de su cerebro y que la hacían perder algo el equilibrio. Su marido, sin embargo, parecía más entero, pero solo lo parecía. Él era el patriarca de la familia y tenía que demostrar hombría, aunque la desaparición de su hijo le tuviera el alma en vilo y le hiciera sospechar lo peor.

El comisario Palacios comenzó el interrogatorio con el convencimiento de que el caso mostraba indicios de complejidad. La señorita rica y el hijo del pescador desaparecidos... ¿Se vieron voluntariamente en ese lugar? ¿Habría algo entre ellos o sencillamente Alejandro quería que lo hubiera? Las flores pisoteadas llevaban a un arranque de cólera motivado por el rechazo... ¿O alguien quería mostrar esa evidencia?

Se levantó de su asiento y extrajo de la pequeña nevera dos botellitas de agua que ofreció al matrimonio.

—Gracias, hemos venido andando, y estamos secos, gracias —repitió Anselmo, haciendo una pequeña reverencia.

—¿Cuándo vieron a Alejandro por última vez?

—El jueves. Por la tarde cogió su bici y se marchó.

—Y desde ese momento no lo hemos vuelto a ver —apostilló Eulalia

—¿Siempre duerme en casa?

—Sí, señor comisario. Él vive en Madrid y allí hará lo que quiera porque no lo vemos, pero cuando viene a casa siempre duerme en su cama. Faltar una noche sin avisar, eso no lo ha hecho jamás... Mire usted, mi hijo es una persona seria y responsable, nunca ha sido un botarate. Tampoco es de salir mucho... —Los ojillos de Anselmo se habían empequeñecido aún más, y sus párpados inflamados protegían unas mucosas enrojecidas, quizá por la contención de un llanto, que según él pensaba, mostraría su debilidad como hombre.

—Por lo que me cuentan —continuó el comisario—, están completamente convencidos de que la ausencia de su hijo Alejandro Estévez se debe a causa de fuerza mayor.

—Así es, señor comisario.

Néstor abrió el cajón superior y sacó un par de fotos que expuso a la vista de la pareja.

—¿Conocen esta bicicleta?

—Sí, es la de Alejandro —respondió Anselmo asombrado.

Ha aparecido en las inmediaciones de la Torre del Centenario, junto a la moto de Rocío Escusa de Arnus.

—¿¡La hija del Capitán!? —El hombre abrió sus ojillos de par en par.

—¿Sabían ustedes qué tipo de amistad tenían Alejandro y Rocío?

—No sabemos ni tan siquiera que se conozcan... Pero ya nos ha dicho usted que la bici de mi hijo estaba junto a su moto. Todo es muy raro... Ya le digo. Y esas flores de la foto, pues sí, son iguales que las de la jardinera que está debajo de la ventana de nuestra casa... Pero de lo que usted nos cuenta, no sabemos nada...

—Lo que sí sabemos es que a Alejandro le ha pasado algo, porque si no... —Eulalia acercó el pañuelo que tenía en la mano a su nariz y retomó su llanto.

Dos toques en la puerta y el agente Luki asomando medio rostro disuadieron los segundos de silencio que el comisario otorgó a los sollozos de la mujer.

—La denuncia seguirá su curso. —Néstor hizo unas anotaciones—. Y atentos al teléfono, en cuanto sepamos algo se lo haremos saber de inmediato.

—Comisario, Marlem quiere verle.

—Sí, Luki, acompaña a estos señores hasta la salida.

Al quedar solos, Néstor sacó de nuevo del cajón de su mesa el informe del equipo de buceo.

—¿Podría ser Alejandro Estévez?

—Pudiera ser... Ahora pásate por criminalística a ver si Marlem te facilita nuevos datos sobre el cadáver aparecido.

# Polizón
# 10

16 de julio de 1993, viernes por la mañana, alta mar

Las ensoñaciones angustiosas asaltaban a Rocío cada vez que su alma y su cuerpo derrotado buscaban un minuto de laxitud en aquella caravana en la que se encerró a cal y canto. Los aconteceres vividos en tan pocas horas habrían sido capaces de demoler la fuerza vital de cualquier individuo por muy sólida que esta fuera y ella, a la postre, nunca se había sentido valiente. Quizá esa cruz con la que cargó, siendo muy niña, y qué se adosó en su corazón para siempre, fuera la que hizo vulnerable su yo, ante la credibilidad de su fortaleza. Rocío estaba allí, en aquel rincón de un buque de carga, sumergida en la inconcebible realidad de haber encontrado a su hermana con vida, y de nuevo, asaltada por el debate hiriente y responsable de no haber podido salvarla una vez más.

> *La puerta del auto de su padre se abrió en una curva y Alba salió despedida. Todo fue tan rápido que los dedos de Rocío apenas rozaron los pliegues del vestido de su gemela. Después llegó el drama, la tragedia y la muerte.*

Y ahora había vuelto a ocurrir exactamente lo mismo... Llegó a palpar el tejido de su impermeable, y su propia mano le quemaba, le ardía por dentro y se acusaba de no haberla detenido a tiempo. Como aquella vez, hace ya tantos años...

El ventanuco de la caravana seguía teñido de negro. El negro de las noches más terribles, de esas que no acaban nunca...

Y recordó una vez más a Alba, buscó en su mente uno de esos momentos bonitos que vivió junto a ella, esos eran los que acariciaban su alma y le devolvían paz. Esos eran los que la llevaban en sueños a rozar su rostro y a

percibir el perfume de su cabello. Ahora bien, algo en su cerebro no permitía que el sosiego pusiera el punto final al regalo hermoso de su remembranza y los demonios acudían a restregar en su conciencia los momentos más indeseables. Pero se arriesgó.

Quiso recordarla de nuevo. Y acurrucada en aquella cama ajena de efluvios extraños, la vio en su cabeza, jugando con las muñecas, haciendo comiditas para las Barbies, bailando con ella unas bulerías de Camarón y con Tata un pasodoble de Manolo Escobar. Las murallas gigantes del colegio, los uniformes impolutos, las monjas con su cabello y sus orejas tapadas por la toca blanca...

Un día en la escuela, cuando rezaban la salve aún prendida con alfileres, la hermana Matilde cortó en seco la oración, dio un suspiro lastimero y después de santiguarse, como pidiendo disculpas a la Virgen María por la interrupción, preguntó igual que poseída por un alma mística...

—Niñas, os voy a hacer una pregunta y quiero que me respondáis con el corazón en la mano, porque si me mentís... —Respiró tan profundo que el quejido que salió de sus tripas dejó a todo el alumnado temblando de miedo—. Porque si me mentís, y antes de confesaros y recibir a Jesús en vuestra Primera Comunión ¡Dios no lo quiera! —Se persignó—, morís de una enfermedad o de un accidente, iréis al infierno.

Y soltó la pregunta más comprometida y absurda que jamás hubiésemos imaginado.

—¿A quién amáis más, a vuestra Madre Santísima que está en los cielos o a vuestra madre terrenal? —Esperó con la regla en la mano diestra, marcando compases en la palma zurda la reacción de cada una de las niñas.

Cuando les llegó el turno, ella miró a Alba y Alba la miró a ella, sonrieron maliciosas y las dos supieron que, con su respuesta, dejarían impoluto su incondicional amor por su Tata.

—¡A nuestra madre Santísima que está en los cielos! —Y al unísono, su complicidad dejó a la monja con la sensación de haber escrito en su currículum espiritual un nuevo meritorio que la acercaría aún más a su Señor, cuando Él lo dispusiera.

Pero un mes antes de recibir por primera vez a Jesús Sacramentado, las lágrimas fluyeron en los hermosos y azules ojos de Rocío cuando supo, por su Tata, el fallecimiento de Alba. Y la aterradora noticia la zambulló de golpe en un océano tétrico y asfixiante que le ahogaba el alma de solo pensar que jamás volvería a abrazar el cuerpo cómplice de su hermana.

En su entendimiento de niña no encajaba la palabra muerte.

Suponía que ese trance estaba reservado solo a los mayores, hasta que un mes antes, la hermana Matilde les advirtiera que la mujer de la guadaña podía llevarse a cualquiera de las alumnas, sin haber tomado la Primera Comunión. Recordó la presión a la que se vieron sometidas todas las compañeras para elegir el Amor Maternal Divino sin condición y así evitar el infierno si al ser esquelético con la hoz que estaba dibujado en la portada del catecismo se le ocurría cambiar el ritmo y, sin pensárselo dos veces, se apoderaba para siempre de alguna de las niñas. Ni en ese momento, ni después, se le pasó a Rocío por la cabeza que eso les pudiera ocurrir a su hermana o a ella misma, pero por si las moscas, las dos decidieron, sin cruzar palabra, decantarse por la Madre del cielo.

«Al menos ahora, a mi hermanita... —Sollozaba por dentro arrebujada en el regazo de Tata— la estarán envolviendo los amorosos brazos de su Madre nueva para la eternidad, mientras que la de la tierra...», pensó en un momento de tránsito, «solo le dedicaba los pocos minutos que compartían en el salón de la casa a la hora de la cena». Y cuando su mandíbula cogía de nuevo fuerza, Rocío volvía a ser un mar de lágrimas que, en el desconsuelo, confundía la realidad con una pesadilla pavorosa e incomprensiblemente larga de la que despertaba balbuceando el nombre de su Tata; para que ella, como siempre, viniera presta al borde de la cama para besarla en la frente y achucharla con sus brazos orondos de algodón templado.

Pero según pasaban los días y las noches, Rocío se iba convenciendo de que la maldita pesadilla se había incrustado dentro de ella en perpetuo dolor y que lo cierto era que jamás volvería a besar de nuevo aquel rostro rosado y suave en el que aprendió a conocer sus propias facciones. Aunque su pensamiento cavilara que siempre la acompañaría el perfume a cereza dulce de su cabello cuando enredaban sus sueños en la misma cama.

Muy a su pesar, el tiempo de Tata estaba ya en exclusiva a su entera disposición. En cambio, cuando paseaban por los jardines de El Gran Cortijo, la mano derecha de Carmela, blandita y tibia como un peluche, quedaba envuelta en un rayo de luz amarillo como el cabello de Alba, y Rocío entonces sentía su presencia.

Todo era triste, pero real, y Rocío no quería saber nada de la realidad. Se le antojaba cruel y disparatada, y por eso su vida pequeña se le hacía grande; grande como un monstruo negro que la devoraba por dentro y solo el abrazo amoroso de Carmela mitigaba la ansiedad que se había apoderado de su garganta, frágil ahora como un cristal sensible, que los hipidos lastimaron hasta el punto de no poder ingerir alimentos. Únicamente la sopa de pan con hierbabuena que le cocinaba la niñera le entraba por la boca, eso sí, había que reunir toda la paciencia del mundo, y de eso Carmela estaba sobrada. Hasta que poco a poco le fue apeteciendo comer flanes de huevo, arroz con leche y carmelitas rellenas de crema pastelera que devolvieron paulatinamente a la niña el aspecto sano de meses atrás.

Su recuperación coincidió con el regreso de sus padres a El Gran Cortijo después de un viaje de reflexión por todo el mundo, que iniciaron al día siguiente de dar cristiana sepultura a su hija Alba.

Pero Rocío se sintió indiferente ante su anunciada llegada, y los obsequios y juguetes que portaron desde exóticas tierras solo sirvieron para ocupar un espacio vacío en su preciosa habitación. El mejor regalo que le hicieron, y que era insuperable, lo recibió siendo un bebé con la llegada de Carmela a El Gran Cortijo, aunque los señores de Escusa de Arnus y Santoporto nunca llegaran a ser conscientes de ello.

Carmela fue reubicada de ayudante de cocina cuando Rocío comenzó el nuevo curso en el Union-Chrétienne de Saint Chaumot, de Madrid, internado femenino y católico ubicado en el selecto barrio de El Viso, que la hermana Matilde recomendó con especial empecinamiento a esos padres, deseosos de dar la mejor educación a Rocío que, urgentemente, necesitaba cambiar de aires, ya que el de su propia casa se había viciado por la falta de Alba. Y ellos, por encima

de todo, anhelaban el bienestar de su ya única hija, pese al sacrificio de tenerla lejos.

Miguel le prometió una llamada de teléfono a la semana, abrazó su frágil cuerpo recomendándole obediencia junto con la aplicación en los estudios y se apartó a un segundo plano para que su madre la besara en las dos mejillas. Cuando Catalina se incorporó, sacó de su bolso de firma un pañuelo ribeteado en encaje de chantilly y enjugó una lágrima huidiza que fue resbalando silenciosa por el borde de su nariz hasta llegar a su boca.

La primera carta que Rocío envió a El Gran Cortijo fue para Carmela, y la primera que ella recibió llevaba su remite, evidentemente escrito por otra persona, porque difícil hubiera sido que la misiva llegara a su destino si la pobre Tata no hubiese tenido a un conocido o familiar que le echara una mano. No obstante, la nota la escribió ella, tuvo que hacer un ejercicio de memoria para recordar cómo se escribían las letras, pero después de una hora y tres cuartos lo consiguió.

Habían pasado muchos años desde que el cura del pueblo derrochara generosidad y dispusiera un ala de la sacristía para enseñar a los jovenzuelos ignorantes las cuatro reglas, pero, sobre todo, para que comprendieran, a través del aprendizaje de la escritura y lectura, el adoctrinamiento y la moral de la Iglesia Católica. Y Carmela se animó a la asistencia de las clases nocturnas después de llegar molida de trabajar en el campo. Con todo, ahora que lo necesitaba, se convenció de que quizá la enseñanza fue escasa y la falta de práctica durante tanto tiempo le estaba pasando factura.

Escribió como pudo en el papel alineado intentando redondear las oes y remarcando ante todo el puntito a la i, quizá porque se sentía ávida en la confección de las vocales, que fueron las letras que mejor aprendió. Y aunque la carta fuera ilegible a los ojos de los demás, para Rocío, su contenido sonaba al dulce arrullo perfumado del jazmín blanco que adornaba el recio muro del patio, en el que tantas veces había correteado con su hermana. Y a canción melodiosa y suave cuyas notas quedaban prendidas en su parpadeo hasta que el sueño la vencía. Olía a ella, a Carmela, y con eso le bastaba y le sobraba. Aunque en ese mar de garabatos creyó leer...

«La próxima carta se la redactaré a mi sobrino Alejandro, hijo de mi hermano Anselmo, que mi cuñada Eulalia trabajaba en las cocinas de El Gran Cortijo cuando nacisteis Alba y tú y fue la que me recomendó».

El primer indicio que Rocío tuvo de la existencia de Alejandro fueron las cartas que durante años escribió en nombre de su tía Carmela. Su letra, escrita en el sobre de correos que Rocío esperaba impaciente, era la señal inequívoca de noticias del ser más amado por ella: su tata. Ahora, cuando Alejandro le comunicó, a través de la redacción de su tía, que la siguiente misiva la escribiría su sobrino pequeño, porque su «secretario», como ella le llamaba, había conseguido una beca de estudios en la capital para ser médico, Rocío sintió una especie extraña de abandono. No sabría explicarlo, pero notó como algo íntimo se rompía dentro de ella. Alejandro, después de tantos años, sabía de sus lamentos, inseguridades, decisiones, alegrías y muchos de sus secretos. La conocía bien, y ella confiaba plenamente en él. A veces, él se tomaba la libertad de opinar sobre algún tema y Rocío sentía en ese momento de lectura, que no estaban solas, que Alejandro formaba parte de esa familia tan singular que habían formado Carmela y ella desde que su letra, y después sus opiniones, se integraran al tándem que formaban, y que de manera sutil pasó a ser una bendita terna que ella festejaba en su fuero íntimo cada vez que él dejaba entrever parte de su personalidad.

Y así año tras año. Esperando con impaciencia las cartas de Carmela, las vacaciones de Navidad, Semana Santa y las del verano para abrazarla de nuevo.

Las luces del alba estampaban en el ventanuco de la *roulotte* el brillo apagado de un nuevo amanecer cuando Rocío abrió los ojos. Dos noches con sus dos días llevaba la joven encerrada en ese habitáculo en el que había encontrado, rastreando en los armarios, algunos víveres y agua embotellada para subsistir. Ignoraba hacia dónde se dirigía el buque en el que las circunstancias la habían convertido en polizón, pero tampoco era algo que le preocupara más que averiguar la verdad de un pasado familiar entramado de mentiras.

Oyó unos golpes en la popa del barco y como un resorte abrió la portezuela de la caravana.

—¡¡*Help, help*, ayudaaa...!! —La embarcación había dejado de vacilar y el grave sonido del oleaje parecía haber perdido por completo su volumen—. Aquíííí... —La luz de una linterna deslumbró los ojos expectantes de la joven, qué con un impetuoso anhelo seguía pidiendo ayuda—. Socorrooo.

—¡Pero chama!,¿Vos qué *hasés* por acá? ¿Eres la dueña de la caravana? —El hombre de constitución recia y escasa luz en la piel, abrió una boca grande que custodiaba dos hileras de dientes blancos como el nácar.

—No, no soy la dueña de la caravana. ¿Podrían ayudarme a salir de este lugar? —El ansia de la súplica tornaba el color azul de sus pupilas en aún más claro.

—Para ser sueca hablas muy bien español...

—No, tampoco soy sueca. ¿Podrían ayudarme, por favor? —Esta vez la súplica de Rocío se centró en el acompañante que estaba a la vera del hombre fornido.

—¿Tienes documentación? —se atrevió a preguntar el joven que llevaba la linterna.

Y Rocío movió su cabeza negando la pregunta.

—Por favor, no me denuncien —suplicó.

—Pero el capitán debería saberlo, si llega a sus oídos que hemos ayudado a la sueca, nos hará caminar por el «tablón» —dijo el grandullón recordándole que tendrían castigo.

—No llegará a sus oídos porque ni tú ni yo lo vamos a decir. ¿Has entendido bien, Leonel?

—Sí, jefe. Yo estoy a sus órdenes.

—Solo les pido que se las apañen para dejarme en tierra. No fue mi decisión viajar de extranjis en esta caravana, pero la historia es muy larga... Yo sé que pueden ayudarme —rogó una vez más.

—¿Pero sabes en qué lugar del mundo estás? —El tercer oficial parecía proclive a prestarle ayuda.

—Lo ignoro. Pero necesito tiempo para reflexionar en algo importante que me ha sucedido y después ya buscaré la forma de regresar al lugar de donde procedo.

—¡La sueca ha matado a alguien! —El hombre fornido abrió de nuevo la boca para expresar sorpresa.

—Está diciendo que volverá a su lugar de origen. Si hubiera matado a alguien no querría volver, seguiría huyendo. —Aclaró el tercer oficial al hombre que parecía querer escuchar una historia fuera de lo común. Miró a la muchacha de nuevo—. Pareces una buena chica y a mí no suele fallarme la intuición. Te vamos a ayudar y, además, no vamos a hacer preguntas. ¡Díselo, Leonel! —animó el superior.

—Yo se lo digo, jefe. Pero si ella quiere hablar y desahogarse, pues acá nos tiene.

—Estamos en las Palmas de Gran Canaria —informó el joven—. Aquí hay mucho trajín de indocumentados que vienen de África y hay asociaciones que ayudan a esas personas.

—Pues vamos a llevar a la rubia, ahorita mismo —soltó Leonel, como si le hubieran dado cuerda.

—No, Leonel, a la señorita la van a llevar a la parroquia de San Pedro, pero no vamos a ser nosotros. —El responsable de la carga miró de nuevo a Rocío y comenzó a informarla—. Cierra la puerta y espera al desembarco de la *roulotte*; yo, mientras tanto, me pondré en contacto con un amigo. Antes de que la caravana sea entregada a sus dueños, él tocará tres veces a esta puerta y te aseguro que no hará preguntas. Es lo que estás necesitando ¿no? —Roció afirmó levemente con su cabeza—. En las asociaciones está la policía y me da en la nariz que de momento la quieres lejos.

—Muchas gracias. —Sus ojos azules se volvieron acuosos.

—Tranquila, mujer... El padre Timoteo te ayudará. Confía en mí. Te deseo mucha suerte.

—¡Que Diosito vaya contigo! ¡Bendiciones!

El talle de las sombras dibujaba alargado en el asfalto cuando Rocío cruzó el umbral de la sacristía acompañando a un hombre completamente desconocido, al que el sentido de la lealtad mostrada al sobrecargo convirtió en un ser de su entera confianza. El aspecto tranquilo y bonachón del improvisado colaborador también ayudó a que los músculos tensionados de la joven fueran poco a poco

relajándose mientras la furgoneta viajaba por calles del todo desconocidas para ella.

Entraron en una iglesia.

Y sintió por primera vez, después de la locura vivida, un estado imperioso de calma, que necesitaba incluso mucho más que meter comida por su boca.

—El padre Timoteo está a punto de concluir la eucaristía de la misa de ocho —informó entornando la voz el hombre que la había llevado hasta allí—. Cuando entremos en la sacristía, yo me marcharé.

—No sé cómo agradecer lo que su amigo y usted han hecho por mí.

—No se preocupe. Unas veces por uno y otras veces por otro. Yo también necesité ayuda hace un par de años y el sobrecargo me la prestó. Gracias a él ahora tengo un trabajo y puedo vivir dignamente. Pero ya estoy hablando demasiado —se recriminó a él mismo—. Mire, ya viene el padre. —Se acercó a él y besó la estola litúrgica segundos antes de que el sacerdote se despojara de ella —. Aquí le dejo a la señorita, padre Timoteo, yo ya me marcho.

—No, no te marches, espera en la puerta, si no te importa.

—Lo que usted ordene, padre. —Y salió por donde habían entrado unos segundos antes.

—Siéntate, hija. ¿Quieres beber un poquito de agua? —A Rocío le pareció muy oportuna la pregunta, ya que sentía la boca sin un ápice de saliva.

—Sí, muy agradecida.

—Siéntate, por favor. —Ella obedeció—. Mira, como me encantan los dulces, siempre tengo algo por aquí metido... A ver con lo que me encuentro... —Abrió un cajón y rebuscó en él—. Hay caramelos de menta, de fresa, y por aquí parece que quedan frutas de Aragón. Me los trae un feligrés oriundo de Zaragoza cuando viaja a la península, ¡cómo sabe que me gustan! ¿Quieres? —Y le ofreció un puñado de ellos.

—Gracias. —Y cogió los dulces como lo haría una niña avariciosa.

El sacerdote miró a Rocío según desenvolvía uno de los dulces.

—No haré preguntas, ni tan siquiera que me digas cómo te llamas. Pero bajo confesión podrías desahogarte si lo deseas. ¿Eres creyente?

—Padre, nací en la fe de Cristo.

—Entonces, ¿deseas recibir el Sacramento de la Confesión?

—No tengo nada de que arrepentirme, padre. Solo deseo unos días de paz para poner en orden mis pensamientos y la actitud que he de tomar ante lo que me ha sucedido. Cuando eso ocurra, solo necesitaré una llamada de teléfono para tener de nuevo en regla toda mi documentación y regresar al lugar del que procedo.

—Está bien. Pediré al hombre que te ha traído hasta aquí que te lleve a un lugar en el que encontrarás la paz que necesitas. Que Dios te bendiga, hija.

La furgoneta serpenteó de nuevo por las calles de la capital de la isla hasta llegar a una carretera comarcal custodiada por pinares jóvenes, que multiplicaban en cantidad según avanzaban por el desvío de tierra que llevaba al único lugar construido en la ladera de aquel monte.

La silueta recortada, alta y suntuosa de un convento entre las luces anaranjadas y fucsias del atardecer, lejos de alterar el estado de Rocío, ineludiblemente susceptible, aportó en ella una sensación de tranquilidad espiritual.

La madre superiora la esperaba en su despacho.

El padre Timoteo ya le había puesto al cabo de la calle por teléfono, y ella solo debía acatar la petición de un sacerdote del que emanaba bondad por todos los poros de su piel. El vicario del convento, ya mayor y delicado de salud, requería a menudo de ayuda y el párroco de San Pedro allí estaba cuando se le necesitaba. Ahora, él es el que había pedido el favor. Y cuando se devuelven o se hacen favores, es del todo posible que la Divina Providencia esté al tanto y gratifique a los dadivosos con recompensas espirituales de las que el mundo místico estaba tan necesitado.

Una joven católica, que el Señor lleva hasta aquel convento, necesitada de poner en orden sus ideas... Quizá esa chiquilla fuera la recompensa. Hacía años que la abadía necesitaba renovación, savia nueva... Habría que esperar a la primera entrevista, tantear el terreno y ser generosa. Después, todo estaría en las manos del Señor.

—Aquí solo encontrarás paz, hija, una paz que sentirás según pasen los días fluir en lo más profundo de tu corazón, y que ayudará a liberarte de cualquier duda que tengas. ¡Ya lo comprobarás! Tómate el tiempo que necesites, no hay ninguna prisa. En este lugar sagrado las horas pasan de diferente manera que en

el resto de ese mundo acechado por las dañinas prisas que empobrecen la espiritualidad del ser humano, alejándolo de su Creador. Aquí todo es más sencillo porque todo lo que nos rodea está impregnado de Él. Ya verás cómo lo sentirás dentro de tu corazón y esa sensación te aportará la felicidad que seguro estás buscando —La madre abadesa intentaba mantener a raya la garra sevillana de su esencia, pero las eses perdidas en alguna de sus palabras y su manera de expresarse, la delataban.

—Se lo agradezco muchísimo. Es cierto que necesito paz para poner en orden mis ideas, porque ahora mismo estoy hecha un lío y muerta de miedo, madre.

—El miedo es inevitablemente, el sentimiento humano presencial en los momentos decisivos. Hasta Jesucristo sintió miedo a la hora de su muerte, hija. Pero también sabía que con su sacrificio obtendría el perdón de los pecados y la vida eterna para los hombres. No tengas duda de que tus miedos acabarán resolviéndose y obtendrás la recompensa. Te lo aseguro, hija.

—Eso espero, madre.

—Eres mayor de edad, ¿verdad? —preguntó la abadesa, con algo de miedo.

—Sí, lo soy. Y he llegado hasta aquí por propia voluntad. Estoy convencida de que este es el lugar en el que quiero estar. —La madre Sagrario sonrió complacida. El primer tanteo había ido como ella esperaba, y por ello, dio gracias al cielo con un disimulado siseo.

—¿Cuál es tu nombre, hija?

Lo dudó por un instante. Aunque supuso que nadie la buscaría en aquel lugar remoto de la tierra al que el destino la había llevado.

—Rocío, me llamo Rocío.

Su cabeza parecía querer estallar ante tanto acontecimiento desmedido. Todo lo ocurrido rayaba en la locura y la mente caótica de Rocío, al menos, necesitaba unas horas de descanso. Pensó que ojalá ésa fuera la última pregunta.

—Muy bien, Rocío. Supongo que lo que más necesitas ahora es descansar... Llegaste justo cuando finalizamos las oraciones completas y las hermanas ya se han retirado a sus celdas, pero llamaré a la monja de guardia para que te acompañe a tu cámara y te informe de las horas de liturgia para mañana. —El gesto de la madre abadesa en todo momento había sido cordial, pero llegado a

este punto, sonrió abiertamente—. Le diré que te lleve un hábito de la congregación y también que vaya a la cocina y te sirva en una bandeja algo de comida y un vaso de leche.

En aquella celda silenciosa de escasos metros cuadrados y sólidos muros, Rocío no logró encontrar el deseado sosiego. Su estómago dejó de rugir en cuanto sus jugos gástricos fueron calmados por unas papas *arrugás* y un vaso de leche templada, pero su cerebro parecía estar encaramado en una atracción de feria y los sobresaltos no la dejaban relajarse más allá de una cabezada.

El segundo día de su estancia en el convento, cuando Rocío caminaba por la galería porticada y observaba las filigranas del arco ornamentado del pozo central, vacilantes como laberintos cerrados, pensó en la trayectoria compleja que había tomado su vida y un escalofrío recorrió su columna vertebral. Sabía que era cobarde, o al menos esa era la percepción que había tenido siempre de sí misma, pero después de analizar punto por punto los terribles acontecimientos vividos y su actitud ante ellos, comenzó a cambiar su propio concepto. Se percató de que las ocho espirales de Fibonacci convergían en la cúspide central del pozo y cada una de ellas contaba con una fuga. Aparentemente, el forjado era tan rococó que solo la observación llevaba a la salida del laberinto.

«La observación y la paciencia...», pensó «... Son lo que me ayudarán a encontrar el camino».

Tres días pasaron entre maitines, nonas, ángelus y la privación del sonido, perpetuado en los lúgubres muros del convento, que solo era alterado por el trinar de pequeños pájaros que cimbreaban las ramas de los árboles, al filo de la mañana y del atardecer.

Y cuatro noches pasaron entre ensoñaciones, pensamientos intrusivos y pesadillas horripilantes, que indicaron a Rocío que había llegado el momento de dar el primer paso. Localizaría a su novio a través de Carmela y después, todo iría fluyendo. Lo más importante era contactar con Álex.

Lloró de nuevo pensando en él, suponiéndole en un estado de angustia soterrada que, atrapada en su propio desahogo, podría llegar a destruirle. Lo amaba tanto que lo necesitaba hasta para respirar. Él sería el que estaría a su lado desmadejando la maraña atroz de la fingida muerte de Alba y el que la

aconsejaría por dónde empezar para que ninguno de los culpables de la inhumanidad que habían cometido quedara impune. Su mente, después de los días horribles que había soportado, comenzaba a estructurar su estrategia y a percibir la salida del laberinto.

Pidió permiso a la monja cocinera y se quitó el mandil, sacudió suavemente el hábito oscuro manchado, por un lateral, del polvo blanquecino de las patatas que llevaba pelando más de una hora, y salió en dirección al despacho de la madre superiora.

Era primera hora de la mañana y la luz solar ya se entremetía entre algunos ramajes poco frondosos de los árboles, marcando dibujos circulares y brillantes sobre el suelo y los bancos de madera repartidos por el patio porticado. Miró el ornamento del pozo y corroboró que se sentía completamente decidida a dar señales de vida. Llamaría al Cortijo y pediría hablar con Carmela. Aunque sabía que lo primero que debería hacer era pedirle calma y disimulo, y lo segundo, un número de teléfono para contactar con Álex.

Llegó hasta la puerta y tocó suavemente pronunciando las palabras que utilizaban en el convento como saludo.

—Ave María purísima.

—En gracia de Dios concebida. Pasa, Rocío. Puedes sentarte —le sugirió tapando el auricular del teléfono.

La madre superiora estaba metida de lleno en una conversación sobre el deterioro de una columna del atrio, supuestamente atacada por la carcoma, y buscaba asesoramiento en la diócesis. Su preocupación era palpable y apenas miraba a Rocío que, con paciencia, esperaba a ser atendida.

Sobre la mesa de madera maciza, un tintero de cerámica sevillana reposaba en el extremo derecho, y junto a él un periódico de tirada semanal: Las Andalucías. El corazón de Rocío comenzó a latir tan fuerte que hubiera podido contar sus pulsaciones. Conocía ese semanario, no es que fuera una habitual de él, pero estaba acostumbrada a verlo por casa o por los revisteros de algunas cafeterías y bares. Ahora tomaba más fuerza la hipótesis de que estaba delante de una sevillana, o al menos, de una andaluza como ella; que debía querer estar al tanto de lo que pasaba por su tierra. El sobre en el que el periódico llegó por correo

estaba en una papelera que ella alcanzaba a ver, a duras penas, desde el lugar en el que estaba sentada.

El semanario estaba doblado por el centro y posicionado en vertical respecto a la mesa, con lo cual, Rocío tuvo que girar su cabeza para leer los titulares. Desde su asiento le parecía haber leído: ALGECIRAS y sus ojos se abrieron como platos para hacerse con la información que tenía que ver con su ciudad.

**ALGECIRAS**

*Se investiga si el cadáver del hombre entre 20 y 30 años encontrado en el fondo del acantilado de la Torre del Centenario tiene alguna relación con la desaparición de la joven Rocío, hija del Capitán, don Miguel de Escusa de Arnus, prócer local muy querido y respetado en la zona.*

*Más información en la página 9.*

Rocío sintió como si una víbora dormida en su estómago saliera de su letargo y se enroscara en su garganta. Quiso gritar, pero el reptil parecía estar enganchado a sus cuerdas vocales. Le era imposible respirar... Se ahogaba... En décimas de segundo la serpiente reptó hasta su cerebro y lo imposibilitó, dejando a oscuras toda sensación de vida.

# La cueva
# 11

16 de julio de 1993, viernes

Juanillo no estaba acostumbrado a ver gente cerca de su cueva, aunque según pasaban los años, comenzara a divisar curiosos merodeando y examinando las ruinas del acuartelamiento del Bujeo, y en otras ocasiones, hombres modernos con mochilas a cuestas siguiendo el Sendero de los Prisioneros, que cursa casi paralelo al río de la Miel. Lo tachaba de profanación, aunque de sobra sabía ya, que esas personas tenían el mismo derecho que él a usurpar ese suelo tapizado de helechos que confundían los caminos. Juanillo llevaba toda su vida viviendo en aquella sierra, aunque habría que restarle los dieciocho años y medio que vivió en Algeciras para que esa afirmación fuera del todo cierta. Los veinte, treinta o cuarenta últimos años se parecían tanto los unos a los otros que no sabría diferenciarlos, de no ser porque en ese espacio de tiempo había cambiado de habitáculo varias veces.

El primero era el que con más nitidez acudía a su memoria, era una cueva amplia desde donde se podía contemplar, desde un punto estratégico, el Risco Blanco y la bahía de Algeciras y Tarifa. Ese era el lugar, hacía tantos años, tantos, que había perdido la cuenta, al que acudía Josefa, la mujer de su hermano, escabullida siempre que le era posible, para informar a los camaradas huidos de noticias frescas sobre el gobierno instaurado por Franco y que nunca fueron buenas. Aunque mucho peores fueron aquel día en el que Josefa anunció a Juanillo la muerte de Tomasa, su novia, que había sido ejecutada junto a otras mujeres del pueblo a la vera de la tapia del camposanto. Desde ese momento, el interés de Juanillo por volver a pisar las calles de su ciudad se anuló. Su madre

había sido víctima del cólico miserere y murió poco antes de comenzar la guerra. Y el resto de su familia, o sea, su padre y su hermano, formaban parte de los siete republicanos que se refugiaron en la cueva, dilucidando qué camino tomar si la cosa se ponía aún más fea de lo que estaba.

El caso es que menos Juanillo y Paco, su padre, todos decidieron arriesgarse a cruzar el golfo de Cádiz para llegar hasta Portugal y desde allí, buscarse las castañas para embarcar hacia las Américas.

Paco, el camarada mayor, no se sentía con fuerzas para cruzar el monte y menos para enrolarse en un barco camino del continente americano, y Juanillo, su hijo pequeño, quiso quedarse con él y abandonarse a la peor suerte. Su padre no disponía de fuerza física y a él no le acompañaba la fuerza moral desde que se enteró del asesinato de su novia. Pero el tiempo pasaba y ellos aprendieron a camuflarse como camaleones. Conocieron cada rincón de aquella sierra, y el instinto de supervivencia les enseñó cómo cazar de manera rudimentaria conejos, palomas torcaces, zorzales..., y con la experiencia llegaron a capturar hasta corzos y cabras; estas últimas, más que para alimentarse fueron para cautivarlas y así poder disfrutar de un pocillo de leche cada mañana.

La noticia de la muerte de Franco después de treinta y siete años de huida fue placentera para Juanillo y supo celebrarlo con una bebida de té de hinojo. Pero sorprendentemente, el hombre, que vivía ya en soledad y feliz, sintió miedo de que algún nuevo mandatario le obligara a cambiar aquella vida acoplada y tan auténtica, como la información que acababa de recibir de boca de Vicente, el forestal, que acudía cada semana a llevarle algo de comida precocinada y unas tabletas de chocolate, que Juanillo devoraba como si no hubiera un mañana.

Juanillo ahora debía rondar los setenta y pocos años, y en sus noches seguían acompañándole las estrellas. Nunca se sintió solo. Poco después de morir su padre, se mudó a una de las cuevas más al sur de la sierra, en la que un claro cercano le permitía contemplar el firmamento. Él decía para sí mismo que se estaba civilizando, porque a su escondrijo ya no era, ni mucho menos, tan complicado de llegar como aquellos primeros que compartió con su progenitor; si sería accesible, que incluso a pocos metros de la cueva había una vereda por la que Vicente llegaba hasta él conduciendo su todoterreno.

Las barbas de Levante, como llamaban a aquella bruma matutina que acompañaba al verano en Los Alcornocales, comenzaban a diluirse y, la luz filtrada entre robles, laureles e infinidad de alcornoques quedaba cristalina como el agua que corría libre por arroyos y ríos.

La tormenta de la noche anterior ya se había disipado al completo y Juanillo caminaba entre brezales y quejigos hacia la Poza de la Chorrera para darse un chapuzón, como solía hacer cada día de la primavera y el verano. Sumergirse en sus transparentes y tranquilas aguas le aportaban una sensación de libertad que disfrutaba a la par de la contemplación matizada del brillo solar que iba estampando las rocas y el verde de aquel lugar mágico del que Juanillo se sentía dueño y señor.

Al regresar a la cueva, entre la tierra silícea embarrizada por la lluvia de la madrugada, descubrió unas huellas marcadas que parecían de hombre y, vencido por la curiosidad, las siguió.

Sabía que no podían ser de Vicente, porque él solo acudía por la zona una vez cada dos semanas y solo habían pasado dos noches desde el momento que llegó a la palapa confeccionada con pieles de cabra y le entregó chocolate y una empanada de atún.

Abandonó el sendero y a unos cuantos pies encontró a una persona semiinconsciente entre las ramas de un abedul. Enseguida se percató de que el cabello apegostrado del hombre taponaba una brecha en la cabeza de la que aún manaba un hilillo de sangre.

—¿*Joe* y ese hombre? ¡Qué *jardazo* más *escuajoso* ha *pegao*! ¿Qué habrá venido a hacer por estos lares? — Observó que estaba desprovisto del petate que algunos curiosos llevaban a la espalda y entendió que no era uno de esos excursionistas que cada vez merodeaban más por su monte.

Como pudo lo arrastró hasta la cueva y lo tumbó en su camastro.

—¡*Quillo*! ¿Quién eres tú?

El hombre al despertar lo observó con curiosidad y sin decir palabra, aceptó una infusión hecha a base de hojas de alcornoque.

—Bebe, te sentará bien. Esta cocción es muy buena para los trompazos, enseguida sanan.

La cueva estaba limpia y ordenada, y a poco más de dos metros de la abrupta entrada, la naturaleza había creado otro pequeño hueco en forma de ventanuco por la que una luz brillante, a esa hora, se colaba entre las ramas de un acebuche arrebujado entre las amontonadas rocas. Justo esa claridad iluminaba un arca rudimentaria ensamblada con gruesas ramas de roble melojo.

—Te voy a limpiar la herida de la cabeza. Pero la cosa está chunga, señorito —le advertía Juanillo en tanto que intentaba ablandar la sangre seca con el jugo de aliso—. Ahora, cuando quede *descostrao,* te pongo una buena cataplasma de flores de jara y verás cómo mañana estás mucho mejor. ¿Pero me puedes decir quién eres y como te llamas?, ¿o es que te ha comido la lengua el gato?

—No lo sé.

—¿Que no sabes quién eres ni cómo te llamas? Pues el porrazo ha sido cojonudo. ¡Has *quedao entortao,* amigo! Y ya te digo yo que ese *pellejazo* que tienes en la cabeza no es de hoy. Tú vienes de lejos, señorito, *entortao*, pero has *llegao* hasta aquí.

El hombre callaba y en su aturdimiento se dejaba curar.

—Sea como sea, yo voy a intentar sanarte el ciruelo. —Se dirigió hacia unos cuencos de madera situados sobre una repisa y de uno de ellos sacó un puñado de flores de jara que empapó hasta hacer el emplaste con el que taponó la herida —. Ahora te voy a vendar con un junco y cuando termine, vas a comer algo... ¿Tienes hambre?

—Sí.

—Pues, *pa* hoy tengo conejo. ¿Te gusta el conejo?

—Sí.

—Y un cacho de empanada de la que me trajo Vicente. Comida de ricos, señorito, y además te puedo agasajar con una onza de chocolate. Pero mucho *cuidao*, a ver si con tanto ofrecimiento, mi monte te va a gustar tanto que no vas a querer marcharte de aquí, y eso sí que no... Cuando en unos días llegue por estos lares Vicente, que te suba en su cacharro y que te lleve al médico.

—Yo soy médico.

—¡Ay, señorito!, *pos* de poco te ha *servío*, si no es por mí... —Quedó pensativo —. Entonces, si eres médico, a partir de este momento le llamaré de usted, que

para eso es una autoridad... Pues, lo que le estaba diciendo..., yo no sé de dónde ha salido, ni de dónde viene, ni a dónde iba. Lo que sí sé es que aquí se vive de tronío. Le voy a contar para que me comprenda... Algunas de las noches en las que la luna no aparece, duermo arriba, en un claro en el que tengo *prepará* una tienda con *to* lo que pueda necesitar. Allí me zampo, antes de la caída del sol, un *asao* de paloma torcaz o una perdiz, y después el postre, un dulce que inventó mi padre con la cocción de laurisilva y madroño que está de rechupete. Al rato me quedo *engollipao* hasta que empiezan a puntear las estrellas que me acompañan hasta que cojo el sueño. Ahora, precisamente, en esta época en la que estamos, se muestran revoltosas y es cuando más me gusta verlas. Se mueven como si fueran sanguijuelas. En resumen, señorito: Antes de que regrese Vicente y le lleve con él, tiene que acompañarme hasta allá arriba, porque el ciruelo lo tiene *cuajao*, pero las patas están bien y podrá con la caminata... Allí dormiremos sobre la roca del Paco, que es como la llamo yo, en recuerdo a mi padre, que fue el que la descubrió y tuvo la ocurrencia de dejar su nombre *grabao* en la piedra, *pa* que *to* el que ose llegar hasta allí, sepa que El Paco forma parte de aquella naturaleza. Le voy a contar otra cosa que averiguó él, que era chico en estatura, pero grande en pensamientos... El polvo que sueltan las estrellas según se ve en aquel lugar, es tan invisible como curativo. Se lo digo yo, que hace años me rompí la caña de una pierna y el polvillo blanquecino que desprendían llegaba hasta mí por la noche y al día siguiente me encontraba mejor. Ya verá como cuando subamos y los granos luminosos lleguen *tos* callaos hasta su ciruelo, la cosa va a pintar de lujo al día siguiente. —A Juanillo le brillaban los ojos en tanto que describía su íntimo espacio y los beneficios que aportarían al hombre su estancia allí—. Y después bajaremos en cuanto aclare la mañana, señorito, usted siempre irá detrás de mí, porque este monte yo me lo conozco como la palma de mi mano, cada risco, cada avellanillo nuevo que brota de esta tierra... todo. Por eso podría yo bajar a ciegas entre la niebla que produce la humedad espesa y templada que viene de la mar y que, en su condensación, hace aparecer las preciosas gotas de rocío, que como cristalillos *pulíos*, se posan sobre la espesura verde.

—¿Rocío? ¡Me llamo Rocío! —se precipitó el joven, con un punto de sorpresa en su mirada.

—¿Usted...? ¿¡Que se va a llamar Rocío!? A no ser que ahora la modernidad sea poner nombres de mujer a los hombres... A ver si va a ser que su madre o su esposa se llama Rocío, eso sí que podría... Sigue usted *corgao*, pero parece que ya va encaminando el ciruelo. —Y Juanillo hizo una mueca de risa enseñando los pocos dientes que le quedaban—. Ya le digo yo que este emplaste es milagroso, si por milagroso entendemos que enseguida se ven *resultaos*. Puede ser también, que he *hablao* de la arena de las estrellas, y eso... ¡Anda que no! Que cura solo con mentarlo.

—Tengo que irme, necesito saber quién es Rocío, cómo me llamo, qué me ha ocurrido y por qué he llegado a este lugar. He de averiguarlo cuanto antes. —El joven hizo un esfuerzo para abandonar el catre, pero un vértigo se lo impidió.

—Quieto ahí, señorito, qué aún sigue *cuajao* y esa tontera va *pa* días, ya se lo digo yo. Hay que hacer reposo, no le queda otra. A la luna le faltan noches para mostrarse con luz plena y tenemos que aprovechar antes de que esa fase ocurra. Yo creo que en unos días ya estará menos *guarnío pa* encomendarse a la caminata que nos lleve hasta la Roca del Paco y obtener la curativa del mareo y el perjuicio de la cabeza, y así, para cuando regrese Vicente, justo el día que la luna comience a crecer, te llevará en su cacharro al lugar que te tenga que llevar... Para que encuentres a esa tal Rocío.

Alejandro supo que aquel hombre tenía razón, que no estaba en condiciones para efectuar caminata y recostó su perfil en la almohada de piel de cabra que Juanillo había rellenado con las plumas de una cigüeña blanca. La mala suerte le acompañó al caer herida cuando cruzaba junto a su bando los húmedos montes buscando el buen clima. Ese día Juanillo hizo fiesta, comió cigüeña. La carne le resultó insípida y dura, pero al menos algo positivo sacó de la captura, las suaves plumas blancas y negras que rellenan ahora su cabezal.

A Alejandro, su cuerpo magullado no le preocupaba, sabía, como médico, que solo eran rasguños superficiales que sanarían por sí solos o con la ayuda de los ungüentos que le proporcionaba Juanillo. Pero la herida abierta de la cabeza y la ausencia de sus recientes recuerdos agitaban su pulso y bombeaban su corazón de manera que podía escuchar los topetazos dentro de su sien.

Un maremágnum de rostros, lugares y emociones se agolpaban desordenados en su mente y no era capaz, aunque lo intentaba con toda su fuerza, de discernir algo en concreto que le hiciera recordar su pasado reciente. Comprendió que el hombre que le había salvado la vida estaba en lo cierto y que debía esperar a que Vicente, uno de los forestales de ese monte, llegara por aquellas latitudes con su coche y le trasladara al hospital. El agotamiento y las infusiones que le preparó Juanillo fueron relajando sus músculos hasta que el sueño apareció, tornando su respiración agitada en compases lentos y tranquilos.

Esa noche Juanillo durmió en el suelo sobre una piel de corzo. Medio en vela, con un ojo cerrado y el otro abierto pendiente de las necesidades de aquel hombre aparecido por aquellos montes y, que, sin esperarlo, había puesto un punto de inflexión en su monótona vida.

# El tatuaje
# 12

23 de julio de 1993, viernes

El panteón de la familia Santoporto acababa de acoger entre sus mármoles esculpidos y sus ángeles postrados ante una cruz flordelisada el cuerpo de la hija de don Miguel Escusa de Arnus y Catalina Santoporto. Ahora, los restos mortales de las dos gemelas reposarían para la eternidad solo separadas por un férreo tabique. Los nichos, idénticos, como lo habían sido ellas, solo los diferenciaba el nombre y el año de sus muertes:

*Alba Escusa de Arnus y Santoporto*
*1971-1979*
*Tus padres no te olvidan.*
*Rogamos una oración por su alma.*
*RIP*

*Rocío Escusa de Arnus y Santoporto*
*1971-1993*
*Tus padres no te olvidan.*
*Rogamos una oración por su alma.*
*RIP*

El mausoleo familiar fue mandado construir por don Cristóbal Santoporto, abuelo de Catalina, en 1907 tras fundar la sociedad de vapores «El extremo del Continente» junto a otros participantes capitalistas que intuyeron la importancia de habilitar la zona de atraque desde el embarcadero de madera hasta el cantil norte del muelle de la Galera. La esposa de don Cristóbal, descendiente de una acaudalada y noble familia, fue la primera en inaugurar el

espacio suntuoso e íntimo en el que la ostentosidad lúgubre demostraba a todo el que lo observaba desde el patio central del cementerio la opulencia de su fundador.

Miguel Escusa de Arnus había acudido tres días antes a identificar el cadáver que quedó enredado entre las rocas de un espigón cercano a la playa de Getares y que, según la descripción forense, podría tratarse del cuerpo sin vida de su hija Rocío, la joven a la que perdieron la pista junto a Alejandro Estévez la tarde del 15 de julio por la zona de la Torre del Centenario.

La hipótesis del secuestro que intuía don Miguel fue esfumándose según pasaban las horas al no recibir ningún tipo de mensaje telefónico ni escrito. Además, también había desaparecido Alejandro, el hijo de Anselmo, el pescador, al que todas las pesquisas situaban junto a ella en el acantilado, ya que su bicicleta se encontraba a poca distancia de la moto de la joven. En las primeras horas todo parecía indicar que el rechazo de Rocío hacia el chico hubiera podido ser el detonante de todo lo que sucedió a continuación. Pero la aparición del cadáver de un hombre joven, con antecedentes penales por droga, en el fondo del acantilado que bordea la Torre del Centenario, amplió las sospechas y dio un giro brutal a la investigación.

La pequeña capilla del cementerio del Rinconcillo y sus aledaños era un hervidero de gente.

Por un lado, estaban algunos primos de doña Catalina venidos desde fincas y cortijos no muy lejanos y también las amistades de alta alcurnia residentes en Jerez y Sevilla, que se habían desplazado hasta la ciudad para asistir al funeral y que pernoctaron en el hotel Reina Cristina, dado que el sepelio se celebraría a primera hora de la mañana. Todos ellos tuvieron reservado su asiento y su reclinatorio dentro de la capilla, y todos ellos acompañaron a los padres vestidos de riguroso luto.

Por otro lado, bajo la sombra de unos cipreses, estaba la plebe que quiso acompañar a Carmela en el profundo dolor de perder a su niña de una manera tan cruel. Ella nunca había dado a luz, pero bien sabía lo que era criar con todo su amor y desvelos a dos hijas de la misma edad, y bien supo después como la vida, la mala suerte o el destino le inyectaba el amargo sabor perdurable en el

tiempo de perder a su pequeña Alba. Y ahora, en el transcurrir de algunos años, que a ella le parecieron un suspiro, ese nauseabundo regusto había ascendido por sus papilas inundando su cerebro de nuevo.

Carmela, la tata, como ella imaginaba a Rocío llamándola por cada rincón, no tenía consuelo. Alejandro, su querido sobrino, seguía en paradero desconocido... Ella no entendía nada. De un soplo se encontró con la sorpresa de que estaban juntos cuando desaparecieron, que eran amigos o incluso novios... Lo que la hubiera embargado de un gozo sublime se había convertido en un sufrimiento con redoble sumamente retorcido y brutal, e intuía que ese tipo de dolor culminaría con su derrota como persona. Estaba segura de que su corazón estaba hecho añicos y que de un momento a otro podría morir. Y lo peor de todo es que ella lo deseaba con toda su alma.

Anselmo, cabizbajo, pasaba su brazo por los hombros de su hermana en tanto que las lágrimas corrían por su curtido rostro, ahora aún más envejecido por el tormento que le ocasionaba la desaparición de su hijo mayor.

Una hora tras otra, y un día tras otro, como si se le hubiera tragado la tierra. Las batidas por tierra y por mar continuaban, incluso se había ampliado la zona de búsqueda. Con todo, no aparecía ni el más mínimo rastro de él. Solo existía la pista del hallazgo de su bici en el mismo lugar que la moto de Rocío.

Y ella estaba muerta. La encontró él sobre las rocas del espigón. Desde aquel día, en los sobresaltos oníricos que le producía el sueño veía a Alejandro junto a Rocío sobre aquellas malditas rocas. Aun así, su hijo era transparente, gelatinoso, y se movía cómo una gran medusa. Esa pesadilla recurrente le hacía despertar sobresaltado, sudoroso y gritando:

—¡Está allí, sobre el espigón! ¡Y se mueve! ¡¡Está vivo, Eulalia, nuestro hijo está vivo!!

Y Eulalia, sollozando, besaba su curtido rostro y le repetía que estaba en lo cierto, que ella también lo intuía y que en cualquier momento llamarían a la puerta para notificarles que Alejandro estaba a salvo y que pronto se reuniría con ellos.

Sabían que su hijo podría estar bajo sospecha. Pero ellos lo único que deseaban era que apareciera cuanto antes para abrazarle y que pudiera demostrar de una

vez por todas su inocencia.

Paquita no dejaba a Carmela ni a sol ni a sombra. La sentía su mejor amiga, su hermana, y sabía que ahora la necesitaba más que nunca. El dorso izquierdo de la mano oronda de Carmela servía a Paquita de refugio para no dar cuenta de sus lágrimas. Cubría con él su rostro, con un sentimiento de pudor que solo ella podía entender. Y Yosoy repetía el gesto que su madre hacía con Carmela. Cogía su mano y con ella tapaba sus ojos para no verla llorar. Y así llevaban desde el día que apareció el cadáver de la joven. La vaga esperanza de que Rocío y Alejandro hubieran tramado un plan de huida para estar juntos se desvaneció por completo el día fatídico en el que ella apareció muerta sobre las rocas.

Néstor Palacios y Luis Vidal acudieron juntos al sepelio. Si bien analizaron desde un lugar discreto de la capilla a todos y cada uno de la veintena de invitados ilustres, tampoco desdeñaron la observación de los familiares y amigos de Carmela cuando le mostraban su más sentido pésame. Allí, junto a ella, su hermano Anselmo, roto de dolor...

Desde que apareció el cuerpo de Rocío se había ampliado el operativo de búsqueda siguiendo el indicativo de las mareas que acucian desde mar adentro hasta el espigón en el que apareció el cadáver de la chica, pero de momento, no se había encontrado ni el menor indicio de Alejandro Estévez.

En estupefacientes seguían otra línea de investigación del caso. Los restos mortales del hombre que apareció en el fondo del acantilado al día siguiente de la desaparición de la pareja, resultó ser Jorge Sánchez Vega, uno de los integrantes del clan de *Los Chapetos*, viejos conocidos de la policía y sobre todo del departamento de narcóticos. Jorge Sánchez Vega, *El Pelailla*, había sido criado en una casa hogar de la comunidad andaluza con nulo éxito de los instructores y monjas que se hicieron cargo de él.

Cien veces habían llamado de la comisaría a la superiora que regentaba el convento para que lo recogieran después de haber cometido pequeños hurtos o haberle descubierto vendiendo hachís a la salida de algún instituto.

Y ciento una vez volvió a las andadas.

Cuando cumplió la mayoría de edad se despidió de las monjas y se fue a vivir por su cuenta y riesgo, ante todo riesgo, porque a partir de aquel día *El Pelailla*

metió las narices de lleno en el mundo comercial del narcotráfico, que le facilitó la entrada en el calabozo tantas veces como la salida.

Pero una tarde de ese verano, su destino no fue la trena, sino el anatómico forense, al que llegó con dos tiros en la cabeza y los pies por delante.

Néstor Palacio y Luis Vidal no descartaban la relación de este caso con la desaparición de la pareja. De hecho, se había abierto una vía paralela de investigación. El cuartel general de *Los Chapetos* se encontraba por los alrededores de la zona del acantilado, y era casi inminente su desarticulación, según el departamento de narcóticos. Pero todo se precipitó debido a la coincidencia, o no, con el caso Gazanias. No obstante, centrar públicamente las sospechas en el clan de *Los Chapetos* ayudó a que la investigación de algunas personas del entorno de Rocío y Alejandro fueran investigadas, bajo secreto de sumario.

En el panteón ya no quedaba nadie. Un empleado de El Gran Cortijo había cerrado las puertas de hierro forjado dejando la luz artificial conectada para que las coronas, cruces y ramos de flores que competían en lúgubre belleza, pudieran contemplarse desde fuera.

—Va apretando el calor, Vidal. —Néstor miró su reloj—. Aunque tú con esas pocas chichas, igual ni te enteras de que debemos estar ya a más de treinta grados —le dijo aflojando el nudo de su corbata.

—En la capilla hacía calor, sí... Pero bajo este ciprés corre *mareita,* no te quejes. —Vidal expulsó una bocanada de humo y miró a los rezagados que daban el pésame a Carmela—. ¿Has observado a Roberto en la capilla?

—¿El fiel escudero? Sí, muy compungido.

—¿No crees que al escudero le hubiera gustado más estar en la capilla de El Gran Cortijo desposándose con la difunta, y así dejar de ser el escudero para convertirse en el yerno del Capitán?

—Pudiera ser. Cuando aparezca Alejandro, vivo o muerto, seguro que tendremos nuevos indicios.

—Falta nos hacen. — Vidal quedó meditabundo—. Es curioso que el que diera la primera pista para comenzar a buscarla fuera Roberto.

—Las estadísticas están ahí, no perdamos de vista a las personas cercanas de las víctimas. Ante todo, a Roberto.

—De momento hay algo más que no me cuadra, a no ser que las nuevas técnicas para eliminar tatuajes hayan evolucionado tanto que no dejen ni rastro en la piel. Grabar en la dermis un tatuaje es sencillo, solo tienes que encontrar un valiente que conozca la técnica y que dibuje bien. Pero hacerlo desaparecer supongo que será harina de otro costal, digo yo.

Néstor movió la cabeza y levantó la ceja derecha mostrando expectación.

—Hay nuevas técnicas de láser, pero hacerlo desaparecer por completo... Aunque supongo que el éxito dependerá del tamaño, color y profundidad del dibujo. Lo que sí sé con seguridad es que la tinta negra y la azul oscura son las más fáciles de quitar. ¿Qué sucede, Vidal? No creo que tengas interés en tatuarte... Suéltalo.

Vidal dio una larga bocanada a su pitillo y continuó:

—Antes de llamar al Capitán para informarle de que había aparecido un cadáver con los rasgos físicos de su hija, estuve en el depósito con Marlem, que estaba completando el informe de los restos...

—Sí lo leí —afirmó el comisario—. Muerte por sumersión. Ahogamiento húmedo. Diatomeas en órganos y maceración cutánea.

—También se encontraron heridas en el frontal que existían en vida —apostilló Vidal—. Lo que indica que fue golpeada o se golpeó antes de la inmersión. Sabemos que cuando apareció llevaba muerta aproximadamente unos cinco días. Pero, ¿realmente Rocío cayó desde el acantilado?

—Su moto apareció allí junto a la bicicleta de Alejandro, mas eso no significa que cayera al agua desde ese lugar... Amigo, aún no tenemos el resultado del estudio hidrográfico y eso nos obliga a ser cautos. Lo único con lo que contamos, de momento, es con el cadáver aparecido sobre el espigón después de casi una semana de intensa búsqueda. —Néstor hizo una mueca de esperanza—. En cuánto tengamos el informe del movimiento de las mareas por aquellos días, más de una duda despejaremos.

—Además de los hematomas en el rostro, también se encontraron restos de benzodiacepinas en sus intestinos. Rocío no tomaba ninguna medicación, según

su familia, aunque hay que tener en cuenta que ella vivía en Madrid, y es posible que, esporádicamente, tomara algún ansiolítico. Sin embargo, cuando yo registré su mesilla de noche no encontré ningún blíster, y las nanopartículas que se hallaron en el cajón no correspondían a medicamento alguno.

—Pero el hallazgo de esa sustancia en su cuerpo carecería de relevancia si se tiene en cuenta que esa medicina la había ingerido al menos veinticuatro horas antes de su muerte. Su madre es habitual de esos tranquilizantes, ella misma lo afirmó cuando se lo preguntaste, con lo cual, es comprensible que, en un momento de necesidad puntual, la hija echara mano del botiquín de doña Catalina.

—Pudiera ser. Pero no podemos contrastarlo con seguridad y ese factor podría ser de suma relevancia...

Néstor paró en seco. Ya habían alcanzado la cancela de salida del cementerio y su Ford Mondeo se encontraba a pocos metros de ellos.

—¿Tiene qué ver con el tatuaje del que me estabas hablando?

—Es posible. Cuando conocí a Rocío con motivo de la fiesta de cumpleaños de su madre, observé que tenía tatuado en la parte superior del antebrazo izquierdo un pequeño corazón que en su interior guardaba la letra A.

—Y pensaste que era un homenaje a su hermana Alba, claro...

—Supongo que eso lo pensábamos todos.

—Pues esa observación, ahora refuerza la hipótesis de su relación con Alejandro. Ese distintivo podría estar dedicado a él.

—Néstor, ese tatuaje ya no existía en el brazo de Rocío cuando la vi en el anatómico. No quedaba ni rastro.

—¿Se lo comentaste a Marlem?

—Sí, y lo buscamos con lupa. Pero la maceración del cuerpo después de tantos días sumergido pudiera ser que hubiera hecho desaparecer el tatuaje, o sencillamente, no estaba porque habría sido eliminado por esa innovadora técnica láser que tú dices. Eso fue lo que opinó Marlem.

—Pero es extraño que no hubiera ni rastro de tinta si el tatuaje seguía plasmado en el brazo. Y si lo eliminó, ¿por qué lo hizo? —El inspector quiso

analizar ese detalle—. Si hubiera sido un homenaje a su hermana no lo hubiera borrado jamás.

—Estoy de acuerdo contigo.

—En cambio, si ese tatuaje fuera la consecuencia de un enamoramiento y ese enamoramiento hubiera acabado desinflándose como un globo, lo último que quieres es tenerlo de recuerdo toda la vida. Y si fuera así, tendríamos que pensar que Alejandro y ella habrían mantenido una relación... Y ese dato es muy importante. Necesitamos que el chico aparezca, dónde sea y cómo sea. Con él resolveremos muchas dudas.

—Ya. Estás hablado, Néstor, en el hipotético caso de que hubieran roto. Pero ellos estuvieron juntos el día de su desaparición en un bar, y según el camarero, estaban charlando como una pareja más, solo que ella se marchó antes que él. Pero pudiera ser que lo hiciera porque llevaban su amor en secreto y querían evitar ser vistos por las calles, debemos tener en cuenta que la clase social a la que pertenecía cada uno de ellos era completamente dispar y es posible que utilizaran esa estrategia... ¡Qué sé yo! Igual estaban esperando para hacerlo público en el momento adecuado.

—Pues no creo que los señores Escusa de Arnus estuvieran por la labor de darles su bendición.

—Yo tampoco lo creo. Pero lo que sí creo es que Alejandro y Rocío estaban juntos, por eso horas más tarde quedaron en un espacio más íntimo, en la Torre del Centenario, para dar rienda suelta a su amor. Y si hubiera sido así... ¿Por qué habría querido borrarse el tatuaje?

—¿Adónde quieres llegar Vidal? Quizá el tatuaje que tú viste entonces fuera una calcamonía o incluso un dibujo. Piénsalo. El Capitán reconoció a su hija y no tuvo ningún atisbo de duda... ¿No es cierto?

—Era ella, sí. Estuve presente en la identificación, y exceptuando mi observación, no noté nada que me resultara extraño en el comportamiento del Capitán. Estaba afectadísimo.

—Y así continúa. A diferencia de doña Catalina, que en todo momento ha guardado una serenidad apabullante... Será porque dicen qué a la gente de alta alcurnia la educan desde la cuna a dominar sus sentimientos ante los demás.

—Pues la familia del Capitán se debió saltar esa lección... Porque a él se le ve realmente destrozado. Desde que desapareció su hija ha perdido unos cuantos kilos y las ojeras le llegan hasta los pies. Ahora, todo ello entra dentro de la lógica en estas circunstancias tan terribles.

—Sabemos que doña Catalina no tiene hermanos y que sus padres murieron, pero tiene tíos-abuelos, primos y sobrinos segundos que, junto con las amistades, han abarrotado la capilla. En contrapunto, al Capitán no le ha acompañado ningún familiar. ¿Sabes cómo va la investigación de todo lo que concierne a él?

—En ello está el departamento de investigación de datos, Néstor, Miguel Escusa de Arnus Puig nació en Barcelona en el 1936. Y no existe ningún indicio de que sus padres simpatizaran con ningún partido político, a pesar de poseer un apellido tan aristocrático.

—Extraño...

—A su progenitor no se le conocía ningún oficio, ni tampoco se ha encontrado en el catastro ninguna evidencia de que existieran propiedades a su nombre que les permitiera una economía suficiente para poder subsistir. En cambio, en 1945 los señores de Escusa de Arnus adquirieron un local en Carrer d' Espiell e instalaron en él una tienda de bicicletas, negocio que les funcionaba para vivir decentemente e incluso para dar estudios a su único hijo, que ingresó al cumplir los 19 años en La Escuela Náutica de La Coruña.

—Siempre imaginé que los señores de Escusa de Arnus pertenecerían a una familia de rancio abolengo que había emparentado con los Santoporto, sabido por todos, de fortuna incalculable.

—Sí. —Vidal hizo un gesto elocuente en tanto que extraía otro cigarro y acariciaba las iniciales inscritas de la pitillera—. ¿Quieres?

—No. Empalmas uno con otro, Vidal, deberías cuidarte un poco más...

—Ya dejé de beber alcohol. ¿No te parece suficiente?

—Sí, me parece suficiente si no recaes.

Vidal obvió la réplica. Desde la última vez que se tomó un Larios con Coca-Cola había pasado mucho tiempo, y eso le confirmaba su desintoxicación. Por eso no quiso entrar en el bucle de justificaciones y acusaciones con su amigo.

Sabía que Néstor se preocupaba por su salud porque le apreciaba de verdad, quizá, hasta fuera la única persona que realmente sentía gran afecto por él, incluso mucho más de lo que él sentía por sí mismo.

—Los señores Escusa de Arnus vivieron de manera discreta hasta su muerte —continuó Vidal—. La madre de Miguel desarrolló un cáncer de páncreas que la llevó a la tumba en pocas semanas y el padre falleció de un infarto de miocardio a los dos meses del enterramiento de su esposa. Al segundo Escusa de Arnus que había existido hasta el momento sobre la faz de la tierra le llegó la noticia cuando andaba navegado por aguas de Oceanía.

—¿Cómo que el segundo Escusa de Arnus que ha existido sobre la faz de la tierra? Conozco tus ironías Vidal... Todos sabemos que tenemos incalculables ascendentes en el árbol genealógico con nuestro mismo apellido, a no ser que en un momento de la historia decidiéramos unificar el primero con el segundo, y a partir de esa aceptación burocrática y pagar unos impuestos, el apellido largo y de apariencia noble ya lo podrían utilizar nuestros hijos. Pero ese procedimiento viene de principios del siglo XVIII por eso, es de suponer, que el bisabuelo, el abuelo, tíos y primos de Miguel hubieran llevado el mismo apellido compuesto que heredaría el padre y después él.

—Pudiera ser. En la guerra se destruyó mucha documentación, eso es cierto... Pero casi puedo asegurarte que hoy en día ese apellido conjunto solo lo lleva el Capitán, ya que Rocío y Alba, sus dos hijas, murieron sin descendientes.

—Es, como poco, curioso, sí. —Néstor quedó pensativo—. ¡Sigue indagando también esa curiosidad!, a ver si encuentras algún pariente por esta España de Dios que nos lleve a saber algo más de don Miguel. Por cierto, Vidal, ¿Se sabe ya cómo paró El Capitán por estas tierras y enamoró a la única hija del gran hacendado?

—Algo sí... Uno de los trabajadores más antiguos del Casino recuerda que El Capitán se instaló en esta ciudad a rebujo de un compañero de la Marina con quien hizo gran amistad en esos viajes por todo el mundo. Ese marino era oriundo de San Roque y también socio del Casino. Y fue este amigo el que aportó las referencias para que Miguel, recién caído en la ciudad, fuera admitido en ese selecto grupo del que don Mateo Santoporto era presidente. Y es muy

posible que el marino, con su apellido, llegara hasta don Mateo, y que por don Mateo, llegara hasta Catalina. —Vidal echó un vistazo a su reloj mientras su amigo cogía la desviación CA-34—. ¿Adónde me llevas, ilustre hidalgo?

—A La Línea. Hoy vamos a comer en la Barrica, que te invito yo, cabrón, ya que nunca podré ponerme a la altura de tus conocimientos culinarios tendré que rascarme el bolsillo.

# La pesadilla de Dolores
# 13

28 de julio de 1993, miércoles

Una vez más, Palmira contabilizaba los billetes que guardaba en la caja de zapatos escondida bajo su cama. Eran de los grandes y la tapa apenas encajaba ya, debido a la presión que ejercía el papel timbrado sobre ella. Nunca había visto tantos cuartos juntos. Había ido haciendo montones de cincuenta separándolos con una goma elástica para que de esa manera fuera más fácil su recuento. Aunque ella, cuando recibía de mano del Capitán un nuevo puñado de billetes esparcidos sobre la mesilla, lo sumaba mentalmente y nunca erró en la exactitud de la cifra.

El Capitán era torpe y agresivo en el sexo, pero en exceso desprendido a la hora de abrir la cartera, y después de unos cuantos años soportando, a menudo, el peso literal y la inmundicia del todopoderoso, había llegado el momento de poner el punto final a esa etapa de su vida, que intentaría borrar para siempre de su mente.

Cuando abandonara El Gran Cortijo, cogería el autobús que la llevaría hasta Sevilla, y ya en la ciudad entraría en la mejor peluquería para que le renovaran el *look*. Su cabello era rubio y le llegaba bajo el hombro, y esa imagen ingenua —ella pensaba—, le restaría credibilidad a la hora de presentarse ante la alta sociedad como nueva empresaria. Necesitaba mostrar una imagen más agresiva, más impactante. Pediría que la sorprendieran con un corte moderno y atrevido y era hasta posible que se decidiese por un color subido de tono, rojo caoba, pudiera ser... Se pondría en manos de profesionales que son los que realmente saben, para eso contaba con posibles y pagaría por ello lo que le pidieran con

toda la alegría del mundo. Después iría a El Corte Inglés a comprarse ropa de la cara, y a continuación comenzaría a buscar un local céntrico para alquilar. Todo lo demás que había forjado en su cabeza llegaría solo.

Sería una mujer renovada. Emprendería una nueva vida... Nadie la conocía en Sevilla y con dinero todo sería mucho más fácil.

Con ese argumento en la cabeza llegó Palmira hasta la puerta del despacho de Roberto.

—Hola, Roberto, ¿puedo pasar?

—Sí, Palmira, pasa.

La muchacha quedó quieta frente a él sin mediar palabra.

—Siéntate, mujer, ¿sucede algo?

Palmira tomó asiento y con voz algo tímida le dijo la frase que tantas veces había ensayado.

—Vengo a despedirme, quiero que me prepares el finiquito.

—¿Pero ha pasado algo, Palmira? Yo creía que te sentías cómoda en la empresa.

—No es porque no esté a gusto, Roberto, pero tengo que marcharme, tengo otros planes. Quizá vaya a Sevilla, no sé... Pero necesito salir de la ciudad y conocer mundo. Soy joven y me siento atrapada aquí, entre estas cuatro paredes, y no es porque se me haya tratado mal ni nada de eso, no... La gente del Cortijo me aprecia y yo a ellos, pero ya te digo, tengo otros planes.

—Aunque no lo creas, te comprendo perfectamente. —Roberto recostó la espalda sobre el respaldo de su butaca y observó a Palmira de forma descarada—. Una chica tan atractiva como tú no debería dejar pasar su juventud sin intentar comerse el mundo. Estoy seguro de que, si emprendes cualquier proyecto, triunfarás.

La chica se sintió ruborizada, pero a su vez notó como su abullonado ego rozaba las vigas barnizadas del techo. Por unos segundos Palmira cruzó su mirada clara y sensual con su superior.

Siempre le pareció muy guapo y con ese punto canalla que a ella le volvía loca. Además, era joven y rico, lo de la renquera en la pierna era un defecto tan nimio en comparación de las virtudes, que incluso le resultaba gracioso.

Fantaseó todo lo vivido con el baboso del Capitán, convertido en el atractivo chico que tenía enfrente. Y se imaginó a su lado en el Mercedes descapotable siendo la envidia de todas las chicas de la ciudad, el saludo de los empleados al entrar de su mano en el salón noble del Casino para tomar una copa junto a sus amigos... Porque Roberto era soltero, y que ella supiera, sin compromiso... Por eso también se imaginó junto a él, vestida de blanco, saliendo de la iglesia de Nuestra Señora de la Palma.

—¡Oh, Roberto! Me vas a sacar los colores. —Palmira inclinó su cabeza hacia un lado y tensó sus labios en forma de sonrisa.

—Solo te digo lo que siento. Sé que vales mucho, que tienes unas manos privilegiadas y además eres muy guapa.

—Gracias.

—¿Estás completamente convencida de que te quieres marchar?

—Bueno, yo creo que sí. —Palmira estuvo a punto de retractarse. Solo le faltó ver de nuevo el deseo prendido en los ojos oscuros de Roberto.

—Pues si estás tan segura, hazlo...

La convicción pareció tambalearse en la decisión de la muchacha. Pese a todo, la fe que Roberto ponía en ella le hizo pensar que realmente había nacido para el éxito.

En su futuro de triunfadora empresaria era muy posible que se topara con muchos Robertos, éste le gustaba y acababa de descubrir que el sentimiento era recíproco, pero ya era tarde para cambiar sus planes.

—Está bien, Palmira, yo mismo me encargaré de pedir toda la documentación a las oficinas de la Fundación. Voy a evitar que tengas que personarte allí. ¿Te parece bien que te lo tenga preparado el jueves de la semana que viene?

—Pensaba que necesitaría más días...

—Bueno, si fueras a tramitarla tú misma en La Fundación, tardarían lo estipulado en estos casos. Pero te la voy a traer yo mismo para que no tengas que desplazarte hasta allí. Ahora, si quieres hacerlo más adelante, tú me dirás. A mí me da igual.

—Está bien, Roberto, el jueves de la semana que viene me parece perfecto. ¿Vengo por la mañana?, ¿o mejor por la tarde?

—Por la tarde, a primera hora me viene bien.

Palmira pensó que todo le estaba yendo como anillo al dedo. Después de firmar el finiquito, se iría a la estación de autobuses, tomaría un café helado tranquilamente en una de las terrazas cercanas y después se acercaría a la ventanilla de Algeciras-Sevilla para adquirir el billete que la llevaría hacia una nueva vida.

—Gracias, Roberto, por tu amabilidad.

—Para eso estamos, Palmira.

Roberto arrancó su Mercedes descapotable y se dirigió, como todos los viernes, al Casino de la ciudad para echar la partida de mus que acostumbraba cada semana. Había retomado su vida cotidiana justo un día después del entierro de Rocío. Desde su desaparición, la vida en el Cortijo se alteró de manera profunda y nadie era capaz de volver a la normalidad. Los trabajadores se sumaron a las batidas: Carmela, Paquita acompañada de Yosoy, Anselmo, Eulalia y hasta él, con su renquera, recorrieron palmo a palmo la zona que indicaba cada día la policía.

Dolores no. Dolores esperaba en aquella casa solitaria cercana a la Torre del Centenario, sumida en la rabia esperando al torpe de su hijo. Nunca pensó que pudiera suceder algo así. Todo era milimétrico. Hasta la última pared de esa vivienda estaba calculada para que lo que sucedió, hacía ya casi dos semanas, no hubiera ocurrido jamás.

Pensó en la desaparición de Rocío y el hijo del pescador, justo el mismo día que huyó Alba, ya era casualidad... Pero a Dolores, lo que realmente le quitaba el sueño era la ausencia de la niña. Y por más vueltas que daba a su cabeza no comprendía cómo podía haber sucedido.

Las puertas de seguridad con accesos camuflados, la clave secreta para abrir la verja, el frondoso y gigante cactus sobre ella. ¿Pero qué fue lo que ocurrió para que Alba se escapara sin que Roberto lo pudiera evitar? ¿Qué harían ahora? El Capitán cuando se enterara se enfurecería muchísimo, y ella temblaba pensando en una oscura represalia.

Aquella mañana del dieciséis de julio, cuando su hijo la apremió para hablar, jamás se le ocurrió que la incompetencia del ser que parió veinticinco años atrás

hubiera llegado a tal extremo.

Fue a la cocina a preparar los tres desayunos y su hijo la siguió. Parecía que el dolor que le había producido el golpe en el pie iba remitiendo

—Cualquier día tiro a la basura la mierda de la cómoda y el reloj, que además está *escacharrao.* — Introdujo una jarra de vidrio templado dentro del microondas y se dispuso a preparar el café. Dolores siempre lo tomaba descafeinado, con una nube de leche y acompañado de dos magdalenas. Acostumbraba a tomarlo de pie y con prisa, antes de bajar al sótano para servir a Alba una copia del suyo. En cambio, Roberto ritualizaba su primera comida del día, el café Monorigine tostado procedía de la República del Zaire. El Capitán le había aficionado a él. Tenía el gusto de regalarle todos los meses uno de los embalajes que llegaban hasta El Gran Cortijo por valija diplomática desde aquel país. Lo tomaba muy caliente, acompañado de dos pastas de avena, frutos secos y zumo de naranja. Pero ese día, el preparado del desayuno quedó por hacer.

Roberto confesó a su madre que Alba se había escapado y Dolores, presa de la ira, empujó a su hijo con tal energía que su cuerpo se tambaleó hasta caer bocarriba. Entonces, acercó su mano derecha al atizador que estaba postrado en el lateral de la chimenea, lo elevó con la fuerza de sus dos manos y amagó con reventar su cabeza.

—¡Madre, por tus muertos, no lo hagas! ¡Por tus muertos, madre!

Dolores quedó enganchada en los desorbitados ojos de Roberto.

Esa última frase había surtido el efecto que el joven esperaba, y desmadejada, arrojó la barra de hierro contra la piedra ennegrecida y ahora, en verano, sin restos de los troncos que en la época fría del año ardían para caldear la enorme cocina.

Dio la espalda al cuerpo lisiado de su hijo y fue a sentarse sobre una de las cómodas butacas que rodeaban la mesa del *office*.

—Madre, tengo que salir. —Sus atléticos hombros le ayudaron a incorporarse, y en un segundo desapareció por la puerta en dirección al garaje sin dar más explicaciones.

La historia de su familia se la había contado a su hijo montones de veces. El abuelo Eladio, del que Roberto había heredado la tara, parecía rondar

fantasmagóricamente en su vida como si su espectro buscara venganza. Fue un ser cruel y mereció lo que le sucedió. Pero algunas señales parecían indicar que aún no había purgado sus pecados en la tierra y su pútrida alma vagaba instigando en las mentes de los de su sangre, para así arrastrarlos con él hasta lo más profundo del mismísimo infierno.

Eladio, el abuelo de Dolores, solo andaba cortos tramos y no se le conocía oficio, se pasaba los días enteros en la taberna, que afortunadamente para él, estaba a tiro de piedra de su casa. Allí estiraba la pata larga, empinaba el codo y sacaba su lengua viperina a pasear. Aseguraba conocer entresijos, miserias y debilidades ocultas de los ricos del pueblo, o al menos, de eso presumía. Y de cuando en cuando dejaba caer chismes de mala baba que clamaban al cielo de haber sido ciertos. El caso es que hacía la fiesta entre los vecinos pobres que solían visitar la cantina, y se gastaba en chatos de vino los pocos reales que ganaba Luisa, su mujer, confeccionando mantas de lana en el telar de madera que heredó de su madre. Cuando, renqueando, lograba llegar hasta su casa, casi siempre con los nervios crispados por la melopea, la garrota cumplía también la función impetuosa sobre su esposa, la gata, y los hijos que no les había dado tiempo a refugiarse bajo la cama.

Al poco de estallar La Guerra Civil, Eladio, asustado por la noticia de que las fuerzas sublevadas atacarían inminentemente el pueblo de Grazalema, renqueó más deprisa de la cuenta para llegar a casa y esconderse tras una alacena que tapaba un descuadre en el zaguán. Aunque pensó que sería por poco tiempo, ya que se le había ocurrido, según caminaba hacia su hogar, delatar a todos los de su condición y así poder salvar el pellejo.

—Ahí detrás voy a esconderme, Luisa, más te vale darme bien de comer si no quieres que esto se mueva. —Y señaló el garrote, que giró como rubricando la amenaza.

Pero el mueble pesaba tanto que aún con la ayuda de la abuela Luisa, fue incapaz de retirarlo para meterse en el escondrijo, y preso de los nervios, la emprendió a garrotazos con su mujer. La gata que en cuanto oyó moverse el picaporte de la puerta se había guarecido entre las patas de la alacena, se lanzó sobre el rostro descompuesto de su maltratador como lo hubiera hecho una

tigresa para proteger a su indefenso cachorro. Entonces Eladio cayó hacia atrás golpeándose la cabeza con el pico de la mesa. La actitud del felino removió las entrañas de la esposa que se habían mantenido sumisa durante años y sintiéndose amparada y protegida por el animal, y sin pensarlo un segundo, asió con manos firmes el atizador de la chimenea y le golpeó la cabeza una y otra vez, con saña, con odio y sin pausa hasta que una masa blanquecina y sanguinolenta quedó al descubierto.

No supo medir Luisa el tiempo, reclinada en el suelo junto al cadáver de su marido. Ni tan siquiera se preguntó si sus hijos continuaban bajo la cama cuando el agudo y aterrador silbido precedente del estallido de la primera bomba, arrojada por los sublevados, levantara como un resorte el algodonoso cuerpo del felino que se refugió mimoso entre los brazos manchados de sangre de su dueña.

Luisa no se movió. Solo vislumbró el deseo a través de los maullidos exasperantes de la gata, de que la tierra sobre la que estaba sentada engullera su casa para siempre, con ella, con el desgraciado de su marido y todos sus hijos dentro.

Ese fue el panorama que encontró la madre de Dolores y sus hermanos cuando al macabro silencio le siguió un sonido desconocido y destructivo de un misil que movió el camastro protector de sus cuerpos y que les hizo salir temblando de nuevo hacia el zaguán, donde estaba su madre y el cadáver de su padre.

Fue horrenda la visión escandalosa de la sangre esparcida hasta en las mantas recién confeccionadas que ocupaban el vasar de la chimenea

La madre, cabizbaja, hundida en su propio vientre y teñida a retazos del flujo espeso, dulzón y rojo que la gata, como acariciando un trofeo, lamía lentamente.

Y el padre, al que siempre temieron y jamás amaron, tendido en el suelo con una coliflor con tomate por cabeza y el cuerpo de títere abandonado, doblado sobre sus extremidades desiguales, jaspeado en sangre viscosa y oscura.

A Dolores le contaron la historia siendo muy chica y a partir de ahí sus pesadillas giraban curiosamente, no sobre la muerte a golpes de su abuelo, sino sobre un monigote de rostro inquietante y patas asimétricas que daba saltos volanderos apoyado en la zanca más larga para alcanzarla y convertirla en una

espantosa marioneta de patas descompensadas y llevarla con él hasta el fuego del infierno.

La sombra inquietante y malévola de su abuelo clamando almas de su casta para arrebatarlas y ofrecérselas a Lucifer como preciados trofeos estuvo presente en sus pesadillas de niña. Aunque quizá la influenciara la muerte de su tío, que apareció asesinado a la vera del camino que lleva a la ermita del Calvario, con la cabeza abierta como una sandía. Aunque, según pasaba el tiempo, las pesadillas se difuminaban hasta incluso desaparecer. Pero la violenta muerte de su madre, arroyada por un carro que le destrozó la crisma cuando ella era una adolescente, volvió a poner en jaque sus pesadillas, convirtiéndolas en temores agazapados en la noche. Pasados algunos años, todo volvió a su ser y Dolores siguió gozando de la vida o luchando por ella. Pensó, como mujer madura, que las historias de fantasmas nunca más la afectarían, sin embargo, a partir de aquel día, hacía ya diez años, con el fallecimiento de Silvio, su marido, los horrendos sueños volvieron a tomar protagonismo, tiñendo de rojo viscoso la sombra del abuelo Eladio sediento de almas para ofrecer a su amo.

Aunque toda esa angustia con el tiempo volviera a remitir de nuevo, hoy, a pocos días de que se cumpliera una década de aquella muerte, Dolores había creído ver las facciones repulsivas del abuelo Eladio en el bello rostro de su hijo y quiso exterminarlo para siempre. Pero la voz firme y clamosa de Roberto la trajo de nuevo a la realidad y supo reaccionar a tiempo. Se prometió a sí misma superar ese desagradable trance acontecido, posiblemente, por los nervios, y se centró en el problema terrenal que había surgido de un día para otro en las vidas de ambos, resolver la huida de Alba.

Allá en el olvido quedó la protección de Silvio, marido de Dolores y padre de Roberto.

Él bien supo asumir el mandato del Capitán y encargarse de todo. Nunca le falló, por eso Miguel le apreciaba tanto.

Fue el subordinado perfecto y si Silvio hubiera seguido vivo, otro gallo habría cantado. Alba continuaría atada al lateral de su cama debido a la agresividad que expresaba, y así hubiera sido hasta el final de sus días, que se intuían lejanos

porque su corazón era joven y fuerte, según el vaticinio del doctor Acevedo en una de sus visitas.

En el pasado, el Capitán había reunido en su despacho al doctor Acevedo, a Silvio y a Dolores justo al día siguiente del terrible diagnóstico dado a su hija debido al absurdo accidente de coche, que dejó a Alba sin habla y sin comprensión de manera irreversible. Él sabía que podía confiar en ellos. Hasta el momento, en casi todas sus encrucijadas y maleficencias habían estado a su lado, ya que las cifras que ayudaban a su incondicionalidad eran de escándalo y el mejor sello para tapar sus bocas. Y ahora, estaba seguro de que tampoco le fallarían.

Miguel extendió sobre su mesa de caoba un folio Din A4 en el que había dibujado de manera burda el proyecto que Silvio debería llevar a cabo en la bodega de la ostentosa casa que construyó el matrimonio poco después de casarse.

Y así se hizo.

Silvio trabajó desde la madrugada hasta bien entrada la noche durante un mes, hasta que todo quedó listo para enterrar en vida a la hija del Capitán, afectada gravemente de sus funciones intelectuales, perceptivas y sensoriales.

Miguel estaba convencido de que era un hombre de buen corazón, se lo recordaban en la calle, en las entidades, en La Fundación, era un ser dadivoso y lo demostraba a golpe de talón, por eso, el compromiso de cuidar a la niña que presentó a Silvio ante la presencia de Dolores y del doctor Acevedo culminaría únicamente con la muerte natural de Alba y el enterramiento pactado. Ya entonces, los tres podrían buscar otras vivencias y otros mundos, y hacer lo que desearan con el importe seguido de ceros ingresado en sus cuentas bancarias.

Pero Alba se aferraba a la vida y con la adrenalina a flor de piel necesitaba moverse de un lugar a otro sin reparar el corto espacio que tenía aquella sórdida estancia. Eso era lo que trajo de cabeza a Silvio y que fue solucionado por el avispado de Roberto cuando cogió el mando y, aun siendo tan joven, acertó con la idea de complementar el sótano con una máquina andadora, y así fue como Alba extinguió su obsesión de caminar, mecánicamente, golpeándose la frente.

# La farmacia
# 14

29 de julio de 1993, jueves

Las agujas del reloj marcaban las once de la mañana cuando Catalina abrió la puerta acristalada de la farmacia colindante con su floristería, haciendo con ello que saltara el sonido holofónico de las campanillas.

Una señora entrada en carnes y dura de oído ponía toda su atención a las recomendaciones subidas de tono que le hacía la empleada.

—Sí, por la mañana y también por la noche.

—¿El qué?

—La crema, señora, debe ponerse por la mañana y al irse a dormir, dos veces al día tiene que aplicarse la crema...

—Pero si yo no tengo flemas —contesta sorprendida.

La auxiliar cogió con su mano izquierda la cajita que encerraba el cosmético y con su mano derecha hizo la señal de la victoria.

—¡Dos veces al día! —Lo metió en una bolsita y señaló el importe que marcaba la caja.

Mientras tanto, Catalina aguardaba nerviosa a ser atendida.

Hacía tiempo que no pisaba esa farmacia, quizá la última vez fue en el invierno pasado, cuando, a punto de cerrar, entró para hacerse con unos de esos caramelos que aclaran la garganta. El arsenal de medicinas que habitualmente consumía se las proporcionaba Felipe, el hombre que estaba a su servicio. Pero ignoraba en qué botica le surtían.

Al momento salió un chico de la rebotica y se dirigió a ella.

—Dígame...

—Eeeh... Por favor, ¿está don Julián?

—Sí, está arriba en su despacho.

—Dígale que... soy doña Catalina. Es que tengo que entregarle... —Y giró el botón de su Hermès para extraer el sobre en el que había colocado el pañuelo que el farmacéutico le prestó en la iglesia de la Virgen de la Palma para enjugar sus lágrimas.

—Ya le digo que ha venido usted, no se preocupe. —Cogió el auricular del teléfono que estaba más próximo y pulsó una de las teclas—. Don Julián, está aquí doña Catalina, pregunta por usted... De acuerdo... —Separó el auricular de su oreja—. Dice que, si le parece bien, suba usted a su despacho. Esas son las escaleras, la puerta es la que está de frente.

Catalina dudó por un momento. Afortunadamente, los dos empleados eran nuevos y desconocidos para ella y quiso suponer que no le pondrían apellido. Además, solo estaría lo justo para entregarle el pañuelo. Aprovechó que en la farmacia entraron cuatro personas seguidas para ascender por la escalera que la llevaría al despacho de Julián.

Dio dos toques a la puerta y Julián abrió con una sonrisa tímida que le iluminó el rostro. Tomó la mano de Catalina e hizo un amago de beso.

—Vengo a...

—Pase, por favor. No era necesario, pero me alegro de que haya venido. ¿Cómo se encuentra?

—Bien, bien. —Sin embargo, la afirmación no correspondía al gesto contraído que de repente hizo al tocar ligeramente su frente.

—¿Le ocurre algo? —Julián, alarmado, rectificó su sonrisa de cortesía—. Siéntese, está pálida. —La acompañó a un sofá que presidía un ambiente de estar y cogió una pequeña carpeta que utilizó como abanico.

—No he desayunado, Julián, eso es lo que me ocurre, tengo el estómago cerrado y debo hacer un esfuerzo si quiero ingerir comida, y hoy me ha sido imposible, me he levantado con náuseas y solo me he encontrado mejor cuando el frescor de la mañana me dio en la cara.

—¿Y ahora, le apetecería tomar algo? Le puedo hacer una manzanilla, o un té. —El hombre derrochaba amabilidad y su cara de preocupación no pasó

inadvertida ante la desfallecida Catalina.

—¿Una manzanilla? — preguntó sorprendida al no ver ninguna fuente de fuego por ningún lugar de la habitación.

—Sí, mire... —Abrió un armario empotrado en la pared que ocultaba una mini cocina, compuesta por dos fuegos, microondas, fregadero, un pequeño frigorífico y en la parte superior tres vitrinas de formica en las que guardaba, entre otros alimentos, unos botes de cristal con hierbas silvestres de herboristería.

—¡Pero bendito sea el Señor!, ¿cómo me iba a imaginar...? —Catalina estiró los labios y dejó escapar una breve carcajada que Julián supo acompañar con una risa tímida—. De acuerdo, tomaré una manzanilla.

Julián hirvió el agua, la depositó en una pequeña tetera en la que previamente había colocado unas cuantas flores de camomila y la depositó en la mesita que estaba a la vera del sofá.

—Me he sentido muy feliz al verla reír, Catalina. Se que es muy difícil, pero confío en que la fuerza de su espíritu alcance pronto la resignación y vea esta nueva etapa de su vida con algo más de ánimo.

Catalina sintió cómo las confortables palabras de Julián atenuaban su singular estado y no tuvo por menos que mirar los ojos enormes y definidos que descubrió a través de los cristales hipermetrópicos de las gafas del farmacéutico.

Entonces, ella creyó sentir algo extraño, pero agradable, a lo largo de su columna vertebral.

—Tengo que marcharme, Julián. —Dejó la infusión sobre el platito que protegía la taza.

—Pero mujer, si solo ha tomado dos sorbos —le advirtió el hombre.

—Es que se me está haciendo tarde. Tengo el compromiso, los jueves a las doce, de sustituir a mi antecesor en la adoración al Santísimo en la Iglesia de la Palma. —Giró el botón de su Hermès, sacó el sobre que contenía el pañuelo prestado y lo dejó sobre la mesa del despacho.

—¿Pero se encuentra mejor?

—Sí, sí, mucho mejor.

Lo que se encontraba era extraña. Algo en esa mirada hipermétrope había revolucionado sus entresijos. Nunca le había sucedido algo así. Llegó incluso a pensar si esa podría ser una de las señales que le mandaba el Altísimo para que la vida gratificante y nueva que ella merecía comenzara a fraguarse.

Cuando su padre le presentó al Capitán, hacía ya tantos años, no sintió nada especial. Es verdad que Miguel era un hombre apuesto, pero quizá lo encontró algo mayor para ella y esa observación le restó todo el interés amoroso que él, pese a ello, sí mostraba.

Miguel Escusa de Arnus era un hombre culto, respetable y con don de gentes que luchó lo indecible por conseguir su amor si don Mateo daba su beneplácito, y don Mateo Santoporto por supuesto que se lo dio, además, animó a una indecisa Catalina a mostrarse más amable y receptiva ante el cortejo amoroso del Capitán. Si ese hombre era el elegido por su padre, ella lo aceptaría. Además, observando detenidamente su porte rotundo, marcial, elegante y su enigmática mirada, quiso convencerse de que sería sencillo amarle.

Aunque el sentimiento de Catalina al mirar los ojos azules de Miguel fuera de recelo, su transparencia la hicieron creer que, con el tiempo, podría sumergirse en ellos para conocer sus profundidades, pero cuando comprendió que esos lagos azules eran espejismos que escondían tras de sí la miseria humana que la haría la mujer más desgraciada del mundo, ya era demasiado tarde y no pudo echar marcha atrás. Catalina había prometido ante Dios obediencia a su marido hasta que la muerte les separara, aun así, el fallecimiento, primero de Alba y, recientemente, el de Rocío, fueron los que la convencieron de que el Señor estaba con ella y le marcaría el nuevo camino que la llevaría a la felicidad soñada.

Lo que acababa de suceder con la mirada aumentada y tierna de Julián, Catalina no lo había previsto, incluso sintió un sobresalto en su pecho, por eso decidió dejar la manzanilla y salir corriendo.

Todo fluiría. Solo necesitaba dejarse llevar.

Catalina cruzó, poco antes de las doce de la mañana, el umbral de la parroquia de Nuestra Señora de la Palma, situada en la Plaza Alta, se dirigió ante María Santísima de la Soledad y se postró ante ella clavando sus rodillas en el suelo.

*****

A más de mil kilómetros de distancia, Rocío seguía sin abandonar la celda en la que estaba recluida desde el aparatoso desmayo que sufrió en el despacho de la madre superiora tres días antes, y fueron unos golpecitos en la recia madera de la puerta los que la hicieron salir de la inquietante ensoñación en la se había sumido.

—Ave María Purísima, hija. —La madre superiora empujó la portezuela y entró en la celda seguida de una mujer.

—Sin pecado concebida, madre.

La madre abadesa echó un vistazo a la bandeja en la que quedaban restos del pan tostado que le habían servido para el desayuno.

—Hija, no puedes seguir así. Llevas sin comer dos días, estás ofendiendo a Jesús que vela por nosotras para que no nos falte el pan, y tú te permites derrocharlo como si no existieran pobres por el mundo que no pueden echarse un mendrugo a la boca.

—Madre, procuro comer, pero es que no me entra.

—Eso te sucede desde el día que tuviste el desvanecimiento, Rocío, es posible que estés enferma, por eso hemos llamado al padre Timoteo a ver qué se le ocurría hacer contigo.

La mujer morena que acompañaba a la madre superiora dio un paso al frente y se presentó.

—Soy la doctora Granda. —Su sonrisa blanca destacaba sobre la piel dorada de su rostro—. Rocío, estoy aquí porque el padre Timoteo me lo ha pedido. Sufriste un desmayo y aunque me han informado que en estos dos días no ha habido reincidencia, quisiera examinarte.

—Estoy bien, doctora, pero sin ánimo de nada...

La doctora Granda sacó de su maletín un tensiómetro, le adaptó el brazalete y comenzó a presionar la perita cuando la superiora interrumpió el momento silencioso.

—Mis deberes me llaman, doctora, pásese por mi despacho cuando termine la observación.

Y salió por la portezuela haciendo la señal de la cruz.

Las dos quedaron a solas y en silencio en tanto que la doctora finalizaba su examen con el estetoscopio. Cuando la doctora terminó, recogió los aparatos dentro de su maletín y miró los azules ojos de la joven.

—Rocío...

Rocío sintió protección, que era lo que más necesitaba en esos momentos. En los tres días de encierro en la celda había tomado conciencia del peligro que corría su vida después de descubrir, por casualidad, que Alejandro, el hombre al que más amaba, estaba muerto. Su existencia había dado un vuelco de tal magnitud en tan pocos días que no sabía cómo afrontarlo ni qué hacer.

Ya no estaba él.

Y desde que lo supo, el mundo quedó enmarañado en una tiniebla viscosa y ella atrapada en su oscuridad sin saber cómo salir.

—Tu mal no está en la lipotimia que sufriste hace días, no..., más bien, el mal que te acucia fue lo que te produjo la lipotimia. Y eso está escondido aquí —Rozó su frente—, y posiblemente, también esté aquí. —Colocó sus dedos sobre la parte izquierda del camisón que le cubría el pecho.

Rocío no se atrevió a cruzar palabra con la doctora y se limitó a bajar su cabeza como si el embozo de la sábana le despertara un interés especial.

—No hace falta que me cuentes nada, Rocío. Los males del alma necesitan espacio para sanar, y muchas veces el silencio y el tiempo son la mejor herramienta para tomar las decisiones más acertadas. Verás... Yo vivo en la república de Zaire, y vengo una vez al mes a la parroquia del padre Timoteo, en la que atiendo asuntos humanísticos derivados de la ONG que él fundó hace ya algunos años y que dedica su labor, ante todo, a formar en un oficio al inmigrante desprotegido que llega desde el centro de África. Si lo necesitas, tómate más tiempo para recapacitar qué hacer con tu vida. Yo regresaré el mes que viene y vendré a visitarte. Rocío, desde ahora, quiero que sepas que puedes contar conmigo. Si tu deseo es quedarte en el convento, apoyaré tu decisión. Si, por el contrario, quieres marcharte, también lo haré y te ayudaré en lo que pueda. —En la mirada limpia de la doctora Granda, Rocío vio los ojos vivarachos de Carmela cuando con su desparpajo desafiaba a todo aquello que

pudiera incordiar a su niña. Su tata la mimaba en exceso, eso sí que era verdad, y ella se sentía remolona a su lado, con los caprichos culinarios con los que la agasajaba, con las cintas de raso que le bordaba para lucir en sus coletas, y sobre todo, con ese amor tan potente que ella aseguraba llegaba a las estrellas más lejanas del universo. Y pensar en Carmela la llevó hasta él, hasta su amado Alejandro, que, por su culpa, se encontró involucrado en una sórdida trama totalmente ajena a su persona, que acabó pagando con su vida.

—Ah, y tranquila..., diré a la madre superiora que necesitas descansar para recuperarte. Déjalo de mi mano... Vamos, Rocío, no llores, ya verás como la salida que no ves ahora, el tiempo la hará visible.

# La medalla
# 15

5 de agosto de 1993, jueves

Esa tarde, la sofocante luz solar caldeaba la tierra del patio que daba a las cocinas de El Gran Cortijo convirtiéndolo en un verdadero secarral. Los soportales que antaño protegían del sol y la lluvia cuando se transitaba por ellos, fueron incorporados al interior a través de cristaleras para que así la claridad llegara hasta el último rincón de la zona de servicio.

Desde abajo, Palmira echó un vistazo a los tres arcos de punto que presidían la galería que tantas veces cruzara el Capitán para llegar hasta su alcoba. Él, deseoso de saciar su sed de sexo; ella, deseosa de llenar algo más, la caja de zapatos en la que encerraba sus sueños.

Las cortinas que el Capitán le ordenó colgar para evitar ser visto en las noches de luna, brillaban por su ausencia, y Palmira sonrió. «Que las confeccione la modista nueva, en caso de que las necesiten...».

Aquella última noche, cuando echó cuentas y le costó cerrar la caja, pensó en el almacenamiento de los manteles descosidos, los rotos de las jarapas colchoneras debido a los enganchones y los delantales que dejó hilvanados. Ahora la señora con el luto tenía suficiente. Y ese mes ni tan siquiera le había llevado la revista francesa para que la ayudara a elegir el modelo, que después Palmira habría de adaptar a su cuerpo. «Que lo haga la próxima costurera».

Cruzo el patio y subió la escalera que llevaba al despacho de Roberto. Estiró algo su minifalda, sacó pecho y, antes de llamar a la puerta, humedeció sus labios de manera sensual.

—Pasa, Palmira.

Ella contoneó su cuerpo hasta llegar a una de las butacas que Roberto tenía enfrente y se sentó cruzando sus piernas con la seguridad de incitar el deseo del joven.

—Mira, Palmira, ya te lo tengo preparado. —Acercó los documentos a la joven para que los firmara.

Ella los firmó. Pero para sus adentros, hubiera preferido que hubiera intentado persuadirla de su marcha. Incluso que su ruego la pusieran en una tesitura imposible de rechazar. Era tan guapo...

Pero no. Se limitó a estrechar su mano y a desearle suerte, eso sí, con una sonrisa blanca y maravillosa que era capaz de derretirla si continuaba más tiempo sentada frente a él.

—¿Cómo tienes pensado ir a Sevilla, en tren, en autobús...?

—Pues ahora cogeré la camioneta que me llevará al centro, después me iré a la estación de autobuses y desde allí a Sevilla, Madrid o Granada, ya veré. —La muchacha intentaba darse importancia ante los ojos de Roberto.

—Te deseo mucha suerte, Palmira.

La joven cruzó de nuevo el patio y se dirigió a su pequeño dormitorio para recoger la maleta de ruedas que acababa de adquirir en una de las tiendas de marroquinería más afamadas de la ciudad. Sujetó a su cintura una riñonera de lona, se cruzó por los hombros el bolso de viaje en el que guardaba unos cuantos zapatos, y dentro de una caja, camuflado, el sueño de su futuro.

Entró en la cocina para despedirse de Carmela y la encontró allí, sentada frente a la mesa grande de comer que ya relucía después de haberlo recogido todo, uniformada con el mandil de los domingos, impoluto y almidonado, que le servía también de paño de lágrimas.

En conversación con ella estaban dos mujeres y una chiquilla con síndrome de Down. También había un perrito jugueteando por allí que nunca había visto. Yosoy, al escuchar el rodamiento de la maleta, se giró y entusiasmada comenzó a decir:

—Maaamá, pa... parece la carraca que tengo yo. —El perro, asustado por el ruido, corrió a los brazos de su ama—. Es Jo... Joooselito —le dijo a esa chica que no conocía.

—Hola, Joselito. —Y acarició el suave lomo del animal.

—¿¡Qué pasa, Carmela!? Mujer, deja de llorar, vengo a despedirme de ti.

—¿Tú también te vas, Palmira? —Arrancó en llanto más fuerte.

—Sí. Pero yo me voy a otras tierras, Carmela, a mí esto se me hace chico, y tú ves que soy joven y tengo energía *pa* ganarme el pan haciendo otros menesteres... Siempre honraos, Carmela, faltaría más...

Paquita entró al trapo.

—Siendo joven lo tienes casi *to ganao*. ¡Ay, quién tuviera tus años, hija!

—Palmira, te presento a Paquita, como si fuera una hermana para mí, y su niña Yosoy... —Miró a la otra mujer—, y ella es Emilia, vecina de mi hermano Anselmo, que ha venido a darme el pésame.

Emilia, la vecina del hermano, comenzó a darle explicaciones.

—Es que Paquita y yo nos conocemos de la asociación. Mi hijo también es Down y tenemos mucha amistad, por eso me ha acompañado para dar el pésame a Carmela, es que no pude ir al entierro, hija, mi Blasito tenía fiebre, y claro, pues pensé, ya iré a hacerle una visita.

—Te pa... paareces a Karina. —Yosoy estaba en su universo mirando a Palmira.

—No hagas caso a la niña, que saca parecidos a todo el mundo.

—Pe... peero con el pelo más largo. Yo me sé *El Baúl de los Recuerdos*.

—No estamos para cánticos, Yosoy, hija. Otro día.

—O... otro día te canto también una de Joselito.

—Eso...

—Yo solo te quería dar un beso, Carmela, y pedirte que me despidas del personal. Es que se me va a hacer tarde para coger la camioneta de las seis, y si la pierdo, igual no cojo el autocar que va para Sevilla. Ya sabes que ahora en verano las camionetas pasan muy de higos a brevas.

—Mi Blasito trabaja en la estación de autobuses— informó Emilia—, limpia y relimpia el granito del hall con la mopa esa tan grande que le han dado. Ya vas a ver lo reluciente que lo tiene. Si te lo encontraras, le dices que acabas de estar con su madre... Tiene Down, pero es muy listo.

Carmela no había dejado de llorar.

—Anda, Carmela, ven aquí y dame un beso, y gracias por haberme alimentado tan bien en este tiempo.

—Ay, criatura, márchate ya, a ver si vas a perder la camioneta.

—Y nosotras también nos vamos con Palmira, que fíjate si la perdemos, con la calorina que hace.

Palmira llegó a la estación de autobuses con tiempo. Ni tan siquiera habían abierto la taquilla para sacar el billete a Sevilla y pensó tomarse un café bien fresquito en el bar de al lado. Quiso sentarse en su terraza, que ya pintaba sombras, y ensayar como cruza las piernas una chica rica, como ahora lo era ella. Pero la maleta y el bolso supuso que le restaban *glamour* y decidió dejarlos en consigna bajo la llave que ella custodiaría hasta poco antes de iniciar el viaje hacia la felicidad.

Allá a lo lejos vio al desgraciado de Blasito, limpia que te limpia el pavimento, que como bien decía su madre, relucía.

«Eso es lo que tiene ser tonto, que se centran en el trabajo que les encomiendan y no existe otra cosa en el mundo», pensó.

La maleta cabía justito en la taquilla de consigna y necesitó otra para meter el bolso en el que guardaba los zapatos y sobre todo la caja de sus sueños. Lo ajustó, se cercioró de cerrar muy bien la taquilla número siete y se giró buscando la puerta más cercana que la llevaría a ese refresco helado que la esperaba antes de sacar el billete.

¡Oh Dios! La imagen recortada de Roberto con su graciosa cojera se presentó ante ella como Richard Gere en *Pretty Woman*. Guardó las llaves en la riñonera. Los nervios la hacían temblar, y para contrarrestar su estado, se le ocurrió dar un golpe de melena. Él estaba allí, frente a ella, y le sonrió.

—Hola, Palmira, ¿has sacado ya el billete?

—No, no lo he sacado aún, la taquilla está cerrada.

—¿Podríamos hablar?

—¿Hablar de qué? —Dio de nuevo un golpe sexi a su cabello rubio.

La sonrisa de Roberto no dejaba dudas de que ella para él era un bomboncito. Se le caía la baba al mirarla. Nunca se dio cuenta antes. Una pena. Podría haberle

ahorrado la inmundicia de tener que aguantar al baboso del Capitán tomando su cuerpo cuando le daba la gana.

—¿Vamos a mi coche? Lo tengo sobre la acera.

—Sí. —Giró sobre sus talones y estiró su cuerpo sinuoso. Llevaba puesta una camiseta escotada que le sentaba muy bien y se sintió una reinona cuando Roberto miró de reojo sus pechos.

Ya en el Mercedes, Palmira cruzó sus piernas a sabiendas de que el joven se sentía atraído hacia ella y le susurró al oído.

—Llévame donde quieras y, después, dime lo que deseas.

Roberto palpó la entrepierna de Palmira y arrancó el lujoso coche en el que la joven se sintió la protagonista de un cuento de princesas.

El sol continuaba caldeando el ambiente cuando las ruedas del Mercedes trituraron de nuevo la gravilla gris que custodiaba la entrada al garaje de la casa de Dolores y Roberto.

—¿Es tu casa? — Palmira observó aquel ventanal majestuoso de la segunda planta mirando al mar y lo asemejó a la colmena de un castillo.

—Estamos solos, no te preocupes. —Le sonrió de nuevo.

Era jueves, y los jueves Dolores tenía por costumbre quedar con sus amigos. Uno de ellos tenía piscina en su casa y habían previsto hacer una chuletada... Y después tomarían unas copas.

«Hijo, no me esperes que la noche promete».

—Te voy a enseñar el rincón de la casa donde me siento más a gusto. —Cogió la mano de Palmira y salieron por la puerta que daba al patio. Entró en la salita de calderas y pulsó el botón que hacía correr el panel corredizo que llevaba a la cueva.

—¡Oh, es magia! No me digas que donde te encuentras más cómodo es en la mazmorra del castillo...

Y los dos rieron.

Bajaron la escalera. Todo estaba perfectamente arreglado. Su mesa de despacho de frente, y tras ella, la librería que encajaba sus topes de pared a pared. A la derecha, una máquina andadora como la de los gimnasios y a un paso de ella, mancuernas de varios tamaños ordenadas sobre ganchos de hierro. Pero la cama

con cuatro cojines haciendo de respaldo fue lo que hizo a Palmira mirar, descaradamente, a su Richard Gere.

—¿Es aquí donde traes a tus ligues?

—No. Tú eres la primera.

—Me siento halagada. —Se vio de nuevo en la iglesia de la Santísima Virgen de la Palma, con Roberto frente al altar y con un velo de novia hecho de blonda que llegaba hasta la mismísima puerta del templo.

—¿Quieres tomar algo?

Palmira miró su reloj y comprobó que le quedaba tiempo de sobra hasta que abrieran la taquilla para sacar su billete. Aunque en esas dos horas que tenía por delante podrían pasar muchas cosas...

Roberto se le presentaba como un chico tímido que se había decidido a pretenderla cuando creyó que la podía perder. Estaba enamorado de ella, no existía ninguna duda.

Y ella haría todo lo posible por aprovechar esta oportunidad que se le presentaba. Incluso no le importaba arriesgar a que el autobús se fuera sin ella. La maleta y, sobre todo, el bolso, que era lo que más le importaba, estaban guardados a cal y canto dentro de la taquilla de consigna y ella tenía las llaves dentro de la riñonera.

—¿Tienes ginebra? —dijo resuelta.

—Sí. Es lo que tomo yo, aunque no a palo seco, claro, suelo acompañarla con una tónica.

—¡Vaya!, a mí también me gusta así. —Estaba claro que eran dos almas gemelas.

Roberto preparó una copa y se acercó a la cama-diván, que era donde le esperaba Palmira con la sonrisa abierta y las piernas entornadas.

—¿No me digas que vamos a compartir la copa?

—¿No quieres?

—Pues claro que quiero, tonto...

Se sentó a su lado y Palmira saboreó el primer sorbo. Al segundo, Roberto asió un cojín y con la energía potente de sus brazos tapó la cara de la joven al completo. Su cuerpo se resistió, pero para entonces ya estaba Roberto a

horcajadas sobre sus muslos. Las manos de la muchacha se mostraban agresivas y alcanzaron el cuello de su camisa, su cabello, incluso sus ojos. «Esta hija de puta todavía me araña».

Tuvo que utilizar sus codos para evitar ser agredido en la cara. Después, los dedos de Palmira solo rozaban el aire con movimientos cada vez más lentos, como si estuviese acompasando una música réquiem para despedirse.

Se le hizo eterno.

Y luego, esos ojos fuera de las órbitas que no había manera de cerrar. Lo intentó una vez, otra vez... Se cerró un ojo. No fue fácil. Y por fin, el otro.

La recostó sobre la cama. Heidi sonreía desde su póster en tanto que Roberto hurgaba en el arcón donde guardaba los pijamas de Alba y elegía cual ponerle. Alba y Palmira eran de pocas carnes, y su cabello era muy similar. Qué duda cabía que Alba era mucho más hermosa, pero eso ahora no importaba. Solo necesitaba su cuerpo y su melena. Ya se las apañaría él para colocar de manera oculta su rostro.

Le desabrochó la riñonera y curioseó lo que había dentro. Una cartera con su documentación, siete mil quinientas pesetas, una barra de carmín y una llave de consigna con el número seis. —¡La maleta! —Todo a su momento... Y puso el llavín sobre un extremo de la cama.

La breve camiseta dejaba ver un ombligo pequeño y redondo. Pasó sus finos dedos por uno de sus muslos e imaginó la aterciopelada piel de Rocío...

*****

Eran las ocho de la tarde cuando Blasito entró al cuarto de limpieza para dejar todo listo para el día siguiente. Llevaba poco tiempo trabajando en la estación de autobuses y se sentía el chico más feliz de la tierra.

Sobre el cubo de basura sacudió la mopa como le enseñaron, y después hurgó con sus dedos a lo largo de toda la fibra algodonosa para extraer los pequeños objetos que se hubieran quedado enganchados a ella. Una vez encontró una horquilla muy bonita que llevó a su madre como regalo y ella la lavó y la colocó sujetando su cabello. Blasito se sintió importante. Hoy, entre los flecos, se había

prendido una medalla con una llave. La medalla tenía el número siete y eso le hizo el doble de ilusión. Primero, porque sabía contar seguido hasta ese número y segundo, porque era el que estaba escrito en lo alto de la puerta de su casa. Seguro que ese regalo también le encantaría a su madre.

# El octavo escalón
# 16

Luis Vidal esa noche durmió poco y mal. Y pasó esas pocas horas entre las recetas de cocina marinera que vio en un libro, soñando con ellas... Por la tarde, de regreso a casa, se había parado ante el escaparate de una librería y le pareció escuchar su nombre cuando miró una portada. La autora posaba junto a un pote andaluz y parecía, por su semblante, estar oliendo gloria bendita. Y no era por él, porque en su estómago apenas cabía de golpe un cuarto de tortilla. Sin embargo, Néstor, en el tema del yantar, sabía hacerlo muy bien, iba despacito, despacito..., hasta que el pote, las cigalas o el atún *encebollao* caían. Y ese era el premio que Vidal obtenía. La satisfacción de su amigo. Un hombre que se inmiscuyó en tinieblas ajenas para derrotar al fantasma del miedo que todavía le agazapaba.

Aún no eran las nueve de la mañana cuando Vidal cruzó la puerta principal de la comisaría. El ambiente matutino se materializaba con el trajín de delincuentes esposados y compañeros haciendo su trabajo.

Luki lo llamó desde su mesa.

—Vidal, se acaba de recibir la llamada de uno de los guardas forestales de los Alcornocales, indicando la localización de un individuo sin documentación con una herida en la cabeza a medio curar y que no sabe dar explicaciones sobre su persona. Está desorientado, pero colaborando en todo momento. Por sus características físicas podría tratarse de Alejandro Estévez.

—¿Lo ha llevado al hospital?

—Sí. Es posible que ya estén en el Punta de Europa. Una patrulla ya está allí y Palacios va de camino...

Era una gran noticia. Si se trataba de Alejandro, como todo hacía suponer, el caso Gazanias acababa de dar un vuelco. En las primeras horas, y después de

descartar el secuestro, es verdad que el joven pudo ser el principal sospechoso. El móvil al que se apuntaba era la agresión sexual por sentirse rechazado. Pero Vidal nunca creyó esa hipótesis. Lo que sí pasó por su cabeza es que el cuerpo del chico estuviera sabiamente enterrado para que no apareciera nunca y así reforzar su culpa, avalada por la huida.

Vidal tenía previsto proponer a Néstor un registro en la casa de Roberto. ¿Por qué? Pura intuición. Pero llegó el estudio hidrográfico de la semana anterior en la que apareció el cadáver de Rocío, y este determinó que el cuerpo venía arrastrado de varias millas desde mar adentro. Aun así, Vidal insistió en el rastreo de la casa de Roberto, no se fiaba de él. El chico era patrón de barco, y más de una vez se le había visto navegar en embarcaciones de recreo, pero Vidal no logró convencer a Néstor.

—De momento, dejémoslo así, céntrate en averiguar lo que guarda el Capitán debajo del sayo con estrellas.

Hoy, Alejandro había aparecido vivo, parecía ser que, por una zona boscosa de Los Alcornocales, a varios kilómetros hacia el interior. ¿Qué incógnitas resolverían este hallazgo?

A esa hora de la mañana del viernes, Dolores dormía la mona y si no sonaba el teléfono, cosa segura porque su hijo lo había descolgado, empalmaría hasta el mediodía. Roberto escuchó sus pisadas y cerrar la puerta de su dormitorio bien entrada la madrugada, no sin antes tropezar con la cómoda rococó del pasillo y soltar blasfemias por esa boca gelatinosa que le dejaba el alcohol. Era como un ritual semanal. Solo bebía los jueves y solo la follaban los jueves, lo decía sin fanfarroneo. Bien sabía Roberto con la cuadrilla que se juntaba. Dolores se lo pidió cuando el chico obtuvo su licenciatura en Económicas.

«Los jueves me piro y tú te encargas de la alimentación de la niña. Bastante tuve cuando estabas estudiando. Ahora quiero un poquito de libertad».

Y en eso quedaron.

Roberto no pegó ojo en toda la noche. Quería convencerse de que todo saldría como lo había planeado. El cuerpo de Rocío había aparecido sobre un espigón cercano a la playa de Getares y su padre lo había reconocido. Era ella, no había

duda. El Capitán lo había certificado y su cadáver descansaba ya en paz a la vera del nicho en el que ficticiamente se encontraba el de su hermana Alba.

No obstante, la realidad era que Alba aún tenía cavada la tumba a unos pasos de donde malvivió durante todos esos años, esperando a su fallecimiento natural para que el Capitán limpiara su compleja conciencia. Pero Alba había huido junto a su gemela, y Roberto casi se vuelve loco.

«Tenía que haber acabado con Rocío antes de hacerlo con Alejandro, pero todo sucedió demasiado rápido. ¡Maldita sea! Entonces sí, entonces las dos hermanitas hubieran acabado siendo vecinas de fosa y yo no hubiera tenido este tipo de complicaciones. Espero que esta chapuza que se me ha ocurrido con Palmira cuele ante el Capitán y solucione mis males. Ante la policía, Rocío muerta, Alejandro muerto y bien muerto. Aún recuerdo esos ojos espantados mirándome cuando le golpeé sin piedad en la cabeza. Luego su cuerpo inerte y pesado cayendo al agua, el manojo de flores despreciado por el suelo, bien pisoteado, preludio de un arranque de soberbia sin límite. Son los riesgos que debería haber asumido antes de enamorarse de quien no debía... ¿Y si apareciera Alba? No, estoy seguro de que no. Y si llegara a aparecer su cadáver ya nadie lo reclamaría y acabaría en una fosa anónima del cementerio. Aquellos dos disparos que escuché cuando las perseguía por el camino que lleva al puerto debieron ser uno para cada una... Eso les pasó por meterse a pedir auxilio dónde y a quién no debían, a una banda de traficantes en un momento crucial».

Roberto imaginó el panorama: La banda descargando mercancía y ellas por allí, pidiendo auxilio. No les estuvo mal que las pegaran un tiro. Él llegó a la tapia de aquella huerta cuando los narcos estaban metiendo uno de los cuerpos dentro de la furgoneta, entonces respiró tranquilo, ellos le hicieron el trabajo y les estaba sumamente agradecido.

«Seguro que se desharían de ellas tirándolas desde una lancha al mar. Eso está pasando por esta zona muy a menudo. De hecho, con los días, Rocío apareció en la playa de Getares, seguramente, arrastrada por un remolino de aguas que la trajo hasta aquí».

Aquella noche horrible, Roberto regresó al descampado y acercó la moto al acantilado, después escondió la bici. La suerte estaba echada y bajó a adecentar el

sótano, que se había quedado hecho unos zorros, tras ello se echó a dormir allí abajo pensando que ya se le ocurriría cómo justificar la muerte de Alba. Por eso Roberto estaba relativamente tranquilo y el paso de los días confirmaron aún más su teoría.

Respiró fuerte y pisó más a fondo el acelerador entre las curvas aprendidas que llevaban hasta El Gran Cortijo.

«En pocas horas comenzaré a vivir completamente relajado».

Desde que el doctor Acevedo, que era el que visitaba a la enferma todos los meses, se despidiera del Capitán, el padre de Alba había pasado por el sótano contadas las veces. Siempre desde el octavo escalón se limitaba a observar a su hija y después, quejumbroso, subía al garaje, arrancaba el coche de turno, que para despistar, podía ser un Renault 5, o un Seat 127 y se marchaba sin mediar palabra.

Ahora Roberto confiaba en que su jefe hiciera lo mismo cuando él, personalmente, le diera la noticia de la muerte de Alba; que viera a su hija fallecida desde la escalera, diera la orden de su enterramiento y no volviera a esa casa nunca más.

La verja principal de El Gran Cortijo se deslizaba automáticamente para que el Porsche 911 conducido por el Capitán saliera de la finca.

Acababa de recibir una llamada de teléfono que le había desconcertado.

Alejandro estaba vivo.

Al fin lo habían encontrado. Ahora debería demostrar su inocencia, aunque para Miguel, su implicación estaba bastante clara.

Justo en el momento que iba a incorporarse a la carretera se encontró con el Mercedes de Roberto que ya había hecho la maniobra de entrada a la hacienda y le hacía gestos para que bajara la ventanilla.

—Don Miguel, ha sucedido algo importante.

Aparcaron los coches dentro de la finca y Roberto se precipitó hacia la puerta del conductor.

—¡Don Miguel, la niña, una desgracia...! ¡Ha muerto! —Y arrancó a llorar desconsolado.

—Pero, ¿cómo ha sido?! ¡¡Por Dios, cálmate!!

—Esta mañana cuando he bajado... continuaba dormida, aunque eso era lo que pensaba yo, Capitán... He intentado despertarla tocando su brazo, como hago siempre que se le pegan las sábanas y he notado su piel helada. ¡Ha sido espantoso!

Miguel salió del coche y puso sus brazos en jarras, quedó mirando las copas de los árboles que delimitaban el camino que llevaba hasta la puerta principal del Cortijo y estuvo así durante unos segundos. A Roberto comenzó a faltarle el aire, nada fingido, tan real como el escenario mortuorio que había preparado. El Capitán, ahora y casi sin pestañear, miraba el asfalto mientras con una de sus manos rozaba su barbilla.

—Vamos, Roberto, te sigo a tu casa. —Montó de nuevo en su auto.

El Capitán nunca había pasado del octavo escalón cuando había ido a ver a su hija. Desde ese lugar ya se tenía al alcance de la vista toda la panorámica que en el pasado fuera la bodega. De frente, el despacho de Roberto y tras él, el mueble lineal abarrotado de libros. A la derecha, el tabique acristalado en cuadrículas de madera separando el gimnasio. Y apoyada sobre la pared por su parte más ancha estaba la cama; ahora convertida en el lúgubre lecho en el que Roberto, sabiamente, había colocado el cuerpo de Palmira acostado de lado mirando hacia la pared y la melena cubriéndole el rostro. La sábana, colocada estratégicamente tapando sus piernas y parte del cuerpo. Sus manos enlazadas entre los muslos...

Antes de salir para dar la noticia al todopoderoso, Roberto se encaramó en el octavo escalón y observó la perspectiva del cuerpo inerte. Y también desde el noveno, y del décimo. Incluso desde la entrada acristalada... Pero que ni un paso más diera el Capitán, porque entonces lo tendría crudo, no él, sino el Capitán. No le quedaría más remedio.

Abrió la guantera de su Mercedes, extrajo de ella una pequeña navaja automática y la guardó en el bolsillo trasero de sus *jeans*, por si las moscas.

En las escasas veces que Miguel había visitado la casa más cercana a la Torre del Centenario, jamás había utilizado ninguno de los coches de lujo que poseía. Para ello se montaba en algún utilitario de los que guardaba en el garaje y se acercaba a la casa de Dolores, que, aunque pareciera solitaria, nunca se sabía. Pero hoy no le importó viajar hasta allí en su Porsche, total, sería la última vez que pisara ese

lugar. Con esa visita lavaba su conciencia. Había sucedido lo que tendría que haber pasado aquel invierno en el que la puerta del coche se abrió y el pequeño cuerpo de Alba se perdió en el alquitrán de la carretera.

Roberto agudizó el oído cuando aparcaron sus coches en el garaje. Imaginaba a su madre durmiendo, porque la puerta del garaje que comunicaba con la vivienda estaba cerrada. Ella acostumbraba, nada más levantarse, a entrar en el patio, regar las plantas y seleccionar, en época de flores, las más llamativas; después preparaba los desayunos, bajaba al sótano a ver el percal que se encontraba con la niña, pulsaba el botón de la librería y cuando entraba al habitáculo dejaba el ramillete más hermoso allí, sobre la tumba de su amor, jazmines u hortensias reventonas y frescas. Lo que pasaba es que, aunque ya estaba exenta de los cuidados de Alba, seguía manteniendo el ritual de la flor, y la puerta cerrada de arriba era la señal inequívoca de que Dolores aún se encontraba en el quinto sueño.

Cuanto menos supiera Dolores, mucho mejor. Ya demostró hace años ser la reina metiendo la pata hasta el corvejón y ahora, otro fallo así podría tener consecuencias imperdonables.

Don Miguel tomó una bocanada de aire antes de entrar en el cuarto de contadores y esperó a que el joven maniobrara el pulsador que deslizaba el panel que descubría la cueva. Roberto se había encargado de que la iluminación fuese tenue, y para ello había estudiado los puntos de luz que deberían estar encendidos para cuando llegara el Capitán.

Bajó tras él, lentamente, contaba cada peldaño que don Miguel se atrevía a pisar.

Sexto, séptimo, octavo, noveno...

Miguel paró y miró el lecho durante unos segundos. Sus ojos parecían los de una imagen inerte salida de una estampa, no pestañeaba, solo rozaba con los dedos su barbilla.

Bajó un escalón más, y otro... hasta que tocó el suelo.

Para entonces Roberto ya había echado mano de la navaja automática que guardaba en su bolsillo.

El Capitán dio un paso más.

Y Roberto empujó con el pulgar derecho el pulsador que dejaba al descubierto el filo del puñal.

—Don Miguel, ¿cree que es necesario?

Se atrevió a cortarle el paso.

Firme le mantuvo la mirada, perpetuos instantes... Y después, el Capitán la desvió hacia la biblioteca.

—Haz lo que sabes que tienes hacer. —Giró sobre sus talones iniciando el último ascenso por aquella escalera que cerraba un ciclo de su vida.

Roberto le siguió hasta el coche. Solo pedía que su madre no asomara por la puerta y estropeara lo que tan laboriosamente había preparado. Ya quedaba menos para que el triunfo fuera total. La puerta del garaje se estaba abriendo cuando el Capitán asomó la cabeza por la ventanilla.

—Roberto, Alejandro ha aparecido y está vivito y coleando. No me quedaré con las ganas de que pague su culpa. —Y aceleró, derrapando con su auto sobre la gravilla que cubría la entrada.

Roberto quedó en shock.

Afortunadamente, el Capitán no pudo ver la lividez de su rostro. Echó de nuevo un vistazo a la puerta de arriba y pensó en su madre. Había que darse prisa si no quería complicar las cosas más de lo que realmente estaban, porque en ese preciso instante, y después de lo que le había soltado el Capitán, quizá lo mejor sería salir corriendo como alma que lleva el diablo antes de que el aparecido cantara hasta *La Traviata*.

Bajó al sótano y fue hacia su mesa, se sentó y aspiró con fuerza el aire viciado de aquel lugar lúgubre que formaba parte de su vida. Rebuscó entre sus papeles y encontró el pasaporte, que dejó al lado del fósil que una tarde de feria guardó Rocío en su mochila. Tras Roberto, la librería repleta de los libros que hace años encargó su padre a un librero de Cádiz; los trajeron en un furgón, metidos en cajas y el conductor ayudó a depositarlas en fila todo lo largo que es el patio. Después Silvio sacó varios billetes, se los dio al empleado y el vehículo se fue por donde había venido.

Roberto acababa de cumplir doce años y lo recordaba perfectamente. En aquella época, Silvio convirtió la bodega en un lugar diferente, aunque su hijo

tampoco se cuestionó el porqué. Él estaba a otras cosas, iba al colegio y sacaba buenas notas, y de mayor soñaba con ser detective, como Perry Mason. Fue tres años después, al morir su padre, cuando se encontró de frente con una realidad que al chiquillo se le hizo grande, pero que el Capitán supo ajustar con intimidaciones y promesas. Lo cierto es que Roberto nunca dio pábulo a esas amenazas, sin embargo, las promesas gloriosas del Capitán picotearon un dúctil cerebro, que comenzaba ya a flirtear con la ambición.

Su vista quedó enganchada en un libro en particular: *El largo adiós*, de Raymond Chandler. Tenía gracia su padre al haber elegido ese, precisamente, con todos los que atiborraban las estanterías del sótano. El caso es que Silvio apenas sabía leer ni escribir y Roberto se inclinaba porque fue el azar el que le llevó a elegirlo como referente para encontrar el interruptor que abría el mueble corredero. Eso sí, su padre manejaba como nadie el arte de la construcción y otras áreas menos lícitas. Conducir lo hacía de película, se le dio siempre muy bien, sin carnet, claro, hasta que el Capitán lo reclutó a sus órdenes y se las apañó para que Silvio tuviera toda su documentación en regla.

Retiró el libro seleccionado que estaba a la izquierda de la estantería y activó la pequeña palanca que hizo a la librería deslizarse algo más de un metro por el interior de la pared. El escondrijo no llegaba a los tres metros de ancho, pero ocupaba todo lo largo de la librería y la pared lateral de la estancia en la que yacía, desde ayer por la tarde, el cuerpo de Palmira.

El halo de la linterna iluminó la fosa que estaba destinada a Alba. Rectangular y profunda. La tierra era infértil, apelmazada y costosa de extraer a base de pala, por ese motivo, Dolores y un imberbe Roberto la cavaron con tiempo, para que, llegado el momento, todo terminara cuanto antes. La otra sepultura estaba más cercana a la pared del fondo y de no saber que ahí estaba enterrado un cuerpo, la sospecha era bastante improbable, ya que el terreno mostraba una completa compresión. Roberto estaba harto de recriminar a su madre la absurda costumbre de poner sobre la tierra prensada, la flor que elegía entre las jardineras que rebosaban florecientes dependiendo de la época del año. Hortensias, rosas y narcisos cuando el frío arreciaba. Calas, petunias o verbena cuando la primavera

y el verano se hacían presentes. Pero era imposible disuadir a Dolores. Ella decía que era la única manera que tenía de decir a su hombre que le seguía amando.

Cercana a la entrada y en un altillo estaba lo que ellos llamaban la caja fuerte, que consistía en un arca de acero que el Capitán facilitó a Silvio para que en ella guardara la compensación económica mensual con la que compraba su ayuda y su silencio.

Roberto abrió la caja metálica, cogió los fajos de billetes que encontró y los colocó en su mesa, justo al lado de su pasaporte. Ahora solo le quedaba arrojar el cuerpo de Palmira, la maleta y el bolso al agujero, y en un pis pas cubrirlo con el montón de tierra yerma que esperaba retornar a su lugar de origen.

Dolores ni tan siquiera había hecho amago de despertarse cuando su hijo la zarandeó.

—Madre, despierte.

—¿Qué pasa que no me dejas dormir hasta la hora que me dé la gana?

—Ya son las tantas, madre. Escuche, me voy unos días de vacaciones.

—¿Y estas prisas? —Dolores torció el morro.

—Estamos en agosto, ¿no?, y tengo todo el derecho. Además, ya le dije la semana pasada que me iba hoy, si no se acuerda, es cosa suya o del Alzheimer.

—Pues no me acuerdo, no... —Ojos soñolientos, lengua de estropajo, echó mano a una botella de agua que tenía pegada a la mesilla—. ¿Y adónde vas, si puede saberse?

—Le llamaré por teléfono. Ah, y por lo de Alba estese tranquila, que ya está *arreglao*.

—¿Que ya está *arreglao*? —dijo sorprendida—. ¿Y dónde está?

—El caso es que ya está *arreglao*. Si me voy unos días de vacaciones, usted lo entiende y don Miguel también.

—Eso es porque *to* está *arreglao*.

—Ya le digo, madre. Otra cosa... La puerta automática de la librería se ha roto. Se ha atascado la palanca y cuando estaba dentro ha empezado a moverse, menos mal que me ha dado tiempo a salir. No se le ocurra entrar que es peligroso. ¿Me ha oído?

—¡Pues claro! ¡Qué voy a entrar..., ni que yo fuera tonta!

—Ea, lo dicho. Ya lo solucionaré cuando vuelva.
Y salió del dormitorio de Dolores con el bolso de viaje y sin mirar hacia atrás.

# La caja de zapatos
# 17

Emilia, la madre de Blasito, entró a la estación de autobuses cuando estaba en plena efervescencia y no fue casualidad, no. Ella esperó a que el *hall* estuviera repleto de viajeros andando con sus equipajes de aquí para allá y así pasar desapercibida cuando se encaminara, como quien no quiere la cosa, hasta las taquillas de consigna. Algunas ventanillas expendedoras de billetes aún no habían abierto y el arremolinamiento creaba algo de confusión, que era lo que ella buscaba.

Su hijo Blasito estaba en las inmediaciones de la cola más cercana limpia que te limpia el ya brillante granito del suelo sin levantar cabeza. Pero, aun así, Emilia siguió esperando tras una columna a que cambiara de rumbo y así perderlo de vista. No quería que la encontrase husmeando en las taquillas por nada del mundo.

Ayer, cuando el chico llegó a casa y regaló a su madre la medalla con el número siete, ella le dio las gracias y le besó todo lo que pudo por la frente, por las mejillas, por los labios... Se fue a la cocina y extrajo de un bote que tenía sobre el vasar una gominola con forma de fresa. Blasito sabía que se había portado bien y esa fue la recompensa.

Guardó tras el bote la llave de consigna y caviló lo que debería hacer.

La pobre Emilia se convirtió en viuda al poco de nacer Blasito. Su marido, que estaba en la huerta ubicada tras la casa, en donde sembraba hortalizas, frutales y algún que otro rosal, quedó de un repente tan seco como los pimientos que tenía colgados en una ristra mirando al sol. El abuelo, que estaba con él, desde su silla de ruedas gritaba con un hilito de voz y alzaba sus brazos, que fue lo que extrañó a Emilia cuando, al dejar a Blasito en la cuna, miró por la ventana. Y ella

entonces pensó que era verdad eso de que, a las desgracias, por lo que sea, les gusta hacer fuerza y presentarse juntas. El adjetivo pobre que le adjudicaban los conocidos daba lo mismo en el orden que lo pusieran, la pobre Emilia o Emilia la pobre, porque de cuartos lo era también de solemnidad.

Entre los pañales que gastaba el abuelo, el alquiler, el puchero, la luz, el gas, las medicinas y los gastos extras que generaba Blasito se iba el poco dinero que entraba en la casa más humilde del barrio más humilde. Y Emilia soñó con que a través del «regalo» que le había hecho su hijo, conseguiría una maleta, y que en el interior de esa maleta habría unos zapatos a su medida o una falda que ella, habilidosamente, se ajustaría, o un vestido bonito que se pondría el domingo de la fiesta patronal en honor a la Virgen de la Palma.

Sacó la llave con el número siete colgando y la metió en la pequeña cerradura, nunca contó con que al dueño de lo que hubiera allí dentro le hubieran abierto la puerta y ahora el armario estuviera vacío, tenía el presentimiento de que algo encontraría, porque San Bernardo, patrono de Algeciras, lo había dispuesto así.

Un bolso grande. Eso es con lo que se topó, y pesaba... Corrió la cremallera unos centímetros y palpó una caja de zapatos del 37: ¡San Bernardo la había escuchado!, se imaginó calzando unas sandalias de tacón alto recorriendo El Parque de María Cristina el día grande de la Virgen. Y Emilia se colgó el bolso del hombro y salió «pies para que os quiero», camino de su casa.

# Aquella tarde
# 18

5 de agosto de 1993, jueves

El primero en aparecer por el Hospital Punta de Europa fue el comisario Palacios. La puerta de la habitación ya estaba custodiada por dos agentes de paisano que le otorgaron el debido saludo. Vicente, el forestal, estaba dentro acompañando al hombre que encontró en la cueva de Juanillo con un remiendo importante en la cabeza.

—Dice que se llama Alejandro, pero el nombre que sale de su boca de continuo es el de Rocío, quizá porque así se llama su madre, su hermana o su novia..., desde luego, esa mujer es importante para él. También dice que es médico, algo de lo que no dudé cuando vi como utilizó el maletín de primeros auxilios que llevo en el Land Rover y la habilidad que mostró vendándose él mismo la herida.

Un doctor apareció en ese instante con el informe médico en la mano y Vicente quiso despedirse.

—Comisario, yo creo que he cumplido con mi obligación. Si necesita algo de mí, lo que sea, póngase en contacto con mi empresa. Me llamo Vicente Alcázar.

Cuando el forestal abandonó la habitación, el médico comenzó a hablar al policía abiertamente.

—El paciente presenta un traumatismo moderado en el hueso parietal con la piel perilesional seca, que le podría causar amnesia con respecto a un determinado momento de su vida o problemas con la memoria reciente. Pero también es verdad que la infección de la herida ha sanado bien y por eso no me cabe la menor duda de que el enfermo se recuperará. Es un hombre joven y con

buena fibra y pronto podrá volver a su rutina. Aunque ya le digo, es posible que en su cerebro quede una laguna infranqueable del día que ocurrió el accidente. De todas formas, en medicina todos sabemos que hay diagnósticos que, a veces, el paso del tiempo acaba quitando la razón.

El comisario se acercó al paciente y se presentó.

—Soy el comisario Palacios. ¿Podría contarme quién es usted y que le ha sucedido?

—Me llamo Alejandro Estévez y exactamente no le puedo contar el motivo por el que me encuentro en estas condiciones. Mi padre es pescador, se llama Anselmo...

El doctor abrió la puerta para marcharse y Luis Vidal aprovechó para entrar en la habitación en la que ya se encontraba su jefe. La explicación del chico, interrumpida por la nueva presencia, se reanudó cuando el subordinado se situó al lado del comisario.

—... Mi padre se llama Anselmo, mi madre Eulalia y mi hermano Martín. Vivimos en la calle Pescadores, por la zona sur. Yo soy médico, este año terminé la carrera en la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense de Madrid y tengo novia y proyectos con ella; se llama Rocío Escusa de Arnus Santoporto y necesito verla. No sé qué es lo que me ha pasado, pero ahora me encuentro perfectamente y no entiendo el motivo de una visita policial.

—Alejandro... —Meditabundo, Néstor, se dirigió al joven—. ¿Cuándo fue la última vez que viste a Rocío?

—En Madrid. Era la víspera de su regreso a Algeciras. A mí me quedaba el último examen por hacer y quedamos en vernos cuando yo llegara. Días después me llamó por teléfono al piso que comparto con un compañero y me contó que iba a comenzar sus prácticas en el ambulatorio de la Cañada de los Tomates. Sí... creo que hablé con ella unas cuantas veces más...

—¿La llamaste alguna vez a su casa?

—¿A la de sus padres? —El comisario afirmó con la cabeza.

—No, no... Ella siempre sabe cómo localizarme.

Ninguno de los dos, ni Néstor ni, por supuesto, Vidal habían pasado por alto el pequeño tatuaje que Alejandro lucía en el antebrazo. La R mayúscula

ocupaba el centro de un pequeño corazón casi del mismo tamaño del que Vidal vio tatuado en la blanca piel de Rocío el día que la conoció en la fiesta de El Gran Cortijo. La tinta era de color azul marino, según Néstor, uno de los tonos más fáciles de suprimir en caso de arrepentimiento, y también, más susceptible de desaparecer si esa zona se sometiera a maceración en agua durante varios días.

—¿Pero pueden decirme ustedes por qué está en esta habitación la policía y mis padres aún no han llegado? Rellené mi ficha de ingreso y dije que los avisaran. ¿Les ha ocurrido algo?

—No, no, tranquilo, Alejandro, tus padres están bien y llegarán de un momento a otro. —Vidal le sonrió y notó como el chico tomó una bocanada de aire que le relajó durante unos segundos—. Nos has contado que vives por la zona sur cerca de la Torre del Centenario, bonitas vistas, sí. Aunque yo para disfrutar del paisaje elegiría cualquier otro punto de la ciudad. Lo digo porque por allí te puedes encontrar más jeringuillas usadas que palmitos y lentiscos.

—Las vistas desde el acantilado son grandiosas, eso es verdad.

—Allí fue donde apareció tu bicicleta, camuflada entre unos matorrales.

—¿Camuflada?

—¿Quedas en ese lugar con tu novia?

—El verano pasado quedamos allí en alguna ocasión, sí, aunque tiene toda la razón, es posible que el lugar no sea el más apropiado. ¿Pero dice que mi bicicleta apareció allí? No recuerdo haber estado por La Torre del Centenario recientemente...

La puerta se abrió y unos padres con el corazón encogido aún por la incógnita vivida expresaron su alegría gimiendo de felicidad al comprobar con sus propios ojos que su hijo estaba vivo.

Se acercaron a la cama y Eulalia abrazó a Alejandro llorando. Después Anselmo, con sus pequeños ojos enrojecidos, solo acertó a balbucear:

—*Quillo*... ¡Cómo nos ha *tenío*!

—¡Mamá! Tienes que ir cuanto antes al Cortijo para ver a la tía Carmela. ¡Por favor!, dile que hable con Rocío, la hija del Capitán, y que la ponga en aviso de que su sobrino está en el Hospital. Ya os contaré más despacio... Papá, dame un abrazo. — Anselmo sintió algo parecido a un pellizco en su garganta—. Sé que

he sufrido un accidente porque me encontraron por Los Alcornocales con un traumatismo craneoencefálico, parece ser que caí por un terraplén y debí darme con alguna piedra, no sé... Pero ya estoy bien, papá... Lo que no recuerdo es lo que hacía yo por esos montes...

Anselmo miró al comisario de soslayo, fueron unos instantes, lánguidos y dolorosos, que le transfirieron la sugerencia o más bien la orden de que él era el elegido para comunicar a su hijo la amarga noticia que haría añicos su amartelado corazón.

—Hijo, hace algo más de dos semanas tu bicicleta apareció escondida entre unos matorrales junto a la moto de Rocío, allí... —Hizo un pequeño movimiento con su canosa barba—, en la Torre del Centenario... Hijo... Ella, ella.

—¿Qué pasa con Rocío?, ¿dónde está?

Anselmo se revolvió hacia el lado donde estaba Eulalia y sollozando negó con la cabeza como diciendo que él no podía continuar.

—Alejandro. —Néstor recurrió al tono solemne que adquiría cuando debía transmitir este tipo de información—. Rocío apareció ahogada sobre una playa.

—¿Cómo? ¡Eso no puede ser verdad, me estáis mintiendo!

—No, hijo, no te mentimos... —Eulalia le asió la mano—. La policía está aquí porque quiere averiguar lo que pasó aquella tarde.

—¿Aquella tarde? ¿Qué tarde?, no sé a qué tarde te refieres, mamá. Dadme mi pantalón y mi camisa que me voy a El Gran Cortijo a buscarla. —Salió de la cama con el brío extremo que producen las noticias terribles. Un compendio de sentimientos encontrados en el que el rechazo a la realidad desbanca al razonamiento. Una lucha titánica en la que no cabe la aceptación.

—Hijo, no te puedes ir, no te han dado el alta. Además, lo que te está diciendo la policía es verdad, cariño, no vas a encontrar en El Gran Cortijo ni en ningún otro lugar a Rocío, porque está muerta. Hace unos días la enterraron en el panteón familiar, allí estuvimos todos acompañando a sus padres y sobre todo a la tía Carmela, que sigue rota por el dolor que le ha causado la muerte de su niña. Hijo, esa es la realidad y tienes que aceptarla. —La huella del espanto se instaló en la mirada del joven—. Muchos pensaban que, antes o después, también

aparecerías muerto como ella, y otros, los más ruines, que siempre los hay, apostaron porque eras tú el que la habías matado por no corresponderte en el amor o por celos y que nunca aparecerías porque te habrías fugado a otro país, o qué sé yo..., atrocidades, mi pequeño... Aun así, tu padre y yo soñábamos con que en cualquier momento aparecerías por la puerta sano y salvo y nos contarías lo que realmente pasó aquella tarde.

—No lo recuerdo, mamá.

El muchacho abrazó a su madre y la madre abrazó a su hijo. Y así, en presencia de las personas que se encontraban en aquella habitación, Alejandro dio rienda suelta a la manifestación de un dolor insoldable que, paulatinamente, fue debilitando sus fornidos músculos.

# La decisión
# 19

En ese mismo instante de la mañana, cuando las sombras aún ganaban en territorio a la luz del lánguido sol que produce la calima, los maitines martilleaban la cabeza de Rocío, recurrentes, como esos sones que se instalan en el cerebro y se pegan a él sustituyendo con vehemencia al absoluto silencio. Solo el sonido percusivo de la azada con la que libraba de malas hierbas la zona sur del huerto y el trinar de los pájaros palmeros sobre los granados, avellanos y membrillos le ayudaban a comprender que el sentido del oído continuaba intacto.

Aunque Rocío, desde que llegara a ese lugar perdido, sintiera un gran respeto por la orden, sabía que su sitio no era precisamente en el que se hallaba, donde el sigilo y la oración eran la prioridad para reconducir a los mortales que se hubieran desviado del camino de Señor.

No obstante, en el transcurrir de los días comenzó a desarrollar una empatía con las monjas de mirada dulce y sonrisa tierna que, al cruzarse con ellas en el metódico trajín del convento, la hacían sentir una más en la congregación. Pero Rocío tenía otros planes para su vida, aunque es verdad que para nada eran antagónicos. Las monjas que le dieron cobijo cuando ella lo necesitó curaban con sus rezos almas perdidas, y ella lo que deseaba era sanar con sus conocimientos cuerpos enfermos, desinteresadamente, como también lo hacían ellas.

Alejandro lo dejó caer cuando los dos estaban iniciando el último curso de sus estudios y ella le prometió hablarlo pasado el verano.

Era domingo por la tarde y llovía.

Cuando el tiempo arreciaba, solían alquilar una película en el videoclub de la esquina y la veían juntos, sentados en ese sofá descolorido que apenas cabía en el saloncito del piso alquilado por Alejandro y otro estudiante de Oropesa, que los fines de semana, a menos que tuviera exámenes que preparar, se largaba a su pueblo para disfrutar de su gente y, ante todo, de la compañía de su novia. Allí, en ese sillón descolorido, Rocío y Alejandro vivieron los preliminares y el sexo más hermoso del que puede disfrutar una pareja completamente enamorada.

*Memorias de África* tocó a su fin y la cinta saltó para dar paso a la publicidad en la cadena más vista de la televisión. De repente, unos enormes ojos azabachados traspasaron la pantalla. Encogía el corazón ver cómo decenas de moscas campaban a sus anchas por el rostro infantil vencido ante el intrusismo. Con toda probabilidad, los insectos encontraban en los gruesos labios agrietados, en su borde nasal o en la oquedad del lagrimal algún ácido orgánico que lamer entre sus almohadilladas patas, en cambio, las costillas marcadas de ese pequeño ser humano que observaba la cámara de frente, indicaban la escasa opción de llevarse algo comestible a la boca.

Rocío y Álex se miraron a los ojos y un silencio largo los acompañó.

Al rato, Rocío fue a la pequeña cocina, colocó sobre una bandeja un par de cervezas que sacó del frigorífico y unos *sandwiches* de Rodilla que había comprado para solucionar la cena, y después de dar el primer bocado, Alejandro irrumpió con su reflexión.

—Te conozco como si te hubiera parido, *Chiqui*. —Y frunció sus labios en una mueca de sonrisa—. Tienes mucho que ofrecer y tienes mucho que aprender... Eso es lo que estás rumiando desde que has visto el anuncio de Cáritas, ¿cierto?

—Cierto, *Choco*. —La tez morena y brillante era uno de los rasgos físicos que Rocío adoraba en su novio y ese era el apelativo cuando cariñosamente se dirigía a él. «Tu piel sabe a chocolate del bueno, que es lo que más me gusta en el mundo». Quizá porque ella era como hecha de nácar, piel inmaculada, mirada de mar y cabello rubio y ondulado cuando la brisa se regodeaba en él.

—Te he sentido muy cómplice cuando me has mirado. ¿No es así? —Y tomó un largo trago de cerveza.

—Correcto, correcto. No es la primera vez que se me pasa por la cabeza... Siento algo aquí dentro, algo malo me sucede cuando veo a toda esa pobre gente desvalida sin apenas comida, ni medicinas... y entonces me pregunto qué podría hacer yo al respecto. Y la única manera que se me ocurre para ayudarles es contactar con una ONG y marchar para allá, eso es lo que se me ocurre, sí... Pero estás tú, y mi vida está contigo, en el lugar que sea, pero contigo.

—¿Y si yo también me enrolo en la aventura?

Sorprendido levantó una ceja.

—¿Lo harías?

—Lo haría, pero lo haría por mí. Porque nunca te lo había dicho, pero yo también siento esa necesidad.

—¿Quieres que me ponga manos a la obra? Lo digo en serio.

—Y yo también. Pero lo hablaremos cuando los dos tengamos el título en nuestras manos.

Por todo lo acontecido, ese momento no llegaría jamás. Alejandro ya no estaba, no existía. Se había marchado para siempre y ella se sentía morir cada vez que su sonrisa, su voz o su rostro aparecían en forma de fogonazos en su cerebro entre Maitines y Laudes.

Como un disco rayado, remachaban con saña las agujas que se clavaron en el centro de su corazón aquella mañana en la que la casualidad llevó su vista al titular de un periódico que cambiaría su vida para siempre. ¿Por qué tuvo que insistir en quedar con Alejandro en aquel lugar?, ¿por qué se obstinó ella cuando él quiso que se vieran en la Torre del Almirante, que era justo el descampado que queda más cercano al cementerio?

En esos días de claustro y recogimiento tomó conciencia de que Alejandro había muerto por su culpa, y el remordimiento se adhirió a su cerebro mortificando aún más su penosa existencia. Pero el brazo ejecutor había sido Roberto. Lo comprendió al recordarlo entre las sombras del ocaso dirigiéndose a la casa desde el acantilado donde pretendía también acabar con la vida de ella. Y al pensarlo, tensaba las facciones, apretaba sus labios y retaba a su propio victimismo repitiéndose una frase que escuchó un día en boca de su padre, gran

cazador por esos mundos de Asia, cuando ella, en su inocencia, a la vuelta de uno de sus viajes le sugirió:

—¿Y si haces como que aprietas el gatillo y así ese animal tan bonito puede salir corriendo y salvarse?

—Hija, cuando he de cazar un tigre, su belleza sublime no debe ablandarme. Más me vale afinar la puntería y matarlo de un solo disparo. De lo contrario, te aseguro que me convertiría en su trofeo. No te olvides de aplicarlo a tu vida, Rocío. El enemigo a veces se camufla dentro de un peluche precioso. Reconócelo y dispara sin que te tiemble el pulso, de lo contrario, será él el que acabe contigo.

Aquella fatídica tarde en la que había quedado con Alejandro en el acantilado, descosió por casualidad un peluche que encontró por el camino y dentro encontró a Roberto. Pero ¿y si su padre y su madre también estuvieran camuflados dentro de inocentes muñecos?

Ahora estaba completamente sola. Y comprendió que el arte de la puntería debía perfeccionarlo.

Todo era cuestión de tiempo.

Una salamandra aparentemente petrificada reptó con rapidez entre los terrones y pequeñas raíces sueltas que salteaban el suelo cuando la campana de cobre, colgada en la entrada principal del convento, tintineó. Rocío dejó la azada y corrió por el huerto hasta llegar a la galería, y tras una de sus columnas espió el paso de la doctora Granda camino del despacho de la superiora.

La acompañaban dos adolescentes de raza negra y Rocío, sin ser vista, les siguió hasta la puerta. Sentía la imperiosa necesidad de hablar con ella para contarle su decisión, pero temía que las intenciones de la superiora de barrer para casa, evitaran de nuevo el encuentro. Ocupó el banco de madera que estaba frente al despacho y esperó la salida de la doctora. Miró sus manos, levemente temblorosas, apoyadas sobre sus rodillas y ojeó el bajo de su hábito oscuro, ahora rojizo y rígido, en el que se había acoplado la tierra removida del huerto. Cerró los ojos y contactó con su alma. Solo necesitaba que la doctora Granda pudiera ayudarla, porque la decisión sobre su futuro inminente ya estaba tomada.

Lo que había concluido Rocío en estas semanas de jaculatorias, persignados y conversaciones hacia dentro es que debía contener el impulso de presentarse ante la policía denunciando todo lo que sabía. Razonó que hacer tal cosa sería como precipitarse al vacío sin paracaídas o, como decía su padre, disparar sin balas a un enorme felino que acabaría devorándola. Lo que ella había vivido era tan incongruente, que sin testigos y sin pruebas, abocaba, sin duda, a un trastorno mental psicopático que el todopoderoso Capitán, si estaba involucrado, se encargaría de demostrar con amañados informes. De eso Rocío no tenía la menor duda. Si había sido capaz de montar la parafernalia de la muerte de Alba, tampoco tendría reparos en internar a su otra hija entre las cuatro paredes de un psiquiátrico para siempre.

Era un disparate afirmar que el chico que apareció muerto en el fondo del precipicio era su novio, pero que la relación la mantenían en secreto.

Era una locura denunciar que su hermana Alba no murió hace algo más de una década, sino que cayó de la popa de un carguero y se ahogó en alta mar hace escasamente un mes.

Era alucinógeno contar que Roberto mantuvo encerrada a Alba dentro de un sótano durante todos estos años, y que ella la encontró subida a una cinta andadora.

¿Cómo podría demostrar esas acusaciones? Ahora, lo más probable es que ese lugar tenebroso sea un silencioso despacho, que cumple a la vez con las funciones de un gimnasio que acoge también una magnífica biblioteca.

«Y que me forzó, me violó, y logré huir con Alba... Tampoco podría demostrarlo».

—Rocío, ¿cómo estás?

Cuando la doctora Granda abrió la puerta, encontró a Rocío de frente sentada en el banco, esperándola. Las embarradas alpargatas contrastaban con la pulcritud del granito pulido del suelo, que devolvía, a la inversa, las formas reflejadas en él.

—Bien, doctora, ¿Podemos hablar?

—Claro.

Y comenzaron a caminar en dirección al claustro. Entre columnas torsas y capiteles románicos Rocío abrió su corazón a la primera mujer que la hizo sentir comprensión en esta difícil y nueva etapa de su vida.

—Quiero salir de aquí y marcharme con usted.

—Hoy, dos chicas zaireñas han entrado a formar parte de esta orden como novicias. Su sueño era ofrecerse al Señor a través de sus oraciones, y traspasar el umbral de la abadía ha sido para ellas uno de los momentos más emotivos de su vida. Solo había que mirar sus rostros iluminados de felicidad. ¿Es que tú no deseas quedarte en el convento?

Rocío obvió la pregunta.

—El día que la conocí, me habló de su relación con las ONG que ayudan a salir de Zaire a adolescentes, que luego, una vez llegados a esta isla, preparan para desenvolverse en un oficio.

—¿Quieres colaborar en la ONG que fundó el padre Timoteo?

—No. Quiero marcharme con usted a Zaire. Soy enfermera y siento que el destino, o Dios, ha querido poner ese país en mi camino a través de su persona. Lo he meditado mucho y he llegado a la conclusión de que necesito ir a ese lugar. Doctora Granda, deseo con toda mi fuerza aportar mi conocimiento y mi ayuda a toda esa gente necesitada, a todos esos niños a los que la miseria les impide vivir con dignidad.

Los oscuros ojos de la doctora enrojecieron entre una pátina acuosa.

—Rocío, el país es tan inseguro como su nombre. En la época Colonial fue Congo Belga, y tras la independencia en 1960 pasó a llamarse República Democrática del Congo. Pero Mobutu, el actual presidente, en 1971 lo cambió por República de Zaire. Quiero que sepas que todo está cambiante, pero no precisamente a mejor. Las presiones internas y la creciente crítica internacional están debilitando el liderazgo de Mobutu, un dictador que controla el país desde 1965 y que nunca aceptará perder el poder. Todos sabemos que no hay nada más peligroso que un animal herido o acorralado, y esto acabará acarreando consecuencias aún más graves que las que existen en este momento. La corrupción dentro del gobierno está volviendo la situación insostenible y está

obligando a miles de personas a cruzar la frontera de Ruanda por miedo a las represalias.

—Pero usted sigue allí... Y por su aspecto, no es nativa...

—No, aunque soy muy morena —Las dos rieron—, soy española.

—Entonces, déjeme que la acompañe, mi ayuda nunca estará de más.

—Es cierto, Rocío, allí todas las manos son bienvenidas. Pero creo recordar que no tienes documentación, y así es difícil viajar hasta Zaire.

—Seguro que usted sabrá cómo conseguirme un pasaporte nuevo.

La doctora Granda mantuvo la mirada retadora de Rocío durante unos segundos, unos instantes de espacio infinito en el que las dolorosas vivencias del pasado la hicieron verse reflejada en la muchacha.

—No voy a hacerte preguntas porque las respuestas te pertenecen, Rocío. Intentaré conseguirte un pasaporte para que puedas entrar en el país. Te prometo que haré todo lo posible.

—Se lo agradeceré siempre, doctora.

El huerto la esperaba de nuevo con sus tomateras de ramas florales erguidas, exponentes de arracimados frutos, y plataneros ausentes de árbol sobrados de mata caminando en círculos al sol templado de la isla. La promesa de la doctora estimuló en Rocío la tarea encomendada de dejar sin rastro de mala hierba la zona sur del huerto.

—Mi camino comenzará en Zaire ayudando a los demás. Es lo que había previsto junto a Alejandro y lo voy a cumplir. Después, cogeré la azada y dejaré sin rastro de mala hierba al Satanás que argumentó y alimentó esta mentira que ha destrozado mi vida. Todo irá fluyendo, estoy segura.

# Cuarenta y ocho horas
# 20

BARCELONA, 14 de agosto de 1993, sábado

La cimbreante calle parecía haber sucumbido a la nueva arquitectura que en los años setenta ocupara solares o sustituyera las desvencijadas casas que sobrevivieron a los bombardeos de la Guerra Civil Española. Todos los bloques de ladrillo visto y terrazas ganadas al salón eran como réplicas unos de otros, salvando, quizá, la diferencia de alguna altura de más o de menos, entre número y número de la vía.

En la Carrer d' Espiell los bajos de los edificios ahora eran modernos locales comerciales que poco o nada tenían que ver con el pasado, apenas consumista, de las primeras décadas del siglo. Un siglo que comenzó con mal pie, y que en la treintena germinó con heridas sangrantes difíciles de cicatrizar, aunque tampoco se privó, ya alcanzados los ochenta, de grandes cambios y una restitución de tejido epitelial que chutó al país de antagónicas formas. Aun así, estos cien años de número redondo que alcanzaban ya su última década, parecían querer decir adiós con un amargo sabor de boca.

Se deja notar la crisis económica también en esta calle, un videoclub, que colgó el cartel de «Se vende», una tienda de moda con el escaparate forrado de papel marrón y sin señales de vida interior, una zapatería que anuncia rebajas de liquidación por cierre...

Al sol del verano le quedaba mucho trecho para reinar en el centro de la calle y la fresca aún protegía la acera, por la que, transitaban señoras con bolsas o carritos de la compra. Una mujer de edad media y moño en alto abrió, desde

dentro, la puerta de una tienda de ultramarinos para salir a la calle y el sonido cantarín de las campanillas hizo girar la cabeza de Vidal hacia el oscuro interior.

La solera de la casa, recia, de artesana fachada y balcón central flanqueado a cada lado por otros dos balcones con balaustradas curvadas, contrastaba con el exceso de aluminio que reinaba a lo largo de la calle.

Tras el cristal del escaparate bordeado de madera seca y astillada, unas cuantas patas de jamón ibérico con denominación de origen «Dehesa de Extremadura» colgaban de una barra haciendo las veces de cortina junto a chorizos y lomos embuchados. Y en primer plano, dos escalones vestidos en tela de vichy festoneada daban un aire de vasar elegante en el que se exponían los manjares más codiciados de la tienda. Sobre él, latas de atún y perdiz escabechada de la marca Ortiz, botes de mostaza artesanal de Bañuls y miel de los Pirineos, *rousquilles du Roussillon*, y botellas de cava *Mirguin* Gran Reserva.

Vidal se acercó a la exposición y, tras un hueco entre jamón y jamón, observó al tendero que amablemente devolvía algo de calderilla a la única clienta que quedaba en la tienda.

—*Bon día.* —El tintineo de las campanitas y una mezcolanza de olores acompañaron el saludo del hombre.

—Buenos días. —Desvió su mandíbula hacia los jamones—. Artículos de calidad y prestigio veo en su escaparate...

—Oh, sí. Y porque todo lo que se vende no cabe dentro... Mire esas judías, las de la esquina... —Señaló a unos saquitos ordenados bajo el mostrador repletos de legumbres—. Son de Barco de Ávila, pura manteca.

—Conozco las legumbres de Barco. Y a cocinar garbanzos con sepia no me gana nadie, claro está, que, sin una buena materia prima, pues no es lo mismo. El truco está ahí, en la calidad, sí, señor.

—Los garbanzos son de Fuentesaúco, ahí es nada.

—Pues a por ellos vengo... Por su acento veo que catalán, catalán usted no es.

—Bueno, no nací aquí, eso sí es verdad. Pero llevo viviendo en esta calle casi toda mi vida. Mis padres eran extremeños, de Almendralejo, para más señas, y algo del acento siempre sale a relucir. Almendralejo es de la provincia de Badajoz, ¿sabe usted? Un poquillo *retirao* queda.

—Ya, ya. ¿Y dice usted que ha vivido en esta calle desde chico?

—Es que mi familia se instaló allá por los cuarenta en el número doce, ahí, un poco más abajo, en lo que ahora es un Crisol..., bueno, era; porque lo cerraron hace un par de meses, es que la cosa se está poniendo chunga, con esto de la crisis... A ver, a lo que le estaba contando... —El hombre parecía disfrutar del palique—. Mi padre, después de la guerra, se vino a buscar trabajo a Barcelona, que según se decía por el pueblo, la cosa parecía pintar algo más boyante. Es verdad que a él le daba lo mismo barrer que cargar a lomos lo que fuera, el caso era poder sustentar a la familia, claro... y el señor Vila, Dios le tenga en su gloria, que entonces era el dueño de esto —Hizo un movimiento de brazos intentando abarcar todo el comercio—, le contrató de mozo. El matrimonio vivía aquí, en el piso de arriba, y para que vea lo que son las cosas, ahora vivimos mi mujer y yo. El señor Vila, al no tener hijos, dejó en herencia el ultramarinos y la vivienda a mis padres, ya que mi santa madre le cuidó hasta el final. ¡Pobre hombre! Se quedó viudo y nunca le faltó nuestro cariño. Para mí fue siempre como el abuelo que no conocí, ¿sabe? —continuó—. Esta casa, entonces, era una de las más bonitas que había en Carret d´ Espiell, con ese mirador y esa cerámica talaverana de Ruiz de Luna ornamentando la fachada... ¿Sabía usted que el Escorial también está decorado con cerámica de ese maestro?

—Pues no, no lo sabía.

—*Bon día*, señora Mercè ¿*Qué desitja*?

La mujer, en un segundo plano, esperaba a ser atendida.

—*Un quilo de sucre i mig quilo de farina*.

—*A el moment*.

Se hizo el intercambio de productos y monedas y la mujer se marchó por el lugar que entró.

—¿Por dónde iba?

—Porque usted lleva viviendo en esta calle, toda la vida. Supongo, que al haberla pateado y disfrutado desde su más tierna infancia recordará a muchos de los vecinos que vivieron en ella, claro, cuando esta calle era una calle como las de antes, cuando se conocía todo el mundo y se ayudaban unos a otros...

—Huy, no me diga eso que me entra la flojera de la nostalgia.

—¡Ay, amigo!, la nostalgia es el túnel del tiempo que nos hace revivir momentos y nos acerca a personas queridas de las que disfrutamos en nuestro pasado.

—Sí, es verdad, ahora que lo dice... Estoy viendo en mi mente la calle como cuando yo era un chaval... Todas las casas eran de dos o, como mucho, tres plantas... Y ahora, después de tantos años, esta es la única que queda en pie, y así seguirá hasta que yo estire la pata. De eso sí que me siento la mar de orgulloso. Figúrese que vinieron a tentarme más de un constructor, pero como ya habrá apreciado, la nostalgia me puede. Además, yo, como el señor Vila, tampoco tengo hijos, y de los sobrinos paso, como ellos de mí. ¿Y por qué querríamos mi mujer y yo el dinero?, ¿para cambiar de vida? ¿Y para qué? Si a mí la vida me la da esta tienda y a mi costilla se la da el mirador... Pero, ya le digo, a mí me gusta así, tal como está. Yo no necesito modernidades... Y como esto es una herencia de la familia, pues no se vende.

—Muy bien hecho. Esa actitud le honra, sí, señor. Y por cierto... Usted que ha jugado y correteado por este barrio y por esta calle... ¿No coincidiría con un niño, más o menos de su edad, que se llamaba Miguel Escusa de Arnus?

—Mmmmm, no sé... ¿Mic? Sí, había un Mic que era algo mayor que yo. Moreno, flacucho... Era el hijo del vinatero, ahí un poco más adelante tenía la bodega que también era taberna. Me acuerdo un día...

—El Miguel que yo le digo era rubio, y de pequeño tuvo que ser de los que parecen canos. Sus padres tenían en esta misma calle una tienda de bicicletas.

—Ah, sí, el hijo de los alemanes. En el veintitrés, pasando la curva estaba la nave... Además de bicicletas, también vendían repuestos, radios, gramófonos y Vespas. El señor Vila me regaló una moto preciosa cuando cumplí la mayoría de edad, estaba en el centro del escaparate y yo no hacía más que mirarla. Solo me hizo falta decírselo una vez, ya le digo que era como si fuera mi abuelo.

—¿El hijo de los alemanes?, ¿no estaremos hablando de otra persona? —le interrumpió.

—Hombre, la única tienda de bicis en la calle era esa, se lo digo yo... Y el niño sí que era de mi edad, sí. Pero se relacionaba poco. Alguna vez sí que jugó con la muchachería, a las chapas, a la peonza... Iba a un colegio que no era del barrio, lo

sé porque llevaba un uniforme como el de los niños ricos. Tenía que ser de Falange, creo... Pero ya le digo yo que eran alemanes, vaya, alemanes, pero de los de Alemania. Si al padre le llamaban Jordi el alemán...

El hombre parlanchín hinchó su pecho con un carcajeo comedido esperando a que Vidal le secundara. De inmediato, el policía, que entendió la complicidad, soltó también una sonora risotada.

—Pero cuando se establecieron en la calle ya sabrían español, me supongo. Porque si no de mala manera podrían entenderse con la clientela.

—A ver, según el señor Vila, que no se le escapaba ni una, el matrimonio con el hijo, aparecieron por el barrio como un año antes de inaugurar la tienda de bicis, más o menos, allá por el cuarenta y cinco. Él y mi padre nos contaban que había llegado una familia al barrio que pedían los alimentos por señas, ya ves tú... Pues porque no sabían ni papa del idioma nuestro. Decía el señor Vila que se olía que estaban recibiendo clases de castellano y catalán, porque si no hubiera sido imposible aprender a chapurrearlo de la noche a la mañana.

El caso es que al poco tiempo pusieron el negocio, que enseguida se hizo próspero, porque venían de todos los rincones de Barcelona a comprar bicis.

—¿Y el hijo?

—¿Miquel?

—¡Claro!, el alemancito.

—Se le veía poco por la tienda y por el barrio. Aunque recuerdo, eso sí, un día que jugó con los *amics* a las canicas y nos ganó a todos. ¡El muy *jodío*!

De nuevo el tendero bufó con una carcajada cerrada.

—Era listo el chaval, sí... —Y Vidal acompañó en el júbilo al hombre que le estaba poniendo al día de la procedencia oscura de los Escusa de Arnus, sin tan siquiera haberse identificado.

—Cuando vine de la mili dejé de verlos. No sé qué sería de ellos, la verdad. Luego, creo recordar que en esa misma nave abrieron unas sederías...

—¿Me pone un kilo?

—¿De qué?

—De estos... —Había dos especies de garbanzos, los de Fuentesaúco, inconfundibles por su tono marrón anaranjado y otros más gordos de color más

claro—. Los de Fuentesaúco. De la calidad de la sepia también me encargaré. Va a ser un festín, amigo, ya me están oliendo...

—Canela en rama, se lo digo yo... —Cuando el tendero calculó el kilo, generoso, llenó de nuevo la pala—, y un poco más de propina.

El día anterior Vidal había visitado el Registro Civil Central de la ciudad y volvió a cerciorarse de la información recibida en la comisaría días antes.

*El padre: Jordi Escusa de Arnus Serra.*
*Fecha de nacimiento: 1 de septiembre de 1906 en el número 8 d' carrer Carders. Barcelona.*
*La madre: Mercè Puig Bosch.*
*Fecha de nacimiento: 2 de febrero de 1912 en el número 15 d' carrer Argentería. Barcelona.*
*El hijo: Miquel Escusa de Arnus Puig.*
*Fecha de nacimiento: 16 de junio de 1936 en el número 23 de carrer d' Espiell. Barcelona.*

No necesitó ni tan siquiera identificarse para que el tendero melancólico paseara de nuevo los recuerdos infantiles por su cabeza transmutándolos en verborrea ingenua, para que así Vidal concluyera sus más que fundadas sospechas.

Franco permitió que España se convirtiera en refugio de algunos nazis con cargos relevantes que huían de los aliados y, les facilitó la piel de cordero inocente que les dio vía libre para emprender una nueva vida después de su derrota en la segunda Guerra Mundial. Eliminar cualquier vestigio de nacionalsocialismo era la clave. Y una identidad falseada en el Registro Civil era la solución que les facilitaba la tranquilidad y el anonimato ante una sociedad española, mayoritariamente ignorante, que lo único que le preocupaba era seguir subsistiendo en un mundo en el que, al menos, las bombas ya no caían del cielo. Las sanguinarias acciones a las órdenes del Führer quedaban prendidas, exclusivamente, en aquellos nombres alemanes que dejaron de existir y que nada tenían que ver con estos nuevos individuos documentalmente nacidos y bautizados en el estado español.

Miguel, o como le hubiera llamado al parirle su madre alemana, no era oriundo de Barcelona. Al país y al barrio le habían traído crecidito, pero no lo

suficiente como para que el niño arrastrara en su aprendizaje del idioma cualquier vestigio de acento extranjero.

Había sido ese apellido compuesto, sin referencia de pasado, lo que hizo remover el instinto sabueso del policía. Un fallo absurdo para un hombre que quiere desnazificar su existencia arropado por el régimen dictatorial de Franco. ¿Facilitaría la prepotencia del falso Jordi Escusa de Arnus, padre de Miguel, llegar a conclusiones de nuevas pistas para resolver el caso Gazanias? Pudiera ser. Estiró sus labios en modo sonrisa y pensó en prender un pitillo.

Estaría bien posponer el regreso a Algeciras por un día.

Lo decidió justo en el momento que salió de la tienda de ultramarinos con la bolsa de garbanzos en mano y quiso fumar. Al mirar hacia el mirador, en donde, efectivamente, se encontraba curioseando la mujer del tendero, hizo un pequeño malabarismo para sacar el cigarro y la pitillera cayó al suelo.

Fue como un aviso.

Las iniciales LV&S, perdido ya el lustre dorado por el constante manoseo, quedaron frente a su vista y entonces lo rememoró.

Mañana era la fiesta grande de la Virgen de la Palma, y todo lo que sonaba a sarao multitudinario le había acabado oliendo a recuerdo desde que Susana le plantara en el festejo de la patrona del mar.

Recordó, siendo él inspector jefe, aquel día festivo de la Virgen del Carmen, ese día tan especial en el que los lugareños y turistas venidos de todas partes se concentran entre la zona de la Concha y alrededores, para reverenciarla. El mes pasado se cumplieron diez años... Diez años sin saber absolutamente nada de Susana.

1983

Vítores enfervorecidos enredaban la espuma anacarada que bailaba suspendida entre la comitiva que llevaba a hombros a la Virgen. Banderines de colores y hojas de palma abrían el paso para que la talla venerada fuera expuesta en su efímero altar antes de que los buceadores la devolvieran a la gruta marina que la cobijaría un año más. Era un ir y venir constante de fieles arrebatados de fe

intentando tocarla o incluso besarla. Y en el bullicio de la romería Susana se lo pidió:

—Vamos a acercarnos.

Y prendida a su cintura hizo ademán para abrir camino entre un grupo de jóvenes.

—Mejor nos vamos al Pepe Toya y nos tomamos un gin-tonic.

—¿Una copa? ¿No te parece que has empezado muy temprano a empinar el codo?

—Solo he tomado un par de carajillos. ¿Y qué? —Susana lo miró de soslayo y corrió para entremezclarse en el denso barullo que intentaba ver en primer plano a su Virgen.

—Susana, por Dios... —Cuando la alcanzó, pudo ver que estaba llorando—. Pero ¿¡qué te pasa!? Tenemos todo el día por delante... Ya te acercarás a la Virgen en otro momento.

Sin más explicación, Susana giró sobre sus pasos y muy enojada quiso dirigirse al Paseo de la Cornisa.

—Pero ¿por qué lloras? A ver, Susi... ¿Qué sucede?

Luis Vidal estaba atónito. Ella gemía y una lágrima corrió por su mejilla hasta caer por el borde del mentón. Habían discutido en alguna ocasión y siempre por la maldita bebida, pero ella nunca lloró al advertirle que tenía un problema. Se enfurecía, eso sí, pero jamás utilizó el llanto como recurso. Esta era la primera vez. ¡Pero si solo llevaba dos carajillos en el cuerpo como desayuno! Quizá ella habría optado por probar con el chantaje emocional. Las lágrimas a veces tienen más fuerza que las tetas y las carretas, pero no lograba comprender por qué había elegido ese día para montar el numerito.

Los minutos pasaban y lejos de calmarse, Susana parecía meterse más y más dentro de unos vericuetos mentales que Luis Vidal no entendía.

Él, que era un hombre capaz de resolver casos de lo más complejo solo siguiendo su olfato privilegiado y sus reacciones instintivas, no supo reaccionar ante los hipidos inesperados de su chica, que abandonó la romería por la primera calle que le vino a mano. La siguió confuso, quizá algo mareado también. Había mentido a Susana diciéndole que llevaba dos carajillos en su cuerpo serrano a tan

temprana hora. Pero lo cierto es que no tenía por costumbre contar los tragos amables que le hacían la mañana más llevadera. ¡Qué más da ocho que ochenta si sientan bien! Bebía algo más de la cuenta, sí, comenzaba a admitirlo. Quizá más adelante sopesaría dejar la bebida. Aunque solo lo haría por ella, sabía que le amaba. ¡Y qué hostias, por no escuchar sus sermones! Al final, veía que Susana haría con él lo que le diera la real gana. Ese era su miedo cuando se metió en el charco y es posible que el miedo siguiera latente. Por eso se resistía a ceder. Las aguas del charco parecían cristalinas y tranquilas, pero fiarse, no se fiaba del todo. Quizá fuera un patán en el entramado mundo femenino... Pudiera ser... Había conocido a muchas mujeres, muchas. Pero la intimidad con ellas solo se fraguaba entre su bragueta y el liguero de turno. Nunca pasó de ahí hasta que conoció a Susana. Ella, sin pretenderlo, supo involucrarle en un mundo de emociones que él desconocía hasta ese momento. Al besarla por primera vez sintió como unos duendecillos correteaban entre los pliegues de su estómago y se asustó. Debió ser un aviso de que él no era inmune a las flechas de Cupido. Malo. Eso no entraba dentro de sus planes. Estuvo tres días esquivándola. Pero la tenía a tiro de piedra en el trabajo y la sirena llamaba a Ulises con ese canto hipnotizador que no pudo resistir y se zambulló fascinado en el agua. No atendió a cordeles firmes ni mástiles arrogantes y olvidó también poner cera en sus oídos... O quizá Cupido se lo impidió...

Vidal no estaba esa mañana para correr, era fiesta y en sus planes no entraban las competiciones atléticas. Le costó, pero al fin dio alcance a Susana. Miró sus ojos enrojecidos. Seguía sin entender nada, pero por apaciguarla solo supo decir:

—Dejamos el gin-tonic para después, Susana, ahora vamos al altar para que veas a la Virgen. Venga, y deja de llorar, que pareces una niña chica.

—Eres un estúpido.

—¡Anda!, y ahora ¿por qué?

—Soy adoptada, Vidal, me enteré ayer.

Ahora sí. La contempló y descubrió aquella mirada de fragilidad que nunca había visto. Notó el quebranto en su alma, intuyó el destrozo en su corazón. Pero no fluyeron en él las palabras de consuelo. Quedó mudo. Solo supo envolverla entre sus brazos.

Caminaban a contrapelo uno junto al otro por una maraña multicolor de gentes impacientes por llegar a la playa. «Mi tierra» de Gloria Estefan se escuchaba en una terraza cumplida de cervezas, vinos y pichos sobre cubas barnizadas. El olor a gambas a la plancha y de pescaíto frito se filtraba ya por las pituitarias a pesar de que aún no eran horas ni tan siquiera del aperitivo. Todo era fiesta, comida y bebida. Tanguillos al son de guitarras, palmas y cantes afinados. El ambiente festivo contrastaba con la solemnidad de sus rostros. Los minutos pasaban entre la situación enrarecida por el descubrimiento de Susana que Vidal no supo encauzar.

—Pues qué le vamos a hacer. Vamos a tomar un gin-tonic...

Eso fue lo que escuchó Susana tras pasar media hora desde la confesión que había dejado su existencia sumida en el desconcierto.

—¿Eso es lo único que se te ocurre decirme?

—Necesito una copa, Susana, y ya me vas contando.

Vidal se tambaleó levemente.

—¿Necesitas beber alcohol para escuchar mi drama? ¿De verdad piensas que me voy a sincerar con una persona que no tiene sus capacidades físicas y mentales al cien por cien porque su cerebro está siendo víctima de la bebida?

—Bueno, mujer, no te pongas así, que yo te quiero mucho.

—Empieza por quererte a ti mismo y después podrás querer a los demás. Vidal, por enésima vez te recuerdo que tienes un problema que te está acarreando disgustos y tú pareces no darte cuenta. Las adicciones es lo que tienen, que se deben tratar, y para eso deberías ponerle intención.

—Ya hablaremos de eso en otro momento... —Frunció los párpados, puso su mano haciendo visera y miró al cielo azul de julio. —Hoy va a apretar del carajo...

—Del carajo... Eso se dice cuando hace frío. ¿Pero eres consciente de que no coordinas?

Y esta fue la respuesta:

—Tomamos una copa y ya me cuentas qué es lo que te pasa...

—Ya te he contado lo que me pasa: Que por una maldita o bendita casualidad me he enterado de que soy adoptada... Y que mi estado de ánimo, en ese

instante, se colocó en el carril de una empinada montaña rusa y ahí sigo, ignorando sus recovecos y sin saber si esta desenfrenada atracción me va a dar opción para controlar las curvas. Siento miedo, incertidumbre, y un vértigo en el estómago por el que parece que se me escapa la vida. Esta vida de mentira que estuve viviendo hasta ayer... Y tú no estás abajo, Vidal, tú no estás esperándome ahora que te necesito tanto.

Anodina la expresión, mirada acuosa... Vidal intentó besar en la boca a Susana.

—No me toques... Me marcho, Vidal. Mira, ahí en El Uge te están llamando los camareros, ¡hala!, disfruta del día.

Esa fue la última frase que escuchó de su boca. La última. Porque en los pocos días que le quedaban para darse el piro, ni tan siquiera le dirigió la mirada. Se cruzaron una vez en el juzgado a la mañana siguiente, sí. Pero Susana se comportó como si Vidal fuera un desconocido. O mucho peor, como si fuera aire. Y en los días que siguieron, solo supo de ella por temas laborales y sus informes forenses. Un accidente de tráfico con víctima mortal, dos fiambres por apuñalamiento, otro por sobredosis, y la caída de un hombre por una escalera con resultado de muerte. Ahí coincidió con ella en el domicilio del finado. Se limitaron a hacer su trabajo y cada uno se fue por donde había venido.

A pesar de la indiferencia que Vidal también le mostró en aquella casa perdida cerca de la Torre de Centenario, algo en él había comenzado a moverse. ¿Cómo se podía echar tanto de menos a una persona? Su imagen se instalaba en su cabeza en las horas de lucidez, que no eran muchas, y en las ebrias, a saber; porque no lo recordaba, aunque quizá sí... Algo venía a esa mente cuando estaba fresca. Lloraba. Le daba llorera cuando bebía. Y es posible que hasta la llamara en voz alta.

Eso creía recordar.

Sintió vergüenza.

La sentía cuando estaba sereno. Nunca le había pasado. ¿Y si Susana tenía razón con lo del problema? Comenzó a razonarlo. Él era el inspector jefe de una comisaría y se estaba convirtiendo en un guiñapo. Hablaría con ella, le pediría perdón y se pondría en sus manos. Necesitaba de nuevo escuchar su risa, sentir el

roce de sus dedos sobre su mejilla, el suave perfume hechizador invadiendo sus pituitarias, besar sus labios, acariciar su cuerpo... Lo meditó una y otra vez.

Antes de llamarla quería estar completamente convencido. Había pasado casi una semana desde el día en el que se encontraron ante aquel individuo con la cabeza abierta al final de una escalera.

Llegó el momento. Desde su apartamento, la luz solar ya débil y enrojecida alargaba las sombras que las tejas dibujaban sobre los tejados. Marcó su número de teléfono y esperó sin pestañear, incluso carraspeó para aclarar su voz. Nervioso, paseó sus dedos sobre el cabello.

—¿Diga?

—Hola, soy Luis Vidal, don Ángel, ¿Está Susana?

—¡Oh, Vidal, eres tú! Íbamos a intentar localizarte. Acabamos de llamar a la comisaría y el agente Ramírez me ha dado tu número de teléfono. Es por Susana.

—¿Qué le ocurre?

—¡Qué se ha marchado!, ¡qué se ha ido de casa!

—¿¡Cómo que se ha marchado!? ¿¡Adónde!? ¿¡Y por qué!?

—Creo que es mejor que vengas, por favor, tenemos que enseñarte algo.

No tenía sentido. ¿Por qué habría de marcharse de su casa por el simple motivo de que él le diera a la botella?

Cogió las llaves del coche. Miró hacia sus pies que estaban descalzos y entró en el dormitorio para buscar los mocasines. Los encontró. Uno junto al armario y el otro bajo la camisa que se encontraba sobre la cama. Salió echando chispas, con la misma forma de conducir como cuando perseguía a un delincuente.

Era entrada la noche cuando Luis Vidal descubrió sobre el cielo negro de Algeciras destellos pirotécnicos de colores que desde la perspectiva que le daba la luna del coche, bien parecían medusas brillantes que habían logrado conquistar, por unos segundos, la atmósfera que envolvía la ciudad. La festividad de la patrona tocaba a su fin, y la tierra de por medio le había ayudado a matizar los agrios recuerdos de aquella lejana mañana. ¿Cuántos años hacía de eso? Algo más de diez años. Una década doliente que le había parecido un siglo.

La A-7 viniendo de San Roque pasando el puente de Guadacorte se veía amplia, suelta, medio vacía. Pensó si en la cocina quedaría alguna lata de sardinas o quizá de mejillones para hacerse un *sandwich*. Suponiendo que el pan estuviera libre de moho, claro...

Tomó el carril de la derecha para desviarse por la Avenida de las Flores. Ya quedaba poco para llegar a casa, el ambiente por esa zona seguía siendo escaso. Los pompones luminosos derrapaban en cascada sobre el oscuro firmamento cuando Vidal enfiló el coche por la cuesta que le llevaría al garaje de su vivienda.

*****

Unas horas antes, Emilia esperaba tras las acacias blancas que poblaban la zona sur del Parque de María Cristina a Paquita, su amiga del alma, y a Yosoy, colgada de su brazo como la prolongación que era de ella. Habían quedado a las siete para que los niños montaran en el trenecito que recorría el recinto y después tomar unos *Flash* de limón, pringosos, fríos y los más baratos de entre todos los helados. Pasearían bajo las altivas palmeras, acacias blancas y cedros olorosos haciendo tiempo a que las sombras se alargaran sobre los adoquines de figuras geométricas. Husmearían entre los artículos en venta de los puestos de baratijas que parecían, más que otra cosa, competir en decibelios. Los Chunguitos con su *Dame veneno*, Los Chichos como locos: «Libre, libre quiero ser, quiero ser, quiero ser libre», y después se despedirían hasta la próxima.

Fue hace muchos años, en el teatrillo del Belén de la Asociación, cuando por primera vez tomaron contacto Emilia y Paquita. Por ellos, por sus hijos, comenzaron una amistad que se fraguó con el tiempo. Emilia, viuda y Paquita, como si lo fuera. Los cuatro hicieron piña desde aquellas Navidades en las que a Yosoy le tocó ser la Virgen María y a Blasito le correspondió ser San José. Aunque el honor de Yosoy no fue exclusivo ese año, no. Julita Martín también fue Virgen. No debió pensar la organizadora del Nacimiento Viviente que el turno rotatorio en el mundo de estos niños no existe. Y Julita también llevó túnica blanca satinada y velo azul cielo ribeteado de serpentina dorada. Dos Marías y varios muñecos pepones de mano en mano hicieron de Jesús. Pero ni

los pepones ni los angelitos ni la otra Virgen importaban a Blasito, que, con su barba postiza y su bastón hecho de una rama de cedro, solo tenía ojos para Yosoy.

Emilia ojeó de nuevo su reloj, impaciente por ver aparecer a la madre y a la hija. Sabía que su amiga Paquita se iba a sorprender al verla tan rejuvenecida. ¡Ni ella misma se reconocía ante el espejo! Era como un milagro, de Cenicienta, por la magia de los cuartos convertida en princesa. El corte de pelo Rachel, el nuevo color más rubio y el vestido beige estampado en leopardo, que le quedaba como un guante, llamaban de manera grata la atención de todo varón maduro que pasaba a su lado. De hecho, cuando madre e hija aparecieron tras las acacias blancas que poblaban la zona sur del parque, Paquita sí que vio a Blasito, sí, y le extrañó no verle junto a su madre. Él estaba allí, en el banco de siempre al lado de una señora de postín. Lo miró de nuevo y para asegurarse de que era Blasito, preguntó a Yosoy:

—Hija, ese que está en el banco es Blasito, ¿no?

Y Yosoy, dándolo por hecho:

—Es... está con Madonna.

Reticente, se acercó aún más. Los visitantes del parque se contaban por centenares y al pasar al ras del banco de piedra parecían hacer intermitencia, la duda de que la señora rubia fuera Emilia se mantenía. La conoció por los dientes, al sonreír... y cuando le gritó:

—¡Que soy yo, Paquita!

—Jesús, María y José, ¿¡Pero que te has hecho!?

—Pues un cambio de *look*, ya ves tú. Y no me digas que no te gusto. —Levantó su trasero del banco y se regodeó en su nueva imagen.

—Sí, sí. Pareces otra, ¡qué *bastinazo*! Vamos, Yosoy creía que eras Madonna.

—Pues esta tiene *mu* buen ojo *pa* los parecidos, tú... —Y la miró—. ¿De verdad pensabas que era Madonna, Yosoy? —lo preguntó con la autoestima rozando las copas de los árboles.

—E... Emilia es Madonna, Emilia es Ma... Madonna... —Y Blasito repitió con ella:

—¡Emilia es Madonna, Emilia es Madonna!

—Este niño mío, cuando está con tu hija, parece un loro, le tiene *sorbiditos* los sesos.

—Es que Yosoy tiene mucha personalidad.

—Y mi Blasito también, qué te crees tú.

—Pues será porque es mujer, digo yo que será por eso. —Miró a Emi de norte a sur y de este a oeste—. ¡Hija mía, estás, impresionante... Con ese pelo rubio de peluquería, y este vestido de cebra.

—Es de leopardo, el *estampao* es de leopardo. Y mira las sandalias...

—También son de leopardo... ¡Y qué bonitas! Pues sí que te has puesto felina, chica... A todo esto, me puedes contar de dónde has *sacao* el parné *pa* tanto lujo ¿Es que te ha *tocao* la lotería?

—A ver, si no de qué. —Y de nuevo extendió los labios para mostrarle sus piños en todo su esplendor.

—Pero, ¿cuánto te ha caído, chica? —Emilia siguió picarona sonriendo, pero sin soltar prenda. —¿Cincuenta mil pesetas?

—Más.

—¿Cien mil?

—Más

—*Quilla*, me estás poniendo nerviosa. ¿¡Ha sido el gordo!?

—A lo mejor.

—Pero qué secreta estás, *quilla*.

—No, no, secreta no. Qué me ha *tocao* la lotería y ya está. Que ahora lo que tengo que hacer es disfrutarlo, que bien me lo merezco. Que yo no tengo a tu Felipe *pa* que me gane los cuartos ¡Ea!

—Y yo bien que me alegro, ya lo sabes tú.

Caminaban por la glorieta central camino de la taquilla del trenecito. Las dos distaban de estilo ahora más que nunca. Emilia, convertida en una devora hombres; Paquita, discreta como siempre, vestida con un traje de dos piezas manga corta y falda por encima de la rodilla.

Yosoy y Blasito cogidos de la mano dos metros por delante de ellas, y para no variar, también metidos en sus conversaciones.

Al pasar por una de las fuentes destinadas para beber, un hombre de mediana edad con un sombrero de paja se colocó frente a las dos mujeres con los brazos abiertos en posición de semiextensión, como haciendo una chicuelina, vamos, y dijo algo. Debió ser un piropo destinado a Emilia, porque solo miraba su canalillo. El contenido nunca lo supieron. Mejor.

«¡Jesús, María y José..., qué ojos de guarro ha puesto!». Eso fue lo que pensó Paquita.

—¡Niños! ¡Vamos a hacer cola para beber!

Los chavales se pararon e hicieron amago para situarse los últimos de la fila que llevaba a la fuente.

—Por Dios, Paqui, si los chicos tienen sed nos vamos a una terraza *pa* tomar una Coca-Cola y unas olivas, que invito yo.

—Eso..., que habrá que celebrar que te ha tocado la lotería, digo... ¿Y dónde compraste el boleto, quilla?

—En el mismo Cádiz, la semana pasada que fui.

—Pues tú no eras mucho de lotería, chica, ya ves que suerte.

—Sí, para una vez que se me ocurre comprar... *pa* qué veas que estaba destinado para mí. —Emilia agitó su mano derecha para llamar la atención de las dos criaturas—. ¡Niños, tirad *palante*, *pa* el trenecito, que luego nos vamos a sentar en una terraza a tomar unos *pescaitos* hasta que caiga la tarde! —Y continuaron el camino hacia la locomotora infantil.

Blasito cogió fuerte la mano de Yosoy.

—Es... está con daño. —Y miró a Blasito.

—Es para que no te pierdas... ¿Te gusta el *pescaito*?

—La... laas raspas, no.

—¿Te gusta montar en el trenecito?

—S ...Sí. Yyyy... en el carrusel, más.

—En los caballitos.

—En... een el caballito azul.

—En el azul como el cielo.

—Uuuh, S... sí

—Como el cielo de Dios... Dios el de la iglesia.

—S... Sí

—El de las bodas.

—Y... yo he ido a una boda.

—Yo también. Los novios se besan.

—P... porque son novios.

—Los novios se besan.

—M... mi novio es Rubén.

—El monitor.

—S... sí.

—Es tu novio.

—Y... Y Roberto.

—No sé quién es Roberto.

—E... es muy guapo.

—Y yo, ¿puedo ser tu novio?

—S... sí.

—Te llevo al caballito azul.

—E... el más bonito.

El carrusel estaba frente a ellos y también gozaba de muchos seguidores, tantos como el trenecito. Abuelos y padres con sus retoños se amontonaban en las inmediaciones de la taquilla para sacar el billete. Sonaba una melodía que parecía sacada de una cajita de música. Los petrificados corceles subían y bajaban como si estuvieran galopando, y Blasito buscó el azul. Señaló hacia la atracción:

—El azul... para Yosoy.

—E ees bonito.

—Venga, niños, no os paréis al sol que os vais a achicharrar. A ver si llegamos al trenecito de una vez, montamos, nos tomamos una Fanta con el *pescaito* y nos vamos *pa* la iglesia de la Virgen de la Palma.

—Te agradezco, Emi, que vayamos a la iglesia. Este año no tengo mucha gana de jarana, y por el parque todo es bullicio y fiesta.

—No me agradezcas nada, mujer. Ahora que manejo quiero ir donde están las señoras de alto copete con trajes de domingo y mantilla bordada para adorar a

nuestra Virgen. Y nosotras no vamos a ser menos. Yendo para allá, os convido a un bombón helado, nada de *Flash*, eso se queda *pa* los pobres.

—Pues como tú ordenes... ¡Hija, qué ímpetu da el dinero!

—¿Y a ti qué te pasa, que te veo tan *desganá*? ¿No será por qué te da pelusa de que por fin la suerte esté de mi parte?

—No, mujer. Tú te mereces *to* lo mejor que te pase. Es que no me encuentro *mu* bien. He salido porque Yosoy tira de mí, que si no...

—Anda, anímate, que el mundo es nuestro. Ahora, al ir *p'allá,* nos tomamos unos vinitos y ya verás cómo te entonas.

Llegaron a la Plaza Alta cuando el sol arracimaba las sombras de las palmeras sobre los bancos de cerámica. El gentío seguía estando por todas partes, parecía que el personal salía de debajo de las piedras, pero en las de la Plaza Alta surgía vestido de lujo.

—¡Pero, ¿cómo os habéis puesto! ¡Jesús, María y José!

Blasito algo menos, pero a Yosoy le llegaban los chorretones marrones del bombón helado hasta por debajo de la cintura.

—¿Y qué hacemos, Emi?

—¿Pues qué vamos a hacer? Pasar a la iglesia a ver si encontramos asientos libres.

Sortearon a la multitud hasta llegar a los primeros bancos. Allí estaban los personajes más importantes de Algeciras: El alcalde, los concejales y en uno de los primeros asientos estaba ella. Doña Catalina.

La soledad de doña Catalina frente a María Santísima de la Soledad.

Para Catalina, la más milagrosa de las vírgenes. Sentía hacia la imagen una empatía tal que acabó convirtiéndola en su paño de lágrimas. Antes, no. Hace años, cuando su juventud era presente y la vida plácida en comodidades, las peticiones iban dirigidas a la patrona, a la Virgen de la Palma. La titular de la iglesia. Es cierto que por aquel entonces Catalina lo tenía todo. Su vida era perfecta. Y sus padres los mejores que podía tener. Aun así, cada domingo buscaba y rebuscaba una merced cuando la tenía de frente, y al fin encontró un favor que pedir. Acababa de cumplir veinte primaveras y quizá ya fuese era hora de ir encontrando un esposo a su medida:

«Madre, ten a bien otorgar un marido a esta humilde devota, pero no olvides que sea del convencimiento de mi progenitor».

Sabía que si don Mateo daba su aprobación todo iría bien. Su padre era un triunfador que no se había equivocado nunca, y seguro que con el asesoramiento del Señor y de la Virgen acertaría de pleno. Aunque tampoco olvidaba en su recurrente petición, que el buenamente elegido fuera atractivo y a ser posible de ojos azules.

Mucho tiempo pasó enfadada con la Virgen de la Palma, a la que culpaba de todos los horrores que había vivido como esposa. A pesar de ello, nunca dejó de ir a la Misa Mayor cada semana, aunque la parroquia elegida para ese menester ya fuera otra, la de Nuestra Señora del Carmen y, en ocasiones, la ermita de Nuestra Señora de los Milagros.

Cavilaba, cada vez que se postraba ante una divinidad, motivos para justificar a la Honorable Patrona la ocurrencia de poner a ese hombre infame en su camino, y una mañana de domingo llegó a la conclusión de que el sufrimiento vivido no había sido en balde, sino completamente necesario. Ese convencimiento le fue revelado en la epístola, con la Segunda carta de San Pablo a Timoteo.

*Y el Párroco desde su púlpito se dirigió a Catalina. Sí, a ella. O al menos eso le pareció.*

*«Pablo y Silas fueron azotados con varas y encarcelados en Filipos, pero ellos cantaban himnos a Dios. Muchos en esas circunstancias estarían lamentándose de su desgraciada situación, pero Pablo y Silas se negaban a permitir que las circunstancias determinaran sus actitudes, porque sabían que todo ese sufrimiento era el camino forzoso que les dirigiría hacia la luz divina».*

*Y al domingo siguiente, Catalina regresó como el hijo pródigo a su parroquia de referencia y, humildemente, pidió perdón a la virtuosa imagen.*

*Lloró.*

*Y sin saber el porqué volvió la cabeza y la encontró. A la Virgen de la Soledad.*

*Sus ojos vidriosos le transmitieron en ese instante místico que no estaba sola. Que ella, como madre, intercedería ante su hijo Todopoderoso y la felicidad llegaría de nuevo a su vida.*

A la honorable Patrona la saludaba siempre, faltaría más, pero el desahogo de sus secretos y la petición de favores, a partir de aquel domingo, se dirigían entre

siseos y lágrimas a una de las capillas laterales.

Era el quince de agosto. El gran día que se dedica de pleno a la fiesta de la patrona.

Emilia, Paquita y los niños encontraron un hueco rozando la pared de piedra de la parroquia, a pocos metros del meollo consistorial. Y Catalina también estaba allí, en uno de los primeros bancos y cerquita de su mentora, engalanada con una mantilla negra de chantillí, y el rictus triste que solía adoptar dentro de la iglesia.

Algo sucedió para que Catalina dirigiese su mirada justo a donde estaba Julián. Sus ojos la taladraban tras los cristales hipermétropes de sus gafas y sus labios finos se estiraron dejando al descubierto unos dientes pequeños, pero ordenados. Y ella quiso creer que una mano invisible y santa había guiado su cabeza para que se encontrara con él. Por eso le sonrió, levemente, eso sí. Y notó como su corazón danzaba al son de las entonaciones gloriosas dedicadas a la Santa Patrona.

Ni qué decir tiene que Julián tradujo la medio sonrisa otorgada por su vecina de negocio como invitación a un saludo más cercano. Y ese fue el motivo por el que esperó paciente a que el tumulto piadoso fuera diseminándose poco a poco para acercarse a Catalina, que parecía receptiva, al percatarse él de nuevas miradas de soslayo.

—Buenas noches, Catalina.

—Julián...

—Me alegra saber que tiene ánimos para salir. Eso está fenomenal.

—Sí, bueno, solo vengo a la iglesia. Aunque ya he retomado la rutina diaria de ir a la floristería y lo cierto es que me está viniendo muy bien. Es verdad que al público aún no me he expuesto, porque me parece un poco pronto, pero me meto en el almacén para cumplimentar pedidos y así paso el tiempo, entre rosas, gladiolos y orquídeas... Por algo dicen que el perfume de las flores oxigena el alma. Yo añadiría que también atenúa su dolor.

Caminaba Julián junto a Catalina, despacio. Temiendo que el recorrido acabara en el pórtico del templo.

—Va a ser que tenemos más cosas en común de lo que pensamos, Catalina. El perfume de las flores, en muchas ocasiones, cura el alma, como bien dice usted, y los medicamentos que yo vendo de todos es sabido que curan el cuerpo. Se me ocurre que debería haber siempre una floristería a la vera de una farmacia. Por lo que estamos descubriendo, son complemento la una de la otra.

—¡Ay, Julián, qué ocurrencias! —E hizo un asomo de risa.

—Qué bien le sienta esa expresión relajada a su rostro... —Catalina supuso que la tenue luz que envolvía la parte trasera de la iglesia, ayudó a camuflar su repentino sonrojo—. ¿Es verdad que existe el significado del color en las flores? —se apresuró a preguntar Julián, para así quitar hierro al pensamiento que había escapado por su boca—. Quiero decir, sé que el color rojo significa pasión... Pero, ¿qué transmite el amarillo? ¿Y el blanco? ¿Y el color naranja? Parece ser que las flores además de curar el alma también transmiten sentimientos.

—Así es, Julián. Los entendidos aseguran que todas las personas tenemos una escala de colores propia y que a través de ellos podemos expresar el humor, la pasión... Figúrese que hasta los celos se transmiten con un color; el amarillo, y en contrapunto, el rosa es el tono de la ternura.

—Parece interesante ese mundo de las flores y sobre todo como lo cuenta usted, Catalina. Otro día le hablaré de fórmulas magistrales. Y no crea que va a ser aburrido, qué va. Desde Hipócrates, pasando por los boticarios de la edad media y llegando al Tío de los Bigotes, hay montones de anécdotas curiosas que le harán reír.

—No lo dudo Julián. —Habían llegado a la entrada barroca de la parroquia—. Ahora tengo que marcharme. Me espera Felipe, mi chófer, está aparcado en doble fila cerca de aquí.

—Deseo que pase una buena noche, Catalina.

La mujer al alejarse no tuvo por menos que girar de nuevo su cabeza. Ahí seguía él. Sin quitarle el ojo de encima. Esperando a que su figura desapareciera entre el personal que abarrotaba la plaza.

# La huida
# 21

Agosto de 1993

En los últimos días de agosto Roberto decidió llamar por teléfono al Capitán por recomendación de su madre. Desde que abandonara Algeciras, precipitadamente, por la aparición de Alejandro con vida, solo había hablado tres veces por teléfono con Dolores. La primera, al día siguiente de su espantada...

Ya se encontraba en Lisboa y con el pasaje de avión con destino a México en el bolsillo cuando Dolores, ingenuamente, le puso en aviso de cómo evolucionaba el caso «Gazanias».

—Madre, ¿cómo va todo por ahí? —Sabía de sobra que soltaría por su boca todas las novedades habidas y por haber.

—¡Hijo, ha aparecido el hijo de Amalia!

—No sé quién es, madre —mintió.

—¡Sí, hombre, el sobrino de Carmela, la cocinera...! Al que le echaban la culpa de la muerte de Rocío. ¡Ay, Dios, la que hay liada! Por lo visto ha perdido la memoria. Eso dicen, hijo.

—¿Cómo que ha perdido la memoria? —Roberto no daba crédito.

—Está en el hospital, *mu* malito... *pa* morirse.

—¿Pero ha perdido la memoria?

—Que te he dicho que sí. Me lo ha *contao* Lupe, la criada. Por lo que se ve, cuando mató a Rocío y la arrojó por el acantilado, él debió perder el equilibrio y también cayó, y como ese día estaba la mar tan picada... Lo que no se entiende es como pudo llegar a tierra, dicen que porque es muy deportista. Aunque *pa* poco

le va a servir, porque si no se muere y sale de ésta, se pudrirá en la cárcel. Eso dice Lupe.

—¿Y el Capitán? ¿Qué dice el Capitán?

—Yo creo que el Capitán lo que quiere es que viva. —Dolores bajó el tono de su voz—. Ya sabemos los dos lo que le espera a ese asesino si eso ocurre. Por cierto, ¿me puedes decir por dónde andas?

—¡Qué más le da, madre! Aunque no estoy lejos, no... Bueno, la llamo en unos días.

Roberto pospuso la fecha de partida hacia México y adquirió otro pasaje de tarifa flexible.

A las tres jornadas llamó a Dolores de nuevo.

—¿Qué pasa por ahí?

—Por aquí todo igual. Mucho calor por el día.

—¿Y del asesino, se sabe algo?

—Que sigue chungo de la cabeza. Ese se queda así *pa* los restos, te lo digo yo... Y no se le estaría mal... ¿Cuándo vuelves?

—Ya veré, madre.

A la semana volvió a ponerse en contacto con su progenitora, que al descolgar el teléfono lo primero que le dijo fue que el Capitán quería localizarle.

—¡¿Y para qué quiere localizarme el Capitán?! —Roberto gritó a su madre.

—Hijo, ¡qué humos! Yo creo que es por algo de la Fundación.

# El coltán
# 22

Roberto necesitó tomar una bocanada de aire cuando las ruedas de su Mercedes SL500 traspasaron la entrada de El Gran Cortijo. No pudo evitar estacionar a la vera del camino y aspirar profundo cuando recordó aquel día en el que suplantó el cuerpo de Alba por el inerte de Palmira. Su obra dramaturga. La candidez del excelso... Sintió entonces que la adrenalina alteraba su ritmo cardíaco y sus manos sudorosas rebuscaban, torpes, dentro de la guantera la navaja automática, que al menos, le aportó seguridad nada más introducirla en el bolsillo del vaquero. Reflexionó su actitud por última vez antes de enfrentarse al todopoderoso, porque la duda le tenía el corazón en un puño, y dudó de nuevo si debía fiarse de la afabilidad con la que le habló el Capitán cuando se atrevió a ponerse en contacto con él desde la ciudad de Lisboa:

—Roberto, tengo que hablarte de un proyecto muy interesante que te tengo reservado.

—¿Sí?

—Es una agradable sorpresa que te mereces por tu fidelidad de tantos años. Te lo prometí. ¿Lo recuerdas? Bien, pues ha llegado el momento. Prepárate para hacer un largo viaje que te abrirá las puertas al mundo. Localízame en cuanto llegues a Algeciras.

—De acuerdo. —El joven no se atrevió a decir nada más y colgó.

Examinó detalladamente la parrafada, que la sentía más ambigua que concluyente.

—¿Qué me prepare para un largo viaje? —Le temblaron las piernas—. «¿¡A ver si el viaje va a ser al más allá!?», pensó. Pero, por otro lado, el Capitán le dijo que le tenía reservada una agradable sorpresa. Era verdad que existía la promesa

de interesantes planes de futuro cuando Alba ya no existiera. Y ese momento ya había llegado.

Estaba subiendo la escalera camino del despacho cuando Lupe, la criada, asaltó a Roberto.

—Hace mucho tiempo que no te veo por aquí, ¿es que te has ido de vacaciones?

—Sí, he estado unos días fuera. ¿Cómo va todo?

—Va, que no es poco. ¿Por cierto, te has *enterao* de lo del sobrino de Dolores?

—No. ¿Hay novedades?

Roberto no solía entrar en conversaciones con Lupe, pero esta vez la empatía hacia ella estaba más que justificada.

—Que se ha quedao tonto el muchacho. Y por lo que se cree, se va a quedar así para siempre.

—Muy bien, Lupe... ¿Sabes si está el señor en su despacho?

—Sí, acabo de entrar a pasar la mopa y allí se halla.

—¿Y está solo? Porque habíamos quedado con unos señores y no me gustaría llegar el último —mintió.

—Pues sí. Te aseguro que está solo. ¡Pero solo en toda la casa! Porque la señora se pasa el día en la Iglesia de la Virgen de La Palma dándole a las cuentas del rosario en las novenas, escuchando misas y lo que se tercie que sea religioso, o eso al menos es lo que dice Felipe. Como le ha *pasao* lo que le ha *pasao*, pues no para de rezar.

—Y yo lo comprendo, Lupe. Te dejo, que tengas buena mañana.

Empujó la puerta del despacho y vio cómo el Capitán ojeaba la prensa del día. Roberto conocía esa postura relajada que solía adquirir cuando leía el periódico y ese detalle le ayudó a entrar. Aun así, no tuvo por menos que echar una ojeada a todos los rincones de la oficina antes de saludar a su jefe con unos buenos días.

—Hombre, Roberto, ya estás aquí. Siéntate. —Hizo una señal a la butaca que tenía enfrente.

El chico carraspeó y como un perrito dócil obedeció sin decir palabra. Deseoso de sentirse protegido, tanteó con su mano derecha el pequeño relieve de la navaja

automática que tenía en su bolsillo e intentó fijar la pierna larga sobre la moqueta.

—¿Desde cuándo llevas trabajando conmigo? —Se lo preguntó amable, sonriendo... Por lo que le conocía, intuyó que debía tranquilizarse.

—A partir de la muerte mi padre. En julio hizo diez años.

—Demostraste tener una sangre fría impasible a pesar de que eras un adolescente. Eso me gustó—. Entonces citó una frase—: «Cuando las circunstancias lo requieren, uno no debe huir de la acción más extrema y también debe ser capaz de derramar sangre». ¿Sabes quién pronunció este pequeño párrafo?

Quedó pensativo durante unos segundos. Quizá no era la primera vez que lo escuchaba, pero no supo dar la autoría.

—Ahora no caigo, jefe.

—Adolf Hitler, el Führer, el líder supremo del Tercer Reich. Un hombre al que nunca le tembló el pulso.

No era la primera ocasión en la que soltaba frasecitas del Gran Dictador. Tenía que haber sido más raudo y tomó nota para no olvidarlo.

—Ah, sí... Es cierto, es de Hitler.

—¡No lo olvides nunca!

—No lo haré.

—Y bien..., hablemos del motivo por el que estás aquí. —Descolgó el teléfono, le mostró el auricular y colgó de nuevo—. ¿Sabes que en poco tiempo este artefacto tendrá un sustituto más ligero que podremos llevar encima?

—Bueno, jefe, ya lleva usted uno en el coche.

—Lo estás entendiendo, Roberto. Ese teléfono está siendo el principio de algo que va a revolucionar el planeta: la telefonía móvil. —Sonrió plácido—. Aunque ya existe de manera inicial, este año NovoLine lanzará el primer servicio de esa telefonía en España, que no estará destinada a teléfonos para coches, no, sino para utilizarlo individualmente. La carrera ha comenzado, muchacho, y no hay tiempo que perder. — Hizo una breve pausa y continuó—. Hace dos años, la segunda generación de tecnología celular fue lanzada en Finlandia y el resto de los países nórdicos con un formato nuevo, y como era de esperar, ya está siendo

un éxito como lo está siendo en Japón después de que el país creara la compañía de telecomunicaciones TTN el año pasado. Y a Estados Unidos no la dejemos atrás... La primera potencia está creando empresas de telefonía tecnológica y lucha por ser el número uno. La evolución es imparable, muchacho. ¿Tienes algo que preguntar? —Roberto aún no imaginaba adónde quería llegar el Capitán. Suponía que tendría entre manos el negocio de la telefonía futura y que le quería hacer partícipe. Se alegró. Y la tranquilidad de no haber sido descubierto por el todopoderoso Capitán le descolocó tanto que no supo que decir. —Estás pálido, ¿te encuentras bien?

—Sí, jefe, me encuentro muy bien... Y respecto a que, si tengo algo que preguntarle, pues ya le digo que no. En todo caso, lo que sí quiero que sepa es que estoy a su entera disposición, como he estado siempre.

—Lo sé. Y ya ha llegado el momento de que tengas la recompensa que mereces.

Rebuscó entre unos documentos que tenía sobre la mesa, extrajo un pliego con el mapa físico de África y señaló con su dedo un país central: Zaire.

—¿Zaire?

—El paraíso africano, muchacho.

—No sé mucho de ese país, salvo que la capital es Kinshasa y que está lleno de negros. —Rio, ya con total tranquilidad.

—Sí, lleno de negros que están para ser la vía de mi riqueza. Los de la alta jerarquía para protegerme y los infelices aldeanos para servirme. Y tú estarás allí en mi nombre.

—Lo que usted ordene, Capitán. Pero aún, no comprendo qué es lo que tiene que ver la telefonía móvil con este país perdido en el continente africano.

—Mucho. Tanto como que, si esa tierra no cobijara la mayor concentración mundial de columbita y tantalita en sus entrañas, no estaríamos aquí hablando de ello. Por separado, son minerales con funciones específicas por las que nadie se jugaría la vida, claro... No obstante, el resultado de su fusión podría hacer que las grandes potencias estuvieran dispuestas a declarar la guerra a Zaire. Aunque fueron más inteligentes y apostaron por la alianza con el gobierno de Mobutu, porque esa es la manera más práctica y sencilla de conseguir el preciado coltán. —Deletreó esa palabra que Roberto escuchó por primera vez—. El coltán, la

verdadera joya, el mineral más preciado. Quédate con ese nombre... COLTÁN —repitió.

—¿Coltán? Reconozco no haber oído hablar de él jamás.

—Es lógico. Pero a partir de ahora formará parte de tu vida, mételo en tu cabeza. El coltán es el elemento principal para que me haga rico.

«¿Más aún?», pensó. Roberto se cercioró con esa frase de que la avaricia no tiene límite. Realmente el Capitán era su ídolo.

—Ahora sí quiero preguntarle algo, jefe. —El Capitán asintió expectante—. ¿Qué tiene que ver ese mineral con los teléfonos móviles?

—Sin el coltán, los ordenadores, dispositivos electrónicos y teléfonos futuros serían una utopía. No podrían fabricarse. Se hubiera tocado techo y la tecnología no avanzaría. Por eso ese mineral es tan importante, tanto como el agua para vivir. ¿Lo comprendes ahora? Conseguiré una de las llaves que dominan el mundo. Y tú, por la fidelidad que me otorgas, acabarás teniendo una copia.

—Muy bien, jefe. —Se sintió afortunado—. Supongo que crearemos sociedades para canalizar la entrada de capital a través de la Fundación.

—Así haremos, muchacho, igual que mercantilizamos las empresas del marfil y piedras preciosas domiciliadas fiscalmente en Trinidad y Tobago. Lo cierto es que tampoco deberíamos tener ningún problema si el caudal está libre de sospecha relacionada con el tráfico de estupefacientes. Ya sabes que estoy en el punto de mira de la policía y en cierta medida lo comprendo, dado que este lugar es uno de los viveros del narcotráfico. Pero no les voy a dar ese capricho, no. —Y rio estrepitosamente—. No he necesitado nunca meterme en el negocio de la droga. Si lo hubiera hecho, ya me habrían dado caza, estoy seguro, y a ti conmigo. —Hizo una pausa y miró los ojos de Roberto con desmesurada intriga —. Supongo que sigues a rajatabla mis instrucciones, ¿no?

—Sí, jefe, ni una raya. Nadie podría acusarme ni tan siquiera de consumir.

—Muy bien, muchacho... —Abrió una de las portezuelas de su mesa y sacó de ella un maletín. Sobre él posó un pasaje de avión con destino a Goma—. De hoy en una semana, Damián te acercará en la avioneta hasta Madrid y allí cogerás el vuelo a Zaire que está previsto al mediodía. —Le cedió el portafolios—. En el

interior encontrarás dinero, una agenda con los teléfonos y direcciones de los contactos que necesitarás hasta finalizar la misión. Todos ellos trabajan a las órdenes del general Bolozi, nuestro protector y cuñado del presidente Mobutu. Tendrás asignado chófer y un par de guardaespaldas, pero, aun así, deberás tener cuidado.

—Lo tendré, Capitán. Seguiré las instrucciones al pie de la letra.

# TERCERA PARTE

# Zaire
# 23

Septiembre 1993

Era última hora de la tarde cuando Roció pisó por primera vez la tierra zaireña que el azar puso en su camino. Tomó aire, miró a su alrededor y sintió que Alejandro estaba a su lado. Rocío se hallaba allí por él, por su amor, por los anhelos y proyectos de ambos entre los que se encontraba cooperar en alguna ONG orientada a la ayuda al tercer mundo. Ese era el primer paso, se lo debía.

La tierra rojiza, al alearse con agua de lluvia, pavimentaba el suelo de las chabolas de la ciudad y perpetuaba el rodamiento de las huellas neumáticas de los Land Rover y camionetas.

Goma era un caos.

Y sus gentes se cruzaban sin miramiento ante el todoterreno que conducía el chófer que fue a buscar a la doctora Granda al aeropuerto. El hombre nativo, después de soltar una expresión en un idioma desconocido para Rocío, giró su cabeza para hablar con ella.

—Señorita Rocío, espero que encuentre bienestar entre nosotros.

—Yo también lo espero. Eres muy amable.

—Siari es un pedazo de pan, como dicen en España, y los que le pusieron el nombre bien intuyeron la buena persona qué iba a ser, Siari significa hombre santo, ¿qué te parece? —La doctora Granda se echó una risita—. Cuando llegué a estas tierras las circunstancias me llevaron a vivir momentos extremadamente difíciles, y dudo de que sin su ayuda hubiera podido sobrevivir. Pero no te asustes, eran otros tiempos. Ahora tú eres mi protegida.

—Gracias, doctora.

—Rocío, vamos a dejarnos de protocolos. Me llamo Fátima, y quiero que me trates de tú a tú. En el centro de salud en el que vas a trabajar todos nos tuteamos al margen de la labor que desarrollemos.

—De acuerdo Fátima. —Sonrió—. ¿Adónde nos dirigimos ahora?

—A Kinwaca, un centro regido por monjas que es dónde vas a vivir conmigo y los demás integrantes de la ONG. Las Hijas de la Resurrección atienden también a mujeres violadas y procuran, además, una educación católica a sus hijos; aunque la inquietud religiosa y política en esta tierra es el pan nuestro de cada día..., con ese estigma se vive aquí.

—Ya. Me pusiste sobre aviso. Pero con todo ello, sé que no me arrepentiré de la decisión que tomé. Yo pensaba que el presidente Mobutu se había reconciliado con la iglesia. ¿Y no es así?

—Una pantomima, Rocío... Lo cierto es que hace casi dos décadas, después de la Gran Depresión de la Santa Sede, el Régimen de Mobutu acordó reducir los ataques a la Iglesia Católica y devolverle el control de los sistemas escolares. Pero eso sonaría mejor si en vez del verbo reducir, en el acuerdo se hubiera utilizado el verbo eliminar. La auténtica realidad es que su relación con la iglesia no es buena porque la siente su rival. Y creo que es suficiente con que te diga que el presidente se hace llamar El Padre de la Nación o El Salvador del Pueblo para que todos entendamos sus pretensiones.

Los puestos callejeros de comida tampoco seguían un orden. Por eso a Siari le era complicado seguir la vía y más aún cuando un autobús, que parecían recién sacado de un desguace, quedó atrapado en un barrizal eterno. El olor a tubérculo cocido, mandioca, cacahuetes y pescado en salazón exhalaba el espacio abierto en el que algunos de los viajeros, como en un ritual aprendido, bajaban del vehículo para lograr sacarlo de entre el lodazal.

Al dejar atrás Goma, el horizonte plomizo retomó verde. Rocío descubrió valles cubiertos de vegetación densa en contraste con palmeras y colinas que parecían coloreadas con los más bellos tonos pastel. Y admiró su luz aterciopelada en melocotón, que con su calidez envolvía aquel ambiente perfumado de clorofila. El reflejo era tan hermoso que la emoción no tuvo por menos que nublar por un segundo su mirada azul.

—Este paisaje me está recordando a Suiza. Es precioso.

—Solo que esto es Zaire, un país que cuenta con una de las tierras más fértiles de África, y en el que, como contrapunto, la población siente en sus carnes la inmundicia del hambre.

Llevaban algo más de una hora de camino cuando al bordear un riachuelo, en dirección al oeste, Rocío vislumbró el engullimiento de la luz melocotón por una penumbra gris, fantasmal. Pestañeo varias veces antes de preguntar el origen. Estaba sobrecogida. Nunca había visto nada igual. Daba la sensación de ser el pórtico que llevaba al infierno.

—¿Qué es aquello? —Señaló con su mano.

—A partir de esos parajes, subiendo por la zona montañosa de Masisi, está una de las minas de coltán más importante de Zaire.

—Sabía que Zaire era un tesoro geológico, pero nunca había oído hablar de ese mineral. ¿Cómo has dicho que se llama?

—Coltán. Tendremos tiempo de hablar largo y tendido de él. No obstante, pongo en tu conocimiento que lo llaman el mineral de sangre porque su complicada extracción se está llevando muchas vidas.

Rocío no quiso preguntar más. Atrás quedó la neblina fantasmagórica que le produjo mal augurio y quiso pensar en otra cosa.

Fátima le había dicho que el camino era largo, aunque los kilómetros que separaban la ciudad de Goma del centro Kinwaca, donde iba a vivir, no llegaran a la centena. Admiró de nuevo la luz ahora sonrojada que envolvía la bola definida y enorme de un sol, que, lentamente, desaparecía tras las encarnizadas colinas.

# Sus ojos
# 24

Octubre 1993

Después de tantos años, Alejandro notó algunos cambios en el patio cuadrangular de la zona servil de El Gran Cortijo. Habían cerrado los soportales con cristaleras, quizá para aportar más luminosidad a la profunda cocina. Lo que sí llamó su atención de todo el conjunto es que le pareció más reducido, más enjuto. Aunque bien sabía él, que el recuerdo infantil agiganta de manera imaginada la perspectiva de lugares y personas. La tía Carmela hasta parecía una mujer alta y fornida, él, al menos, la veía así desde su metro veinte, que es lo que debía medir aquel día de la matanza del cerdo en la que los trabajadores de la finca se ocupaban entre risas, sarao, y vino de la comarca a la tarea ancestral que sirve para llenar las despensas de muchas casas durante varios meses el año.

Ese día frío del mes de enero, fue cuando Alejandro vio por primera vez a las gemelas. Eran unas niñas preciosas, que jugaban entre la decena de hijos y sobrinos de los trabajadores de la finca.

Ese recuerdo le hizo daño. Rocío ya no estaba, no existía, porque un asesino había acabado con ella e intentó que él corriera la misma suerte. Eso era lo que le habían contado sus padres y la policía.

Lo que sucedió aquella tarde era lo que Alejandro quería recordar estrujándose la mente. Pero parecía imposible. El último recuerdo de Rocío se quedaba colgado en una conversación telefónica y no había manera de que viniera a su cabeza algo relacionado con el día de marras.

Fue en el quicio del portón donde se cruzó con Roberto.

Sus ojos se encontraron.

El chico siguió su camino, pero Alejandro quedó enganchado en una mirada negra que le produjo un escalofrío a lo largo de toda su espalda.

Entró en la cocina y localizó a su tía. Estaba sentada, pelando membrillos para hacer compota, y su ayudante, una chavala desgarbada y con actitud diligente, se encargaba de organizar la loza y cacerolas que se habían utilizado para la comida.

—Tía, ¿quién es el muchacho que acaba de salir de aquí? —lo preguntó incluso antes de dar las buenas tardes.

—Es Roberto, el secretario personal del Capitán. ¿Y cómo tú por estos lares, *quillo*? Anda, ven y dame un beso... Mira, Gracita, qué sobrino tan guapo tengo. Se llama Alejandro.

Gracita estiró su boquita de piñón y bajó la mirada, ruborizada.

Alejandro se situó a la altura de Carmela y la abrazó y la besó... Olisqueando el hueco entre el nacimiento de su cabello y la piel mullida de su cuello.

—Mmm, qué bien hueles.

—Zalamero... —Adquirió un rictus expectante—. ¿Es que pasa algo? Porque tú hace años que no vienes por aquí. No me asustes que ya estoy *pa* pocas.

—No, tía, es que me voy a Madrid para arreglar el papeleo que necesito para irme a una ONG que está a la otra parte del mundo.

—A trabajar de médico, ¿no? —Y boceó a Gracita, que ahora estaba barriendo —. ¡*Quilla*, es que mi sobrino es médico...!

—Barajo las propuestas de Nicaragua y Honduras. Pero aún no lo tengo decidido, tía. Depende de las fechas de partida, ya que quiero marcharme cuanto antes.

—¡Qué prisas, hijo! Sin embargo, aunque no lo quieras creer, te comprendo. —En ese momento, a Carmela le salió un puchero y su pecho subió y bajó espasmódico. Apresurada sacó un pañuelo del bolsillo del mandil, enjugó las lágrimas y sonrió a su sobrino—. No quiero ponerme triste, que ya bastante tienes con lo que tienes.

Alejandro quedó por unos segundos mirando la mesa donde descansaban los membrillos que Carmela aún no había mondado.

—Tía, ¿sabes si hay alguna manera de que yo pueda ver la ropa y los objetos personales que llevaba Rocío cuando murió?

—Pues no sé, hijo... Supongo que estarán en algún lugar de esta casa, o se habrá deshecho de ellos. ¡Vete tú a saber!

Gracita se atrevió a intervenir en la conversación.

—Carmela, yo sé dónde están todas sus pertenencias.

La chica sabía que nadie le había dado vela en ese entierro, pero el sobrino médico de Carmela era tan guapo y le sintió tan abatido, que no tuvo por menos que decirlo. Ella, al contrario que Lupe, la criada, nunca sospechó que el chico que había desaparecido a la vez que la señorita fuera culpable. Y más ahora, que le tenía al ladito y pudo mirar sus ojos tristes. Esos ojos no podían ser los de un asesino. No.

—¿Tú?, ¿y cómo vas a saber tú eso? —Carmela no daba crédito.

—Lo sé porque los viernes ayudo a Lupe a limpiar la azotea y las terrazas de arriba y me lo ha enseñado. Están en un cajón del armario empotrado.

—Y, Gracita, ¿crees que hay alguna manera de que pueda echarlo un vistazo, sin que se entere nadie excepto nosotros tres? —Alejandro le guiñó un ojo y ella se ruborizó.

—Sí. Ahora mismo, si quieres, es un buen momento. Lupe se ha marchado después de comer, la señora no llega hasta la noche, porque cuando no está en la floristería está en la iglesia.

—Eso es lo que dice Felipe... —apostilló Carmela.

—Y Roberto nos acaba de contar que el Capitán le esperaba en la Fundación. Así que la casa es nuestra. Aunque, por si acaso, subiremos por la escalera de atrás. —Esto último lo expresó con picardía y algo de gracia para demostrar a Alejandro lo lista que era.

A pesar de que no hubiera nadie dentro de la vivienda, su intrusismo les hizo caminar como gatos ante un ratón despistado. Cruzaron la galería y subieron por una escalera exterior que comunicaba con una de las terrazas de la azotea.

Entraron.

Las alfombras enrolladas se apilaban en un rincón como en un paquete de cigarrillos gigante y varias sillas de estilo Luis XVI tapizadas en rojo y dorado reposaban en orden haciendo dos filas de seis. El armario estaba frente a ellos. El joven sintió un pinchazo en la garganta.

Gracita abrió el cajón y se apartó, como queriendo ofrecer a Alejandro un espacio íntimo. Salió a la terraza y comenzó a limpiar con una bayeta el polvo de la barandilla, mientras él se quedaba a solas ante el doloroso recuerdo póstumo de su amada.

Alejandro lloró en silencio.

Sus dedos acariciaron el liviano chubasquero de color rojo que esa tarde llevaba puesto Rocío, porque, al parecer, las nubes grisáceas lo recomendaban. Lo reconoció de inmediato. Necesitaba recordar, y quizá así, aunque fuera extremadamente doloroso, pudiera esclarecer algo sus ideas. De la mochila sacó una pequeña cartera con la documentación, tarjeta de crédito, un billete de mil pesetas descolorido y pegado a la piel a consecuencia de la inmersión y alguna moneda suelta... Un pantalón, unas zapatillas deportivas, una camiseta blanca con rastros de sangre...

—¿Y la pequeña cruz que le regalé? —Rebuscó, una y otra vez—. Siempre la llevaba puesta...

De nuevo en la cocina, la tía Carmela insistió en que tomara una tila.

—Hijo, tómatela, que te sentará bien. Se ha quedado templada, en su punto. Espero que el mal rato que has pasado al menos te sirva para recordar. Todo está siendo muy duro para todos.

Entonces, después de un largo silencio, Gracita, que en verdad estuvo lista, retomó la conversación que anteriormente había iniciado Alejandro y que era el motivo de la visita a su tía.

—Así que, resulta que también usted se va al país de los negros, como Roberto. Aunque él lo hace por negocios, como nos ha dicho. ¿Verdad, Carmela? Pero lo de usted, don Alejandro, digo yo que tiene mucho más mérito, que se va para ayudar a los demás, eso es lo que pienso yo, vamos...

—Roberto es el chico que salía cuándo yo entraba. ¿No es así tía? —Recordó el sentimiento negro que le azotó el cerebro cuando sus miradas se cruzaron.

—El mismo.

—Gracita, ¿sabes, casualmente, por donde vive ese muchacho?

—Sí, hombre, todos lo sabemos, ¿Verdad, Carmela? Por ahí..., por La Torre del Centenario, con su madre, en la última casa yendo hacia el acanti...

—Calla, lenguaza, ¡Qué tienes que nombrar eses sitio!

—Déjala, tía. Sé que es el lugar donde apareció la moto de Rocío y mi bici, está en el atestado policial, no pasa nada... —Se giró hacia la chica—. Gracita, ¿y dices que Roberto se va al país de los negros? ¿Os ha dicho a cuál?

—Yo no me acuerdo, hijo, ha dicho un sitio *mu* raro.

—¿Puedo hablar, Carmela?

—¡Anda! Si tú te acuerdas... dilo.

—*Pos* claro... Ha dicho que se iba a Goma, se llama así el país o la ciudad... Es que me ha hecho mucha gracia el nombre, por eso me acuerdo... Pues eso, don Alejandro, que se va con los negros y de negocios. No ha dicho más *ná*.

—Con eso me es suficiente, Gracita. —Y de nuevo le hizo un guiño—. Tía, no la dejes escapar, que es una mocita muy espabilada.

# El tabique
# 25

La vida de Catalina, o más bien, su todo yo por dentro, había dado un vuelco de ciento ochenta grados. Sus costumbres no, sus costumbres eran las de siempre, aunque ahora con la pequeña diferencia de que pasaba más horas en la floristería que en ningún otro lugar. A El Gran Cortijo iba exclusivamente a dormir. Felipe la recogía con el Mercedes-Benz poco antes de las ocho de la mañana y la dejaba muy cerca del pórtico de la Iglesia de la Palma. Escuchaba misa y se marchaba a la floristería, que estaba a un tiro de piedra. Entre ordenar las flores que habían llegado de los viveros, repasar las facturaciones y cumplimentar envíos, transcurrían lánguidas las horas de la jornada.

Esa tarea le gustaba y la inundaba de paz, especialmente, desde aquel día en el que Julián se atrevió a visitarla.

Estaba en la planta de arriba, en la oficina, ultimando unos pedidos a Holanda cuando llamaron a la puerta. Era él. En cambio, lejos de molestarse por la osadía, lo agradeció. Le hizo entrar.

—Catalina, perdone mi atrevimiento, pero no he tenido más remedio que venir. —La mujer aún tenía los ojos rojos de haber llorado.

—¿Sucede algo, Julián?

—¡Qué gaitas! Se lo diré... Me da vergüenza por usted, pero creo que sería un hipócrita si callo y la dejo a la deriva con su dolor.

—Pase, por favor. —Cerró la puerta.

—¿Ve este tabique? —Julián señaló al que tenía a su izquierda—, linda con mi despacho, y eso hace que no pueda evitar escuchar sus lamentos. Lo sé, debería callarme por prudencia, pero es que, con sus lágrimas, esas lágrimas que imagino correr por sus mejillas, siento como si un punzón estuviera clavándoseme en el

pecho... Y no puedo quedarme de brazos cruzados sin hacer nada, Catalina... Le ofrezco mi humilde hombro, mi ayuda para todo lo que necesite. Seré una tumba. —Hizo una pausa—. Creo que hasta cabe la posibilidad de que la providencia haya mediado en que nos conozcamos, ¡Dios sabrá por qué lo ha dispuesto así!

—¿La providencia? ¿Es posible que nuestros espíritus estén conectados hasta ese punto? —Algo se removió en la cabeza de Catalina.

—Catalina... Dígame que usted, aunque no lo quiera, aunque tenga en sus entrañas concentrado todo el dolor del mundo..., piensa como yo.

—Lo pienso, sí... —Y dio un paso dejando su rostro tan confrontado al de Julián que entre sus cuerpos no hubiera podido pasar ni tan siquiera una de las rosas que decoraban la estancia.

La besó.

Y ella se cimbreó entre sus brazos. Y se dejó llevar como un corderito por la senda que marcaba su pastor. Julián era tierno, dulce y le sonreía mostrándole los dientecillos en hilera que a ella la subyugaron solo con sentir la proximidad de su boca. Percibió como el sabor de su lengua danzarina explosionaba en sus papilas y se convenció, en ese instante, de que los jugos de ese hombre eran el mejor néctar que pudiera existir.

—¡Por favor, dejémoslo ya! —A esas alturas, la ropa exterior e interior de Catalina se hallaba desperdigada por el suelo de moqueta—. Soy una mujer casada. —Y comenzó a recuperar su indumentaria.

—Sí, Catalina, lo sé. Pero no podemos evitar sentir lo que sentimos el uno por el otro. Me lo has demostrado con la pasión que has puesto al besarme. Yo soy una persona libre, lo sabes porque te lo conté. Y tú estás casada ante Dios y los hombres. Pero respetaré la decisión que tomes, ya sea que nunca más nos veamos a solas, o incluso que tan siquiera nos dirijamos la palabra cuando nos encontremos en la iglesia o en cualquier otro lugar.

—¿En la iglesia? Recuerdo que allí fue donde nos conocimos ante la Virgen de la Soledad y yo sé que ella quiere lo mejor para mí. No tengo ninguna duda... Mira, Julián... —Ya vestida de nuevo, le hizo sentar en el sofá en el que minutos antes habían dado vía libre a la lujuria—. Como me has dicho que serás una

tumba conmigo, y yo te creo, te voy a confesar que no soy feliz en mi matrimonio, y que ni tan siquiera al principio de nuestra relación sentí con los besos de mi marido lo que hoy he sentido contigo... Lo cierto es... que lo mío con Miguel acabó antes de empezar, aunque nunca pensé en separarme. Primero por mis padres, y después por mis niñas. Aunque también estoy segura de que mi marido jamás me hubiera concedido el divorcio. Pero ahora, en el transcurrir del tiempo y después de la muerte de mi segunda hija, me siento libre, y si tú lo deseas, podré vivir y sentir esa libertad contigo.

—¡Oh, amor! —Julián la besó de nuevo—. ¡Qué feliz me haces!

—No obstante, tendremos un problema importante si mi marido llega a enterarse. Tú me has dicho que serás una tumba, pero no es suficiente. Nuestro secreto podría descubrirse por terceras personas y para que eso no suceda deberemos actuar con muchísima cautela. Yo estoy vigilada las veinticuatro horas del día: por mis ayudantes y por Felipe, mi chófer, que es de la cuerda de mi marido... Lo tenemos muy difícil. Y me niego ir a tu despacho o que tú vengas aquí, tenemos empleados y eso sería como dar tres cuartos al pregonero.

—Lo comprendo perfectamente, Catalina. Pero déjalo de mi mano, ya se me ocurrirá algo para que nuestros encuentros tengan la intimidad que nos corresponde.

Catalina acarició a Julián en la mejilla.

—Confío en ti, Julián. Aunque lo tenemos complicado.

Acercó sus labios a la boca de su comprometido amante y le besó de nuevo.

—Ahora tengo que marcharme, Catalina, no quiero que empiecen antes de tiempo las habladurías entre tus trabajadores. Te veo en misa de ocho, mi amor.

Retiró el pestillo y comenzó a bajar la escalera.

# La tía de Palmira
# 26

7 de octubre de 1993, jueves

Parte de la noche había estado vomitando, echando hasta los higadillos, convertido en una piltrafa. Y Luis Vidal, a su lado, cuidándolo, procurándole la medicación que Néstor tomaba cuando los vértigos, sin apenas aviso, aparecían. La tarde anterior ya fue mosqueante. Al girar la cabeza, barruntó un mareo. No se alarmó en exceso, aunque sí tuvo la suficiente precaución de tirar de amistades para poder adquirir el medicamento neuroléptico que necesitaba si los vértigos iban a más. Por la mañana Néstor se encontraba algo mejor, pero el médico le recomendó guardar cama.

La dependencia policial también estaba relativamente tranquila, aunque en la ciudad de Algeciras la calma solía ser ficticia. Las novedades estaban al acecho y los casos en curso dejaban poco respiro a los agentes.

Sonó el teléfono de la mesa de Vidal. Era Luki…

—Vidal, hay aquí una señora que viene a denunciar una desaparición. Como no está Néstor, ¿la atiendes tú?

—Sí. Me voy al despacho del jefe, acompáñala en un momento.

Era una señora de poco más de cincuenta años, delgada, de ojos azules y tez sonrosada, y aunque su cabello pintaba canoso, Vidal la imaginó en su pasado con una melena rubia y sedosa.

—Buenos días, señor comisario soy Nicasia Campos. —Vidal hizo oídos sordos al tratamiento.

—Siéntese… Usted dirá.

—Como ya le he dicho al policía que está en la entrada, vengo a denunciar la desaparición de mi sobrina Palmira, Palmira Rodríguez Campos.

—¿Cuánto tiempo hace que no da señales de vida?

—Mire, nosotras dos somos de Almogía, un pueblo de Málaga, pero hace un tiempo ella se vino aquí a trabajar de costurera. Todas las semanas llamaba a la tía Nica, que soy yo, por teléfono, todas, nunca ha *dejao* de cumplir con su obligación, sabe usted... Porque, aunque yo sea su tía, me quiere como a una madre, ya que yo la crie debido a que mi pobre hermana fue arrastrada por una riada y allá la encontraron a los tres días, *enrrollá* a unas ramas que arrastraba el río Campanillas. Sabe usted... Una pena, aquello fue una pena...

—¿Y cuántas semanas hace que no sabe de ella?

—Pues más de ocho semanas, vamos, parte de agosto, *to* el mes de septiembre y lo que va de octubre.

—Y dice que trabaja en Algeciras de costurera... ¿Dónde?

—A ver, que más bien es modista y de las buenas. Pero en El Gran Cortijo está *pa* remendar *to* lo que haya que remendar, porque allí hay mucha tarea, sabe usted... Confecciona hasta cortinones de esos *complicaos*, los uniformes del servicio y todo aquello que necesite aguja y dedal... Ah, también ajusta al cuerpo de la señora los trajes caros que le envían desde París... Una «manitas» vamos.

—¿En el Gran Cortijo? —Vidal levantó la antena.

—Sí, señor. Pero ayer fui hasta allí y unas trabajadoras me dijeron que se había despedido. Pero, mire usted, a mí no me ha dicho ni pío, y mira que me extraña. Porque, aunque se despida, ¿es que no va a llamar a su tía para decirla dónde se va? ¿¡No me diga que no!?

—Bien. La vamos a buscar. Como ya le han tomado los datos, en cuanto sepamos algo de su sobrina, nos ponemos al habla con usted. ¿Tiene una foto de ella?

—Sí, aquí la traigo. —Sacó el retrato del bolso—. Ésta es de cuando en el pueblo la nombraron la reina de las fiestas, es de hace un par de años, pero sigue igual de guapa.

—Sí, muy guapa. Se parece mucho a usted... En los ojos, en el cabello rubio...

La mujer se enorgulleció con la comparación y Vidal no tuvo por menos que estremecerse cuando recordó que el cabello de Rocío era exactamente del mismo tono y las dos tenían mucho que ver con El Gran Cortijo.

Era última hora de la mañana cuando Vidal aparcó su Citroën CX en el rellano pavimentado de la entrada a la mansión de la finca. A la vista no encontró ningún coche aparcado, lo que le hizo suponer que ni el Capitán, ni tampoco Roberto, estarían por allí y que Lupe le facilitaría toda la información de la que dispusiera.

—Roberto no está, señor policía, no. Pero no está ni aquí ni en la Fundación ni en su casa, no señor... ¿Sabe adónde se ha ido? *Mu* lejos; con los negros, allí es donde se fue ayer, con los negros de África. Pero volverá y me va a traer una pulsera hecha de huesos de mono, eso es lo que me ha dicho.

—¿Pero solo ha ido hasta allí para traerte una pulsera de huesos de mono?

—No, hombre, para eso solo, no. Ha ido por negocios. ¿Cómo va a ir solo para comprarme la pulsera? ¡Qué cosas tiene usted!

—Es verdad, Lupe, ¡qué cosas tengo! —Y rieron los dos.

Era ya la hora del almuerzo cuando Luis Vidal abrió con su llave el apartamento de Néstor, que seguía fastidiado y sin ganas de nada. Le acercó un vaso de agua para que tomase la medicina y le hizo una tortilla francesa.

—Intenta comer algo, anda, verás cómo te vas a encontrar mejor.

Pensó que lo que menos deseaba Néstor es que le aturullasen con problemas de trabajo y lo dejó estar. Pero intuía que acababa de encontrar un eslabón que, posiblemente, tuviera mucho que ver con el caso Gazanias, y que esta vez, ni tan siquiera iba a pedir permiso a su jefe para husmear en los interiores de la vivienda de Roberto.

Después de comer llegó a los alrededores de la casa.

No tenía prisa, además, la tarde de octubre era caldeada y no se estaba mal oteando el horizonte marino. Miró hacia el ventanal central y no vio señales de vida. Se acercó a la puerta del garaje y observó, desde una rendija, que faltaba el coche de la dueña. Amañó la cerradura de la puerta principal y entró a la vivienda. A su izquierda, en el rellano de la escalera de acceso, una puerta

entreabierta le llevó al garaje. En él estaba aparcado un Mercedes deportivo. Llegó hasta el hueco dejado por el utilitario de la dueña y miró a su alrededor.

Otra escalera.

Se llevó la mano derecha al rostro, pensativo. Y lo vio de nuevo en forma de ráfaga mental. El marido de Dolores, muerto al filo del último escalón. Silvio, inerte sobre un charco de sangre que empapaba la mitad de su cuerpo. Y Susana, allí, tomando muestras del accidente.

No se hablaron, ni tan siquiera se miraron. Hacía tres días que habían roto sin romper, que le había abandonado sin explicación. ¿O sí la hubo? ¿Tuvo que entenderlo a través de la nota de despedida que escribió a sus padres? Se odiaba por no haber sabido retenerla, por no haber estado a su lado cuando le necesitó. Ella acababa de vivir un shock al enterarse, por casualidad, que era una niña adoptada y él no supo estar a la altura. El comisario Luis Vidal, tan ávido resolviendo casos, no supo darse cuenta de que estaba atrapado en las garras invisibles del enemigo, el que le desmadejaba por dentro, el que distorsionaba su percepción de las cosas, el que propició que un mes después de que Susana se marchara muriera uno de sus subordinados.

El abandono de su novia fue terrible para Vidal, y calculó, mediando el razonamiento que le aportaba el alcohol, la exposición innecesaria de uno de sus agentes ante un asesino que no dudó en disparar. Murió en el acto. «¡Maldita sea! ¡Si hubiera podido cambiarme por él!».

Ya nada fue igual. Lo destituyeron y lo mandaron como policía sin rango a Guipúzcoa. Luchar contra ETA fue su castigo.

Allí, en San Sebastián, fue donde entró en contacto con Alcohólicos Anónimos.

*—Mi nombre es Javier, y soy un alcohólico.*

*—¡Hola, Javier! —Eran ocho hombres y tres mujeres...*

*—Trabajo de reponedor en un almacén de bricolaje.*

*—No es necesario que cuentes a lo que te dedicas —le explicó el coordinador—, ni tan siquiera que nos digas tu verdadero nombre. Podrías utilizar uno ficticio, solo lo necesitamos para referirnos a tu persona.*

*—No me importa que sepáis cómo me llamo y a lo que me dedico.*

Le trajo al presente la habitación contigua al garaje. Una especie de carpintería y tienda de bricolaje a la que no le faltaba un detalle. No sabía de esa afición de Roberto. Hizo una inspección rápida. La pulcritud con la que estaba ordenado todo, los detalles... Comprendió que estaba ante una persona tremendamente minuciosa. Era una habitación rectangular. Las paredes estaban pintadas de blanco. Miró a su izquierda y vio un abombamiento ilógico, era como el hueco de una escalera. Intentó localizarlo. Salió al patio y allí no había nada. El habitáculo con el cuadro de luces y unas cuantas herramientas de jardín. Era extraño. Regresó de nuevo a la habitación de bricolaje. ¿Qué ocultaba dentro aquella panza, que, obviamente, no debía existir? A no ser que hubiera una escalera camuflada que llevara... ¿Adónde?

En esos pensamientos estaba Vidal cuando oyó un ruido que procedía de arriba. Un golpe como el caer de una silla o algo así. Estaba claro que no estaba solo en la casa. Desenfundó su arma y subió sigiloso por la escalera en la que un día, diez años atrás, encontrara accidentalmente la muerte Silvio, el padre de Roberto y esposo de Dolores.

Del pasillo emanaba una luz natural procedente de la ventana que estaba al fondo. El salón, con las puertas abiertas de par en par, mostraba el gran ventanal desde donde se veía, en esa tarde clara, el Peñón de Gibraltar perfilando los colores del atardecer. Calculó de donde había provenido el ruido. La puerta de uno de los dormitorios estaba entreabierta y una sombra dentro se movió, torpe. Llevaba una linterna.

Encañonó a la sombra.

—No te muevas.

Solo se escuchó un breve lamento

—¡Dios!

El bulto estaba agachado rebuscando en la mesita de noche.

—¿Qué buscas, cabrón? —Y le sacó de los pelos hasta el pasillo sin dejarle de apuntar con su arma.

—Suélteme y le diré lo que busco.

—¿Eres Alejandro Estévez?, ¡¿pero qué coño haces tú aquí?! —Le soltó bruscamente—. Aunque primero dime cómo has logrado entrar. ¿Es que tienes

llave de la casa? —Enfundó el revólver—. Anda, vamos fuera, que tienes mucho que contarme.

—Vine dando un paseo, y no es la primera vez que vengo por estos parajes después de lo que pasó. Llego hasta el acantilado y doy vueltas por todo el descampado con el único objetivo de recordar. Pero nada, no logro refrescar la memoria. Hoy, al pasar por esta casa, he visto que la puerta de garaje estaba entreabierta y me he colado en el interior. A los pocos minutos, una señora, que supongo será la madre de Roberto, ha salido con el coche.

Ya en el exterior, Alejandro le confesó a Luis Vidal el presentimiento que tuvo cuando al ir a despedirse de su tía se cruzó con Roberto en las proximidades de la cocina.

—¿Podrías asegurar que fue Roberto el que te golpeó aquella tarde?

—No, no lo puedo asegurar, por eso mismo no lo he puesto en conocimiento de la policía. Pero algo sucedió en mi cabeza cuando nuestros ojos se encontraron.

—¿Y esa corazonada es la que te ha traído hasta esta casa?

—Sí, averigüé dónde vivía.

—Pero... ¿qué era lo que estabas buscando en su dormitorio? Porque tú estabas buscando algo...

—Sí. Quizá sea una locura, pero estaba buscando algo personal de Rocío, sí. Un colgante que siempre llevaba puesto, era como su amuleto, decía... Hoy a primera hora de la tarde he tenido la oportunidad de ver los efectos personales de Rocío cuando la encontraron sin vida y he echado en falta el colgante. Era una pequeña cruz de oro. Ya le digo que desde que se la regalé, nunca se la había quitado. Por eso me encontró en la habitación de Roberto. Esto, unido a mi corazonada... No sé... ¿Y si es un psicópata fetichista que estaba enamorado de ella? Yo no recuerdo nada y no quiero culpar a nadie. Por eso lo hice por mi cuenta y riesgo. —Se cogió la nuca con la palma de la mano—. ¿Y si hubiera encontrado el colgante?

—¿Quieres que te deje en algún sitio?

—Puede dejarme en ese recodo. Me apetece pasear.

Al mostrar con la mano el ángulo de tierra, Vidal reparó de nuevo en el pequeño tatuaje dibujado en su brazo. Había cosas que no le cuadraban. Pero había que dar tiempo al tiempo. Lo sabía por experiencia.

# Ecuador
# 27

Diciembre 1965

El piloto Mario Rivera Fuentes acompañó al sobrecargo por los pasillos del buque hasta llegar al camarote del Capitán Miguel Escusa de Arnus. Era la segunda vez que el aviador entraba en contacto con la nave Ray-Mali para evacuar la mercancía destinada a la Secretaría de Industria y Comercio de Honduras, y la primera que el comandante deseara saludarlo.

No era natural tanto halago.

Normalmente, después de presentar la debida documentación, los marineros acercaban al Jeep los bultos destinados a la comandancia de cualquiera de las secretarías, los amarraban al portaequipaje de la avioneta y el viaje hasta el puerto de Guayaquil daba por concluido.

La curiosidad del piloto, por si era poca, aumentó cuando reparó en el físico del capitán. Rubio, alto, ojos azules, la raza aria debía correr por sus venas, no le cupo la menor duda. La conocía bien. La olía con solo estrechar la mano. Ellos lo hacían de manera muy personal. Estuvo seguro de que el interés del capitán por saludarlo no era mera cortesía, sino que encerraba otras intenciones. Se vio reflejado en él cuando lo tuvo frente a frente.

—Capitán Miguel Escusa de Arnús.

—Mario Rivera Fuentes. Piloto de aeronaves y servidor del presidente Ramón Castro Gijón, por la gracia de Dios.

El Capitán intuyó, al escuchar ese nombre castellano, que en nada le correspondía a su físico caucásico, que quizá era muy posible que tuviera delante a un alemán nacido en una tierra prestada, con un nombre ficticio y un pasado

inventado. Como él. Hijos de una raza aria a los que les pertenecía doblegar al mundo... Pero Dios quiso posicionarse con el enemigo y esa actitud, gloriosamente cobarde, aunque se tratara del Altísimo, jamás la había digerido.

—Le presento al primer oficial Diego Acevedo. Además de ese cargo también es médico y un gran amigo. Estudiamos juntos en la Escuela Náutica de La Coruña. Siéntese, me gustaría que charlásemos un rato.

—Ya veo que, aunque el buque sea neozelandés, *vos* sois español...

—Lo soy. También por la gracia de Dios.

—Me alegra que hablemos el mismo idioma. España es una nación que admiro. Su gobernante, Franco, está haciendo importante lo que los comunistas querían destruir. —Rio, y a su risa le siguió una pausa solemne—. «Con humanidad y democracia nunca han sido liberados los pueblos. Podéis estar felices de saber que el futuro os pertenece completamente».

Miguel echó una mirada de soslayo a su amigo Diego. El piloto Mario Rivera Fuentes supo estar acertado al introducir en su párrafo dos de las frases míticas de Adolf Hitler. Era inteligente ese hombre. Sin duda supo transmitirle tranquilidad, y ahora a él le correspondía lo propio.

—«La masa se inclina más fácilmente hacia el que domina que hacia el que implora, y se siente más íntimamente satisfecha de una doctrina intransigente que del goce de una libertad que, generalmente, de poco le sirve»—. Por fin pudo citar en voz alta otro de los párrafos de su ídolo. Que su amigo Diego y el piloto Mario Rivera Fuentes fueran los receptores y, además, que lo aceptaran de buen grado, fue para él el sumun del orgullo.

—Hitler, Berlín, once de julio de mil novecientos cuarenta y dos. Creo que nos vamos entendiendo, capitán.

—Pues yo no lo creo, más bien estoy seguro. Desde el momento que le vi desde popa dando órdenes a los marineros, mi interior supo que usted y yo estábamos conectados.

En ese momento el piloto puso el brazo derecho en un ángulo de cuarenta y cinco grados sobre la horizontal y con voz firme y clara pronunció el saludo fascista.

—*Heil Hitler*!

—*Heil Hitler*! — Repitieron los dos amigos.

Era un camarote muy sencillo, con la cama y un par de sillas para sentarse, pero los tres supieron acomodar sus posaderas para seguir con una conversación que continuó por los mismos derroteros.

—Puedes tutearme, Mario. Aunque supongo que, como yo, tu verdadero nombre será alemán. Ya que por lo que calculo, nuestra quinta, como dicen en España, debe andar por ahí, por ahí...

—Nací en el 35 en la ciudad de Potsdam, muy cerquita de Berlín, y mi padre era el comandante Galland, perteneció a la legión Cóndor y siempre fue un hombre fiel al Führer. Con él estuvo hasta el final.

—Pero no le quedó otra alternativa que salir por piernas, como le ocurrió a mi padre...

—Claro, no hubo otra salida. Un mes antes de finalizar la guerra, mi padre cogió a su familia y atravesó el Atlántico. Y por la gracia de Dios y Pedro Castro Gijón, hermano del actual mandatario, los alemanes del Führer encontramos en Ecuador nuestro refugio. El presidente es de ley y nos acogió con los brazos abiertos, nos facilitó otra identidad y apoyó nuestra inmersión en los negocios. A mí desde muy pequeño me gustó volar, de raza me viene... Saqué de jovencito mi título de aviador y ya tengo una flota de tres avionetas... y no pienso quedarme acá, no, no..., pienso seguir prosperando. Este país me gusta, me está yendo bien, aunque los oriundos sean unos ineptos sin sangre.

—¿El comandante Galland vive? —Por primera vez, el doctor Diego Acevedo quiso entrar en conversación.

—Sí. Y... ¡cómo goza comiendo fritada de Guayllabamba y de una jubilación anticipada y tranquila! Solo hay que verle cómo lo pasa *chévere* jugando al cuarenta en el privado del Hotel Plaza Grande con sus amigos. El cuarenta es un juego de naipes, el más famoso que se juega por acá. —Aclaró por si no lo conocían.

—Yo era muy pequeño cuando mis padres me llevaron a España —comenzó a contar Miguel—, para ser más exactos, a Barcelona, pero recuerdo perfectamente a mi tío el coronel Schäfer. Arnold Schäfer, coronel del Estado Mayor de la Wehrmacht y jefe del ejército de Reserva en Berlín durante el tercer

Reich. Según entendí en mi casa, el tío pudo llegar hasta Ecuador, o sea, a este país.

—Arnold Schäfer, desde 1945 llamado José Luis Pineda.

—¡Dios! ¿Lo conoces?

—Lo conozco bien de cerquita. Es del círculo de allegados de mi padre y también juega al cuarenta. Y por lo que he oído, bastante *chévere*.

Las valijas con dirección al ministerio de Comercio Exterior que viajaron en el Ray-Mali estaban ya debidamente acomodadas en la parte trasera del fuselaje de la avioneta. El Capitán echó una mirada al piloto y supo entonces que el azar le estaba facilitando el camino para encontrarse con su pasado y por supuesto que estaba dispuesto a aprovechar la oportunidad. Era martes y el buque todavía tardaría en partir setenta y cinco horas rumbo a Perú. Tiempo le sobraba. Comprendía que su padre estaría orgulloso de él, de su raza, de su decisión. Maldita parca que se infiltró en esa vida demasiado temprano. Las venas azuladas de sus manos angulosas aún solo se intuían y su cabello continuaba pajizo y brillante, salvo alguna cana que con facilidad se escabullía entre su melena rubia. Su padre le había enseñado a ser un soldado espiritual del Reich, a ser amante de lo puro. Realmente, era triste que el agregado de prensa de la embajada alemana, August Schäfer no pudiera reencontrarse con su hermano en esta vida. Pero en su defecto, lo haría él, su hijo.

Condorina, la avioneta de Mario, surcó el cielo con dos personas más con destino a Quito. El día había nacido limpio, sin una brizna de nube que impidiera ver el horizonte claro del Océano Pacífico a pesar de que ya sobrevolaban el Chimborazo. Era alrededor del mediodía y el aviador estaba seguro de que, a la hora del café, o la ociosa partida de naipes, el coronel Schäfer abrazaría a su sobrino, el capitán del Ray-Mali en el privado del hotel Plaza Grande.

Diego Acevedo sería testigo del encuentro y ese emocionante instante lo viviría como en carne propia. Su padre fue Donoso Acevedo, un comandante notable de la División Azul que murió por la patria ajena y condecorado, a título póstumo, por la patria propia. También murió muy joven el padre de Diego. Y la empatía entre los dos marinos comenzaría a fraguarse aquel día que Miguel

abrió en canal su pena y verbalizó ante el médico la sucesión de la muerte de su madre y el inesperado óbito de su progenitor, que se fue al otro mundo pisando los talones a su esposa. Más que de médico, Diego actuó de confesor y poco a poco y día a día, las intimidades del uno y del otro fueron fluyendo hasta el punto de menospreciar el dicho: «Eres dueño de lo que callas y esclavo de lo que cuentas».

Compartían secretos, inquietudes y deseos... Hasta llegaron a compartir cama con más de una meretriz hermosa de las que rondaban por los puertos de cualquier parte del mundo.

Eran apenas las cuatro de la tarde cuando un Miguel emocionado se presentó ante su tío con el saludo fascista. Arnold Schäfer lo miró durante unos segundos, sorprendido, inquieto... Pero reparó en la mirada ruda de aquellos ojos turquesa y supo que era Miguel. Lo recordó de pequeño, la esencia de los Schäfer emanaba de él. Entonces ya no tuvo ninguna duda. La emoción brotó en su rostro cuando se levantó y correspondió el saludo. En eso, Mario miro a su padre, el comandante Galland, y a los otros dos hombres que componían la mesa e hizo una pequeña seña para indicarles de que estaban entre camaradas. Todos saludaron al unísono.

Frases cortas resumiendo una vida.

—Mis padres están muertos. Solo quedo yo...

—Mi esposa también ha fallecido, pero están tus primos... Chicos de raza. ¿Vendrás a conocerlos? Viven lejos de Quito...

—Tengo que marcharme en un par de horas...

Y abrazos, ahora sí. Abrazos de corazón, salidos del alma. Almas a las que el poder embargaba hasta el límite del trastorno mental.

—Este es mi amigo Diego, un camarada espiritual, como yo, puro y decidido a dar su vida por la patria, si hiciera falta.

—Los dos habéis nacido a destiempo. —Rio ahora—. Camaradas como vosotros es lo que necesitó la Alemania de Fürher.

En ese momento entró en el privado un hombre de raza negra acompañado de tres guardaespaldas, y los cuatro hombres que habitualmente jugaban a los naipes, se levantaron de sus butacas e hicieron una reverencia. Al segundo,

comenzaron con un estrechón amistoso. Estaba claro que a los cuatro hombres les unía una gran amistad con él.

—Dadi Bolozi Jose... —siseó el coronel Schäfer a los marinos en tanto que los exmilitares saludaban a aquel individuo recién llegado que parecía tan importante—, fue oficial de policía hasta que se casó con una hermana de la mujer del recién nombrado presidente de Congo, Mobutu. El mandatario en la misma ceremonia le nombró comandante y le otorgó mucho poder, ese fue el regalo de bodas. Aunque es cierto que Bolozi lo tiene bien merecido. Es un militar ejemplar y tiene una alta sintonía con el presidente. Es combativo, ganador, y busca las mejores estrategias para mantener a su cuñado en el poder. Pero para eso hay que aprender de los más sabios, Michael Schäfer, tú bien sabes de lo que te hablo. Perdimos la guerra, pero nuestro entrenamiento fue digno de admiración en todo el planeta. Por eso este hombre está aquí.

—¿Esta persona viene a pedir ayuda de aprendizaje a unos exdirigentes Nazis? —Diego parecía estar admirado.

—A los mejores y de más experiencia. A mí ya me ha pillado algo mayor, aunque también participaré en la enseñanza. Pero Rommel Müller, el hombre que en estos momentos es el centro de su atención, llevará el entrenamiento de lo que será una Fuerza de Élite. Los primeros mercenarios de este cuerpo serán entrenados por expertos alemanes con la clara intención de crear una especie de policía al estilo germánico para el gobierno de Mobutu.

—¿Se están preparando para la guerra?

—Están preparando un golpe.

Este año el Congo Belga obtuvo la independencia y pasó a llamarse República Democrática de una manera precipitada, lo que generó, entre otras cosas indeseables, la secesión de Katanga. Si refuerzan su poder, el efecto será tranquilizador para las potencias occidentales. ¡Y eso es lo que necesita Mobutu!, generar confianza para mostrarse como la mejor alternativa e intentar por todos los medios transmitir que su gobierno garantiza el impedimento de la presunta infiltración comunista.

El comandante Bolozi iba a pasar en Ecuador unas semanas y todo su séquito se acababa de acomodar en el Hotel Plaza Grande de Quito. Y no era de extrañar

que después del largo viaje lo que más deseara el enviado del hombre más poderoso de Congo, fuera tomar una copa con aquellos amigos con los que había quedado para el día siguiente en su suite, con el propósito de abordar temas bélicos.

Bolozi se dirigió a Arnold Schäfer y a sus invitados que se encontraban en la barra del privado y comenzó a parlotear con ellos.

—Le presento a mi sobrino Michael y a su amigo Diego. Luchan por lo que aman, aman lo que respetan y a lo sumo respetan lo que conocen.

—Hombres así es lo que necesitamos para aprender de su sabiduría. Son jóvenes y fuertes. ¿Participarán ellos también en la enseñanza?

—Me temo que no. ¡Qué más quisiéramos nosotros! —exclamó Miguel—. El deber nos aguarda en el puerto de Guayaquil. Soy el capitán del navío de carga Ray- Mali y él —refiriéndose a Diego— es el primer oficial además de médico. —Miró su reloj—. En setenta horas estaremos en Chimbote de Perú.

—¡Lástima!

—Nuestro pensamiento es el mismo, comandante Bolozi. Mi sobrino y su amigo son españoles y marinos, o sea que, si *vos* y los suyos necesitaran protección o ataque por los treinta y siete kilómetros de costa que tiene Congo, seguro que ellos serían los primeros en ofrecerse, aunque lo digo con sorna, porque sé que no existe peligro por vía marítima. Pero en caso de que lo hubiera, no tenga ni la más mínima duda de que les prestarían su ayuda.

—Y ese ofrecimiento podría tener su recompensa —añadió el hombre poderoso—, Franco es amigo de Congo y como tal, tampoco objetaría ningún obstáculo si el capitán deseara introducir por vía diplomática documentos u otro tipo de valija con material físico muy preciado.

—Comprendo. Quiere decir que, en agradecimiento a su hipotético apoyo, mi sobrino podría hacerse con piedras preciosas de gran valor para luego venderlas en el mercado negro. ¿No es así? Porque es cierto que tengo entendido que los diamantes que dan las tripas de esa tierra son de gran calidad.

—Lo son. Pero todo tiene un precio. Como bien sabe, mi querido coronel Schäfer, los diamantes en bruto salen de las minas, pero hasta llegar a su transformación pasan por distintas manos que necesitan cubrirse con capital.

Solo sería necesario eso, la suma de dinero que se acordara, porque todos los demás obstáculos serían salvados por el gobierno de Congo, no le quepa la menor duda.

Miguel escuchaba atónito. ¿Cómo podía ser que de esa manera tan casual se hubiera puesto delante de él el negocio de su vida? En un simple pensamiento reunía todos los requisitos: deseo, avaricia, empuje, contaba hasta con el respaldo diplomático. ¿Pero y la pasta para iniciar el negocio? ¿De dónde la sacaría?

# La aldea de Numbi
# 28

Octubre 1993

Rodeando el riachuelo en dirección norte, Rocío comprobó como la luz aterciopelada que envolvía el cielo era engullida por aquella penumbra que la hacía sentir un escalofrío cada vez que pasaban por allí. A diario, Siari llevaba en el Land Rover a los sanitarios que vivían en el centro Kinwaca hasta el hospital que estaba a una hora escasa de Goma, y en el recorrido, como siempre, era sorprendida de manera desagradable con la neblina pastosa y lúgubre del camino que llevaba a las montañas.

Ya había pasado más de una semana desde aquel momento en el que los pies de la joven tocaran tierra zaireña y aparte de la impresión lógica causada por la precaria forma de vida de sus habitantes y los pocos recursos con los que contaba el centro médico, no habían aparecido en su vida grandes novedades.

Pero en este día, Rocío cruzó junto a la doctora Granda el riachuelo con dirección norte, camino a la zona montañosa de Masisi, donde se encontraba una de las tantas minas de coltán que agujereaban las entrañas de la tierra de ese país. Intuía que no sería un día más, imaginaba que descubriría el misterio que encerraba aquel camino a las montañas del que, según su presentación desde su falda, identificó ella misma como el pórtico del infierno.

Fátima viajaba cada semana para atender sanitariamente a los habitantes de Numbi, una aldea mísera con costumbres ancestrales que se encontraba en territorio May May. Se lo prometió a Siari hace mucho tiempo, cuando por avatares pasados el hombre le salvó la vida. Él había nacido en aquel lugar de atmósfera insalubre orquestado por un jefe de tribu que no distaba nada de

cualquier miserable mandatario de los muchos que ostentaban su poder entre los rincones infinitos que comprendía ese país africano.

—El infierno está a la vuelta de la esquina, Rocío, olvidémonos del paraíso verde que dejamos atrás. Entramos en zona complicada, ya no solo por el olor a azufre que comenzamos a percibir, sino por las sinuosas curvas que tendremos que salvar. Es una pena que llegue la época de lluvia y me vea obligada a reducir las visitas por miedo al derrape.

—Sí, Fátima, es preferible, sí. —No supo qué más decir ante tanta incertidumbre.

—En el camino hacia Numbi, muy cerca de la cantera, nos echará el alto un *checkpoint* de militares, pero no te asustes, aunque seamos mujeres, no nos harán nada si les damos la mordida que nos piden. Es el peaje para dejarnos llegar hasta la aldea. Es casi siempre igual. Ya voy prevista; además del maletín médico, llevo dinero.

—Pero, ¿tratándose de personal de una ONG también cobran por pasar?

—Según la ley no deberían, depende mucho de los escrúpulos de aquellos militares que estén ese día en las barreras. Yo, por si acaso, voy preparada.

Salvadas las vallas que se abrieron con la nueva moneda que acababa de establecerse en el país, el todoterreno se encontró con una senda estrecha que puso las palpitaciones de Rocío a doscientos por hora, y después vinieron los pequeños cráteres de los que emanaba un gas incoloro con olor nauseabundo que le hizo tapar su nariz con un pañuelo. Fátima sorteó socavones y charcos como lagunas y dejó claro con su destreza de brazos que conocía bien el terreno. El circuito era terrible, pero a Fátima se la veía tan tranquila como un barbo surcando en aguas cenagosas. Después de una hora de viaje llegaron al límite de la mina y vislumbraron entre la penumbra a cientos de personas que entraba y salían de los agujeros que llevaban a las galerías.

—¡Dios mío, si parecen hormigas!

—Las personas que ves trabajan a cielo abierto, pero otras excavan con sus propias manos las entrañas de la tierra intentando llenar sus capazos de esa piedra de color azul metálico que se llama coltán y que sirve para crear nuevas tecnologías. —Respiró hondo—. En día de lluvia muchos de los agujeros ceden

y solo hay que esperar que el Señor se apiade de cuantas menos almas mejor. Es así y no podemos cambiarlo, Rocío, aquí la ley, como ya vas sabiendo, la marca el poder del dinero. Antes eran los diamantes, pero a partir de esta recién estrenada década es el coltán, que multiplica por mucho los beneficios de las piedras preciosas.

—¡Pero si la mayoría de ellos son niños! —dijo espantada.

—Los niños son los más valorados para este trabajo, porque con sus reducidos cuerpos pueden moverse más fácilmente por las galerías. Pero no todos los pequeños van a las minas, no... El gobierno selecciona a los que cree más avispados para el entrenamiento de las armas blancas y de fuego, con el fin de llevarlos a la guerra. Primero les enseñan a manejar el machete y a desterrar la piedad de su corazón. Lavan su cerebro y les inculcan la muerte del enemigo como una hazaña que podría tener su recompensa. Después, pasan al manejo del fusil. Son los llamados niños soldados. Tristemente, te lo cuento, Rocío, pero no puedo derrumbarme, esta gente me necesita.

Dos horas después de haber emprendido el viaje desde el centro médico llegaron a Numbi. La niebla y el polvo rojo cubrían la aldea. Las chozas hechas de ramas secas, plásticos y barro descansaban en hilera, como en formación, respetando lo que parecía la calle principal.

Más o menos por la parte central de la vía había un ensanchamiento en forma de plaza y Rocío advirtió que uno de las chozas era diferente, más grande, quizá. Pero, sobre todo, lo que llamó más su atención fueron los ramajes de hule fresco que protegían el techo y figuró que sería un centro social o algo parecido.

—Ahí es donde vive el jefe de la tribu. Pararé un momento para darle su mordida y luego ya podremos dirigirnos más tranquilamente a la choza hospital. Ya verás cómo celebran nuestra llegada.

La choza hospital estaba a las afueras de la aldea y, efectivamente, Rocío comprobó por los cánticos alegres con los que las recibieron, que su presencia en aquel lugar era sumamente grata.

Allí estaba Jasir, con las piernas entablilladas, esperando la revisión semanal. Al muchacho de quince años le cayeron encima tres trabajadores de la mina en uno

de los derrumbes y tuvo suerte de que solo se le partieran los peronés y una de las tibias.

—Lo trajeron en parihuelas y el chiquillo no paraba de gritar. Menos mal que ese día estaba yo aquí y pude inyectarle un calmante fuerte para esos dolores tan horrorosos, figúrate. —La madre de Jasir, una mujer que estaba en los huesos, no paraba de sonreír. Y Rocío sintió que esa sonrisa desdentada era el regalo de agradecimiento que ella quería ofrecerles—. Estás mucho mejor, Jasir —Miró al chaval condescendiente—, pero todavía te queda. Pidamos que no venga la policía y te lleve de nuevo a la mina. —Se giró y habló a Rocío que estaba poniendo la venda a un niño que le habían descalabrado—. Porque de cuando en cuando vienen a supervisar, ellos son los que en verdad dan el alta médica.

—Esto es más terrible de lo que yo podía imaginar. —Rocío pensó en el bienestar material del que había disfrutado toda su vida y sintió cómo el pudor le subió una ráfaga de calor por el cuello y la cara—. ¿Hay aquí colegio?

—Ella... —Jasir señaló a Fátima, y Rocío quedó de nuevo atónita.

—¿Habrá comprendido bien mi francés?

—Aunque ellos hablan el lingala, el francés lo entienden perfectamente. Jasir se refiere a que cuando yo termino de ver a los enfermos, dedico el tiempo que me resta para enseñarles a leer y escribir en este mismo lugar. Ya verás como cuando el sol vaya cayendo, este rellano se llena de chiquillos que vienen con los deberes aprendidos. Es verdad que son muy pocas horas a la semana de estudio, pero no hay más. Me conformo con que aprendan lo básico; aunque tarden años, eso no importa.

Rocío sentía verdadera admiración por esa mujer. Miró justo detrás de donde estaban ellas y vio el encerado portátil. El polvo rojo suspendido en el ambiente luchaba por imponerse sobre el blanquecino que una semana antes dejara los restos de tiza.

No habían terminado con el último paciente cuando unos niños de entre seis y diez años comenzaron a llegar disponiéndose en fila con un cuaderno y un lápiz en la mano. Cerca de ellos, tres hombres armados vigilaban la zona.

El sol ya se inclinaba hacia el oeste cuando los pequeños comenzaron a sentarse frente al encerado dispuestos a comenzar la clase. Pero uno de ellos se acercó y

obsequió a Fátima con una pulsera hecha de huesecillos de okapi, un animal que vive en la selva.

—*Matondi.* —Con esa palabra le dio las gracias—. Dame un abrazo, Yaro—. Y abrazados se mantuvieron unos segundos—. Protejo a este niño como si fuera mi ahijado, y él lo sabe.

—¿Pero ellos entienden el abrazo como lo entendemos nosotros, quiero decir, como muestra de afecto?

—Pues claro, se lo he enseñado yo. Antes no te he dicho toda la verdad, también quiero que aprendan a empatizar con otros mundos, y cómo no, lo primero fue la manera de demostrar el cariño a su maestra, es lo suyo, ¿no? —Sonrió—. Yaro es uno de los niños más receptivos que vienen por aquí a aprender. Y yo lo adoro. Le encontraron recién nacido medio oculto entre los troncos dinamitados del intrincado valle que dejamos atrás, a la orilla de uno de los riachuelos de lodo en los que lavan las piedras extraídas de la mina. Pese a todo, el bebé tuvo suerte, lo trajeron a la aldea y una familia infértil lo adoptó y le puso por nombre Yaro, que significa «hijo», y así lo han tratado durante todo este tiempo, como propio. —Fátima tornó su semblante—. Pero hace unos tres meses los hombres de Mobutu fueron a por él y lo trasladaron junto con otros niños a la choza de pre-reclutamiento, que está vigilada las veinticuatro horas del día por los fieles del jefe de la tribu. ¿Ves esos hombres armados que merodean por estos alrededores? Son ellos. Vigilan a los chicos seleccionados para que no huyan, ya que cuando cumplan los diez años pasarán a formar parte de las filas militares del gobierno como soldados.

—¡Es una locura, si no podrán ni con el fusil!

—Pueden, y más les vale, porque tienen que aprender a matar con él, aunque ellos, los pobres, no sepan ni de qué va eso —estalló impotente—. ¡Son niños, por Dios! ¡Niños a los que la avaricia del poder de Mobutu convierte en soldados! —Rocío no tuvo por menos que arrancar a llorar de tristeza—. Sí, es terrible, Rocío, yo también lloré cuando me lo contaron. —Acarició su mano—. Y ya no solo que maten y mueran, lo también terrible es que el que sobreviva a la guerra acabará con su cabeza hecha un despojo.

Rocío recordó aquel spot de Cáritas que, un día del pasado, dio pie para que Álex y ella se replantearan formar parte de una de las ONG que ayudaban a estos niños, pero no tenía ni la menor idea de lo que realmente la experiencia podría encerrar.

Lloraba también por él, por Álex, ¡le echaba tanto de menos...! Miró al cielo gris y quiso con su mente mandarle un beso.

—Vamos, Rocío, deja de llorar, mujer —La acarició de nuevo—. Tienes que ser fuerte para que ellos nos vean grandes y así sientan que somos su apoyo.

Al atardecer emprendieron el regreso por resbaladizos caminos de barro achocolatado a consecuencia de la lluvia y la humedad. En el descenso, la niebla difuminaba las figuras que surgían en el paisaje, lasas, lentas, como zombis, muchas de ellas descalzas...

—Son trabajadores de la mina que regresan a sus hogares, si es que a eso que has conocido se le puede llamar hogar. Unos se dirigen a Rubaya o al campo de refugiados; otros, los más afortunados, a Numbi que está solo a una hora de camino —Se cruzaron también con un grupo de hombres que bajaban un cadáver en una camilla improvisada de troncos y plásticos.

—Ese infeliz al menos podrá contar con un entierro digno —informó de nuevo Fátima—, porque no todos tienen el privilegio de ser ritualizados en su velatorio, muchos de los que fallecen al derrumbarse las galerías quedan allí, sepultados para la eternidad.

Rocío pensó que había conocido el infierno en la tierra y tomó conciencia de que la mayoría de las cosas por las que nos quejamos los que vivimos en países desarrollados son banalidades extremas y que muchos de nosotros necesitaríamos un fuerte meneo para para que nuestros pies se asentasen con firmeza en el suelo.

Poco a poco, el cielo tornó a la luz amelocotonada del atardecer. Ya sin brío, sin fuerza... La bola de fuego estaba a punto de ocultarse entre los ramajes verde oscuro desde donde se divisaba el horizonte del oeste. Recordó las puestas de sol de su tierra, El Campo de Gibraltar, Algeciras, y se sintió aún más sensible. El horario de España y República de Zaire coincidían; por eso imaginó con gran nitidez el confín reventón en malvas, naranjas y amarillos. Un espectáculo

perfecto cuando en silencio, y arrebujada a Álex, lo contemplaba desde cualquiera de los lugares íntimos que ofrecía su ciudad.

En Algeciras estaba cayendo el sol. Su cielo azul intenso tornó tras los perfiles del oeste en un espectáculo explosivo de colores calientes: malvas, amarillos, naranjas..., que, en su infinidad de gamas, ofrecían en este día una contemplación única.

A esa hora era cuando Emilia esperaba con la puerta de hierro abierta de par en par para que los operarios del gran almacén pudieran entrar sin problema con la furgoneta que llevaría su reciente adquisición: Una televisión gigante y un sillón relax de esos que suben, bajan y se estiran por la absoluta decisión de un dedo. Algo mágico con lo que se quiso obsequiar, aunque también podrían acceder a su placer el abuelo y Blasito. Todo quedó hablado y pactado. El anciano lo disfrutaría por la mañana, que ella estaba ocupada con los asuntos caseros y de la huerta. Y por la tarde, a eso de las cuatro, cuando el viejo echara la cabezada larga en la cama coincidiendo con *Al Salir de Clase*, el goce al completo sería para ella. Luego un par de horas para el suegro, y otra hora más para el niño en tanto que ella trajinaba seleccionando los frutos de la huerta. Y para la noche temprana, cuando ya les rondara el sueño al abuelo y al nieto y placenteros cabecearan en la almohada, todo para la Emilia.

Disfrutaría con *Hola Raffaella* y sus pegadizas canciones que la hacían explosionar en una sensualidad y un glamour que jamás se había percatado que poseía. Ahora sí, ahora bailaba con zapatos de tacón alto y ropa sexi nueva, sintiéndose una mujer distinta, renovada y, hasta bella.

«¡Lo que hace el dinero!», pensaba. «Yo no sabía que había esta seductora dentro de mí».

Con esa televisión de pantalla gigante lo veía todo hasta más real, poco más y se sentiría como si estuviese en el plató, descoyuntándose como la diva, al cantar: *Explota mi corazón,* con sus tacones altos y su vestido nuevo sorteando hasta la posibilidad de que un hombre cañón le tocase el culo. Pero eso quedaba para la noche.

En ese momento ya trajinaba en la cocina preparando unas banderillas, Coca-Colas, Fantas y abriendo la botella de fino que había comprado para brindar con

Paquita. ¡Ah!, también había sacado la sartén con la que hacía palomitas para Joselito, que llegó atado a su correa de la mano de Yosoy.

—Ay, Emilia, qué gusto da estar sentada en esta butaca. —Bajaba el cabecero, subía el piecero. Ahora en estado normal...

—Levanta que ya le toca a Yosoy. —La joven experimentó también los movimientos de la nueva adquisición.

—¿Y la tele?, ¿qué me dices?

—Muy grande y muy bonita, chica...

—La tele es el regalo que le he hecho al abuelo.

—¡Qué bien! ¡Cuánto me alegro de que te tocara la lotería!

—Pues tú no tienes estas modernidades porque no querrás, que el Felipe bien te lleva un buen sueldo a la casa...

—Bueno... —El suegro habló por primera vez—. Que yo todavía no me he ido al catre y me corresponde el sillón.

—Ya tendrá tiempo, abuelo, no sea fatiguitas. Ahora lo están probando las invitadas. Además, este regalo es mío, no se le olvide que el disfrute del invento es un favor que yo le hago, así que ahora a callar. ¿Le sirvo un fino La Ina?

—Sí, y acércame las banderillas.

—¿Y a Blasito? ¿Qué es lo que le vas a regalar? —Preguntó Paquita.

—Blasito aún no se ha decidido.

—Sí, sí que me he decidido.

—Pero eso no puede ser, Blasito, yo no te voy a comprar un caballo azul. Lo primero porque no existen, solo los hay negros o pardos, más oscuros o más claros, incluso blancos o *amanchonaos*... ¡Pero si nunca hiciste caso a la mula que tuvimos atrás tantos años...! ¿A qué viene esa rareza? Que no, que no... Pídete otra cosa.

—Yo quiero un caballo azul. —Y miró a Yosoy.

—Pues como no lo pinte... Que no existen, que no.

—E... el caballo azul como el cielo —se apresuró Yosoy

—Sí —le contestó cómplice.

—Yyyyy paaara arriba y paaaara abajo.

—Sí, para arriba y para abajo. —Los dos se entendieron.

—Para que vaya para arriba y para abajo ya tienes el sillón que también te lo dejo.

—Pues yo quiero el caballito azul como el cielo.

—Anda y dale las palomitas a Joselito, que no para de saltar hacia la mesa desde que las ha olido...

—Y una por una, Yosoy —advirtió su madre—, a ver si se va a atragantar y tenemos que hacerle el boca a boca.

—Mira... —Emilia alargó la mano hacia la superficie del aparador—. Te he comprado la revista *Semana,* que sé que te gusta ver los santos.

—Esta es Cha... Chabeli Iglesias —informó por si no lo sabían los presentes.

*****

El cielo de Algeciras ya había apagado su luz cuando Alejandro cogió el teléfono y marcó un número de Madrid.

—Buenas noches, Nacho, soy Álex. Escucha, que he estado dando vueltas a lo de la ONG y me gustaría saber si hay alguna vacante para el continente africano, concretamente para Zaire. Y disculpa que no te haya llamado esta tarde a la oficina, pero es que he estado muy liado. Si acaso, mañana me lo miras y me dices.

—Pues sí que habría una posibilidad, Álex, precisamente lo he estado constatando esta mañana con el coordinador. Aunque ahora mismo no sé decirte en qué lugar de Zaire sería... —Se paró a pensar—. Creo que había dos centros que necesitaban médicos. Pero no estoy seguro... Aunque lo que sí sé es que estos cooperantes tienen la partida pronto, quizá en tres días o como mucho una semana.

—Muy bien. Pues mira el tope de fecha para gestionar cuanto antes la documentación. Si te parece, mañana te llamo a la oficina y si hace falta me acerco a Madrid...

—Entonces, lo de América Central lo anulamos, ¿no?

—Sí, se me va de fecha. Prefiero Zaire. Sí, mucho mejor.

# El nido de amor
# 29

Era primera hora de la mañana cuando Julián se sentó en el mismo sofá en el que, unos días antes, Catalina y él dieran rienda suelta al deseo que sentían el uno por el otro.

Julián no pegó ojo aquella noche y no era para menos. Haber tenido en sus brazos y casi entre sus piernas a la mujer de sus sueños le tenía alterado el biorritmo, y desde entonces, pocas horas eran las que había dormido.

Soñar sí soñaba, despierto, claro. Porque sabía que sus sueños se estaban haciendo realidad y eso era lo que le reconfortaba para afrontar los días. Catalina y Julián no habían vuelto a estar a solas desde aquella mañana. Pero no importaba. Mientras la observaba en la iglesia, como si se tratara de la santa más milagrosa, él elucubraba cómo haría para facilitar sus encuentros amorosos sin ser descubiertos, y por fin, una llamita se encendió dentro de esa cabeza casi rasa ya de pelo.

Estaba en el despacho de su amada, con la sensación de los deberes hechos y devorando unas palomitas cuando Catalina abrió la puerta.

—Julián, pero, ¿qué haces aquí? No me han dicho las empleadas que me estuvieras esperando arriba.

—Es que no he entrado por la floristería.

—Pues dime tú entonces, ¿volando por la ventana?

—No. —Se hizo el interesante.

—Pues no lo comprendo.

—De eso se trata... Mira detrás del escritorio.

—¿Del escritorio?

—Sí, retíralo.

Catalina se acercó al mueble que estaba arrimado al tabique compartido, lo separó de la pared y vio los escombros que había generado un butrón que comunicaba con el apartamento de la farmacia, cuya tarea tuvo a Julián despierto toda la noche. Se agachó, y comprobó el milagro de la unión entre las dos cámaras. Era sencillamente prodigioso.

—No tengo palabras, amor. —Sus bellos ojos se colmaron de lágrimas.

—Para que veas. No tendremos que trasladarnos a ningún lugar con el miedo a ser descubiertos. Mi apartamento será nuestro nido de amor. Siempre que te parezca bien, claro.

—Me parece perfecto, Juli. El pestillo de mi oficina ya está echado, solo falta que me invites a tomar una copa y eches el tuyo.

—Eso está hecho, Cata. —Se acercó a ella y la besó dulcemente.

# La nota
# 30

Era jueves por la tarde y después de tomar un café en el bar de al lado de su apartamento, Vidal cogió el coche y callejeó hasta las inmediaciones de la casa más cercana al acantilado de la Torre del Centenario. Sabía por Lupe que Roberto, el día anterior, se había trasladado a Madrid como los ejecutivos importantes, en la avioneta pilotada por otro de los esbirros del Capitán. Esas excentricidades mantenidas a golpe del dinero que le habría procurado la herencia del suegro y el poder que él había sabido conseguir a través de sus negocios, eran una realidad anterior a la destitución que acabó con su desvencijado cuerpo y su atormentada mente en el País Vasco, para ejercer a partir de entonces, exclusivamente, como agente raso.

Esa misma mañana se había acercado hasta el piso de los padres de Susana.

Fue una visita para ellos completamente sorpresiva. Pensaron con toda lógica que Vidal era portador de noticias frescas sobre su hija, aquella que desapareció hacía ya más de diez años dejando solo una misiva dirigida a ellos que encerraba la esperanza del regreso, o al menos, de la localización de su persona. Ni una mínima mención hacia Vidal en aquella nota. Algo que el policía comprendió, cuando ya el razonamiento volvió al lugar de donde nunca debía haber faltado.

Jamás llegó a examinar el escrito. Aquel fatídico día se limitó a escuchar de viva voz a don Ángel su escueto contenido. Bastante tenía él entonces con intentar mantenerse sobrio. La marcha de Susana, supuestamente motivada por el traumático descubrimiento de la mentira sobre su procedencia natal, se dio por justificada y se zanjó la cuestión.

A las pocas semanas de aquello, pasó lo que nunca tuvo que suceder. La muerte del subordinado por su exclusiva culpa. El destierro a la tierra más

conflictiva del país, su reinserción al mundo de los sobrios. La condecoración por haber desmantelado, gracias a su valentía y buen hacer, al comando Zabalik. Su regreso por petición propia a Algeciras.

Y ahora, después de haber estado justo al final de esa escalera en la que vio a Susana por última vez, quiso retomar el contacto con sus padres.

Precisamente, donde se encontraba era la casa en la que aquella noche lejana había fallecido su dueño, accidentalmente, y Susana tomaba las muestras pertinentes. ¿Habría sido asesinado Silvio? Ahora, después de algo más de diez años, y teniendo en cuenta que Roberto, el hijo del finado, era de poco fiar...

Por petición propia podría reabrir el caso.

Pero primero debía retroceder en el tiempo y tener en su mano aquella escueta nota en la que Susana se despedía de sus padres. Necesitaba leerla, estudiarla... Confiaba en que don Ángel no se habría desprendido de ella y la guardaría en algún lugar de su casa como un trozo de reliquia.

Y así había sido. En un cofre pequeño de madera estaba la nota, quizá algo amarillenta por el paso de tiempo, pero igual de legible que el primer día.

*Papá, mamá, me marcho.*

*Sé que no voy a poder evitar haceros daño, pero no se me ocurre otra manera de encontrarme a mí misma.*

*Sería un acto de amor por vuestra parte que comprendierais la necesidad que tengo de estar sola.*

*Sabré solucionarme la vida.*

*No me busquéis.*

*Quizá en un tiempo me ponga en contacto con vosotros.*

*Os quiero.*

Y la rúbrica...

Era su letra y su rúbrica, sí.

Vidal la sostuvo entre sus manos y la releyó de nuevo. Era su rúbrica, la conocía de sobra. El garabato enérgico de todos sus expedientes. Pero ¿Y el nombre? Rápido también. Susana Soto. No, ahí no había escrito Susana Soto. Se había limitado a escribir las dos eses. Pero en el centro de ellas había una o, quizá

algo disimulada... Entonces fue cuando Vidal estuvo seguro de que era una nota de socorro. S.O.S.

Sintió un dolor infrahumano que le hizo tirar el cofre de rabia. ¿Cómo pudo ser que se limitara a que don Ángel se la leyera?

—Susana nos dejó porque unos días antes descubrió por casualidad que nosotros solo éramos sus padres adoptivos, y lo peor de todo, que lo hubiésemos mantenido en secreto —se justificó la madre—. ¡Pero es que no encontrábamos la manera de contarle la verdad! Un tanto dura, es cierto, y por no hacerle daño, nos manteníamos en silencio. Aunque sabíamos que, antes o después, nuestra obligación era contarle su absoluta procedencia.

—Necesito que me lo cuenten a mí, don Ángel, quizá así encontremos la verdadera causa por la que no la hemos vuelto a ver.

—Pero ella era mayor de edad y tomó esa decisión. Susana estaba en su derecho. En la nota también dice que quizá en algún tiempo podría ponerse en contacto con nosotros y esa posibilidad es lo que a su madre y a mí nos mantiene vivos.

—Don Ángel, esta nota que ustedes llevan guardando más de diez años no es de despedida, es de socorro. En ese momento, Susana debía estar en peligro y quizá hasta la forzaran a escribirla. —No quiso remover, ni valorar las actitudes incongruentes con las que él zanjaba o afrontaba la vida deshilachada, empapada en alcohol de aquellos tiempos, porque lo que sucedió ya no tenía solución. Pero quiso saber más detalles de la adopción por si acaso—. Una adopción ya conlleva la suficiente generosidad como para no ser enjuiciados, y más cuando ustedes siempre la trataron como a una verdadera hija, y eso me consta. Pero he creído entender que lo que ustedes temían era contarle su procedencia. ¿Quiénes eran sus verdaderos padres? Porque imagino que lo sabrán. ¿O es que se la dieron en alguna inclusa?

—No, no... Sí, sabemos quiénes eran sus padres —se adelantó la madre a contar—. Su madre era una joven ceutí que trabajaba en nuestra casa cuando Ángel fue destinado a Tánger como director de una escuela estatal. La muchacha quedó embarazada al poco tiempo de trabajar a nuestro servicio y nosotros fuimos los que la cuidamos, porque ni el padre de la criatura ni su

familia quisieron hacerse cargo. A la pobre todo le fue mal desde el principio, primero el desaire de los que ella suponía que la querían y después el parto tan complicado que se le presentó. Finalmente, murió desangrada en el sanatorio en el que dio a luz.

Y nosotros no teníamos hijos, pero la hubiésemos adoptado de igual manera, te aseguro que nos conquistó desde el primer momento que la tuvimos entre nuestros brazos.

—¿Y todo se hizo de una manera legal?

—Sí, cuando regresamos de nuevo a la península, todos sus papeles estaban en regla.

—¿Y al padre?, ¿lo llegasteis a conocer?

— Sí.

—¿Y?... —Don Ángel y su esposa callaron.

—¿Algún problema?... ¿Quién era el padre?

# La librería I
# 31

Tenía que regresar a la casa del acantilado, aunque ya no empezaría de cero.

Tenía la carta de auxilio de Susana que, precisamente, escribió a las pocas horas de redactar el informe pericial sobre la muerte de Silvio, el dueño de aquella casa, hacía ya algo más de diez años. Muerte accidental. Un hombre que por aquel entonces era la mano derecha del Capitán, como ahora lo es su hijo Roberto.

Dolores acababa de entreabrir la puerta del garaje como tenía por costumbre antes de salir de la casa y parecía ser que los jueves por la tarde era algo estipulado. Jueves, como el último día que estuvo dentro y descubrió a Alejandro buscando por su cuenta indicios que culparan a Roberto.

Entró y se guareció en un recodo hasta que la puerta se cerró tras la marcha de su dueña.

Caminó hasta la habitación de atrás, dónde se guardaban los utensilios de bricolaje. Todo continuaba perfecto.

Miró a su izquierda. «Por aquí íbamos», pensó cuando de nuevo vio la panza en la pared sugerente de que debajo había un hueco de escalera. «A ver qué explicación encontramos a esto».

Salió al patio y entró en el habitáculo de electricidad y herramientas de jardín.

—Está aquí. —Golpeó la madera que sonó a hueco—. ¡Aquí! —Entonces descubrió el cable oculto que llevaba al interruptor.

Lo pulsó.

La escalera se mostró ante sus pies.

Encendió una linterna y bajó todos los peldaños. Dio la luz y descubrió una mesa de despacho; tras ella, unas estanterías repletas de libros. Ojeó uno de ellos, estaba escrito en inglés, Autor: Thomas Hardy, The Woodlanders... —¿Pero

para qué demonios querría estos libros Silvio, si era un hombre medio analfabeto? —. Ojeó el gimnasio debidamente organizado. La cama... El póster de Heidi... Una máquina andadora, las mancuernas...

Miró de nuevo la librería con recelo. La examinó de arriba abajo, buscó algo que justificara la excusa de esa biblioteca sin sentido en ese lugar oscuro. Extrajo una decena de libros y allí estaba: un pequeño interruptor que de pulsarlo le llevaría, seguro, al premio gordo.

# El acuerdo
# 32

Océano Pacífico 1966

El Ray-Mali navegaba por aguas del Océano Pacífico camino a Chimbote del Perú. La mar estaba en calma y esa noche Miguel y Diego subieron por la escalerilla de estribor hasta llegar a proa. Era dulce la noche. La línea del horizonte se contemplaba nítida iluminada por la grandeza de una luna creciente que, impoluta, lucía en un firmamento cuajado de estrellas.

—No puedo olvidar... —soltó a bocajarro Miguel a Diego— la interesantísima propuesta mercantil del comandante Bolozi, cuñado de Mobutu. ¿Qué podría yo hacer para recaudar el suficiente dinero como para iniciar el negocio de los diamantes?

—Evidentemente, con tu sueldo de capitán de barco... más bien nada.

—Lo sé, querido amigo. ¿Y atracando un banco? —Los dos rieron.

—Hay otra manera menos peligrosa de acceder a grandes cantidades, claro, siempre que seas un hombre apuesto, inteligente, cortés y con apellido aristocrático como tienes tú.

—¿Qué es lo que quieres decir? ¿Qué seduzca a una millonaria anciana para que me deje su fortuna en herencia? No, no... que detrás siempre están los hijos o los sobrinos, y además, estas viejas suelen tener salud de hierro. Paso.

—¿Y si no tuviera hijos ni sobrinos? Es más, que fuera joven, bella, dócil y la única heredera de una fortuna más que interesante.

—Dime, ¿dónde se encuentra ese mirlo blanco, amigo?

—Hace unos meses, cuando estuve de permiso en San Roque, conocí a unas chicas que me presentaron en un guateque, eran muy jóvenes, rondaban los

veinte años, y una de ellas, Catalina, la que está más forrada, estuvo bailando toda la noche con el primo de mi amigo, un gallego rubio, alto y de ojos azules; diría yo por ese detalle que ya llevamos algo ganado, eres su tipo.

—Y esa chica, Catalina, ¿de dónde procede la fortuna de su padre? Porque no me vale un empresario cualquiera, necesito uno con solvencia fortalecida.

—Es naviero.

—Empezamos bien.

—Por lo que me pareció escuchar, la joven está completamente absorbida por su progenitor, le admira tanto que haría lo que fuera por darle capricho.

—¿Quieres decir que primero debería conquistar al padre para poder llegar hasta la hija con fines matrimoniales?

—Exacto, creo que es lo más adecuado.

—Y ¿cómo podría yo llegar hasta ese hombre? Cómo no sea a través de ti.

—¡Cómo lo sabes, amigo! Y será de una manera completamente casual. Yo te lo presentaré. Soy socio heredero del exclusivo Club del Casino de Algeciras y puedo llevarte de invitado y entrar en el reservado las veces que lo desee. Y allí estará él. Lo de que coincidan nuestros permisos para tomarnos unas vacaciones ya sería cosa tuya.

—En caso de que consiguiera el enlace con Catalina, querrías comisión, claro...

—Llamémoslo agradecimiento. Para eso estamos los amigos.

—Firmado queda.

*****

La conquista de la joven Catalina se le resistió un par de semanas, a pesar de que el maduro Capitán tuviera de sobra encandilado al prestigioso empresario padre de la joven con el que además de, casualmente, coincidir en sus opiniones sobre política, vida y religión, descubriera también su devoción a la Venerable y Fervorosa Hermandad de Penitencia y Cofradía de Nazarenos: Santo Cristo de la Fe, de la que la ilustre persona de don Mateo era presidente.

En uno de esos días, al poco de conocer a Catalina, cuando el ambiente selecto del Casino y el licor cafetero de primera hora de la tarde dulcificaban los

pensamientos del empresario, Miguel, con esa astuta mano que él sabía dirigir como nadie, dejó caer que, a pesar de haber vivido infinidad de experiencias amorosas por medio mundo; el amor, ese amor que te hace esclavo de los deseos de una mujer, lo había descubierto a través de su virtuosa hija. Tímidamente, admitió que solo habían compartido aquella velada, tras la cena en El Gran Cortijo a la que fue invitado junto a algunos amigos socios del Casino, y sea como fuere, tras el fluir de la conversación, descubrió, al mirar los ojos de Catalina, el tierno deseo de caminar prendido a su cintura y el anhelo irresistible de postrarse ante ella para el resto de su vida, que su instinto de hombre, al tenerla cerca —le confesó al influyente empresario—, desarrolló en una décima de segundo el deber de protegerla ante cualquier tarambana que osara hacerle daño. Se había enamorado de Catalina y esa sensación, desconocida para él, era la más sublime que nunca había experimentado.

Sus azules iris se colmaron de lágrimas y el rictus de su boca tembló un instante cuando, torpemente, debido a la emoción fingida, quiso llevarse a los labios la copa de licor que en ese momento crítico estaba siendo su aliada. Y don Mateo, que era sensible de corazón y más aún cuando el ponche de café vidriaba sus ojos y endulzaba su paladar, no tuvo por menos que darle una palmadita en el hombro y con expresión rotunda, afirmó:

—Te ayudaré. Estoy seguro de que serás un buen esposo para mi hija y un magnífico yerno para mí.

Las visitas de Miguel a El Gran Cortijo, bendecidas por los señores de Santoporto de la Cal, fueron minuciosamente estudiadas para no levantar las sospechas de la joven, que, en un principio, solo mostraba ante él exquisita amabilidad ajena a toda seducción. Pero las delicadas formas de Miguel, su interés hacia las plantas que ella cultivaba en el pequeño invernadero y, ante todo, la clara y enigmática mirada azul que el pretendiente utilizaba como dardos hechiceros, causaron en la delicada piel de Catalina un desconocido escalofrío que ella interpretó como algo sobrenatural que le advertía de la ineludible presencia del hombre de su vida.

# La librería II
# 33

Vidal pulsó el interruptor que encontró escondido en la librería y ante él se abrió una sorprendente cámara oscura y vacía.

Pasó dentro, iluminó cada rincón de los escasos doce metros cuadrados camuflados tras la biblioteca y descubrió una pequeña caja metálica encaramada sobre unas escuadras de metal que guardaba fajos de billetes. Miró el suelo de tierra, parecía removido recientemente, comenzó a escarbar ligeramente con el zapato. ¿Qué era esa cinta de skay que sobresalía? Tiró suavemente de ella. Supo que era el asa de un bolso ... Siguió tirando. Ya lo tenía.

Abrió la cremallera y allí encontró la documentación de Palmira; Palmira Rodríguez Campos, Natural de Almogía (Málaga) Fecha de nacimiento: 15 de abril de 1970.

Iluminó la parte de tierra más prensada y descubrió restos de unos hierbajos que parecían haber sido en el pasado un ramillete de flores.

—Esto huele a fiambre que te cagas. Se le acabó el cuento al portento de Roberto—. Enterró de nuevo la riñonera y salió al despacho procurando dejar absolutamente todo en su sitio.

# Fue Él
# 34

Aunque durante años Alejandro mantuviera contacto con Rocío a través de la correspondencia entre ella y Carmela, jamás se le pasó por la cabeza presentarse ante la adolescente como el primer secretario de su tía. Y en las contadas ocasiones que coincidieron en algún lugar público, Álex no reunió el valor suficiente como para acercarse y saludarla. La presencia de Rocío, incluso a varios metros de él, le provocaba una ansiedad incontrolable que, ni por asomo, le quiso transmitir. La segunda vez que la vio en vivo, iba acompañada de su madre y salían de escuchar misa del templo de Nuestra Señora de la Palma. Cierto era que aquella imagen candorosa que mantenía en su retina provenía de una fotografía que la niña envió a la tía Carmela y que solo pudo mantener entre sus dedos unos instantes, aunque los suficientes como para grabar en su cerebro ese dulce y bello rostro de niña que Alejandro nunca olvidó.

Por eso, al descubrir a la muchacha en el pórtico de la iglesia, supo que era ella porque, si bien se había convertido en una adorable adolescente que estaba evolucionado de manera hermosa a rostro y cuerpo de mujer, sus facciones conservaban la dulzura e ingenuidad que mostraba en aquella foto de la infancia. Solo el cabello trenzado y platino de antaño había tornado a un rubio más tenue que ya cimbreaba suelto y sedoso cuando la brisa suave que procedía del mar lo acariciaba.

Quizá habrían pasado algo más de tres años cuando la volvió a ver. Fue en Madrid, en la fiesta de Paso de Ecuador de la carrera de Medicina que él estudiaba en la Complutense. Allí estaba ella, en la barra de Joy Eslava, junto a otras estudiantes de enfermería cuando él la abordó. No sin antes haber recibido avisos sinuosos de aquella mirada azul.

—Hola, soy Álex.

—Y yo Rocío. —Y le sonrió de tal manera que el sonrojo acudió a su cuello, a su rostro... Afortunadamente, la luz tenue de la discoteca se alió con él y pudo así seguir charlando con ella sin que se percatara de aquella debilidad que le hubiera hecho sentir ridículo.

Después, todo fluyó...

Y ahora, ella estaba muerta.

Habían pasado dos días desde que pisara por primera vez suelo zaireño cuando decidió trasladarse desde su centro médico situado en el límite oriental de la selva hasta Goma, el centro neurálgico de los negocios donde posiblemente podría localizar a Roberto. Ya lo tenía claro. A partir de aquel encuentro casual, cara a cara, en los aledaños de la cocina de El Gran Cortijo, su cabeza comenzó a dilucidar imágenes cada vez más nítidas de aquella fatídica tarde.

Fue él.

Los ojos de Roberto invadidos de odio y malignidad le asaltaban por las noches. Las pesadillas eran recurrentes. Y después, ella, Rocío..., aparecía sonriéndole como ajena a todo. Despertaba empapado en sudor. Algo insostenible, no podía más. Deseaba tenerle frente a frente, pero mantenía la duda de cómo iba a reaccionar Roberto o incluso cómo sería su propia respuesta ante el asesino de la mujer que continuaba amando.

Fue sencillo para él acceder a un arma corta. Allí en Goma las armas se podían adquirir como si fueran tomates en España. Entonces, cuando lo tuviera a tiro, ya comprobaría si dentro de su propio corazón existía algún sentimiento que le impidiera el ajuste de cuentas o, por el contrario, apretaría el gatillo sin atisbo de remordimiento. Aunque, de momento, solo la rabia imperaba en su cerebro.

Acudió al Shangwe Hôtel, después de haber recorrido las residencias para huéspedes más céntricas de la ciudad y allí fue donde encontró la pista que buscaba.

Tras soltar un billete bajo cuerda, preguntó al conserje si había aparecido por allí un español con las características de Roberto. El defecto de sus piernas asimétricas, imaginaba que había de llamar la atención, incluso más que su propio rostro.

—Sí, se hospeda en este hotel, pero ahora mismo no está en su habitación —le confirmó el recepcionista guardando el billete que posaba sobre el mostrador bajo los dedos de Alejandro.

—Y, ¿sabría por casualidad a qué lugar se ha dirigido?

El hombre repiqueteó sus dedos en el mostrador sin soltar ni una sola palabra del suficiente manejo del idioma español que parecía saber. Alejandro le mostró otro billete.

—Es un empresario español que viene al negocio del coltán. En la parte baja de la ciudad, cerca del camino que lleva al aeropuerto, existen unos locales francos destinados al mercadeo de este mineral, no es ningún secreto. El hombre que ha venido a buscarle pertenece al gobierno. Le conozco de otras veces. Él pone en contacto a los empresarios extranjeros con los vendedores nativos del mineral.

—¿Y después? —Sintió Alejandro mucha curiosidad por esta mercancía que debía ser tan valiosa y soltó otro billete.

—Después de comprar el mineral lo llevan en Jeep a Ruanda para triturarlo y venderlo a las multinacionales.

Al fin, cuando ya era mediodía, Alejandro vio salir de uno de esos locales de compraventa a Roberto con su asesor. Álex supo esperarlo con paciencia apoyado en el saliente de una casa. Lo había visto entrar sobre las once pasadas de la mañana y ahora estaba saliendo del garito con una cartera en la mano sujeta por la muñeca con un grillete. Se entretuvo en la puerta. Es posible que estuviera esperando que llegara el Jeep para cruzar a Ruanda y terminar allí los trámites para vender el mineral ya prensado a las multinacionales.

Álex sacó el arma y se dispuso a disparar. Titubeó...

Volvió a la carga... pasaban los segundos.

Si llegaba el Jeep todo se iría a la mierda.

Notó como encañonaban su nuca y puso sus manos en alto.

# El tiovivo
# 35

Noviembre 1993

Emilia había llamado con urgencia a Paquita para que la acompañara aquella mañana otoñal a realizar una compra un tanto inverosímil, o al menos, tantearla, porque comprar, lo que se dice comprar, eso estaba por decidir. Ella no era mujer de gastar parné más allá de lo muy necesario, entre otras cosas, porque hasta ese momento ni siquiera había dispuesto de él. A partir de que le tocara la lotería —que de tanto decirlo, hasta se lo creyó ella misma—, se convirtió en la reina del mercadillo. Compró un chándal para Blasito, que el que tenía de uso diario ya lo tenía bastante descolorido; calcetines para el abuelo, medias de todos los colores para ella, e incluso una bata larga de las que no hacen bolas que encontró en un puesto de colchas. Daba ya gusto sentarse al brasero engullida en ese sillón que solo necesitaba su pensamiento y la dirección de un dedo para que adquiriera vida propia. Además, aquella televisión gigante, similar a la pantalla del cine de Olvera — ella intentaba compararlo...—, todas esas adquisiciones, hacían sentir a Emilia poco menos que la Reina de Saba.

Aunque en su fuero interno lo que Emilia siguiera echando de menos, y que no podía comprar, fuera un roce cariñoso en su mejilla, en su cabello, una sonrisa cómplice, y por qué no decirlo, un empotrado como Dios manda; que ya iba siendo hora.

A este paso, veía que se le pasaba el arroz y no había experimentado el placer que transmitían en las películas esas mujeres de gimoteo contagioso y ojos entornados, que la hacían desabrochar un botón de su bata larga y rebuscar con arrebatada sensualidad su rincón más fogoso.

El esposo, que en la gloria estuviera, era bueno, a medias trabajador y para nada complaciente. Y por ese particular no había percibido, en compañía del insulso de Rogelio, más allá de un ardiente deseo que la calentaba, pero que no la quemaba y que, muy a su pesar, quedaba lejos de cumplimentar el *gustirrinín* que contaban que existía.

El poder estrenar ropa nueva y sexi, llevar tacones altos e ir peinada de peluquería, lo que nunca había hecho antes, despertaron en Emilia unos deseos arrebatadores de encontrar pareja. Ahora; que con la futura lo haría a la inversa que con la anterior, primero vendría el zorreo, los revolcones y la lascivia y después, en todo caso, la vicaría. Aunque eso ya sería lo de menos.

Paquita acudió con cinco minutos de retraso al punto de encuentro después de dejar a Yosoy en el ensayo de la representación teatral navideña para ese año. Aun así, llegó la primera. Su curiosidad fue grande cuando su amiga, en vez de quedar con ella en el mismo banco de siempre, dentro del parque de María Cristina, insistió en que el encuentro fuera justo al lado del carrusel que, desde años atrás, hacía las delicias de los niños e incluso de los que ya no lo eran tanto.

Vio a Emilia llegar, con su nuevo contoneo y una bolsa de plástico en la mano.

—Es que los tacones al andar añaden mucho *glamour* —decía ella, y Paquita reía...

—Que te digo yo, que pronto te sale un novio, pero bien *pintao*—. Y Emilia se regodeaba.

—Toma. —Le largó la bolsa.

—¿Y esto qué es lo que es?

—Pues un regalo, ¿Qué es lo que va a ser?

Con facilidad, sacó una bufanda, unida por la etiqueta con unos guantes a juego, y en el fondo de la bolsa algo muy suave, una bata larga estampada en color rosa.

—Los guantes y la bufanda son para Yosoy y la bata larga para mi amiga, claro. No veas lo calentita que es. Aproveché el dos por uno en el mercadillo y me acordé de ti, para que veas...

—Pues muchas gracias. Sí que parece que tiene buen género.

—Lo tiene, que yo ya la he lavado y no ha salido ni una pelotilla. —Paquita se colgó la bolsa del brazo.

—Y me puedes decir, ya cambiando de tema, ¿a qué asunto hemos quedado en este sitio?

—Tú mira para atrás.

—Miro, sí, miro... Y no veo más que el tiovivo *parao* y un hombre sacando brillo a los dorados.

—Pues a ese hombre es al que venimos a ver, porque no se me ocurre mejor manera de empezar lo que tengo que empezar.

—¿Y qué es lo que tienes que empezar, si puede saberse?

—Tú has visto el regalo que yo le he hecho al abuelo ¿no?

—Sí, claro, el televisor...

—Y yo me he *regalao* a mí misma el sillón relax. ¿No es así?

—Pues claro.

—Y ahora te acabo de entregar el de la niña y el tuyo.

—Aquí los llevo...

—Pues imaginarás que mi Blasito no se puede quedar a verlas venir...

—¿Y?

Pues que ese hombre de ahí atrás, que tan relimpio se le ve, va a ayudarme a conseguir lo que desea Blasito.

—Chica, qué misteriosa... Si tú a ese hombre no le conoces de nada.

—Pues le voy a conocer y tú conmigo. —Y hacia él que se fue—. Muy buenas, señor, mire... Si me hiciera usted el favor... Yo es que estoy buscando algo de lo que usted entiende, y por lo *afanao* que le veo, es que entiende usted mucho, pero que mucho.

—*Vos* dirá, bella dama. —El acento argentino del hombre dejó algo descolocada a Emilia, que no estaba acostumbrada a que la tratasen así.

—Pues... pues...

El hombre limpió con alcohol sus manos ennegrecidas por el manejo del limpia metales.

—Yo acá estoy para serviles. —Y les mostró en todo su esplendor una sonrisa blanca, como pocas veces habían visto de cerca.

—Es que a mi niño se le ha metido en la cabeza que le regale un tiovivo como éste. Bueno, como este no, claro... Más pequeño y más modesto. Vamos ... por decirle..., uno de cuarta o quinta mano, no me importa. El caso es que funcione. Es que mi niño es muy inocente y tan bueno que se merece todo lo que yo pueda darle, ¿sabe usted?

—*Vos sos* una buena madre y eso le honra. Pues *mirá vos* por dónde, que llegó hasta este entero servidor —Se reclinó un poco— en buen momento. Ayer estuve con un colega que quiere comprar un carrusel más grande para sacarle mayor rendimiento en el recorrido de las ferias a las que él va. Aunque, ya le digo yo que el cachivache que tiene ahora funciona a la perfección, es solo que quiere sustituirlo.

—Y si puede saberse, ¿yo podría entrar en contacto con ese feriante?

—Claro, mi bella dama, yo las llevo hasta él, inclusive, si desean, esta misma mañana.

—Pues yo por mí... —Miró a Paquita.

—Yo no le pongo inconveniente.

Y le siguieron hasta el coche destartalado que tenía aparcado en un rincón, cerca de un abedul.

—Ese colega es de ley y le pondrá un precio razonable. Y si no fuera así, no se compra. Ya miraríamos por otros lugares. *Vos* déjelo de mi cuenta, yo no voy a comisionar. Lo único que deseo es ayudar a una mujer linda por fuera con bellos sentimientos por dentro.

—Muchas gracias, es usted muy galante.

—Este caballero, el feriante —continuó aquel hombre—, vive en La Línea, y sé dónde encontrarle a esta hora. Al no ser época de ferias, su lugar favorito no es precisamente su casa, pero no camina lejos. Ya verá.

—Y usted, ¿cómo se llama, y de dónde es? Porque de por aquí cerca... no creo.

Notaba Paquita que Emilia se empecinada por mostrar buenas maneras a ese hombre, que, por otro lado, no dejaba duda de su interés por ella. De momento y en la parte trasera del Renault 4L, optó por no abrir la boca.

—Mi nombre es Marcelo y soy de un pueblito cerca de Buenos Aires.

—Eso está lejos, pero lejos.

En Argentina, mi piba. Tuve suerte de poder huir de aquel infierno en el año 80 y llegar a España gracias a un alto mandatario del gobierno amigo de mis padres. Yo por entonces contaba con treinta años y una esposa preciosa que no tuvo la misma suerte que yo.

—¿No pudo huir como usted y se quedó allí?

—No pudo huir porque la asesinaron.

—Pues sí que estaban mal en ese país, sí. Pues espero que en este encuentre de nuevo la felicidad. Yo también soy viuda. ¿Sabe usted? Y también he pasado mucho.

—Pues seguro que llegará ese momento en el que descubramos a una persona que compense todo el sufrimiento que hemos vivido.

—Pues, sí... La verdad es que nos lo mereceríamos.

—Eso creo yo también.

Y el hombre, ante la presencia de Paquita, echó una mirada llena de complicidad y ternura a la mujer que ejercía de copiloto. Le gustó ese hombre para Emilia, y en ese momento, Paquita se emocionó.

# La complicidad
# 36

En Algeciras la mañana era tranquila. Algunas nubes de tipo alto pululaban por los cielos, pero no hacían presagiar ningún cambio meteorológico que pudiera llevar a la lluvia. No obstante, Catalina entró en la floristería enfundada con una gabardina de firma que la sentaba como un guante al ceñir su talle con el cinturón.

Preguntó a las empleadas por si había algo nuevo, recogió la correspondencia y advirtió que, de necesitar algo, se lo comunicaran por el teléfono interior. Subió la escalera que llevaba a su despacho y cerró el pestillo. Solo ella sabía la emoción que embargaba su corazón cuando atravesaba aquella puerta. Suspiró y miró a su alrededor. Todo ordenado, como siempre. Nadie que entrara en esa habitación podría sospechar lo que se cocía tras el sinfonier. Nadie. Era listo aquel hombre que la Virgen Santísima de la Soledad había puesto en su vida. Muy listo y muy bueno, debía ella merecerlo después de tanto sufrimiento.

Colgó su bolso en el perchero y retiró la cómoda que ocultaba el butrón hecho en su día y que según pasaba el tiempo, les cercioraba del éxito de la ocurrencia.

Se agachó y tocó con los nudillos la parte trasera del mueble que camuflaba la salida. Inmediatamente, Julián corrió a su encuentro.

La besó. Y ella, con mirada sensual, se apartó de él tres palmos y tiró con lentitud de la lazada del cinturón dejando a la vista el *body* de encaje rojo que llevaba puesto.

Los ojos se le salían de las cuencas al boticario.

El hombre nunca había disfrutado de esa manera con una mujer. Porque las prostitutas a veces lucían puntillas, transparencias y sedas que él agradecía, pero con Catalina era diferente. La libido, con esa lisura en los rasos y ese tacto en los

brocados, se le disparaba de tal manera que no le dejaba ser dueño de su persona. Se amaban, y el deseo a través de sus provocaciones culminaba con los éxtasis más sublimes que jamás había vivido.

Podía pedirle lo que quisiera que él sabría mover cielo y tierra hasta conseguirlo.

—Juli, mi amor, no sé qué habría hecho si no hubieras aparecido en mi vida. Aunque es muy posible que hubiera dejado de existir. No podía más

—No digas eso, Cata. Ya sabes que Dios aprieta, pero no ahoga. Por eso nos encontramos. —El acariciaba el cabello de Catalina recostado en la cama de su apartamento en post del descanso.

—Nunca debí consentir que me pusiera la mano encima. Cuando me maltrata yo me limito a llorar por los rincones de mi alcoba, y eso fomenta aún más su ira. Lo hace cuando le viene en gana.

—¿Me estás diciendo que te agrede físicamente? —Él se asustó y miró unos ojos llenos de lágrimas.

Catalina agitó su cabeza.

—Déjame, que me da vergüenza.

—Pero eso tienes que denunciarlo, mi amor... Yo estaré siempre a tu lado, jamás te dejaré sola ante tanta inmundicia.

—Tú no conoces a mi marido. Solo por la deshonra de ser denunciado por su mujer, sería capaz de matarme, y a ti también, no lo pongas en duda.

—Tenemos que hacer algo, Cata, esto tiene que tener un desenlace, no puedes seguir así.

—Pues así seguirá. Aunque los sueños no puedan quitármelos. —Catalina hizo una breve pausa y continuó—. ¡Qué bonito sería, Juli, poder casarnos ante la Virgen de la Palma con la complicidad de Nuestra Señora Santísima de la Soledad!, ¿verdad?

—Sí, lo sería, pero tú ya estás casada.

—¿Y si dejara de estarlo para pasar a la condición de viuda?

—No creo que lo digas en serio.

Ella calló y él entendió que el que calla otorga.

—¿Tú no harías cualquier cosa por mí y por nuestra felicidad?

—Sí, lo haría... Pero no me gusta lo que se te está pasando por la cabeza.

—Figúrate, no llevamos mucho tiempo juntos, pero la simbiosis que hay entre nosotros es total. Estás leyendo mi pensamiento y ese es uno de mis deseos. Porque yo anhelo que seas el dueño de mi alma, que nuestros corazones latan al unísono y que nuestros cuerpos se recreen en el goce carnal hasta que Dios lo quiera. Aunque es verdad que deseo hacerlo con su bendición. Y para ello solo tú tienes la clave.

—Yo también lo añoro. Pero no sé qué es lo que está en mi mano para que ese deseo se cumpla.

—La Santísima Virgen de la Soledad ha puesto un farmacéutico en mi camino por algo. ¿No crees tú? Eres inteligente, bueno, me quieres con locura y además eres boticario experto en fórmulas magistrales. Aunque lo hubiera buscado, que no ha sido el caso, porque ya sabes que la Divinidad es la que ha unido nuestras vidas, jamás hubiera encontrado a un hombre tan perfecto como tú.

—¡Oh, amor! ¿De verdad me sientes perfecto?

—Dios sabe que sí. No me decepciones, por favor.

—Eso sería lo último que hiciera. Pídeme lo que desees que iré hasta el fin del mundo a buscarlo si hiciera falta.

—No es necesario que recorras el mundo, mi tesoro, solo tienes que bajar a la rebotica e invertir unos minutos. Hay fórmulas incoloras, inodoras e insípidas que tienen un alto poder letal. Solo te pido eso para que me demuestres tu amor, de lo demás ya me encargaré yo.

—Puedo conseguirte lo que deseas. Aunque quizá necesite algún elemento que no tengo al alcance de inmediato. Pero no me será difícil adquirirlo... —Y la miró con sus ojillos marrones llenos de pasión—. ¿De verdad te casarías conmigo?

—Pues claro, tonto, lo estoy deseando.

Julián se inclinó sobre ella y volcó toda su masa grasa sobre el esbelto vientre de Catalina.

# La venta del Coltán
# 37

Alejandro levantó sus manos al sentir el frío cañón sobre su nuca.

Imaginó que un guardaespaldas de Roberto lo habría encontrado en una situación nada indulgente frente a su protegido y, al instante, se percató de que jugar con armas de fuego no era lo suyo.

—Vaya, vaya... Últimamente, te encuentro por todas partes. —Luis Vidal guardó el revólver y dijo al joven que se levantara—. ¿Me puedes contar por qué insistes en meterte en este berenjenal? Es muy posible que a esta distancia y con esa pistolita lo único que hubieras conseguido es que te disparasen. Y te aseguro que hubieran acertado.

—Agente, ya estoy completamente seguro de que Roberto está detrás de la muerte de Rocío y del intento de mi asesinato.

—Y ese pájaro pagará. Pero no hace falta que juegues a indios y vaqueros. Solo hay que asegurarse de que regrese a su casa, por eso estoy aquí.

En ese instante se oyeron disparos cruzados entre el guardaespaldas de Roberto y unos hombres, todos ellos armados hasta los dientes.

—Son tutsis —informó Vidal protegiendo el cuerpo de Álex con el suyo.

En el intercambio de balas el escolta quedó tendido en el suelo y uno de los disparos alcanzó el grillete que aseguraba el maletín en la muñeca de Roberto, que también quedó como un guiñapo sobre la tierra roja. Dos hombres de etnia tutsi se acercaron a él, rescataron el maletín, le dispararon de nuevo y salieron huyendo en un todoterreno.

Entonces Alejandro comprendió que esos hombres altos de nariz afilada y tez algo más clara que los nativos de Zaire estaban robando la documentación ya cumplimentada para recoger el beneficio del Coltán en polvo que llegaría a

Ruanda para ser vendido a las multinacionales. La cosa se le complicaba al terrorista de Roberto. Y Álex, con una sonrisa inquisitiva, lo agradeció.

Todo quedó en calma tras el robo del maletín. Sin embargo, tres cuerpos quedaron en el suelo en tanto que la vía regresaba a la normalidad.

Vidal y Alejandro se acercaron. Roberto respiraba, pero había perdido el conocimiento. Los otros dos hombres estaban muertos.

—Rápido, hay que llevarlo al hospital más cercano. —Vidal gritó con el miedo de que Roberto se fuera al otro barrio sin haber dejado el caso resuelto.

Un nativo que pasaba circulando por ahí les ofreció su ayuda e introdujeron al herido en una furgoneta.

—No muy lejos hay Centro de Salud —informó el dueño del carromato.

—Está perdiendo mucha sangre. —Con un pañuelo, Alejandro le hizo un torniquete a la altura del antebrazo—. La herida en el costado parece incisiva. —La taponó y se situó tras él.

—Agente, esperemos que no se reanime hasta llegar al hospital porque nos identificaría.

Por si acaso, tápate la boca y la nariz. Y déjate de formalismos, llámame Vidal. —Rasgó la tela que cubría unos tablones que estaban apostados en la parte trasera del pequeño camión—. Hazte también un pañuelo pirata sobre la cabeza.

Cuando llegaron al centro médico después de casi una hora de viaje, el samaritano gritó:

—*Nous amenons un homme bles*sé

Un enfermero salió con una camilla y Vidal hizo una señal a Álex con el mentón.

—Pasa con él y advierte al responsable del centro que un agente de la policía española desea hablarle. Espero aquí fuera.

—Tiene dos heridas de bala —advirtió—. Soy médico—. No hubo tan siquiera intercambio de frases entre el enfermero y Alejandro, los dos condujeron la camilla hasta el quirófano donde estaba la doctora Granda, que entró en acción nada más ver al herido.

—Este hombre está perdiendo mucha sangre. Voy a hacerle el factor sanguíneo, porque por lo que parece va a necesitar una transfusión. Lucas, avisa

a todos.

—Soy médico, puedo echar una mano. —Álex se presentó ante la doctora.

—Está bien, la enfermería está cruzando el patio, ve, trae vendas y todo lo que encuentres que pudiera ser necesario.

—Un agente de policía español, que está fuera, desea hablar con usted en cuanto termine la intervención. Es sobre el protocolo policial que hay que seguir con este individuo.

—De acuerdo. —Aunque le pudo la curiosidad, no quiso preguntar más.

A solas con el hombre blanco, preparó el quirófano dejando, exclusivamente a la vista, el costado y el brazo derecho del herido.

Ya estaban allí los tres sanitarios para iniciar la intervención cuanto antes. La herida de la mano presentaba un orificio de entrada y de salida y era muy posible que la bala a su paso hubiera afectado al aductor del dedo meñique y la cabeza del radio. Hubo suerte. Ahora, lo siguiente que haría Fátima sería extraer la bala alojada en el músculo oblicuo externo. Aunque parecía no tener afectado ningún órgano vital, el herido necesitaría una transfusión sanguínea del grupo B+ o en su defecto O+.

—Yo soy B+ —dijo Rocío espontáneamente.

—De acuerdo. Limpia la sangre del costado.

Y ella la limpió.

Entonces fue cuando lo descubrió.

El herido tenía en su piel un angioma idéntico al de la hija de Paquita, quizá algo más centrado, pero localizado en el músculo piramidal del abdomen, como el de Yosoy. Una mancha rectangular despigmentada con un lunar a su izquierda, y recordó lo que le comentó a Paquita aquel fatídico día. Parece una puerta, una puerta blanca...

Extrañada, quiso mirar el rostro del herido y con disimulo lo hizo. A pesar de la intubación endotraqueal lo reconoció al instante. Era Roberto. Un ser despreciable que había dejado su existencia hecha un verdadero despojo, además de haber acabado con la vida del hombre al que amaba hasta lo más recóndito de su ser.

Escuchó un pitido que a buen seguro venía de su cerebro avisándola de un pronto desvanecimiento.

—Tengo que salir, me estoy mareando. Y lo hizo. Llegó hasta el patio que llevaba a la enfermería, se sujetó a una columna, se arrodilló y pudo tumbarse en el suelo terroso antes de perder la consciencia por completo.

Alejandro la vio caer cuando arrastraba el carro de curas por el soportal del patio.

# La confabulación
# 38

ALGECIRAS 1966

La boda entre el capitán de ojos claros y la única hija de uno de los navieros más importante del país fue un acontecimiento renombrado por aquella zona. Hasta, inclusive, tuvo su repercusión mediática en la justa medida que la dio a conocer la revista *Hola* en sus *Ecos de Sociedad.*

Todo fue grandeza y *glamour* en ese evento, aun cuando el regalo de boda por haber contraído nupcias con la adorada hija del magnate quedara relegado al día que Miguel y Catalina hicieran abuelo a don Mateo Santoporto. Eso fue lo que comunicó el suegro al yerno cuando el licor cafetero de primera hora de la tarde dulcificaba los pensamientos del empresario.

—Todo lo que tengo acabará siendo de mi hija, querido yerno, aunque te aseguro que tengo carrete para rato —Rio subiendo y bajando el pecho emborronado por el humo de su puro—. Pero si quieres que tu cuenta se llene de ceros cuanto antes, dadme un nieto y verás como a partir de entonces vivirás más relajado. No te digo que desde ahora vaya a faltarte algo, no, por Dios, pero no será lo mismo. Así que ya sabes...

Todo se complicó aquel día que el ginecólogo más importante de Berna comunicó a la pareja, tras analizar un novedoso sistema de imagen ecográfica, la causalidad de la irreversible incapacidad para engendrar que tenía Catalina. Los ovarios eran tan pequeños que serían incapaces de soportar el peso de un cigoto. Resumiendo: Catalina jamás podría concebir.

Los meses pasaban y tanto Miguel, por el motivo prioritario del dinero que nunca llegaría, como Catalina, por ser incapaz de perpetuar la estirpe de su

padre, al que adoraba, se estaban volviendo locos.

Sabían que la adopción no resolvería el problema económico de uno ni el deseo de prolongar la especie de la otra. Entonces Catalina valoró la propuesta de Miguel, para que así una de las familias más importantes de la zona continuara con el tradicional curso de la vida.

Por ese tiempo, Dolores, una chica de servicio, de carnes prietas y salero a esportones, provocaba al señorito con unos movimientos que nada tenían que ver con limpiar el polvo o como se sacara lustre al portalón de la casa. Todo parecía sencillo, dejaría preñada a Dolores y durante esos nueve meses, Catalina fingiría estar en estado de buena esperanza. De llevar al bebé, nada más nacer, hasta los brazos de su fingida madre, ya se encargaría El Capitán. Y de mantener los labios sellados de Dolores, también.

Todo iría a pedir de boca. En cuanto Dolores asegurara que en su vientre latía vida, el Capitán le prepararía una boda por todo lo alto con uno de sus esbirros. Para ello, también tendría que seducir con promesas económicas a Silvio, el patán del porquero, que de inmediato comenzaría a lucir corbata al lado del poderoso Capitán, no sin antes firmar una nómina que, por méritos propios, jamás le hubiera correspondido.

Pero la primera complicación apareció cuando el hecho de la futura maternidad de Dolores fue real. Ella solo aceptaría renunciar a su hijo si su boda se anunciaba con Diego Acevedo que, como era de esperar, estaba al cabo de la calle de todo ese tinglado.

Diego no negaba que Dolores le atrajera sexualmente, pero de eso a pasar por la vicaría con esa mujer, basta y sin parné, era del todo impensable. Con lo cual, se volvió a la primera opción, que era la de emparejar de por vida a Dolores con el bruto de Silvio, que, en el consentimiento cerrado, firmó también un acuerdo de palabra que consistía en recibir una casa con bonitas vistas al mar.

Pero no faltó una segunda complicación cuando Dolores, asistida en una clínica de Málaga, parió a un varón lisiado y sin posible solución para el resto de su vida.

—Miguel Escusa de Arnus no puede ser el padre de un cojo, Diego, y tú lo sabes, mi raza es poderosa, pura. Jamás podría permitirme engendrar un hijo con

las piernas descompensadas. Nunca. Renuncio a ser el padre de ese niño que, por otro lado, ya tiene y para siempre unos progenitores.

Entonces, doña Catalina, que estaba internada en la habitación correlativa a la de Dolores, sumisa sacó el cojín acoplado debajo de su vestido ancho y dio por terminado su embarazo y la ilusión de hacer abuelos a sus padres.

La engalanada cuna se quemó en el centro del patio junto a la ropita y el traje de acristianar bordado con finos hilos de plata que tenían reservado para tan importante ocasión. El bebé para todos había nacido muerto. Y nunca más se volvería a hablar de él.

# El encuentro
# 39

ZAIRE

La intervención quirúrgica había sido un éxito y ahora el herido descansaba bajo los efectos de la anestesia. Entonces Fátima recordó el aviso de que aquel hombre tenía cuentas con la justicia española y quiso salir para ser informada por el agente que la esperaba en la entrada del centro.

Vidal estaba allí, recostado sobre el adobe que conformaba el muro, acababa de tirar el último cigarro extinguido y, como siempre, dedicó una suave caricia a la pitillera antes de extraer el siguiente.

No hubo palabras.

Únicamente sus miradas quedaron prendidas la una de la otra.

Parecía como si una ilusión óptica hubiera atravesado las capas calientes del aire provocando la percepción de encontrar de nuevo al ser amado, aquél que un día, hacía ya más de diez años, se vieron obligados al renuncio de su presencia.

Era como si no hubiese pasado el tiempo. Una lágrima resbaló por la mejilla de Fátima y Vidal corrió a despejarla con sus dedos.

¡Cuántas preguntas se harían...! Pero la sola figura real anuló en aquel momento cualquier reproche.

Ahora, en ese instante limpio, sencillamente cupo el abrazo que motivó el calor de sus cuerpos y el pálpito de sus corazones que latían veloces, como lo hacían sus mentes al recordar como en una rauda película tanto dolor, tanto desconcierto, tanto amor arrinconado en una ventana del pasado.

—Estás viva y eso es lo único que me importa —con un tono suave, balbuceó Vidal a la oreja de Susana.

—¡Tengo tantas cosas que contarte y tanto que responderte!

—Ya lo harás... Ahora, solo abrázame.

Y así permanecieron, acurrucados el uno en el otro, mecidos en un sueño que acababa de convertirse en realidad.

Siari, que bajó del vehículo a toda prisa, rompió el momento mágico que estaban viviendo Vidal y Susana:

—Fátima, me acaban de soplar que los May May se llevarán mañana, cuando el sol aparezca por el horizonte, a Yaro y los demás niños al campo de formación para activarlos en la guerra que, inevitablemente, se está germinando.

—Tenemos que rescatar a Yaro y a sus compañeros, Vidal, las explicaciones te las daré en el viaje. —El agente acató el mandato de Susana.

Al otro lado del muro de adobe, Álex y Rocío continuaban preguntándose si ese encuentro era real o sencillamente se debía a que sus almas se habían encontrado en el más allá.

Cuando Alejandro vio a la enfermera desvanecida, su instinto de médico le hizo soltar el carro de curas y correr a comprobar su estado para ofrecerle los primeros auxilios.

Una melena rubia tapaba de forma parcial el rostro de la muchacha, que lucía en su cuello, sorpresivamente, un colgante exacto al que un día regaló a su novia. Después, todo sucedió muy rápido... Retiró el cabello hacia atrás y comprobó con inusitado asombro que la chica que mantenía entre sus brazos era sin ninguna duda Rocío, su chiqui, su amor... Y estaba viva, igual que lo estaba él.

—Rocío, despierta. —Comprobó su pulso y en ese instante la joven comenzó a reaccionar.

Sus ojos atónitos fueron el presagio de un nuevo desmayo.

Entonces él imaginó el revoltijo macabro que posiblemente hubiera vivido también ella creyéndolo muerto.

—Despierta, mi vida, soy real, tan real como tú. ¡Despierta! Y no tuvo por menos que acariciarla, besarla y acurrucarla entre sus brazos hasta que la muchacha regresó a la consciencia. Lo miró de nuevo y lloró. Lloraron los dos.

—Está ahí, ahí... tras esa pared, el destructor de mi vida; de nuestra vida... Está ahí...

—Lo sé, cariño, lo he traído yo. Pero él no ha sido consciente, aún no me ha visto.

—Mejor. —Se recostó sobre la columna de madera—. Hay que dar aviso a las autoridades españolas. Tiene mucho que contar respecto a mi hermana; y tú, bendito seas, me vas a ayudar.

—Rocío, en el exterior de este centro hay esperando una autoridad de nuestro país que te aseguro va a resolver toda esta confabulación que tiene montada ese malnacido y el porqué.

—Y quién le está prestando ayuda — apostilló pensando en sus padres; dubitativa continuó hablando—. Álex, he descubierto que Roberto es muy posible que sea hermano de Yosoy, los dos tienen idéntico angioma en la misma zona del cuerpo. No sé si esto tendrá algo que ver con todo esto que nos ha pasado.

—Ten por seguro que, si tiene alguna relación, saldrá. Intuyo que este caso está en buenas manos.

—¿Sabes si Silvio coincidió trabajando en el Cortijo con Paquita cuando tu madre era cocinera?

—Supongo que Paquita debía ser muy joven, pero creo que sí, coincidieron por la misma época.

—¿Podría ser Silvio también el padre de Yosoy?

—¿O Felipe el padre Roberto?

Un sanitario salió al patio y advirtió precipitadamente a la pareja:

—Acaban de comunicarnos desde la embajada española que en Goma hay un enfrentamiento entre las etnias Hutus y Tutsis y que es muy posible, que, en este centro, pronto corramos peligro. Hay que avisar a la doctora Granda.

Álex asió la mano de Rocío y salió al exterior en busca de Vidal.

Pero Siari, Vidal y Fátima ya estaba preparados para salir en busca de Yaro y los demás niños. Antes de ocupar el asiento delantero del todoterreno, Vidal advirtió a Alejandro.

—Álex, ocúpate de que Roberto no se despierte hasta saber qué hacer con él. Ahora vamos a la aldea de Numbi.

—Rocío —anunció la doctora—, vamos a rescatar a Yaro. Tengo que evitar por mi vida que los May May mañana se lo lleven para convertirle en un niño soldado.

—Fátima, han llamado desde la embajada y nos dicen que en este centro corremos peligro.

—Estaremos de vuelta en pocas horas, conduciendo por esos caminos Siari es un maestro. Procurad que el herido continúe bajo sedación hasta nuestro regreso. Después nos marcharemos todos. Comunícalo a los demás.

—Así lo haré. Suerte.

Llegaron a Numbi cuando la bola solar anaranjada se ocultaba tras las colinas de la aldea. Pero esta vez no avanzaron por la vía central, sino por el costado izquierdo del conglomerado de chozas. Esperarían sigilosos a que oscureciera algo más para acometer el rescate. Vidal protegería a Susana a lo largo del cañaveral que bordeaba la aldea y después vendría lo más difícil, sacar a los niños.

No fue complicado entrar en la choza por un coladero de la parte posterior. Los tres pequeños dormían, y parecía que el guardián que estaba en la puerta principal, también.

—Yaro, despierta. No hagas ruido por favor. —Lo miró con enorme ternura, jamás se perdonaría que le ocurriera algo malo a su niño, al motor de su existencia..., después despertó a los demás.

—Vengo a sacaros de aquí. ¿Confiáis en mí? —Los tres preadolescentes afirmaron con sus cabezas—. Pues seguidme.

Salieron a toda prisa hacia el cañaveral. Pero en la huida, uno de los rescatados tropezó e hizo el suficiente ruido como para despertar al vigía y que este se precipitara en dar la voz de alarma con un disparo al aire. Los persiguió por el borde del cañedo, mas la experiencia de Vidal con las armas hizo que el hombre se asustara. En la carrera también cruzó disparos que provenían de los cañizales, pese a ello, el agente fue certero y eliminó el peligro. Cuando llegaron al coche, subieron a él de manera acelerada.

—¡Vámonos, Siari!

Pero Siari se encontraba sin el más mínimo soplo de vida por culpa de una bala que le había atravesado la cabeza y Susana lloró maldiciendo a los tutsis mientras

alojaban, en la parte posterior, el cadáver de aquel hombre bueno que solo había aportado bendiciones a su vida.

El Jeep lo conduciría Susana, que bien sabía del camino tortuoso que les quedaba por recorrer.

Cuando llegaron a la llanura, Vidal comprendió que el peligro inminente había pasado y soltó a bocajarro lo que menos hubiera supuesto la cabeza de Susana.

—Yaro es tu hijo... Lo intuyo.

El corazón de Susana comenzó a latir de una manera alocada y el instinto de reflexión le hizo mirar por la ventanilla contemplando, en un sin vivir, a las estrellas que esa noche cuajaban el firmamento. Vaciló una vez más antes de contestar.

—Yaro es negro, Vidal.

—Como lo era tu padre biológico, Susana, don Ángel me lo contó no hace mucho. Por desgracia, fue cuando por primera vez tuve tu nota de socorro en mis manos. La adicción que dificultaba, por aquel entonces, mi trastocado razonamiento fue la culpable de no darme cuenta a tiempo de que estabas en peligro. Jamás me lo perdonaré, jamás... —Hizo una pausa—. ¿Yaro es...? ¿Soy su padre?

# La escalera
# 40

ALGECIRAS julio 1983

Dolores había conseguido vivir como ella siempre había soñado. Sin echar cuentas de si en el día que corría de mes había gastado de más o de menos. Relajada y sin tener que dejarse las uñas en suelos de hogares ajenos. Vivía feliz en aquella casa que el Capitán había mandado construir y que se había registrado, legalmente, a nombre de Silvio y de la misma Dolores en régimen de bienes gananciales el día posterior a su boda.

Además, y para postre de su empeño, la gracia y los gestos eróticos que Dolores fomentaba ante Diego Acebedo habían tenido consecuencia grata para ella. No la ideal, que hubiese sido tenerlo por marido y así haber podido colgarse del brazo de un doctor ante toda la purrela de familiares y conocidos. Pero al menos, lo hizo claudicar, regularmente, ante sus encantos sexuales, que, por otra parte, tenían también encandilado al cerril de Silvio, aunque este, a diferencia del médico, sintiera que esa mujer era de su propiedad desde aquel día que se casaron y se acostaron juntos.

Dolores fue el colchón en el que se tumbó boca abajo el amigo leal, pero no menos avaricioso, del Capitán. Pero Diego, no olvidemos que amaba la mar y que la nostalgia de sus atardeceres indescriptibles y el encanto de sus profundidades estaban pasando factura a su pecho, apretándolo con la posible intención de acabar con él y el mundo de falsedad en el que vivía. Después de pensárselo mucho, apostó por dar un giro de ciento ochenta grados a su impostada existencia y decidió retomar su forma de vida anterior marchándose lejos.

Entre los nuevos tergales de las sábanas que cubrían la cama de Silvio y Dolores yacían los dos. Diego, posponiendo hasta el final del éxtasis su despedida; ella, loca de placer, envuelta en el enfermizo rol de pareja, que dejaba a Silvio fuera de lugar, cuando Diego pisaba con el aplomo de la seguridad, aquella alcoba.

—Esta mañana he estado en el Cortijo.

—Como tantas otras —añadió Dolores.

—No, esta vez ha sido diferente, he ido a despedirme de Miguel... Me marcho, Dolores. No estoy seguro de qué océanos surcaré de nuevo, pero la mar me espera. No sé cómo he podido vivir tanto tiempo sin dar el protagonismo que ella merece en mi vida, esa es la verdad. Pero ya lo tengo decidido: hoy es el último día que estaremos juntos. Y no me vengas con lloros, porque te aseguro que la decisión es irrevocable.

Miró con los ojos redondos la maleta recostada en un rincón y atacada de histeria comenzó a gritarle:

—Pues entonces déjame., ¡No me toques...! ¡Vete!

—Tranquila, mujer, cálmate... —Dolores voceó aún más fuerte, como si la estuvieran matando.

—¡¡Déjame, déjame y no me toques, vete de esta casa!! ¡¡Qué me dejes!!

En ese momento Silvio entró en el dormitorio preso de ira y sin mediar palabra, golpeó con su robusto puño al médico, impulsándolo al lado opuesto de donde se hallaba. Y solo necesitó dos puñetazos más para que Diego cayera al suelo herido de muerte.

—¡Estás loco! — gritando lo expresaba Dolores.

—¡Yo estaré loco, pero tú eres una maldita puta! ... ¡Y mereces también que acabe contigo!

Cogió su cuello con esas manos potentes, y con la furia que comunicaban sus enrojecidos ojos, comenzó a apretar su cuello.

La vida se le estaba yendo a Dolores cuando un golpe seco en el cráneo de Silvio interrumpió lo que parecía que iba a ser inevitable.

El dueño de la casa también quedó tendido en el suelo, con la cabeza abierta y los párpados escondidos, como inexistentes, dentro del globo ocular.

En la mano de Roberto, el contundente reloj portugués que posaba sobre la consola barroca y dorada que custodiaba el pasillo.

Dolores tosió antes de incorporarse. El nerviosismo de sus manos delataba que no estaba para tomar decisiones en aquella situación.

—Madre, ayúdeme. Padre está muerto.

—Y Diego también... ¿Qué vamos a hacer, hijo?

—Lo primero que haremos será bajar a Diego por la escalera del garaje para llevarlo al sótano.

Dolores comprendió sus intenciones.

—A Diego no lo va a reclamar nadie... Nadie lo espera. Se iba a marchar lejos y ya se había despedido del Capitán.

—Mucho mejor, madre. Haremos que este hombre desaparezca de la faz de la tierra y nadie lo denunciará.

—Eres todavía un mocoso, pero listo como los ratones coloraos. Y con tu padre, ¿qué haremos?

—Déjelo de mi cuenta, madre. —Bajaron el cuerpo de Diego por la escalera, atravesaron el garaje, salieron al patio, y Roberto, fatigado por cargar todo el peso del arrastre en su pierna izquierda pidió descansar—. Lo enterraremos en el agujero que hizo padre para la niña.

—¡La niña! ¿Quién se va a encargar ahora de la tarea pesada de Alba cuando se ponga agresiva?

—No sé, madre, quizá el Capitán me encargue a mí, no se me ocurre otra cosa.

—El sabrá lo que hay que hacer. Aquí abajo está su hija como si estuviera muerta. Eso sí, pero sigue comiendo, respirando y hay que atenderla hasta que llegue, de manera espontánea, su fin. Fue lo que acordó el Capitán con nosotros, y que dure mucho y nos llene hasta reventar los bolsillos... Pero ahora tu padre está allá arriba, hecho fiambre porque lo has matado tú, una complicación con la que no contaba. Eres un malnacido.

—Le he dicho que algo se me ha de ocurrir, madre. Ahora vamos a dar sepultura a Diego.

En el sótano apenas la cama, una mesita de noche, la mesa de despacho y la librería sin un hueco para meter ningún libro más. Alba estaba dormida. Como

cada mañana en el desayuno, Dolores le había administrado el medicamento que años atrás le había recetado Diego. Alba necesitaba de sosiego, porque la agresividad que mostraba hacía lastimar su cuerpo y ante todo su frente, la que golpeaba repetidamente para así descargar la adrenalina incontrolada que se hallaba en ese cerebro perdido.

Bajó la palanca escondida tras el libro clave y la madera cedió rechinando.

—Madre, tiene que engrasarla.

—Lo que tú me digas, hijo. ¿Y ahora qué es lo que vamos a hacer?

—Pues echarle al agujero. Y déjese de lloros, madre, que aún nos queda mucho por delante.

—¿Vamos a enterrar a tu padre aquí también?

—Madre, ¡maldita sea!, padre ha muerto de manera accidental.

—No, padre ha muerto porque lo has matado tú.

—Ya, madre, pero eso es lo que diremos.

—¿Al Capitán también?

—Calle, madre, y haga lo que le digo... Ahora suba a su cuarto, recoja la maleta y todos los enseres de Diego y tráigalos... ¡Vamos, más aire!

—Ya voy. Vino en taxi.

—No tenía coche, es como venía siempre, ¿no?... Más ligera, madre.

Sepultaron a Diego con todas sus cosas y aplastaron de manera rápida la tierra.

—Madre, cuando pasen unos días entraremos y cavaremos otra fosa por si Alba muriera de un repente.

—¿Y podré poner unas flores en la tumba de Diego?

—Pondrá lo que quiera... Y ahora vamos a subir al dormitorio.

Afortunadamente, para ellos, la herida mortal que acabó con la vida de Diego no era abierta, con lo cual una cosa menos que había que limpiar.

Pero la brecha que se abría de lado a lado de la cabeza de Silvio, no era precisamente hermética y tenía empapada en sangre la alfombra que estaba a los pies de la cama.

—Ayúdeme madre. Y arrastraron el cuerpo envuelto en la alfombra hasta el principio de la escalera del garaje que se encontraba a un metro escaso de la puerta del dormitorio.

—Y ahora vamos a tirarlo.

—¿Le sacamos de la alfombra?

—No, madre, con la alfombra. Cuando esté a los pies de la escalera se la quitamos y luego le diré todo lo que tiene usted que contar.

—Como tú digas, hijo.

Allí quedó Silvio, inerte como un muñeco roto al final del último escalón.

—Tiene que llamar al Capitán, madre, y dígale que padre ha sufrido un accidente. Yo, mientras tanto, enterraré la alfombra.

No había pasado un cuarto de hora cuando Miguel ya estaba allí, ante el cadáver de su asistente.

—Don Miguel, le llamé a usted primero porque ya sabe que en estos casos suele venir la policía. Alba ahora mismo está sedada, pero está donde está, y por miedo a levantar sospechas he preferido llamarle a usted antes.

—Bien hecho, Dolores. Adminístrale ahora, cuando yo me vaya, un par de grajeas; para así asegurarnos... —Quedó mirando la balaustrada de madera que llegaba hasta sus pies—. Silvio era un hombre grande y la escalera es estrecha. ¿Cómo puede ser que al caer no haya roto, o al menos, que quedara movido alguno de sus balaustres? Explícamelo, Dolores...

Dolores quedó sobrecogida y comenzó a ponerse nerviosa.

—Dolores, te conozco, tú me estás ocultando algo.

—Fue el niño, Capitán, fue el niño... Silvio me estaba pegando y él me defendió.

Roberto estaba tras el coche de su madre y desde que llegara el Capitán no había abierto la boca.

—¿Esto lo has hecho tú? —Rojo de ira se dirigió a él—. ¡¡Contesta!!

—Me vi forzado.

—Te viste forzado... ¡¿Y ahora quién va a cuidar de Alba?!

—Si hace falta lo haré yo.

El Capitán tocó su barbilla con dos de sus dedos y cabizbajo caminó unos pasos intentando pensar.

—Cuidaré de Alba mejor que mi padre lo hacía.

—¡Cállate!

—Haremos lo que usted nos diga Capitán. —Apostilló la mujer.

—De momento, no toquéis nada y llama a una ambulancia, Dolores... Ya me encargaré yo de sacaros del barrizal en el que os habéis metido.

No había pasado mucho tiempo cuando las sirenas de la policía ensordecieron el barrio en el que estaba ubicada la casa.

Susana estaba metiendo en una bolsita dos muestras de fibra que estaban adheridas al cuerpo del difunto y Luki hacía fotos cuando el comisario Luis Vidal entró por la puerta. No traía buen aspecto Vidal. Todos los allí presentes le conocían e intuían que el jefe no estaba pasando por buen momento, pero Susana lo sabía de primera mano. Sabía también que en los tres días que llevaban sin cruzar palabra, él había incrementado su ingesta de alcohol y un invisible límite estaba a punto de hacerle saltar por los aires.

Con todo, ella también lo estaba pasando mal. Por un lado, el descubrimiento de no ser hija natural de sus padres, que la dañó enormemente. No por el hecho de descubrir una mentira tan vital, sino por el sinsentido ocultamiento después de tantos años. Y por otro lado estaba Vidal, el hombre a quien amaba, arrastrando un problema que él no veía y que acabaría explotándole en la cara cargándose su reputación e incluso hasta su propia vida.

En estos tres días, Susana había recapacitado y estaba dispuesta a entenderse con sus padres, que era lo que más quería en el mundo, además de intentar por enésima vez que su novio tomara conciencia de que necesitaba ayuda.

Aspiró profundo cuando le vio llegar y tomarse a la ligera el caso.

Estaba cargado de alcohol, y quizá fuera más evidente que nunca. Vidal miró a Susana, arrogante, ajeno a sus pensamientos, y salió de la casa poco menos que finiquitando el caso.

No era él.

# El caballo azul
# 41

Al día siguiente, después de haber viajado a La Línea de la Concepción con la intención de valorar el tiovivo de segunda mano y Marcelo no aprobarlo por el tema del parné subido de tono, Emilia y el argentino viajaron hasta Matalascañas por el consejo de un feriante amigo de Marcelo, que sabía de ese tipo de mercado.

El que Paquita también viajara en la tartana no evitó que los arrumacos que se profesaba la pareja despejaran duda alguna de que entre ellos había nacido un sentimiento de ternura que los había incrustado dentro de una burbuja, en la que solo se respiraba el deseo lindo de un amor ilusionante. Marcelo cogía la mano de Emilia y ella se dejaba llevar sintiendo un rubor caluroso como jamás había experimentado. Bien había sabido aquel hombre de maneras finas entrar en su vida como un tsunami de emoción, que cosquilleaba su estómago cada vez que rozaba su piel.

Paquita les observaba desde el asiento de atrás, engullida en unos pensamientos que nada tenían que ver con la posible compra del carrusel que Emilia quería poner a disposición de su querido hijo.

Su mente retornó al pasado, cuando Felipe y ella eran una pareja sencilla, sin más pretensiones que casarse y formar una gran familia. Pero una sombra tan inesperada como espesa irrumpió en sus vidas taponando el discurrir del amor puro que mantenían desde su más inocente adolescencia. Todo se quebró. Todo, menos la avaricia de Felipe y el saber estar de una mujer ingenua y bondadosa como la bella Paquita.

—Ya hemos llegado. En esa nave seguro que se encierra el tesoro de los sueños de tu hijo.

—Eso esperemos, Marcelo, a ver si esta vez crees oportuno llegar a un entendimiento.

—Ya verá *vos* que sí. Este hombre se jubiló sin descendencia y seguro que será el momento de sacarle rentabilidad a ese material que, de no ser así, acabará oxidado en esa cochera.

Allí estaba: desarmado hasta la más mínima reducción. Los cachivaches de metal dorado por un lado y los caballos de madera por otro. Todo en una correcta conservación por un hombre que amaba su oficio, como lo hacía Marcelo.

Emilia buscó el único requisito que le había exigido Blasito. Estaba medio oculto entre la lona plastificada que cubría parte de la madera inanimada. Se acercó a él y tocó con sumo cuidado su melena inmóvil, y acarició desde dentro el paralizado relinche del caballo.

Un caballo azul... tan azul como el azul del cielo.

# El fruto dulce de la paciencia
# 42

Noviembre 1993

La pasión entre Catalina y Julián iba en aumento. Retozaban a todas horas del día y parte de la noche ahora que en noviembre la oscuridad llegaba antes del cierre de sus respectivos negocios. Felipe paseaba por la calle Ancha, despreocupado y con un pitillo en la boca, pero sin distanciarse mucho de la entrada a la floristería por si doña Catalina requería de sus servicios. Si bien, de un tiempo a esta parte eso no pasaba. Antes sí, antes, cuando la señora salía de la iglesia de la Palma aún con las sombras alargadas y la atmósfera transparente, paraba poco en su despacho. A eso de media mañana le gustaba atender a la clientela, otras veces se la veía trajinar en la trastienda armando ramos o centros con las flores más hermosas. Felipe la contemplaba, solícita tras la luna del escaparate, y apostaba cuanto tardaría en subir a por su bolso para pedirle, a continuación, que la acercara a la bella ermita blanca de Nuestra Señora de los Milagros para así continuar con la novena que tenía pendiente o visitar al Santísimo en cualquier lugar santo, aunque se localizara a varios kilómetros a la redonda.

Mucho había cambiado doña Catalina últimamente. Ahora no salía de su despacho para nada y a pesar de ello, se la veía resplandeciente, feliz y hermosa, con un punto en su mirada que jamás Felipe le había conocido, y eso que solo hacía unos meses que había enterrado a su hija, víctima de una muerte violenta, según decían.

Ajena a las elucubraciones sobre ella, Catalina disfrutaba como nunca lo había hecho del sexo. Julián dominaba la materia de las relaciones carnales aprendida a través de la experiencia con mujeres de sabiduría profesional y eso, claro, da mucho arte para luego lucirse. El caso es que Catalina estaba loca de amor y borracha del sexo, que durante su vida de casada jamás disfrutó.

—Cata, respecto a lo que acordamos el otro día, deberás tener paciencia. Aunque pronto te facilitaré el producto que habrás de utilizar con muchísima mesura para no levantar sospechas. Ya te advierto que el resultado acabará siendo exitoso, pero en un periodo de tiempo más lento de lo que desearíamos, amor. Por eso te repito, cariño mío, que lo único que has de tener es paciencia... Por algo se dice que la paciencia es un árbol de raíz amarga, pero de frutos muy dulces.

—Como tú de dulce— añadió Catalina—. El regalo a mi paciencia será tu fruto.

# Salvar a Yaro
# 43

—Te contaré quién es el padre, pero ahora no es el momento.

Vidal frunció el ceño y Susana aceleró aún más la huida.

No era el momento no. Ahora tenía que apañárselas para sacar a todos de allí con vida. Y según se estaban precipitando los acontecimientos, la tarea se presentaba ardua. Sabía que los guardianes de los niños les perseguirían hasta dar con ellos, algo nada difícil, ya que habrían reconocido el coche de la doctora y a su conductor, Siari, al que asesinaron de un tiro en la sien y que ahora Susana se empeñaba en dar sepultura.

—Susana, que tus compañeros te ayuden a cavar la fosa en tanto me pongo al habla con la embajada española.

Eso hicieron.

La embajada ya estaba sobre aviso, pero Vidal hizo una petición más. Además del helicóptero de evacuación para todo el personal, exigió también, otro medicalizado para trasladar al convaleciente.

En el aparato de aerotransporte sanitario viajarían el enfermero jefe y los demás compañeros que tenían la orden de evitar a toda costa que el paciente se sintiera vigilado.

Y en el segundo helicóptero, junto a él, se trasladarían Susana, Álex, Yaro y los otros dos niños.

Alejandro entró con una enfermera en el despacho de Susana cuando Vidal acababa de colgar el teléfono.

—Vidal, sé que es difícil de creer, pero necesitas saber a quién he encontrado en este rincón del planeta.

La chica se adelantó.

—Soy Rocío Escusa de Arnús y no, no soy ningún fantasma. Estoy viva, como puedes comprobar.

Vidal pensó que, a pesar de su experiencia, este caso era el más rocambolesco de todos a los que se había enfrentado y eso que, recordando, los había sufrido harto complejos. Los ojos se le fueron al antebrazo de la chica y pudo corroborar que en él había un pequeño corazón tatuado con la letra A en el centro. Echó de menos en aquel momento a su superior y gran amigo Néstor, que le disuadió de la remota posibilidad de que el cadáver encontrado en la playa de Getares, a pesar de ser reconocido por el padre, no perteneciera a Rocío.

Afortunadamente, Vidal, cuando tuvo la oportunidad, se pasó por el forro la prohibición de husmear en la casa de Roberto y por ese motivo era por lo que se habían precipitado los acontecimientos, comenzando a desembrollarse la madeja que unificaba incluso un caso cerrado hacía más de diez años.

Entonces, ¿qué cadáver era el que se encontraba en una de las urnas superiores que encuadraban el mausoleo fundado por el abuelo de Rocío?

—El cadáver que se encontró en la playa era el de mi hermana gemela Alba... Sí. Ella no murió en el año setenta y nueve ni, por consiguiente, depositada en la sepultura que está enclaustrada en el panteón al que tantas veces fui a orar. Alba estaba enterrada en vida en el sótano de la casa de Dolores y Roberto, y yo lo descubrí por sorpresa una tarde que había quedado con Álex en el acantilado de La Torre del Centenario, próximo a su casa. Y logré sacarla de allí antes de que Roberto me ejecutara. Nos persiguió durante la noche entera, pero no logró dar con nosotras que, por azar, embarcamos en un carguero como polizones. Por avatares, y para mi desgracia, la mar engulló a Alba, que según me cuenta Álex, fue el cuerpo que apareció sin vida en la playa.

Entonces Vidal se preguntó: «¿Qué cuerpo sería el que estaba enterrado con el nombre de Alba?».

—Rocío, tú eras muy pequeña cuando, ficticiamente, tu hermana murió, pero ¿recuerdas si llegaste a ver el cadáver?

—Alba sufrió un accidente que le produjo una discapacidad psíquica de la que parecía imposible una recuperación y según me explicaron, fue la causa de su fallecimiento... —Vidal y Álex escuchaban atentamente—. Recuerdo ver en

conversación a mi padre, al doctor Acevedo y a Silvio, su chófer. Mi madre también estaba allí, en la antesala de la biblioteca del Cortijo, enlutada y sentada frente al féretro. Yo venía de la mano de Carmela y obedecí las órdenes de mi padre, me acerqué a dar un último beso a mi hermana, pero el ataúd estaba cerrado. No, no llegué a verla sin vida.

Vidal no tuvo por menos que recordar el viaje relámpago que hizo a Barcelona, la cuna del Capitán, según rezaba en su carnet de identidad, y los datos tan interesantes que sobre él le contó el tendero.

Miguel Escusa de Arnus era, de todas todas, hijo de un nazi refugiado en España al cobijo de la dictadura franquista. Algo que no encajaba para nada con la idea de tener una descendiente con las capacidades intelectuales disminuidas. Motivo que le hizo elucubrar un encierro de por vida para su hija discapacitada a consecuencia de aquel terrible accidente.

Y por lo que contaba Rocío: Diego Acevedo, doña Catalina y Silvio estaban en el ajo.

Silvio, el asistente y chófer, fue el que debió de encargarse de los cuidados de Alba hasta que este murió, precisamente, al final de aquella escalera que daba al garaje. Aquel día en el que se me ocurrió inspeccionar la casa, descubrí también la trastienda de la biblioteca del sótano con regalo dentro: un par de tumbas, y de paso, vine a recordar aquella época terrible, en la que sucumbí a la bebida coincidiendo con la marcha de Susana. Lo que también me llevó a pensar que ese tipo de casualidades hay que investigarlas hasta el fondo.

—Rápido —advirtió Susana cuando entró a su despacho—. Ya ha despegado el helicóptero medicalizado con el paciente y el otro nos espera fuera. Voy a buscar a los niños, hay que salir cuanto antes de aquí, los tutsis deben estar al acecho.

Salieron precipitadamente, pero la policía tutsi, orquestada por Mobutu, ya estaba en las inmediaciones del centro Kinwaka.

En el aparato entró a toda prisa Rocío, seguida de Alejandro. Vidal se rezagó en busca de los niños y de Susana, que parecían tener complicaciones de última hora. Al fin se presentaron y el agente les cubrió de los disparos que iban dirigidos a ellos.

Ya en marcha, con las aspas girando a punto de despegue, Alejandro tiró del brazo de un niño... del otro... de Susana que llevaba de la mano a su hijo...

En ese momento una bala hirió a Yaro, que inmediatamente fue evacuado por Vidal; el último que logró introducirse en el helicóptero.

Ya parecía que todos estaban a salvo, pero un disparo de última hora, dio al traste con el éxito rotundo de la operación.

—¡Oh Dios mío!, hijo, no me dejes, te necesito a mi lado.

Susana miró aterrada sus manos manchadas de la sangre de Yaro y dentro del desconcierto que se creó en la parte posterior de la cabina, hubo una cierta incomprensión al escuchar la frase tan salida del alma que había pronunciado la doctora.

Alarmados, se precipitaron en encontrar la herida que le había provocado la bala al muchacho, rasgando su desgastada camiseta y despojándole del mugriento pantalón corto que tapaba su nalga. El proyectil, afortunadamente, solo había tocado su epidermis. Pero el horror se había apoderado de Yaro, que solo sabía expresarlo manteniendo sus ojos enormes en extremo abiertos.

Susana intentaba mantener su excitación a raya ante tanta confusión y tras hacer jirones su bata, improvisó vendas con las que taponó la herida.

Entonces fue cuando Rocío lo vio.

Estaba ahí, muy cerca de la cadera.

Un angioma similar al que un día descubrió en Yosoy e idéntico al que la dejó atónita en el cuerpo de Roberto. Un angioma con forma de puerta.

No entendía nada.

¿Cómo podía ser que un antojo exacto estuviera en las pieles de personas que aparentemente no tenían nada que ver?

Un rectángulo que simulaba una puerta blanca y un lunar a su izquierda que parecía ejercer de pomo.

Era asombroso.

Entonces reaccionó:

—Yaro tiene un angioma idéntico al de Roberto y al de Yosoy, una joven que también vive en Algeciras. Entonces miró a Vidal por si él tuviera una respuesta.

—Creo que si alguien tiene algo que objetar es Susana.

—¿Susana? ... ¿No te llamas Fátima? —Rocío, continuaba sin comprender nada.

—En realidad, mi nombre es Susana Soto. —Sus ojos mostraron una pátina acuosa—. Pero me vi forzada a cambiarlo para preservar mi vida en este país, del que no me podía marchar porque en la aldea de Numbi, vivía un pedazo de mi existencia.

**1983**

El día caluroso de aquel mes de julio había sido complicado para Susana Soto, la doctora encargada del laboratorio de criminología. Por la noche no había pegado ojo debido a la tensión acumulada que arrastraba desde el momento en que descubrió que sus queridos padres no lo eran realmente. Queridos, sí; pero biológicos, no. Se encontró en un abrir y cerrar de ojos sin una identidad, sin una genealogía que la hizo sentir tremendamente desvalida. Y para postre estaba él, Vidal, el hombre con el que había pensado compartir su vida perdido ante ella, comenzando a tirar por la borda todo el bagaje y el prestigio que le había llevado a ser unos de los inspectores más reconocidos del Cuerpo Nacional de Policía.

Esa noche, con las luces de guardia iluminando los interiores de la comisaría, Susana estaba inmersa en el informe forense que presentaría a Vidal a la mañana siguiente.

La autopsia del finado había despejado la seguridad de que el hombre no había muerto accidentalmente por un golpe mortal que hubiera podido recibir al caer rodando por la escalera.

Se había encontrado una esquirla dorada dentro del cráneo abierto de Silvio, el dueño de la casa, además de unas minúsculas fibras adheridas a su camiseta, compatibles con la lana sintética de las alfombras, por otro lado, ausentes en la vivienda.

Había que hacer una segunda visita a la casa y buscar el cuerpo del delito. Posiblemente, algo contundente y revestido en oro. Y pedir cuentas a la persona que denunció el caso.

Estaba a punto de firmar el informe cuando una sombra la hizo mirar hacia arriba. Allí estaba el Capitán, frente a ella. No entendía cuál sería la ayuda que podría ofrecerle a esas horas de la noche, pero no le dio tiempo a reaccionar.

Miguel le arrebató el dictamen y en un segundo pareció haber leído la conclusión.

No hubo intercambio de frases.

Solamente él habló.

—Redacta un informe en el que la muerte de Silvio se evidencie accidental. —Susana quiso huir, pero el Capitán se lo impidió sencillamente apuntándola con un revólver. Ella se sentó de nuevo y obedeció al hombre—. Buena chica...

Ahora vas a escribir una nota para tus padres.

Comienza:

*«Papá, mamá: me marcho.*

*Sé que no voy a poder evitar haceros daño, pero no se me ocurre otra manera de encontrarme a mí misma.*

*Sería un acto de amor por vuestra parte que comprendierais la necesidad que tengo de estar sola.*

*Sabré solucionarme la vida.*

*No me busquéis.*

*Quizá en un tiempo me ponga en contacto con vosotros.*

*Os quiero.»*

—Fírmala.

Y Susana la firmó con los mismos trazos de siempre.

—Métela en un sobre. Se la haré llegar a tus padres... Por cierto, quiero advertirte que ellos están vigilados desde el minuto cero que yo puse los pies en esta comisaría. No querrás que sufran accidente alguno, ¿verdad? Pues todo depende de ti, de cómo te portes. —Miguel miró embelesado el rostro de Susana —. ¿Sabes que eres una mujer muy hermosa? Tan hermosa que voy a permitirme conocerte un poco más. Vamos a salir de aquí los dos juntos, daremos las buenas noches a los vigilantes, montarás con agrado en tu coche y yo te acompañaré. No olvides que seguiré apuntándote con un revolver.

Cuando llegaron al helipuerto de El Gran Cortijo ya estaba Braulio, el piloto, esperando para sugerir a su jefe:

—Capitán, no es conveniente que salgamos a alta mar en noche cerrada. Es mejor que esperemos a estar entre dos luces para llegar al hangar y así el aparato pasará más desapercibido.

—Quizá sea lo más apropiado, Braulio. —Echó una larga mirada a la caseta del guarda que llevaba en desuso muchos años—. Vamos, ayúdame a inmovilizar a esta fierecilla para que incordie lo menos posible en el proyecto que se me está ocurriendo.

En ese lugar olvidado pasaron seis largas horas. Las horas más terroríficas en la vida de Susana.

A placer, el Capitán, con los ojos salidos de las órbitas, poseyó con la inmundicia de un ser depravado a la mujer impotente en su fuerza, extenuada por los grilletes que rodeaban sus muñecas y embargada por el temor a una muerte que se anunciaba próxima. Según había entendido, al amanecer empujarían su cuerpo al abismo de un mar abierto cuando el sórdido verdugo lo decidiera.

Perdió la consciencia. Y cuando reaccionó enfocada por la luz de un sol naciente, ya estaba maniatada en una de las barras que sujetaban uno de los asientos de la avioneta.

—Braulio, dispone donde repostar porque nos vamos a Zaire.

Miguel valoraba mucho la belleza física en una mujer y Susana era hermosa como una esfinge racial y poderosa. Sus ojos oscuros, las facciones perfectas y su piel canela, inevitablemente, encendieron la indecente y malentendida pasión que Miguel comenzó a sentir por ella.

A la altura de aquellos años, el Capitán ya tenía bien asentado el negocio del diamante, patrocinado por la complacencia del cuñado del dictador Mobutu desde mil novecientos setenta y uno, justo el año en el que nacieron las nietas del acaudalado naviero Mateo Santoporto.

A Miguel Escusa de Arnus le habían urdido en su día, y a la perfección, la red de protección con la que podía moverse por Zaire. En conversaciones con Dadi Bolozi José, su protector, supo que éste había puesto a su servicio agentes

policiales que obedecerían sus órdenes nada más pusiera un pie en aquel país de vulnerabilidad suprema y máxima riqueza geológica.

Un par de jeep y sicarios del régimen colocó el mandatario a disposición del Capitán al minuto de que la aeronave tocara tierra. Entonces, las órdenes se dirigieron al jefe de los guardaespaldas:

—Necesito encontrar un lugar tranquilo para que esta mujer quede custodiada día y noche.

Y así fue como durante unos meses estuvo Susana, bajo el rapto de ese ser diabólico que de forma regular la agredía sexualmente, hasta que su vientre quedó en estado de preñez.

—Vas a tener un hijo mío, hija de puta, me lo llevaré y nunca más volverás a saber de él... Qué digo... Si para cuando el bebé nazca te quedarán horas de vida. ¡Ah!, y procura que sea varón, que necesito un hombre para perpetuar mi apellido. Y rio de una manera extraña, como pudiera ser que el maligno manifieste su alegría.

Todo estaba preparado para el parto.

Supuso Susana que aquellos dos hombres de bata blanca eran los doctores que atenderían su alumbramiento, que por otro lado y a pesar de las circunstancias, venía sin ningún tipo de complicación.

El Capitán esperaba en el soportal de la cabaña a que los gritos de la mujer cesaran y el llanto enérgico de un bebé los sustituyera. Y así fue como sucedió cuando los primeros rayos de luz tocaron los secos ramajes de la techumbre.

—¡Un varón, ha sido un varón!

Miguel pensó en Catalina y en su vientre abultado gracias al miraguano de un cojín de dimensiones ajustadas para dar el pego. También en las visitas ficticias a un ginecólogo de Málaga y en el acuerdo económico alcanzado con el prestigioso director de una casa cuna que se localizaba en esa misma ciudad.

Todo estaba dispuesto para el inminente recibimiento del nuevo miembro de la familia Escusa de Arnus y Santoporto.

—¡Un varón, por fin, gracias a Dios, un varón!

Retiró la cortina y sus ojos azules quedaron espantados del horror que sintió en su fuero interno cuando tuvo la carita del bebé a un metro de distancia.

—¡¡Es negro!! ¡¡Este bebé es negro!! Es imposible que sea mi hijo. ¡Puta, has consentido que algún negro de mierda te monte! —Los presentes callaban—. Necesito saber quién ha sido para volarle, aquí y ahora, esa mollera negra. —El silencio acaparó el habitáculo—. ¡Si no me lo decís, ya me encargaré de que os corten la cabeza a todos! Traidores, hijos de Satanás. ¡Moriréis, tened por seguro que moriréis! —Y destrozó, apoyado en su furia, todo lo que estaba mínimamente conservado en la choza.

—¡Tú... y tú! —Señaló al hombre al que habían expropiado la cabaña y a uno de los sicarios que acompañaba siempre al Capitán—. Llevad a la mujer y a este bastardo fuera de aquí, y cuando estéis próximos a la selva, os deshacéis de ellos.

Los hombres obedecieron, y el esbirro, un hombre de complexión fuerte dirigió el todoterreno por el camino verde que prometía árboles gigantes y plantas frondosas.

No tardaron en llegar a un pequeño claro en el que la luz se deslizaba como cristales punzantes hasta romperse en el sendero, o en las hojas enormes o en los troncos y ramas. La humedad era asfixiante, y el sonido cargado de notas en tesitura aguda, saltarín e intermitente, como el trinar de pájaros de bello plumaje; y también graves, que descubrían sin ser vistos anfibios, reptiles... y el agitar de las alas de molestos insectos que pululaban alrededor.

Allí, sobre la base de una palmera de aceite, dejó el secuaz del Capitán, desmadejada, impotente y sangrante, a la mujer que debía quitar la vida. Un disparo y listo... Después ejecutaría al bebé que, insistentemente, lloraba en los brazos del hombre, nativo de la zona, al que expropiaron la cabaña en tanto que los militares de estado pudieran necesitarla.

Sacó su arma y quiso apuntar a la cabeza de Susana, pero el disparo voló al aire y fue secuenciado por una mezcolanza de graznidos acechados de peligro.

El hombre fuerte miró espantado a su costado. El filo de un machete había atravesado la parte blanda de su cuerpo y su aguda punta parecía haber alcanzado el hígado.

El hombrecillo que cobijaba en sus brazos al bebé, extrajo el cuchillo y se lo clavó de nuevo en la boca del estómago. Cuando el hombre fuerte cayó al suelo, la hoja afilada del arma sesgó su yugular.

—Mujer, no puedo llevarte a la aldea. Eres blanca y levantarías sospechas, pero me llevaré al bebé y lo dejaré en buenas manos para que lo cuiden. Numbi está al norte de la vaguada de esta colina en la que nos encontramos. —Señaló en esa dirección—. Antes de que anochezca regresaré y traeré comida y agua.

Los ojos de Susana, enrojecidos de tanto dolor, se cerraron lentamente, asintiendo, y con un hilito de voz le dio al hombrecillo las gracias.

No habían pasado cinco horas cuando el nativo apareció de nuevo ante el desvencijado cuerpo de Susana.

Le dio de comer una especie de puches de color marrón y la chica bebió agua del interior de un cuerno trabajado como si fuese una cantimplora.

—Tu hijo quedó en buenas manos, mujer. Lo dejé en la choza de la hija de un amigo y su esposo. Ella está seca por dentro, pero la providencia ha sabido recompensarla con un hijo caído del cielo. Ha sido bien recibido. Pero no sé qué hacer contigo, mujer. Yo no sé manejar ese trasto con ruedas para llevarte a un lugar santo.

—¿Cómo te llamas?

—Siari.

—Siari, ¿a qué lugar me llevarías?

—Al centro Kinwaca que está dirigido por monjas. Son Las Hijas de la Resurrección y atienden a mujeres y niñas violadas que no tienen familia ni ningún tipo de recurso. Está a dos horas de aquí.

—Conduciré yo, Siari. Pero antes quiero ir a la aldea a por mi niño.

Eso ya no es posible. Está en manos de otra mujer que le cuidará como propio y tú tienes que pensar en salvar tu vida.

—Pero yo necesito recuperar a mi hijo...

—El centro al que te llevaré es religioso, pero está de manera silenciosa vigilado por los paramilitares. ¿Qué pasaría si acude una mujer blanca recién parida con un niño negro entre sus brazos? Pronto lo sabría ese hombre del color de la paja y entonces ya no tendrías ninguna posibilidad de sobrevivir. Y a mí me empalarían como hacen con los traidores. —El dolor de Susana se multiplicó y rompió a llorar—. Lo primero es salvar tu vida y de paso salvarás la de tu hijo y la mía. —Siari hizo una pausa—. Mujer, necesitas una identidad nueva para salir

adelante y yo conozco a un hombre que podía facilitártela. Me pondré en contacto con él en cuanto lleguemos al centro Kinwaca. Y respecto a tu hijo, no preocuparse, ya encontraremos la forma de que vuelvas a verle.

Confía en mí.

Estas fueron las últimas palabras del relato de Susana que los tres escucharon con el alma encogida. Solo el grave sonido del motor de la aeronave acompañó el compendio de un doloroso silencio.

—Yaro, Roberto y Yosoy son hijos del mismo hombre, de eso parece no haber ninguna duda —con contundencia afirmó Vidal y miró a Rocío, que seguía sin dar crédito.

—Hasta este momento —balbució la joven—, he estado pensando que Yosoy era hija de Silvio, pero narrados los hechos ya sabemos todos quién fue el hombre que engendró a los tres.

—El Capitán Miguel Escusa de Arnus, tu padre, Rocío... Y si quieres, te cuento por qué al menos Roberto y Yaro no forman parte de tu familia: Porque Roberto nació con una discapacidad física y Yaro es negro, ya que por sus venas también corre la sangre de su abuelo materno.

Alejandro apostilló:

—Y Yosoy vino al mundo con el síndrome de Down.

—Aún más claro, Rocío... Ahora que recuerdo... —irónicamente, puntualizó Vidal—; este año ha sido la sexta vez que la Asociación de Síndrome de Down ha obtenido el cheque de la Fundación del Capitán, curioso... Y por lo que veo, todo encaja con su pasado nazi... Rocío, entraré en detalle y te mostraré los hechos cuando lleguemos a Algeciras. Todos sabemos que la raza aria, a la que pertenece el Capitán, era el orgullo de los seguidores de Hitler y esto significaba que no podían permitirse tener descendientes que ellos sintieran imperfectos, de ahí que renunciara a poner en los brazos de doña Catalina a Roberto, después a Yosoy y pasados diez años a Yaro. No obstante, tú y Alba nacisteis sanas, bellas y con un gran parecido a vuestro padre, pero todo se torció el día que Alba sufrió el accidente que la dejó discapacitada mental. Entonces, en combinación con Silvio, Dolores y el doctor Diego Acebedo, trazó un plan; enterrar a la niña en vida. Pero un día lo descubriste por casualidad y de ahí todo lo sucedido.

—Pero Alba y yo nacimos un par de meses después que Yosoy, y es complicado pensar que mi padre dejara a dos mujeres encinta casi a la vez con ese fin, porque el embarazo es de nueve meses.

—También podría haber sucedido que por sorpresa tu madre quedara embarazada de gemelas y ya no necesitara robarle el hijo a otra mujer. Pero eso se puede demostrar, y no sería necesario acudir al mejor ginecólogo para que certifique si el cuerpo de doña Catalina ha parido alguna vez o no.

—Pero yo no puedo creer que mi madre...

Susana posó su mano sobre la de Rocío.

—Es muy duro escuchar que posiblemente tu madre biológica no lo sea realmente. Por eso tienes que mantener vivo el recuerdo del amor que te ha dado durante todos estos años. Ese sentimiento de cariño hacia ella seguro que te ayudará a perdonarla. —Rebobinando los recuerdos, Rocío fue incapaz de encontrar un momento de ternura al lado de su madre, quedó cabizbaja, y en el comprometido silencio, los ojos de Susana se llenaron de lágrimas—. ¿Vidal, mi madre vive?

—Tu madre y tu padre. Los dos están bien, y esperando noticias tuyas desde el primer día que desapareciste.

—Tenía tanto miedo de que el Capitán cumpliera sus amenazas que preferí no dar señales de vida, a pesar de que esa opción lastimara lo más profundo de mi alma.

—Pues podrás abrazarlos en breve y Yaro, su nieto, también. —Clavó sus pupilas en los ojos húmedos de Susana—. Ya no has de tener miedo, el Capitán está vigilado y a tus padres se les ha puesto protección.

# El regalo
# 44

Era una mañana más en la que Blasito cumplía con el deber de adecentar y relucir el suelo de la estación de autobuses en la que trabajaba. Y entre relucir y frotar, poco podía imaginar el chiquillo la grata sorpresa que le esperaba en la huerta de su casa cuando la jornada laboral terminase.

Al poco de salir el muchacho hacia el trabajo, Marcelo llegó con su camión cargado con el regalo más sorprendente que nunca hubiera imaginado. Entonces, Emilia abrió de par en par la destartalada puerta metálica que separaba el camino de la huerta privada en la que se encontraba la casa.

Desde el asiento del conductor, el argentino hizo un guiño de complicidad a la mujer y ella, emocionada, le correspondió lanzando un beso soplado al aire. Marcelo ya conocía de sobra el sendero por donde debería dirigir la camioneta para ocultarse tras la humilde vivienda. Pero, aun así, Emilia se esforzaba con ademanes en indicarle el camino. Algunos lomos que forman las eras donde estaban plantadas las hortalizas, quedaron marcados por el dibujo de los neumáticos del camión, mas, era tal la alegría de la mujer, que por su boca brotó una expresión de tolerancia.

Marcelo ya había tenido oportunidad de conocer los exteriores de la vivienda, también los interiores, al abuelo, sentarse en el sillón mágico y entrar en la alcoba de su dama. Y Marcelo comenzó a ser el hombre en la vida de Emilia aquel día en el que sus potentes brazos la empotraron, entre la coqueta y el armario, como nunca en la vida ella hubiera soñado.

Los terribles acontecimientos de su vida allá en la Argentina habían convertido a Marcelo en un hombre triste que deambulaba por la vida con el único fin de sobrevivir. Sin embargo, cuando conoció a Emilia y supo de su corazón puro,

admitió complacido que su amor era un amor verdadero y que él estaba dispuesto a ofrecérselo siempre que ella lo quisiera.

# CUARTA PARTE

# El retorno
# 45

Dolores cacharreaba en la cocina preparando las tostadas con aceite y el zumo de naranja que su hijo estaba habituado a tomar nada más abrir los ojos. La tarde anterior el helicóptero tomó tierra en la explanada abierta al mar a pocos metros de la casa y los sanitarios acompañaron a Roberto hasta el interior para informarle de las pautas que debería seguir. No había llegado a tener fiebre, pero debía mantener un tratamiento con analgésicos en caso de que tuviera dolor, además de guardar reposo en el domicilio hasta que un doctor fuera a visitarle.

Nada hacía sospechar a Roberto y Dolores que la casa estuviera fuertemente vigilada por todos los puntos cardinales y por todas las salidas posibles. Roberto ya no tendría escapatoria en el caso de querer darse a la fuga.

Tomó un sorbo de zumo, descolgó el teléfono que estaba en la mesita del salón y quiso ponerse en contacto con el Capitán.

Marcó el número de la Fundación:

—Buenos días, jefe, le informo de que le llamo desde mi casa. Porque, desgraciadamente, me hirieron de bala en una revuelta entre las dos etnias que rivalizan en Zaire y ayer me evacuaron junto al equipo de una ONG en un helicóptero de la armada. En cuanto pueda iré a visitarle y le cuento los acontecimientos.

—Está bien, descansa. Yo estaré toda la mañana en la Fundación por si necesitas algo.

En ese momento llamaron a la puerta. Dolores se asomó al ventanal y vio una furgoneta sanitaria.

—Es el médico, hijo, que viene a visitarte.

La mujer abrió desde el telefonillo la puerta principal.

Un hombre de bata blanca accedió a la casa y con él un equipo de la policía nacional al mando de Néstor Palacios y Luis Vidal.

—¿Cómo estás, Roberto? —preguntó Néstor—. ¿Te acuerdas de mí...? Veo que moverte te puedes mover, así es que no tendrás problemas para dar un paseíto hasta el sótano de la vivienda... —Roberto quiso huir—. Es mejor que no te compliques, la casa está rodeada.

—Pero, ¡¿qué es lo que has hecho ahora, hijo?!

Salieron al pasillo para tomar la escalera que bajaba hasta el garaje y entonces Vidal reparó en él. Un reloj barroco imperial color oro que reposaba sobre una mesa del mismo estilo, se acercó y lo inspeccionó por encima. Efectivamente, se evidenciaba un pequeño despostillado en uno de los salientes. Ahí, delante de las narices de todos, una prueba más a tener en cuenta.

Llegaron al patio y Vidal pasó al cuarto de contadores.

—¿Nos abres paso a la cueva o lo hago yo? —Madre e hijo callaron—. Está bien. —Y él mismo pulsó el interruptor que abrió de par en par el hueco que llevaba al horror.

Todo seguía ordenado como aquella tarde que Vidal descubrió las tumbas. Posiblemente, ni tan siquiera Dolores hubiera pasado por allí en los últimos días.

El agente se acercó hasta la estantería, retiró el libro de *El largo adiós* y manipuló la palanca.

El mueble corredizo fue abriéndose paso, chirriante, pero sin ningún tipo de problema.

—¿Hijo, no me dijiste que estaba atascada?

—¡¡Madre, cállese!

En ese momento, las dos tumbas se mostraron al completo ante el asombro de todos los presentes. Luis Vidal se agachó, y con un bolígrafo escarbó ligeramente en la tierra que cedió y dejó paso al asa de la riñonera de Palmira.

—A esta chica, Palmira Rodríguez Campos, la mataste para simular la muerte de Alba ante el Capitán. ¿Es así? Joven, de cabello largo, rubio y de similar envergadura. Una elección perfecta, ya que la original se había escapado con Rocío, su hermana gemela, aquella tarde que por pura casualidad descubrió el escondrijo en el que la teníais oculta por orden de tu jefe.

A las pocas horas y por accidente, Alba cae al mar y su cuerpo es encontrado en la playa. Todos creemos que es Rocío, lo creemos porque es su propio padre el que reconoce el cadáver. Pero Rocío está a muchas millas de aquí, aterrorizada y sin saber qué hacer. Aunque ahora Rocío ya está en Algeciras, junto a su novio Alejandro, el que creías que habías asesinado para así cargarle el muerto.

—Hijo, no te creas nada, el hijo del pescador quedó *sonao* de una caída y no sabrá ni lo que dice.

—Pues los dos testificarán y contarán la verdad de lo que pasó aquella tarde.

Vidal miró la tierra apisonada en la que descansaban unos ramajes secos. —¿Y en está? —Se incorporó y posó sus pies sobre las flores marchitas que un día colocó Dolores sobre la tumba de Diego.

—¡No ultrajes esa sepultura pisándola, hijo de puta! Ahí está el amor de mi vida: Diego Acevedo, y fue Silvio quien lo mató en un arrebato de celos.

—Por eso fue que a tu marido lo mataste tú.

—¡¡No, yo no fui, fue él!! —Señaló a Roberto.

—¡¡Nooo, fue usted, madre, porque se iba a marchar lejos y no quería llevarla consigo!!

—¡¡No, fuiste tú y ahora quieres culparme a mí..., malnacido, tullido, mala persona, no me extraña que tu verdadero padre te repudiara, el Capitán sabía lo que hacía!!... ¡Eres un cabrón y un hijo de puta, aunque yo hubiese sido una santa!

—¡¿Qué está diciendo la loca está, que soy hijo de don Miguel?! ¿Y me lo dice ahora? ¿Cómo fue usted capaz de ocultarme esa verdad? ¿Pero cómo es posible que algo tan primordial se le oculte a un hijo? ¡Me las va a pagar, madre, me las va a pagar, se lo aseguro! Y ahora me quiere cargar con estos dos muertos. ¡Ha sido ella!; y yo, como era mi madre, no podía denunciarla. Es usted una desagradecida, una mala madre. Una mujer perversa que quiere inculpar a su propio hijo. ¡Pero qué crueldad la suya!

Derrotado y cabizbajo, Roberto tomó asiento y en ese instante, sin que nadie se percatase, Dolores cogió el fósil de caracola de encima de la mesa y arreó con todas sus fuerzas sobre la cabeza de Roberto, que quedó tendido en el suelo apresurado por el golpe mortal.

Un policía la esposó y otro corrió al garaje para llamar a una ambulancia desde aquel teléfono que pendía de la pared. Aunque todo parecía indicar que Dolores había acabado de esa manera, tan conocida para ella, con la vida de su querido hijo.

La nieta del *Cambembo*, la mujer que sospechaba haber heredado los instintos asesinos de la familia, la mujer abandonada por los hombres y ahora por su hijo, había acabado con la vida del ser que más quería, y quizá de esa manera, supo ella, que también acababa con la propia.

La sombra inquietante y malévola del abuelo Eladio, clamando almas de su casta para arrebatarlas y ofrecérselas a Lucifer como preciados trofeos, corrió a apoltronarse en el pensamiento de Dolores. En él apareció su tío, asesinado a la vera del camino que lleva a la ermita del Calvario con la cabeza abierta como una sandía. Y el cuerpo de su madre, arroyado por el carro que le destrozó la crisma.

Y ahora el abuelo Eladio la elogiaba con una pútrida y malévola carcajada que la hizo postrarse ante sus piernas descompensadas. Allí estaba él, presente, delante de todos. Despanzurrado en el suelo con la mollera abierta y sanguinolenta. Entonces escuchó claramente el maullido de una gata que vino a arrebujarse entre sus brazos. Ella entregó al abuelo su mejor trofeo, y de paso, también su perturbada alma. El maligno, una vez más, había ganado.

Y Dolores, entre las piernas desiguales y laxas, pero reales, de su hijo y las imaginadas del abuelo materno, rio desaforadamente, queriendo imitar su imperceptible risa demoníaca.

# Necesité de tu memoria
# 46

Las peticiones al Altísimo, o quizá la función hábil de Luis Vidal, fue lo que llevó de nuevo la felicidad a la casa de los señores de Soto. Susana y Yaro entraron en la vivienda tras el hombre que se prestó para abrir el camino. Don Ángel y su esposa habían sido informados de absolutamente todos los desgraciados acontecimientos que le tocó vivir a su hija a partir de la nota que le obligaron a escribir. Entonces, el remordimiento de haber sido ellos quienes hubiesen forzado la situación, quedó completamente disipado con la explicación y con la presencia de Susana, y también la de su nieto, que miraba como un corderillo a todo aquél que lo acariciaba y le mostraba cariño.

La hija y los padres no cruzaron palabra alguna, sus miradas acuosas lo dijeron todo y entonces se abrazaron. Una tímida sonrisa acudió a los gruesos labios de Yaro que, a partir de entonces, se desarrollaría en la infancia que le correspondía, aunque le fuera casi imposible dejar encerrados, en algún lugar perdido de su memoria, los aciagos momentos vividos en el país que le vio nacer.

Vidal quiso marcharse.

—Susana, creo que tenéis mucho de qué hablar. Tú lo necesitas y ellos también. Llama si te hago falta.

—Tú siempre me harás falta, Vidal.

Y caminaron hacia el *hall* en tanto que los abuelos y el nieto compartían un momento tierno. Afortunadamente, los señores de Soto conocían bien el idioma francés, ya que pasaron muchos años viviendo en la ciudad de Tánger, que por aquel entonces pertenecía al protectorado español de Marruecos, y ahora les venía de perlas su práctica para estar mucho más cerca de Yaro.

—Y yo necesité de tu memoria, Susana, para sobrevivir todos estos años en los que tu ausencia, día tras día, corroboraba que seguías siendo lo más importante de mi vida, a pesar de tu abandono. Me convencí de ello en el primer segundo que me sentí responsable de la muerte de un subordinado. Entonces fue cuando comprendí que debía haberte hecho caso poniendo de mi parte todo el empeño para comenzar esa rehabilitación que tanto necesitaba. Supe pedir ayuda cuando me relegaron del mando y me enviaron de agente raso a San Sebastián y te aseguro, Susana, que estuviste presente en mi cabeza durante toda la terapia. Me maldije una y otra vez por no haber tenido en cuenta tu consejo.

—No te fustigues más, Vidal. Fueron las malévolas artimañas de un ser despreciable las que nos separaron. Pero en el transcurrir del tiempo, el azar, una carambola de la vida o las circunstancias nos llevaron a encontrarnos en aquel país conflictivo al que llegue secuestrada, mancillada y destruida. Y que de no haber sido por Siari y, pasados unos años, por ti, posiblemente yo hubiera muerto en la intentona de arrancar a mi hijo de las garras del poder de Mobutu. Yaro ahora pertenecería a las milicias como soldado, aun siendo un niño inocente que no sabe lo que es el mal.

—Yaro vivirá a partir de ahora con su verdadera familia, y si tú me aceptas de nuevo, yo cumpliré con el rol paterno con todo el gusto del mundo.

—Serías el mejor padre que mi hijo pudiera tener…

Sus pupilas volvieron a enjugarse, y a pesar de que ella quiso disimularlo, Vidal detuvo una lágrima que escapaba para correr por su mejilla.

Miró sus ojos y no tuvo por menos que decirlo:

—Te amo… ¿Quieres casarte con este hombre, que te querrá y te respetará todos los días de tu vida?

—Sí, quiero.

Y sus labios supieron lo que sus almas sentían. Y sus corazones latieron creando una nueva sinfonía dulce que solo ellos sabían descifrar.

# La traición
# 47

Llevaba sospechando de ese hombre un tiempo. Era el dueño de la farmacia que lindaba con la floristería de su ama, a la que servía desde hacía ya más de veinte años. Felipe pensaba que era su obligación cuidarla, trasladarla en vehículo donde ella lo solicitara y también seguir sus pasos cuando doña Catalina fuera a pie.

Y ese hombre, el boticario, merodeaba como despistado a su alrededor y eso a Felipe le resultaba extraño. Quizá esa observación tuviera su recompensa ante El Capitán. Por esa razón se alegraba de haber estado avispado. Antes no, antes Felipe trabajaba limpiando las cuadras de los cerdos, las gallinas y el vivero de la dueña. Pero la suerte tocó a su puerta, recogió aperos y se colocó traje y gorra de plato. Todo ello por callar algo sórdido y forzado que había ocurrido entre el Capitán y su novia Paquita, la chica más guapa de Villamartín, que entonces trabajaba de sirvienta en El Gran Cortijo. Total, por aparentar que el hijo que llevaba Paquita en su vientre fuera de él. Se casaron de penalti y él cumplió como un hombre que se viste por los pies.

Luego, todo estaba pactado.

Ella perdería el hijo en el parto... Y ya está.

Por todo el paripé a Felipe se le multiplicó el sueldo, se vistió de gala y se le compró un pisito. Solo el silencio a cambio de una buena vida. Lo que no se imaginaba era lo que vendría después.

Con su flamante esposa la cosa no funcionó, cosa previsible; mas el pacto con el Capitán era que deberían seguir siempre juntos y callados, si él no quería perder su boyante *status* y Paquita a su hija discapacitada de manera accidental.

Tan agradecido estaba Felipe, que se había convertido en el mejor asistente de doña Catalina y en el mejor servidor de don Miguel.

Por esa posición, mataba él si hiciera falta, y por ese agradecimiento al Capitán, esa mañana corrió a la Fundación a contarle sus sospechas.

—Ese hombre, el farmacéutico, muestra cada noche en su solapa una flor nueva y fresca. Él siempre abandona la botica unos minutos antes que doña Catalina. Pero lo curioso del caso, es que nunca lo vi entrar en la tienda de flores.

—Síguele y observa si la flor la compra en otra floristería.

—Estoy seguro de que no es así, Capitán. Llega muy temprano a la farmacia, tan temprano o tan tarde como lo haga la señora de usted. También coinciden en la Iglesia y siempre ese hombre sale tras ella hasta casi ponerse a su altura, lo sé porque lo he observado con mis propios ojos, don Miguel.

—Está bien, Felipe, puedes retirarte.

# Amar es demostrar
# 48

En el humilde hogar de Emilia, todo fue alegría cuando el cachivache rodante comenzó a girar propulsado por la mano de Marcelo, un hombre experto en el quehacer de esos cacharros de feria desde que las circunstancias le trajeran a España.

La melodía era la misma que la del carrusel del Parque de María Cristina y su tintineo alegre ya acompañaba el trotar de la manada estática. Solo había que esperar a la reacción del muchacho.

Blasito miró al firmamento, que esa tarde reventaba pletórico en color, y a continuación, quedó abstraído con el caballo azul del carrusel.

—Es azul, azul como el cielo. —Y entonces fue cuando lo dijo—: Es un regalo para mi novia Yosoy ... ¡Ahí está el caballo azul como el cielo!, el que a ella le gusta mucho —repitió señalándolo.

La música del tío vivo acompañó a la pregunta de Marcelo.

—¡Ah, pibe, que tienes novia, qué guardadito lo teníais *vos*!

—Sí. —Movió la cabeza—. También es novio suyo Rubén el monitor y otro que se llama Roberto. Pero yo soy el que más la quiere.

—De que eso es verdad yo no tengo la menor duda. *Vos tenés* un corazón grande como el de vuestra mamá.

—El corazón de mi madre suena *bum bum* cuando me abraza.

—Suena con esa melodía tan bonita porque también te quiere mucho.

—Suena como la música que me hace bailar.

—Te hace bailar porque eres feliz junto a ella, igual que lo serás cuando cabalgues con tu chica Yosoy a lomos de esos dos caballos azules... ¿Has escuchado alguna vez lo que dicen en su relinche?

—Yo no.

—Pues lo transmiten con la música que estás escuchando ahora. Cantan: te amo, eres mi amor y no puedo vivir sin ti...

—Eso es lo que le voy a decir a Yosoy en cuanto venga y vea el carrusel. —Blasito miró a Marcelo—. ¿Y tú, eso es lo que le dices a mi madre?

—Se lo digo todos los días y querré decírselo mientras yo viva.

A Blasito le asaltó un rubor que puso su rostro rojo.

—A mí me va a dar vergüenza decirle a Yosoy que la quiero.

—No tengas cuidado, que ya se lo estás comunicando con tu mimo, con tu mirada, con esta melodía que estás escuchando ahora... Amar es demostrar, y tú ya lo estás haciendo.

Paquita había sido invitada a tomar café en la casa de la huerta. El tono de Emilia a través del auricular era saltarín, jocoso, todo hacía presagiar que su amiga les guardaba una sorpresa.

—Es muy importante que también venga Yosoy, esta invitación es primero para ella y luego para ti... Es una sorpresa que le va a encantar.

—Lo sé....

Emilia rio.

—Ya verás que carita va a poner en cuanto lo vea. Ah, y traed también a Joselito, haré palomitas para él.

La tarde era preciosa, el viento matutino que movió los toldos queriendo acreditar la estación otoñal que mostraba el calendario quiso hacer un lapsus, haciendo subir la temperatura al mediodía y calmando la ventolera de por la mañana.

Miguel había ido a comer a casa, su cabeza se reconcomía preguntándose cuántos días, de este último mes, había almorzado en el gran salón con la única compañía de los candelabros apagados. Él diría que más de la mitad. Bien es verdad que en esa época se recibían nuevos pedidos florales, pero Catalina no tenía ninguna necesidad de comer bocadillos un día tras otro. Aunque también cupiera la posibilidad de que su ausencia estuviera justificada por algo más sugestivo, soterrado y pecaminoso como pudiera ser el pecado del adulterio. Después de sumarle el razonamiento de Felipe, su cuerpo comenzó a encenderse

y solo tirando con fuerza del mantel y escuchando el estropicio de la vajilla, llegó a una convulsa conclusión. Caminó deprisa por la galería que llevaba a su despacho y cuando estuvo en él, abrió con llave el cajón de arriba y sacó un pequeño revolver. Sus pasos se dirigieron ligeros hacia su auto, tan ligeros como su pensamiento elucubraba la fornicación de su esposa con un desconocido.

# El cielo de Dios
# 49

Yosoy, como siempre, iba enganchada del brazo izquierdo de su madre y con su mano derecha dirigía los pequeños y rápidos pasos de Joselito. Paquita no se explicaba cómo se las había apañado la niña para enrollarse con la correa y besar el suelo. Un raspón en el brazo fue el motivo que hizo llorar a la chiquilla al ver algo de sangre correr hasta su codo.

Iban por la calle Ancha para coger el autobús de la línea nueve que era el que les dejaría más cerca de la casa de Emilia y Blasito, pero Yosoy comenzó a balbucear entre sollozos.

—¿¡Me... me pones una tirita, mamá, meee pones una tiiirita mamá¡? ¡Es sangre!

Paquita echó una mirada rápida a la vía y reparó en una cruz luminosa de color verde.

—Ahora compramos en esa farmacia unas tiritas, tranquila, mi niña...

Siempre que pasaba por la Calle Ancha, y ante todo por la floristería de doña Catalina, procuraba pasar deprisa, aunque el paseo fuera a ser ocioso del todo. Porque el dolor profuso que le había causado esa familia seguía y seguiría hasta los confines de la eternidad, y solo con ver el perfil de la dueña tras los cristales, su alma tomaba tintes negros y le hacía renacer lo peor de su instinto.

Unos minutos antes, el Capitán se había presentado a la puerta de la floristería y había cruzado algunas palabras cómplices con Felipe.

Miguel apostaba a que, en ese lugar privado que estaba en la planta de arriba, encontraría la causa que le había llevado al malentendido sentimiento de los celos, de sus sospechas... Le enfurecía pensar que Catalina fuera capaz de

mancillar su honor, el honor de un Capitán de la Marina Mercante y, ante todo, el honor de un hombre de raza perfecta.

Felipe comenzó a caminar en dirección a la plaza, cuando el sonido de las campanillas de viento, avisaron de que Miguel entraba en la floristería. Ni tan siquiera hizo el saludo protocolario. De cuatro zancadas se colocó en el aledaño de la puerta cerrada desde la que se accedía al despacho de Catalina. Levantó la pierna y golpeó repetidas veces la madera hasta que esta cedió.

Catalina no estaba. Allí no había nadie. Solo él y sus celos reconcomiéndole el cerebro.

Entonces descubrió el pasadizo. El sinfonier que debía estar adosado a la pared se hallaba corrido y dejaba ver un hueco que comunicaba con la propiedad del vecino. En un abrir y cerrar de ojos se encontró en una habitación colindante y desconocida para él. Allí estaban Julián y Catalina jugando a los amantes perversos, enfrascados, entre enaguas y calzones, en cómo ella debía utilizar el gotero mortal para quitar de en medio al marido maltratador y en esos tiempos de amores surgidos, un completo incordio. El olor a palomitas recién salidas del microondas enrareció aquel ambiente putrefacto del que solo emanaba odio, terror, venganza y tiranía cuando Miguel, sin cruzar palabra, sacó el arma escondida entre la chaqueta.

Un certero disparo en la frente de Catalina dejó inerte ese cuerpo que había gozado, como el más voluptuoso de las mujeres, sobre aquella cama sencilla, en la que la felicidad concentrada había superado a la ínfima que sintió durante años al lado del que acabaría convirtiéndose en su asesino.

No tuvo tiempo Miguel de meter otra bala entre ceja y ceja al hombre que había osado en arrebatarle lo que era suyo, porque un instante antes de que se percatara, Julián se lanzó sobre él como lo haría una tigresa para defender a sus cachorros. Rodaron por el suelo en el cuerpo a cuerpo hasta que la cómoda frenó el impulso frenético de ambos. Con el puñetazo que Julián propinó al asesino de Catalina, el arma se deslizó a la zona neutral de la estancia y los dos lucharon por hacerse con ella.

Los empleados de la farmacia y los clientes que se encontraban allí quedaron paralizados preguntándose si el sonido que habían escuchado procedía de un arma o por el contrario era un golpe seco venido de la calle.

—¿Eso ha sido un disparo? —Con la boca abierta preguntó Paquita.

—Yo creo que no... Ha debido ser un petardo o un cohete.

—Es de una obra que hay en la calle—. Apuntó otro mancebo.

—Pues me ha parecido que venía de arriba...

Al segundo, un inesperado ruido atronador procedente de la rebotica hizo que todos los presentes en la farmacia salieran por piernas.

El techo cedió dejando una escombrera de vigas, ladrillos y hierros retorcidos sobre el suelo de la trastienda. Por unos metros, el derrumbe no sepultó a los empleados que estuvieron listos en salir corriendo hasta la calle. Estaba claro que el farmacéutico entendía de pócimas y de fórmulas magistrales, pero lo que acababa de demostrarse, es que de cimientos y muros de carga no tenía ni pajolera idea.

Una empleada abrió de nuevo la puerta de entrada y escuchó gemidos.

—Don Julián estaba en su despacho, hay que llamar a una ambulancia.

De repente, Joselito tiró de la correa sujeta por Yosoy y se perdió ladrando hacia el interior polvoriento y tóxico, pero detectable al perfume caliente de palomitas que su olfato canino supo adivinar.

Yosoy escapó tras él...

—¡Dios mío, hija, ven aquí, es peligroso!

Y los trabajadores retuvieron con fuerza a la madre que quiso ir tras ella.

—¡Sí, muy peligroso, podría haber nuevos derrumbes, señora!

Joselito escarbaba entre los escombros intentando encontrar su manjar favorito cuando Yosoy escuchó un débil lamento.

—Niña... por la Virgen bendita, sácame de aquí.

Yosoy lo miró con sus ojitos muy abiertos, y sin decir palabra arrastró al individuo envuelto en un manto de polvo para llevarle hasta la entrada.

Pero el lamento de otro hombre llamó de nuevo su atención.

—A mí... —reclamó con un hilito de voz.

Entretanto, Joselito danzaba alrededor de su dueña.

—Aaaaaahora vengo, señor.

Y continuó tirando con todas sus fuerzas del primer muñeco roto que encontró y que parecía hecho de serrín.

Lo soltó en la y de nuevo corrió hacia dentro, ignorando el peligro que podía correr su vida.

—Y... Yaaaa estoy aquí, señor...

Y comenzó a escarbar con sus manos para liberarle de la viga que aplastaba su estómago.

El grito desgarrador de Paquita desde el umbral de la puerta, sucedió casi al segundo de un nuevo y virulento desplome del techo.

Vidal llegó en ese instante. En los dos extremos de la calle se encontraban los integrantes policiales que llevaban días vigilando al Capitán.

La ambulancia y los bomberos hicieron también presencia en ese preciso momento.

—¡¡Mi hija está dentro!! —Entre sollozos avisaba a los sanitarios—. ¡¡Dejadme pasar, dejadme pasar, por favor...!! Estará muy asustada... —Como pudo se desembarazó de los brazos que la retenían.

En la trastienda de la farmacia estaba Julián, con su cuerpo inerte entre los amasijos de hierro y escombro.

Y Yosoy, consciente, con la mirada perdida, con su pecho machacado por el extremo de una viga y asustada como una gacelita que acaba de caer en una trampa.

—Cariño, mi tesoro, estos señores van a sacarte de aquí y yo no me moveré hasta que eso suceda.

—Maaaamáá, yo quiero ir a ver la sorpresa. —Brotó por su oído una hilaza sanguinolenta.

—Y vamos a ir, mi amor, todo está preparado para ti. Y lo vamos a pasar muy bien... Joselito comerá palomitas y Emilia nos pondrá en el radio *cassette* canciones de Marisol para que bailemos.

—Deee Marisol... No veo maaamáá... Eees de noche. —Yosoy jadeó—. Es deee noche...

—Mi tesoro, estoy aquí contigo...

Y Paquita, al sentir que la vida acababa de abandonar el cuerpo de su amada hija, exhaló un grito terrorífico en el que concentró todo su dolor.

Pareció que el azar o la providencia eligiera a Yosoy para que sustituyera en el macabro momento de la muerte a su verdadero padre. Un hombre perverso que no hubiera dudado en finiquitar la vida de la bebé, si no hubiese sido porque su madre imploró hasta lo indecible, a pesar de que también Felipe estuviera de acuerdo con el Capitán.

Lo que encontró Vidal, al forzar la puerta del despacho del dueño de la farmacia, fue a Catalina con la mirada pavorosa, un disparo en mitad de la frente que dejaba correr un hilo de sangre y su esbelta espalda, recostada sobre un charco viscoso y rojo que empapaba la almohada y el colchón.

El derrumbe se había saldado con dos víctimas mortales y un herido grave. Lo de Catalina era otra historia, quizá, un asesinato más que añadir al caso Gazanias, debido a lo cual, quedaría también pendiente bajo el más estricto secreto de sumario.

*****

La tarde avanzaba. La sartén esperaba sobre el fuego apagado y, reposando a su vera, una mazorca de maíz para hacer palomitas. También el café molido apisonado en la cafetera de hierro continuaba esperando a que Emilia chiscara el fuego en cuanto llegaran Paquita y Yosoy.

Nunca llegaría ese momento.

El carrusel giraba fuera sobre el suelo del rellano. Y la melodía lanzaba bellas notas al aire que gritaban el amor puro y eterno que Blasito sentía por Yosoy, su amiga del alma, con la que deseaba conjugar su ternura, su amor incondicional, el roce de sus manos tan calentitas, tan amorosas, tan de algodón como las nubes que a veces pululan por el cielo, el cielo de Dios.

En uno de los giros Blasito miró el firmamento en el que aparecía el mullido gas y entonces lo vio... Un caballo de color azul, aún más intenso que el color que estaba acostumbrado a visualizar cuando miraba hacia arriba. Y sobre la

grupa iba ella, su princesita, cabalgando y saltando de una nube a otra con la soltura de la mejor amazona.

Yosoy lo miró y sus lindos ojos achinados le hablaron de amor, de felicidad y de que siempre estaría a su lado, aunque no pudiera verla físicamente. También le contó que ella lo acompañaría dentro de su mente el resto de su vida, hasta que un día fuera a recogerle para que cabalgaran juntos sobre caballos azules hacia la eternidad..., hasta el cielo de Dios.

# La exhumación
# 50

Al amanecer todo estaba preparado para la exhumación. La justicia aprobó el proceso de desenterramiento de una de las tumbas del importante panteón de la familia Santoporto sin necesidad de contar con el permiso de sus familiares.

Se dictaminó que el fallecimiento de Alba Escusa de Arnus y Santoporto ni tan siquiera llegó a ocurrir, se daba fe de que el féretro no albergaba restos humanos, sino el equivalente en peso de arena terrosa, y de que la supuesta fallecida lo hizo muchos años después, usurpando, por declaración de su padre, el puesto de su hermana gemela.

No hubo ninguna sorpresa. El eco de los golpes fue con lo único que se encontraron los allí presentes.

No había ningún cuerpo porque nunca lo hubo.

Lo único, en todo caso, que pudo respirarse en aquel ambiente lúgubre cubierto de mentiras, fue el afán de un hombre que había sido educado en unos valores delirantes en el que, por encima de todas las cosas, el ser humano solo debía ser equiparable a la perfección del Todopoderoso.

# La confesión
# 51

—Ya no podré hablar con mi madre porque mi padre le ha arrebatado la vida como el vulgar asesino que es. ¿Cómo pude estar tan ciega, Álex? ¿Ahora, cómo sabré a qué mujer suplantó, durante nueve meses, y el porqué de participar en esa farsa maldita que ha hecho daño a tanta gente? — Álex acarició su cabello y ella continuó—. El informe anatómico forense ha certificado que Catalina Santoporto jamás albergó en su útero vida alguna, pese a ello, no me resigno, Álex. Aún me quedaba, aunque parezca mentira, una ínfima esperanza de que hubiera habido una confusión y que fuera ella la que nos alumbrara a mi hermana y a mí. Es verdad que jamás sentí en sus abrazos el calor de una verdadera madre... Ninguno de sus arrullos fueron comparables como los que gocé siempre con Carmela... —Un ápice de luz iluminó algo su cerebro.—. ¿Y si fuera Carmela la mujer que nos trajo al mundo?

—Tu padre tiene la verdad, y él continúa vivo. Habla con él.

—¿Pero qué verdad? Si toda su vida ha sido una mentira.

—De todas maneras, necesitas hablar con él. A estas alturas del día ya debe estar informado de todos los delitos que se le imputan, y es posible que necesite verte. Ten en cuenta que tú sigues siendo su única obra perfecta.

La puerta de la habitación 223 del Hospital Punta de Europa se encontraba custodiada por dos agentes de policía cuando Rocío se presentó queriendo ver a su padre. El hombre, que llegó a sentir su ego por encima de las nubes, se encontraba intubado y tomaba el aire gracias a un respirador.

—No, papá. No estás viendo ningún espectro llegado desde el más allá. Soy tu hija Rocío. El cuerpo que identificaste en el anatómico forense fue el de mi hermana Alba, la misma que nos hiciste creer a todos que había muerto años

atrás porque tu idealismo enfermo y nazi era incompatible con ser el padre de una discapacitada... Por eso fue que la enterraste viva por tu cuenta y riesgo. Pagarás por ello papá, todo está al descubierto. —El hombre la escuchaba desconcertado—. Dolores, la mujer que utilizaste para tus artimañas, de momento está encerrada en un psiquiátrico, y tu querido encubridor y amigo, Diego Acevedo..., sí, ese que te resolvía los trámites burocráticos para tu farsa, cría malvas desde hace diez años en el agujero que dispusiste para Alba. ¿Y sabes quién lo mató...? Silvio. ¿Y sabes quién asesinó a Silvio? Tu hijo el mayor... Sí, sí, Roberto. El mismo que heredó tu maldad, pero que, al ser también discapacitado, tu egocentrismo evitó que se lo arrebataras a su madre. Como tampoco lo hiciste cuando nació Yosoy por haber nacido con el síndrome de Down... O con Yaro, el niño negro que mandante asesinar junto a la mujer que le dio a luz en una cabaña cercana a Numbi, allá en Zaire... Ese país en el que se te hace la reverencia. Pero mira por dónde, Susana Soto y su hijo están vivos. Y ella está aquí, en Algeciras, deseando testificar contra ti. Papá... A estas alturas de tu vida y con el daño que has provocado, reiteradamente y a conciencia, en tanta gente, solo me resta decirte que me das pena, y que espero, que si no eres juzgado en la tierra como mereces, que lo seas cuando abandones este mundo, por ese Dios equivocado al que te enseñaron a venerar. Pero si algo te queda de piedad, y quieres saldar una de las cuentas que tienes pendiente con tu hija, confiesa quién nos dio a luz a Alba y a mí. —Le tomó la mano y propuso a su padre, en tanto que la observaba con los ojos abiertos, la fórmula para enmendar su culpa—. Si es afirmativo, parpadea dos veces... ¿Es Carmela mi verdadera madre? —Rocío, aspiró profundo—. ¿Es ella? ¡Papá, por Dios, contéstame! ¡No cierres los ojos! ¿Es Carmela? Por favor, papá, mírame. No cierres los ojos...

El monitor que registraba la frecuencia cardiaca del Capitán acabó siendo una línea recta acompañada de un zumbido agudo que ensordeció los oídos de Rocío. Pero dentro de la desesperación que conllevó el interrogante de no averiguar el nombre de la mujer que le había dado la vida, le vino a la cabeza la gran incógnita de las puertas blancas.

Su padre acababa de fallecer, pero antes de dar la voz de alarma al equipo médico, supo entremeter su mano tras el camisón desabrochado e investigar en

su cadera izquierda. Allí estaba: La prueba fehaciente de que Susana había contado la verdad y la evidencia de que Roberto, Yosoy y Yaro eran hijos del Capitán.

Alba y ella no nacieron con ese angioma que declaraba a voz en grito la paternidad de Miguel, si bien, sus rasgos físicos evidenciaban con claridad la procedencia de su genética, de que Miguel Escusa de Arnus, o como en realidad se llamara, era su padre, de eso nunca tuvo la menor duda.

Recordó el rostro de Carmela cuando Alejandro y ella llegaron hasta el Cortijo y tocaron la puerta de la cocina. La mujer salió a abrir y lloraron los tres juntos hasta no poder más. Afortunadamente, ella les esperaba porque Néstor Palacios ya se había encargado de ir a El Gran Cortijo esa mañana y desmantelar el despacho de Miguel. Allí se encontró un documento fechado justo el mismo día que nacieron Alba y Rocío, en el que don Mateo Santoporto otorgaba una gran cantidad de dinero y parte de sus bienes a Miguel Escusa de Arnus por haber hecho realidad, junto con su hija Catalina Santoporto, la prolongación de su linaje.

Y Rocío regresó sobre sus pasos a su casa, ahora vacía de dueños y ajetreada de servicio. Tocó de nuevo la madera del portón, entró en la cocina y pidió hablar en privado con su tata, con aquella mujer fondona y amantísima que había sabido ofrecerle a ella y a Alba el amor y la comprensión de una verdadera madre.

—Carmela, el Capitán acaba de morir. Me he quedado huérfana de padre y madre en un par de días, pero puedes imaginar que ellos murieron dentro de mí aquel momento en el que descubrí todo el entramado que montaron para encerrar de por vida a Alba con el injustificado motivo de que hubiera perdido la razón.

—Nunca se lo perdonaré a tus padres, nunca. —Carmela comenzó a gimotear.

—Mi padre fue un desalmado violador, y una malísima persona... Y me dolería hasta el infinito que a ti también te hubiese utilizado —Se lo quiso preguntar con tacto...—. Él ya no está, Carmela... No tienes que tener ningún miedo. —La miró con el alma encogida.

—No, mi pequeña, yo no tuve nunca nada que temer, porque nada barrunté. Tu madre, o la que creíamos que era tu madre, en su vida pasó tres embarazos normales que no hicieron sospechar nada a las personas que la conocían o que trabajábamos para ella. El primer niño nació muerto, y aquí todos lloraron el luto, una desgracia tremenda que puede ocurrir en cualquier familia.

—Roberto, el primer bebé, no nació muerto, Carmela, nació lisiado, pero no precisamente del vientre de mi madre, si no del de Dolores, que trabajaba aquí de sirvienta y a la que hizo casarse con uno de sus empleados que le siguió el cuento por dinero. Aunque la maléfica ocurrencia no salió como mi padre había cavilado y aquello le costó, muy a su pesar, no recibir la promesa económica de don Mateo Santoporto.

—Pero pasó el tiempo y para todos, tu madre de nuevo quedó en cinta y a los nueve meses nacisteis vosotras. Fue entonces cuando gracias a mi cuñada Amalia, la madre de Álex, me contrataron para cuidaros. Nunca había conocido a los señores.

La mujer acababa de destruir las posibles ilusiones que Rocío guardaba en un rincón de la esperanza y supo en ese instante, hueco y doloroso, que debería seguir investigando.

—Carmela, mi madre nunca pudo quedar embarazada porque era una mujer estéril. Lo fingió, eso sí. Pero ¿tú sabrías decirme qué chicas jóvenes trabajaban en El Cortijo por aquel entonces, y que, «casualmente», quedaran embarazadas a la vez que ella?

—La única chica joven que trabajaba de criada en la casa era Paquita, pero dejó de servir en El Gran Cortijo cuando quedó en estado y se casó con Felipe, su novio de toda la vida. —En ese momento Carmela se rompió y comenzó a llorar —. ¡Pobre criatura!, Yosoy... Una niña tan cariñosa. Tengo que ir a ver a su madre, la pobre, siempre sufriendo con ese marido que le ha dado tan mala vida desde que se casó. —Limpió su nariz con el pañuelo y después apostilló—. Recuerdo que una tarde, estando ella embarazada, nos la encontramos Amalia y yo por la Avenida de Venecia y parecía que tenía dentro un mulo de lo gorda que estaba. Aunque aquel día fuera cuando la conocí, la sentí triste. Pero ella siempre ha sido muy reservada para sus cosas, eso es verdad... Luego, cuando

nació Yosoy, solo vivió para ella, ya entonces nuestra amistad comenzaría a tomar fuerza... Qué penita lo de su niña, que solita se ha quedado mi amiga...

—Tata, lo que te voy a contar es una realidad muy dura, pero tienes que saberla... Mi padre aprovechó de nuevo su alto *status* con la criada y la dejó embarazada como años antes hiciera con Dolores. Pero esta vez no salieron tampoco las cosas como él esperaba y después de que Paquita diera a luz a Yosoy, mi progenitor ocultó su pecado a base del dinero que ofreció a Felipe y tapó la boca de Paquita con la amenaza de quitar la vida a su hija si se le ocurría hablar. —Miró a su Tata con toda la ternura del mundo—. Carmela, Yosoy y yo somos hermanas, pero nacimos con la diferencia de dos meses. Por eso sé que hay algo que se me escapa... Tiene que existir otra mujer por ahí de la que ignoramos su identidad. —Quedó en silencio dando vueltas a su cabeza—. Tengo el presentimiento de que Paquita aportará algo de luz a este misterio. Hablaré con ella, estoy segura de que, al haber muerto mi padre, su secreto podrá ser liberado.

—No sé qué decirte para ayudarte, Rocío, para mí, tu felicidad es lo que más me importa en el mundo.

—Lo sé, tata, yo también te quiero muchísimo.

—Pero volviendo a lo de antes, cuando tu madre quedó encinta hace ya diez años, entre las trabajadoras no hubo ningún embarazo, ¿Imaginas lo que pudo pasar?

—No lo imagino, lo sé, mi padre no tardó en encontrar y violar a una mujer para intentar conseguir alguno de sus propósitos. Pero el vástago heredero le salió negro porque la madre tenía antecedentes familiares. Por eso, doña Catalina, supuestamente, también lo perdió.

# La búsqueda
# 52

Era media tarde cuando Rocío tocó la puerta de la vivienda de Paquita. Su piso se situaba en uno de esos barrios que crecieron como hongos en aquella época de los setenta, cuya plenitud económica del país iba avalada por la proliferación del ladrillo.

Era una casa amplia con una terraza hermosa desde la que se divisaba el mar. El pequeño tributo con el que El Capitán pagó el silencio de Felipe y en el que se encontraba también el cautiverio de Paquita.

—Paquita... —Se abrazaron y la mujer propuso a Rocío pasar a la terraza acristalada.

—Si no hubieras venido hasta esta casa, yo habría ido a buscarte, Rocío..., porque tengo que hablar contigo. Afortunadamente, Felipe no está en este momento y podré contártelo todo... —La mujer se sirvió un vaso de agua y bebió con mano temblorosa—. El terror de perder a Yosoy por irme de la lengua ha desaparecido, se ha esfumado con la muerte de mi niña, aunque su memoria seguirá siempre viva dentro mi corazón.

—Paquita, sé mucho más de ti de lo que piensas..., sé que has sufrido lo incalculable desde el día que te quedaste embarazada de Yosoy, porque mi padre te engañó, no sé con qué excusa, pero te engañó, para luego robarte a tu hija, aunque después no lo hiciera. —A Paquita le tembló ligeramente el mentón, pero supo recomponerse antes de comenzar a contar su historia.

—Yosoy nació con el síndrome de Down, como ya sabes, y ese fue el motivo por el que ese hombre renunció a ella. Pero es importante que sepas que tu padre me violó repetidas veces hasta que me quedé embarazada y me tapó la boca con la amenaza de que mi novio Felipe, al que yo quería tanto, sufriría un accidente

en las porquerizas, si yo me iba de la lengua... Por aquellos tiempos, yo tenía veinte años y no sabía nada de la vida ni hasta dónde podría llegar la maldad del ser humano. Entonces callé para salvarle... y después..., cuando me enteré de que Felipe estaba de su parte, callé también para salvar la existencia de mi hija. El Capitán todo lo pactó con el chico que era mi novio y que me traicionó de vil manera a cambio de un piso y una posición que ni en sus mejores sueños habría tenido. Y es que el pecado de la avaricia invade el corazón del poderoso, pero también lo hace con el del pobre, que por unas miserables pesetas es capaz, también, hasta de matar.

—Pero Paquita, no entiendo cómo mi padre te dejó embarazada de Yosoy con dos meses de diferencia que a la mujer que cobijaba en su vientre a mi hermana y a mí, ya que, si Yosoy no hubiera nacido con Síndrome de Down, te habrías quedado sin ella. ¿Pero qué era lo que pretendía hacer con Alba y conmigo? Las cuentas de los meses en los embarazos no me salen.

—No te salen porque esa mujer no existe, Rocío.

Yo fui la que tuve en mi vientre a tu hermana Alba y a ti en una bolsa gemelar y en otra, fecundada con otro cigoto, a Yosoy. Fuisteis trillizas. Es un embarazo poco frecuente, pero que existe. Y ese fue el que tuve yo... Parí gemelas completamente sanas y otro bebé afectado por el síndrome de Down. —Rocío no pudo articular palabra durante unos segundos, pero al fin, quiso saber de esos dos meses de diferencia—. La realidad es que vuestro alumbramiento en una clínica de Málaga atendido por el doctor Acevedo fue el día en el que comenzó el otoño, pero las tres necesitasteis de incubadora, por eso El Capitán y doña Catalina hicieron vuestra presentación ante la familia y los Ecos de Sociedad, cincuenta y seis días después, justo el dieciocho de noviembre, que es la fecha en la que figura vuestro nacimiento.

—Es horroroso lo que te hicieron...

A Paquita se le cubrieron las pupilas de un velo acuoso. Aun así, sonrió a Rocío.

—En mi dolor busqué la amistad de aquella buena mujer a la que habían encomendado vuestra crianza y la conseguí. Me dejaba muy tranquila saber que estabais en buenas manos. Por desgracia, cuando pasó lo de tu hermana y te

llevaron a Madrid no volví a verte, hasta aquel día que descubrí que eras mi enfermera en el ambulatorio. Fue una bendición de Dios el poder mirarte tan de cerca, olerte, incluso conocer tu voz...

—Paquita, sería para mí un placer poder abrazarte. Siento que mi corazón está danzando de felicidad porque al fin he podido saber la verdad de mi existencia.

—Yo también lo estoy deseando.

Las dos se fundieron en un abrazo eterno que no entendía de tiempos, sino de ausencias, penalidades, dolor y preguntas, al fin, con respuesta.

Y con ese contacto tibio, cargado de promesas tácitas, pactaron madre e hija un futuro en común del que solo ellas acabarían siendo las dueñas.

# Epílogo

La cálida luz de septiembre comenzaba a colarse por las rendijas de la persiana del dormitorio, en tanto que Rocío y Álex se demostraban, una vez más, el amor idolatrado que sentían el uno por el otro.

Se amaban con el valor añadido de haberse pensado ausentes de por vida, y eso sumaba a su presencia un plus que solo ellos sabían valorar.

Casi un año había pasado ya desde la última tragedia, y también de los descubrimientos impensables que Rocío tuvo sobre aquella mujer humilde y discreta que había demostrado con Yosoy ser la mejor de las madres.

Fue de todos sabido, cuando en una muestra de justicia, Rocío hizo el ofrecimiento de comparar la compatibilidad genética entre la sangre de Yosoy y la suya, para que Paquita pudiera heredar como familiar ascendente directo el patrimonio que por ley le correspondía. Pero Paquita, en un acto de franqueza, solo supo dar las gracias y decir, con lágrimas en sus ojos, que ya había obtenido con creces el beneficio de la herencia con el trascendente hecho de poder disfrutar de su hija Rocío sin esconderse de nadie.

De todos fue también sabido que Paquita pasó a vivir con todas las de la ley a El Gran Cortijo y que como dueña y señora se responsabilizó, junto a Carmela, de todas las tareas que ellas dominaban como las mejores.

Y también fue de todos sabido que Yaro fue debidamente reconocido como hijo biológico de don Miguel Escusa de Arnus y que, como tal, pasó a disfrutar de la herencia legítima que Susana le administraría, como progenitora, hasta que al chico le llegara la mayoría de edad.

La Fundación, por otro lado, continuó con su labor entregando el cheque anual a aquella entidad que su presidenta, Rocío Escusa de Arnus y Santoporto, creyera oportuna.

Y el veinticinco de julio de ese mismo año, la suculenta y deseada cantidad económica que estaba anotada bajo el estandarte de la Virgen de la Palma en el escenario del teatro Florida, fue a parar, como no podía ser menos, al centro Kinwaca regido por la congregación: «Hijas de la Resurrección» residentes en Zaire, con el fin de facilitar la construcción de un colegio internado y un hospital con la debida tecnología del momento.

Aquel día de septiembre, cuando el calendario señalaba la verdadera onomástica de las trillizas, Rocío reparó en su mesita de noche y encontró sobre ella tres hojas secas de álamo, plateadas, crujientes...

Salió al balcón, pensó en Alba, en Yosoy y miró al cielo pletórico en luz que esa mañana brillaba con sentenciada intensidad, iluminando los colores cálidos que comenzaban a teñir El Gran Cortijo.

***FIN***